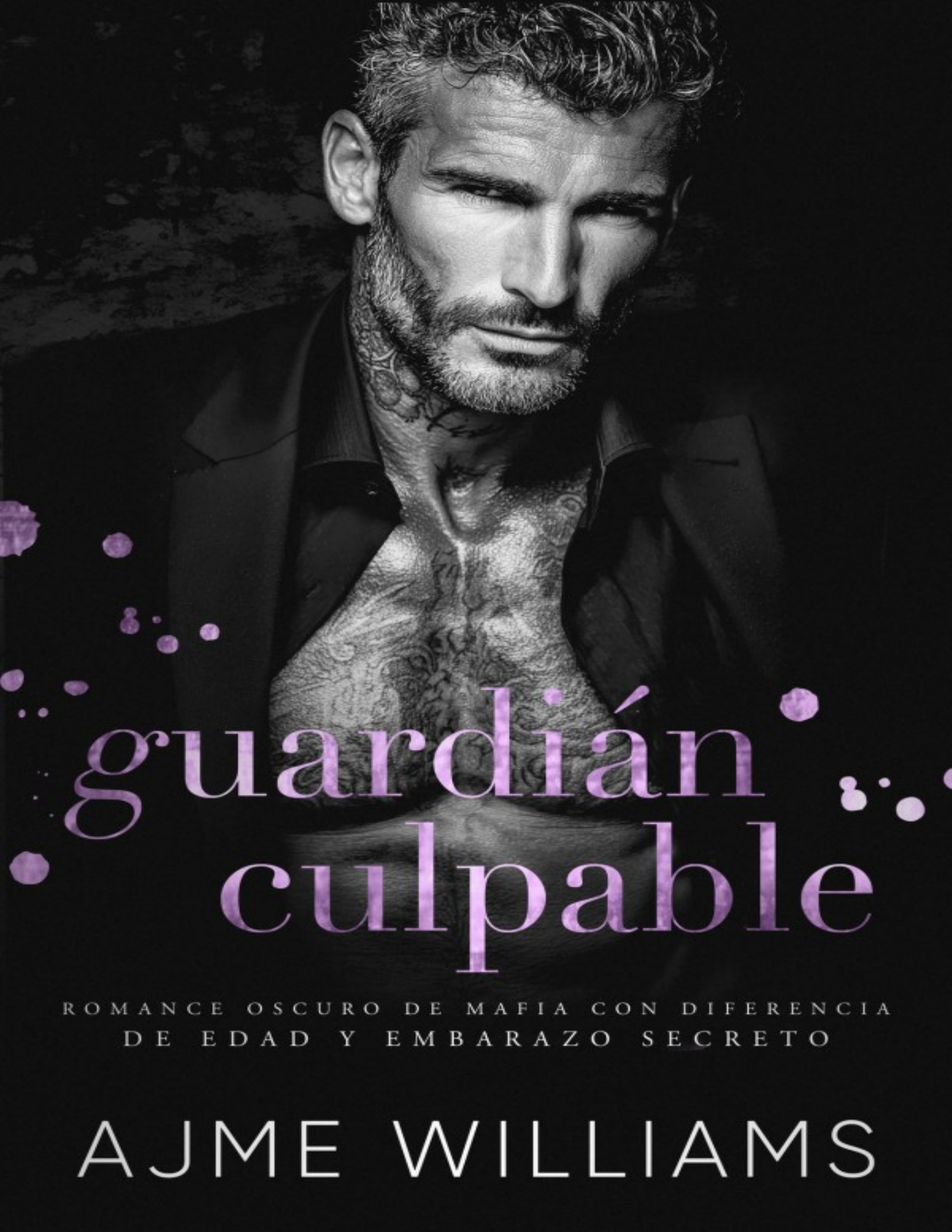


guardián culpable

ROMANCE OSCURO DE MAFIA CON DIFERENCIA DE EDAD Y EMBARAZO SECRETO

AJME WILLIAMS

GUARDIÁN CULPABLE

ROMANCE OSCURO DE MAFIA CON DIFERENCIA DE EDAD Y EMBARAZO SECRETO

SPANISH EDITION - MAFIA LORDS OF SIN

AJME WILLIAMS

ÍNDICE

Descripción
    1. Aerin
    2. Falco
3. Aerin
4. Falco
5. Aerin
6. Falco
7. Aerin
8. Falco
9. Aerin
10. Falco
11. Aerin
12. Falco
13. Aerin
14. Falco
15. Aerin
16. Falco
17. Aerin
18. Falco
19. Aerin
20. Falco
21. Aerin

22. Falco
23. Aerin
24. Aerin
25. Falco
26. Aerin
27. Falco
28. Aerin
29. Falco
30. Aerin
31. Falco
32. Falco
33. Aerin
34. Falco
35. Aerin
36. Falco
37. Aerin
38. Falco
39. Aerin
Sobre la autora

Copyright © 2026 por Ajme Williams

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso de la autora por escrito, excepto por el uso de citas breves en una reseña literaria.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia. La siguiente historia contiene temas para adultos, lenguaje explícito y situaciones sexuales. Está destinada únicamente a lectores adultos.

Todos los personajes son mayores de 18 años y todos los actos sexuales son consensuados.

❀ Formateado con Vellum

DESCRIPCIÓN

Yo huí.
Él cazó.

Falco Tierney es el ejecutor más letal de mi padre.
Treinta y ocho años. Cicatrices. Leal al Don.
Hasta que llegué yo.

—Tóquela —dice, con la voz tan calmada como un arma cargada—
y empezaré una guerra.

Soy la princesa de la mafia.
La heredera elegida.
Un peón en una alianza bañada en sangre con los irlandeses.

Fui criada para ser intocable.

En cambio, dejé que mi guardaespaldas me arruinara.

Una noche robada se convierte en obsesión.
La obsesión se convierte en posesión.

Ahora espero un hijo suyo.

Cuando mi padre descubra que su heredera ha sido reclamada por su propio soldado, no habrá escándalo.
Ni segundas oportunidades.
Solo una ejecución.

Falco está dispuesto a morir por mí.

Pero si el Don me obliga a elegir entre el imperio… y el hombre al que amo—

No elegiré la corona.
Elegiré la guerra.

Y reduciré su reino a cenizas para proteger al padre de mi bebé.

1

AERIN

Envidio a mi madre.

No pasa un solo día en el que no sea la viva imagen de la elegancia y la paz. Se desenvuelve con soltura en un mundo diseñado para aplastar a mujeres como nosotras, un mundo donde los hombres se alzan por encima de todo porque el poder fluye hacia ellos como si fuera su derecho de nacimiento y nada más importase.

Al observar cómo sus labios perfectamente perfilados se curvan en una sonrisa cálida y cortés hacia el camarero, noto que mi propia boca tiene un tic, como si fuera capaz de imitar una sonrisa tan perfecta.

Debería ser capaz. Al fin y al cabo soy su hija, pero en algún momento del camino perdí mi elegancia.

O quizá nunca la tuve, para empezar.

La sonrisa de mamá no flaquea mientras el camarero le rellena la copa de vino, pero sus ojos verdes se entrecierran cuando me pilla mirándola. El color de sus ojos parece ser lo único que he heredado de ella.

—Siéntate derecha, Aerin —murmura por la comisura de la boca —. Recuerda que nos están mirando.

¿Nos están mirando? ¿Quién?

Me cuesta creer que alguno de los comensales de las otras lujosas mesas que nos rodean se atreva siquiera a dedicarnos una mirada.

Los que mantienen la cabeza pegada al plato saben perfectamente quién es mi padre y saben que es mejor no mirar de reojo. Los que no, están demasiado envueltos en su propia arrogancia y en su mundillo como para que les importe.

Me enderezo ante su orden y me ajusto la parte delantera del vestido, intentando ocultar cómo la tela me aprieta en la cintura.

Quizá eso es lo que me falta.

Intentar imitar la elegancia de mamá fracasa al primer obstáculo porque ella está delgada como un palillo.

Traga saliva y todos los huesos del cuello y las clavículas sobresalen tan afilados como cuchillos.

Trago saliva yo y me sale papada.

Vuelvo a estar mirando. Ella me lanza una mirada fulminante, una última advertencia, y luego se gira hacia papá, que ha terminado cualquier conversación intensa e importante que estuviera manteniendo con su lugarteniente de confianza.

—Guido, cariño. ¿Nos vamos a quedar mucho más tiempo? —le dice batiendo las pestañas.

El rostro de papá pierde cada línea dura y arruga mientras le dedica una sonrisa que solo reserva para ella. —Pronto. Ni siquiera hemos tomado el postre todavía.

Mamá me mira por el rabillo del ojo. —¿Estás seguro?

La mandíbula de papá da un pequeño salto mientras aprieta los dientes brevemente. —Una hora más.

Los estudio a ambos, debatiendo a cuál se supone que debo emular. ¿A mamá, porque es la única otra mujer de la familia y a través de ella se supone que debo aprender mi lugar y cómo actuar? ¿O a papá, porque es el Don, el jefe de la familia, y hace seis semanas me nombró su heredera?

Una y otra vez espero a que la respuesta me golpee, pero nunca llega.

Unas risas brotan de una mesa cercana, distrayéndome de la conversación en voz baja que surge entre mis padres.

En la mesa de al lado, un hombre y una mujer ríen a carcajadas mientras sus tres hijos sueltan risitas y celebran la llegada de una tarta de chocolate de dos pisos cubierta de bengalas y velas.

—¡Esto es demasiado! —exclama la hija mayor. No debe de tener más de trece o catorce años.

Sus ojos, grandes como platos, reflejan el brillo de las bengalas mientras su rostro se ilumina e intenta apagar las velas bromeando.

Sus dos hermanos menores se empujan, peleándose por ver quién le hinca el diente primero.

Eso es una familia feliz.

Hace seis semanas cumplí veintiún años y la libertad que tanto ansiaba, la libertad que me dije que recibiría cuando *por fin* cumpliera los veintiuno, resultó ser otro candado en la jaula de oro de mi vida cuando mi padre me nombró su heredera.

Un movimiento que causó una conmoción en la familia porque ¿cómo podía haber pasado por alto a Giacomo, mi hermano mayor? Si alguien había nacido para liderar esta familia, era él.

—¿Aerin? —La voz aguda y baja de mamá me saca de mis pensamientos y me devuelve a la cena—. No te quedes mirando.

—No estaba mirando fijamente. Estaba admirándolos y pensando en que no me compraste una tarta de cumpleaños.

Ella arquea las cejas y me mira como si me acabara de salir una tercera cabeza; luego, sus ojos bajan brevemente por mi cuerpo. —Una tarta de cumpleaños no era lo que necesitabas, querida.

—Pero era mi cumpleaños. Los veintiuno. Ni siquiera lo celebraste conmigo.

—¿Qué hay que celebrar? —Coge mi mano y posa sus dedos finos como de pájaro sobre los míos—. Se te ha concedido el mayor regalo de todos.

—¿Y si no lo quiero?

En un instante, me quita la mano de la mesa y la pone en su regazo, obligándome a acercarme a ella para poder pegar esos labios perfectamente perfilados a mi oído. —Basta. No te atrevas a empezar con esas tonterías aquí —sisea con brusquedad—. Ni una palabra más sobre el tema, ¿me oyes?

—No es una tontería si yo...

—¡Basta! —Su voz sube lo justo para atraer algunas miradas curiosas de los lugartenientes que rodean la mesa.

Cuando se aparta de mí, vuelve a lucir esa sonrisa perfecta, pero el apretón en mi mano es lo bastante fuerte como para que se me forme un nudo en la garganta mientras el dolor crece. —Ahora, siéntate derecha y espera al postre. Eso debería animarte.

Sigo envidiándola. En un solo segundo, es capaz de hacerme sentir fatal mientras mantiene la fachada elegante que la caracteriza.

Odio estar aquí.

Siento el escozor de las ganas de llorar tras los ojos y retiro mi mano de un tirón, entrelazándolas en mi regazo y luchando contra el nudo que se agranda en mi garganta.

Se suponía que cumplir veintiuno sería diferente.

Se suponía que sería libre.

Se suponía que conseguiría todas las cosas con las que soñaba, como un coche, y la oportunidad de salir y divertirme como una mujer normal. En lugar de eso, sigo encadenada a esta prisión sin escapatoria.

—Hola, canija. —Una voz grave me acaricia de repente el oído y unas manos cálidas se posan en mis hombros—. ¿Me has echado de menos?

Al girarme despacio, el corazón me da un vuelco hasta la garganta y deshace ese nudo emocional al encontrarme cara a cara con mi hermano mayor.

Todo pensamiento sobre la elegancia y el refinamiento huye de mi mente mientras me levanto de un salto con un grito de alegría y le echo los brazos al cuello.

—¡Giacomo!

Él se ríe y me estrecha en un abrazo fuerte, dejándome sin aire durante unos largos segundos.

—¡Giacomo! —La voz alarmada de mamá sigue a mi entusiasmo —. ¡No me dijiste que vendrías! —Traducción: *no debería* haber venido.

—No pensé que tendría tiempo —responde Giacomo—. Pero me ha quedado un hueco y no podía dejar pasar la noche de la cena familiar, ¿verdad?

—Podías. —La sonrisa de mamá es de hielo—. Tenemos una cada mes y no contábamos contigo.

—Allegra. —La voz de advertencia de papá está cargada con la implicación de que no monte una escena. Aquí no. Es demasiado público. Aunque papá sea el dueño del local, no se sabe quién más está en la lista de invitados. Una discusión familiar hace que un hombre como mi padre parezca débil.

—Papá. —Giacomo finalmente me suelta del abrazo y yo jadeo, sonriendo de oreja a oreja.

—Giacomo. Te veo... bien.

Vuelvo a sentarme, estudiando a mi hermano mientras los dedos remilgados de mi madre dan tirones a mi vestido para alisar las arrugas que ha dejado el abrazo.

Giacomo tiene el mismo pelo castaño cobrizo que yo, pero mientras mis rizos son largos y me caen por la espalda, los suyos se amontonan en apretados tirabuzones sobre su cabeza.

Donde mi figura es redonda y entrada en carnes, él se parece a mamá, con un rostro demacrado, ojos grandes que brillan cuando sonríe y una sombra de barba oscura que palidece en comparación con la barba espesa y cerrada de papá.

—¿Te quedas? —le agarro la mano, desesperada por que diga que sí. Al crecer, Giacomo siempre ha sido mi ídolo.

Me consolaba cuando las reprimendas de mamá me hacían llorar, me leía cuentos cuando las amenazas contra papá ponían nuestra vida patas arriba y siempre volvía a casa con historias salvajes y emocionantes.

Historias que pensé que yo también viviría al cumplir veintiuno.

Giacomo puede ser libre. Sale a beber, va a fiestas, compite con coches y vive una *vida* que yo ansío desde la barrera. Cada vez que mamá me prohíbe algo, Giacomo está ahí fuera viviéndolo por mí y trayéndome los relatos de vuelta.

—No puede quedarse —dice mamá tajante—. No hay suficiente...

—Perdonen, ¿están usando esto? —Giacomo ya está en la mesa de la familia que celebra el cumpleaños, agarrando el respaldo de una silla vacía con ambas manos.

—No, en absoluto. —El hombre de la mesa sacude la cabeza.

Con un estrépito de patas y el roce de la madera contra el suelo, Giacomo arrastra la silla y la encaja entre mi guardaespaldas y yo, dejándose caer en el asiento con una sonrisa.

Esa sonrisa se ensancha cuando capta la mirada de mamá. —Llego a tiempo para el postre, ¿no?

Como siguiendo una señal, varios camareros aparecen alrededor de la mesa y sirven diversos postres a mis padres, a los seis generales de la mesa, a mi guardaespaldas y luego a mí.

Inmediatamente uso el tenedor para partir mi trozo de tarta de queso con cerezas en dos y le ofrezco la mitad a Giacomo.

—¡Aerin! —me regaña mamá con un siseo bajo, pero cualquier otra cosa que tuviera que decir se desvanece en un jadeo de indignación cuando Giacomo coge la mitad con la mano desnuda y le da un mordisco.

Suelto una carcajada, intentando ocultarla tras la mano, pero al final no sirve de nada.

Giacomo sigue dando mordiscos cómicamente grandes hasta que no queda nada más que migas y compota en sus dedos.

—Mamá te va a matar cuando lleguemos a casa —me río, ofreciéndole mi servilleta para que se limpie.

—¿Qué hay de nuevo? —suelta él con sorna mientras se limpia la palma—. Siento haberme perdido tu cumpleaños, canija.

Me encojo de hombros. —No pasa nada. Sé que habrías estado allí si hubieras podido. —Me muero de ganas de preguntar por qué no estuvo, pero preguntar eso lleva al doloroso tema de cómo papá ha pasado olímpicamente de Giacomo y me ha nombrado a mí su heredera.

Un tema que quiero evitar el mayor tiempo posible.

—Así que... —se lame los labios y apoya el codo en la mesa, clavando en mí una mirada relajada—. Eres la próxima *Donna*.

Mis ojos se agrandan. —Giacomo, lo siento...

—No. Sabía que esto pasaría mucho antes que tú.

—¿Ah, sí?

—Ventajas de ser el mayor. —Sonríe con suficiencia—. Siento que te haya caído esto encima, pequeña. No es nada justo.

—No lo quiero —susurro—. Papá ni siquiera me ha dicho por qué.

—Ya sabes cómo funciona. Siempre guardándose los ases en la manga. —Giacomo suspira profundamente—. Pero no importa porque voy a estar justo aquí. —Me da un toquecito suave con el dedo en el muslo—. Sabes que te guardo las espaldas, canija.

—Lo cambia todo. —El nudo vuelve a crecer en mi garganta. Pasé semanas contándole a Giacomo mis planes para cuando cumpliera veintiuno.

Quería que me llevara a los mejores clubes, que encontrara los mejores cócteles y bailar hasta que me sangraran los pies. Quería salir y hacer amigos, encontrar gente con la que compartir cosas, empezar a conducir e incluso ir al cine.

Todo eso estalló en el momento en que papá tomó su decisión.

—Al principio sí. —Giacomo asiente despacio, y su sonrisa se vuelve compasiva—. Pero lo decía en serio. Te voy a sacar por ahí y te lo voy a enseñar todo.

—Como si papá fuera a dejarte ahora. Ha triplicado mi seguridad desde mi cumpleaños. Tengo una *doncella* que me sigue ahora como un perrito faldero.

—¿Una doncella? —Sus cejas se disparan hacia arriba.

—Aunque creo que es una especie de soldado, porque le vi una pistola bajo las faldas cuando intentaba echarla de mi habitación.

—Ahhh. —Giacomo asiente con complicidad—. Seguridad encubierta diseñada para ser tu amiga.

—No quiero hablar más de eso. ¡Cuéntame dónde has estado! —Le agarro del brazo—. Eres literalmente mi única fuente de información de lo que pasa fuera de la finca.

Mientras Giacomo empieza a profundizar en su última conquista de copas y coches, un movimiento al final de la mesa me llama la atención.

Miro hacia allí durante un breve segundo, luego me quedo hipnotizada y, antes de darme cuenta, me quedo mirando fijamente.

Es guapo. No en el sentido tradicional de chico mono.

Me recuerda más a esas películas antiguas donde el ranchero curtido por el sol o el pirata maduro y sexy aparecen para salvar el día.

El hombre recorre lentamente el largo de la mesa, dando pasos lánguidos que casi hacen que parezca que flota al pasar.

Sus hombros anchos hacen que la camiseta verde oliva que lleva se tense sobre su pecho musculoso, sus brazos gruesos amenazan con reventar la tela por las costuras, y su espeso cabello negro brilla bajo la luz del restaurante debido a los mechones plateados en sus sienes.

Su rostro está muy bronceado, como el de un hombre que ha pasado demasiado tiempo al sol, a juzgar por lo curtido que parece, y las arrugas profundas a lo largo de su frente se mueven cuando llega junto al lugarteniente que está al lado de mi padre.

La voz de Giacomo sigue resonando de fondo mientras observo al extraño inclinarse y susurrar algo al oído del lugarteniente.

Deben de conocerle, ya que nadie ha reaccionado a su presencia, pero yo no le he visto nunca.

Pensé que conocía a todos los hombres autorizados para acercarse a mi padre. Claramente no.

—En fin —Giacomo suspira ruidosamente, sacándome de mi ensimismamiento—. Iba a llamarla, pero era el tipo equivocado de empalagosa, ¿sabes? Dicen que las chicas más rellenitas siempre están agradecidas por ese tipo de cosas, pero yo estaba...

—¡Serás imbécil! —Le doy un codazo fuerte en las costillas—. ¿Cómo puedes decir algo tan horrible?

Él suelta una carcajada al instante. —Sabía que no me estabas escuchando.

—¡Sí que te escuchaba!

—Que no. Ni siquiera me has mirado hasta que he empezado a soltar la mierda que odias. ¿Dónde te he perdido?

—Ehm... —Los recuerdos de nuestra conversación no llegan.

Detrás de la cabeza de Giacomo, veo cómo el padre de la mesa del cumpleaños se levanta de repente de su asiento, saca un Uzi de la espalda y abre fuego contra nuestra mesa.

Se mueve a cámara lenta, con la boca muy abierta mientras grita. Cada fogonazo del arma me ciega mientras las balas de fuego rápido vuelan hacia nuestra mesa.

Las copas estallan en miles de pedazos, las flores quedan hechas jirones, los platos se agrietan y se parten, y todos los hombres del lado opuesto de la mesa son alcanzados al instante.

—¡Aerin! —Giacomo grita mi nombre, pero las palabras me llegan tan despacio que apenas le oigo.

Una mano me agarra por el brazo y me saca de la silla, alejándome de la mesa.

Cuando las patas de la silla se me enganchan en los tobillos, tropiezo y grito, lanzando la otra mano para intentar frenar mi caída.

Veo de reojo a papá lanzándose sobre mamá y a los dos cayendo al suelo, fuera de mi vista.

Giacomo me tira hacia atrás, manteniéndome erguida incluso mientras tropiezo; luego se pone delante de mí con ambas manos apretando mis brazos de forma dolorosa.

—¡Corre, Aerin! —me grita a la cara—. ¡Corre!

Me empuja para que me aleje y saca su pistola de la cadera, apuntando al maníaco de la mesa y abriendo fuego mientras nuestros guardias pululan por las mesas, placando a la mujer del pistolero mientras ella lucha por sacar su propia arma.

No puedo moverme.

Cada estallido violento de los disparos me hace estremecer, todo el restaurante grita y brama, se inicia un fuego en una mesa donde las velas han sido derribadas por las balas, y el aire se inunda con el olor a pólvora y sangre.

La gente corre y se dispersa en todas direcciones, y los veo escabullirse hasta que el hombro de alguien choca con fuerza contra mí, haciéndome girar y perdiendo el equilibrio por poco.

Al estabilizarme, me encuentro cara a cara con una pistola negra, y el corazón se me paraliza en el pecho.

Detrás del arma está la niña de catorce años que acaba de apagar las velas, con el rostro completamente desprovisto de emoción y los ojos oscuros.

—¡Espera! —Es lo único que se me ocurre decir, pero ella se limita a levantar el arma más arriba, apuntándome al pecho.

En el mismo segundo en que el arma se dispara, alguien me agarra y me hace girar tan rápido que se me revuelve el estómago y

la cabeza me da un latigazo lateral, enviando una agonía que me baja por el cuello.

La fuerza hace que se desprenda la horquilla de mi pelo, dejando que mis rizos caigan en cascada sobre mi cara, pero a través de los mechones, lo veo.

Estoy cara a cara con él, a apenas un centímetro de distancia.

El hombre maduro, bronceado por el sol, con los ojos tan dorados como la luz de la mañana. De alguna manera, se ha interpuesto entre esa chica y yo.

Su rostro endurecido se deshace en puro dolor.

Tropieza hacia delante y sus labios se entreabren, pero no sale nada excepto una palabra ladrada con total urgencia.

—*Corre*.

Sus manos se sueltan de mis brazos y se desploma boca abajo en el suelo frente a mí.

La sangre se extiende por la parte baja de la espalda de su camiseta, expandiéndose tan rápido que el rojo engulle rápidamente todo el verde.

Apenas tengo tiempo de respirar antes de que los guardias de mi padre me arrastren como un río que atrapa una rama y me alejen de él.

Se gritan unos a otros, el tiroteo continúa como palomitas en el microondas, y la voz de mi padre truena furiosa por el aire.

Pero no aparto la vista.

Él me ha salvado la vida.

Y ni siquiera sé su nombre.

2

FALCO

—Déjame ver —el médico de la familia Paramatti me da unos golpecitos en el brazo desnudo y señala hacia arriba con el bolígrafo que sostiene en la otra mano—. Levanta los dos.

Obedezco.

Soportar el dolor durante un examen médico es fácil. Familiar.

Innumerables médicos han pasado incontables horas atendiendo y catalogando el mosaico de cicatrices que decoran mi cuerpo; cada una es un recuerdo que preferiría olvidar.

La cruel jugada de la vida es que las recuerdo todas y cada una de ellas.

—¿Sientes tirantez? —su mano fría presiona mi flanco izquierdo.

Me muerdo con fuerza el interior de la mejilla, luchando contra el instinto de retroceder.—No.

—¿Me lo dirías si la sintieras?

—No.

El médico suelta una risa suave y carente de humor.—Lo imaginaba. Aunque no acabo de entender cómo alguien aquí cree que puede hacer su trabajo eficazmente mintiéndome. Suelo mantener a esa gente fuera de servicio durante mucho más tiempo.

—Yo no trabajo por aquí.

—¿Ah, no? —la mano del médico se desliza más cerca de la herida de bala en proceso de curación de mi espalda—. No te estaría atendiendo si no fuera así.

No respondo. No hay necesidad de dar información innecesaria.

Técnicamente, no trabajo «por aquí» porque mi labor para los Paramatti se desarrolla fuera de la finca.

Solo soy un matón que trabaja para un teniente que trabaja para un general que trabaja para Don Guido Paramatti. El rastro es largo y, por lo tanto, no es nada.

Hago mi trabajo. Me voy a casa. Eso es todo.

—Es una deuda, nada más.

Tras presionar alrededor de mis heridas que van sanando, el médico retrocede y anota algo en el bloc que tiene cerca.—Una deuda considerable, dirían algunos. Recibir una bala por la única hija del Don es un acto significativo.

—Cualquiera habría hecho lo mismo. Es para lo que nos pagan —me he repetido eso mismo cada noche de la semana transcurrida desde el tiroteo en el restaurante, cuando el sueño se me escapa y lo único en lo que puedo pensar es en el pánico de su rostro surcado por las lágrimas y en la forma en que su cabello pelirrojo caía sobre sus hombros en amplias ondas.

Es lo único que veo.

Sus ojos verdes, muy abiertos y llenos de terror. Sus labios rojos y carnosos abiertos por la sorpresa. Las lágrimas emborronando su rímel por toda la cara.

Cada vez que cierro los ojos, es lo único que veo. El dolor de recibir un disparo es algo secundario comparado con lo que vi en ella en aquel momento.

—¿De verdad? —el médico chasquea la lengua—. Estás curando bien. Algo que estarás harto de oír, estoy seguro. Sigue tomando los antibióticos y haz ejercicio con precaución. Si experimentas tirantez, un mal movimiento podría desgarrar los puntos. Tienes suerte de que la bala no haya tocado nada importante.

—Nunca lo hacen.

El médico suelta una risita—. Bueno, para ser un hombre que parece completamente aburrido de toda esta situación, puedes irte,

pero tienes que pasarte por la planta de arriba antes de marcharte.

Me bajo de la camilla y cojo mi camiseta negra de la silla.—¿Arriba?

—Ajá —el médico se quita los guantes con un chasquido seco—. El Don quiere verte.

Estoy en problemas.

Seguro.

Don Guido nunca dedicaría un pensamiento a un matón como yo a menos que hubiera hecho algo realmente terrible.

Lo vi una vez después del tiroteo, cuando me dio las gracias, no con demasiadas palabras, por salvar a su hija.

Me dijo que recibiría los mejores cuidados y eso fue todo.

Situación resuelta.

Entonces, ¿por qué quiere verme?

Tras salir del pabellón médico situado en el ala este de la mansión Paramatti, subo las tres plantas por la gigantesca escalera central hasta el despacho del Don.

Ni un solo guardia me detiene, pero todos me vigilan como halcones mientras asciendo, y dos me siguen desde lo alto de la escalera por el pasillo hacia las gigantescas puertas dobles de caoba del fondo.

Mientras camino, repaso mentalmente todo lo que he hecho estas últimas semanas. Interrumpir la cena familiar es un error garrafal, todo el mundo lo sabe, pero mi teniente tenía el teléfono apagado y sin su visto bueno no habríamos podido organizar setenta y tres cajas de producto a tiempo para alcanzar el barco antes de que zarpara.

En aquel momento, una reprimenda por interrumpir la cena parecía un riesgo más seguro que perder la vida por faltar a una entrega de tal magnitud.

¿Tomé la decisión equivocada?

Llego a la puerta y levanto el puño para llamar, pero antes de que pueda tocar la madera, otro guardia sale disparado del pasillo lateral y llama a la puerta por mí.

Pasan varios segundos y entonces una voz potente truena desde el interior.—Adelante.

El guardia me abre la puerta y me indica que pase sin decir palabra.

Con la barbilla alta, paso por delante de vitrinas llenas de objetos detallados y ornamentados que valen más que mi vida, una estatua de mármol tallado de una mujer griega desnuda y varias librerías repletas de volúmenes que parecen no haber sido abiertos en décadas.

Don Guido Paramatti está sentado tras un escritorio casi tan ancho como el despacho, con un fondo de tres grandes ventanales con vistas a los extensos jardines y bosques que rodean la finca.

A simple vista, es un lugar insensato para que se siente un hombre tan poderoso, pero lo respeto.

Seguro que el cristal está reforzado al máximo nivel, y está demostrando al mundo y a sus enemigos que es intocable.

Me detengo a treinta centímetros de su escritorio, con las manos entrelazadas en la base de la espalda y las piernas ligeramente abiertas en una postura de respeto.

—Señor.

Guido no levanta la vista al principio.

Está absorto en algo en el monitor de su ordenador.

El reflejo en el cristal está distorsionado, como si intentaras leer algo escrito en una piedra al fondo de un río caudaloso.

Otra sutil precaución de las que usa Guido.

Unos clics después, se encara conmigo con ambas manos sobre el escritorio.—Eres Falco Tierney, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Salvaste la vida de mi hija.

—Solo cumplía con mi deber, señor.

—Ah —Guido levanta una mano y me señala—. Pero ese no era tu deber.

—No, señor. Mis disculpas si me extralimité, señor.

La mandíbula de Guido se mueve de un lado a otro, haciendo que su barba se agite como si buscara algo atrapado en sus muelas de atrás—. Me han dicho que tienes formación militar.

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo?

—Casi dos décadas.

Guido silva suavemente.—Yo mismo serví una temporada. Mi padre pensó que me curtiría. Dos décadas. Es impresionante. Tienes agallas.

Paso la punta de la lengua por mis dientes superiores mientras habla. La muevo de un lado a otro, esperando la inevitable reprimenda.

—Si te llevara a la mazmorra, ¿cuánto tardaría en sacarte todos los detalles de tus misiones?

—No lo lograría, señor.

—¿Que no lo lograría? —Guido se levanta de su silla—. ¿No me dirías lo que exijo saber?

Nuestras miradas se cruzan.—No, señor.

—Todo el mundo tiene un límite.

—La muerte es mi límite, señor.

De repente, Guido se ríe y vuelve a sentarse.—He hablado con tu teniente. Me ha dicho que has sido el mejor ejecutor que ha tenido en estos últimos tres años porque eres como un robot. Te despiertas, haces tu trabajo y te vas a la cama. No hay nada más.

—No, señor. Nada más.

—Y sin embargo te lanzaste delante de mi hija. ¿Por qué?

Por primera vez, dudo. No tengo una razón de peso que ofrecer sobre por qué hice lo que hice. La vi y la ayudé. No hay más.

—Mi teniente me dejó claro cuando obtuve mi puesto con él que nada ni nadie es más importante que la supervivencia de la familia Paramatti. Vi que una situación se torcía e intervine.

—¿Eso es todo? ¿Es la única razón?

Asiento.

—Vosotros los militares... nunca os entiendo. Es como si os quemaran toda la humanidad. He librado mi buena dosis de batallas, pero conservo mi alma. ¿Pero tú? —Entorna los ojos—. ¿Dónde está tu alma?

No hay respuesta. Lo que queda de mi alma está probablemente en la calle del último país en el que serví, desechada en la suciedad.

—Hablaré claro —Guido apoya el codo en el escritorio y entrelaza los dedos—. Lo que pasó la semana pasada no debería haber

ocurrido nunca. Es lo más cerca que alguien ha estado de mi familia en años. Cuando descubra quién ha sido, no pararé hasta borrar rastro de su existencia —la ira impregna sus palabras—. Pero esto me ha puesto en una posición precaria y necesito a alguien que vigile a mi hija. Un ojo que no se distraiga. Un ojo que no dude en dar su vida para protegerla, ¿me entiendes?

Lo entiendo. Me están ascendiendo de ejecutor a guardaespaldas personal. Asiento lentamente.

—La necesito a salvo. Es mi hija y mi heredera, ¿entiendes? Necesito que seas su sombra, su confidente y su protector hasta que solucione esta situación y acabe con el culpable. No puedo prescindir de nadie más y, dadas tus acciones y tu historial, estás más que cualificado.

—Si eso es lo que necesita, señor, estaré encantado de hacerlo.

Guido se pone de pie.—Entonces júralo. Jura tu lealtad a mí, el Don del Imperio Paramatti. Jura que servirás a mis intereses y solo a los míos. Protegerás a mi hija de todo y de todos los que intenten dañarla, de cualquier mirada indiscreta que amenace con mancillarla y arruinarla, e incluso de sí misma. Trabajas para mí. Me eres leal a *mí*, ¿entendido? Su protección es tu única tarea, y no me importa cuánto se queje o intente persuadirte. Júralo.

—Juro por mi vida y mi deber que protegeré a su hija hasta el límite de mis capacidades y según el estándar que usted dicte. Nada ni nadie anulará esas órdenes. Mi lealtad y mi vida son suyas, Guido Paramatti.

—Desvíate aunque sea un poco y haré que te ejecuten. Si ella sufre algún daño, haré que te ejecuten. Su vida es la que debes proteger, y tu vida está ahora en sus manos. ¿Entendido?

—Sí, señor —al final, me da lo mismo.

Un trabajo es un trabajo.

Jurar lealtad a un capo de la mafia no es diferente a jurar lealtad a una bandera y a un país que me envió al infierno durante casi dos décadas. Mi vida carece de sentido.

Solo estoy aquí para existir hasta que se me acabe el tiempo.

—Bien —Guido suspira profundamente como si un peso se hubiera esfumado de sus hombros—. Deberías ir a presentarte.

—Entendido. Gracias, señor.

—Ajá —me despide con un gesto de la mano y vuelve a su ordenador mientras me retiro.

Aerin está ocupada en la segunda planta de la mansión, sentada a medias con las piernas cruzadas en medio de la sala de arte cuando entro.

Está rodeada de botes de pintura, pinceles y varios vasos de agua turbia, sentada con una pierna estirada y equilibrando el lienzo en el que estaba trabajando.

Hay muy poco detalle, solo manchas de pintura en varios lugares y una amplia línea amarilla que cruza el centro.

—¿Aerin?

—¿Ajá? —No me mira, distraída por una serie de mensajes que parpadean en su teléfono.

—Soy Falco. He sido asignado como tu nuevo guardaespaldas personal, lo que significa que a partir de ahora, nada de lo que pase en tu vida sucederá sin mi consentimiento.

La cabeza de Aerin se levanta bruscamente y el moño suelto que llevaba en lo alto se desprende y le cae sobre la nuca.—¿Perdón?

—Creo que he sido claro.

—¿Claro? —me mira con la boca abierta. Unas motas de pintura salpican su mejilla, arrugándose mientras entorna los ojos—. ¿Quién te crees que eres?

—Falco.

—Evidentemente, eso ya lo he oído. Debe de haber algún error. Papá no me pondría a un viejo para cuidarme. No podrías seguirme el ritmo.

¿Es que no me reconoce del restaurante? Creo que he hecho más que suficiente para demostrar que puedo seguir el ritmo.—Independientemente de lo que pienses, estas son las órdenes que he recibido.

Ella entorna más los ojos y deja a un lado su pintura mientras se levanta.—No.

—¿No?

—¿No sabes lo que significa? No *quiero* un guardaespaldas personal. Ya es bastante malo que tenga a esa criada siguiéndome

constantemente, y que me asignen guardaespaldas cuando salgo. No necesito a nadie más además de eso, y menos para ir a todas partes.

—Es lo que hay.

—¿Es lo que hay? —la ira asoma en sus suaves facciones—. ¿Has olvidado con quién estás hablando?

—Tu padre dejó perfectamente claro cuál es mi función. Después de lo que pasó en el restaurante, su atención está desviada a otro lugar. Mientras tanto, quiere asegurarse de que no te pase nada. Yo me voy a asegurar de que *no* te pase nada.

—Dios mío —gime Aerin y se pasa una mano manchada por la cara hasta el pelo—. Esto no puede estar pasando.

—Está pasando. Para hacer mi trabajo con eficacia, necesitaré acceso a tu lista de contactos para poder investigar a todo aquel con quien te relaciones. También necesitaré una copia de tu rutina diaria. De ahora en adelante, no hablarás con nadie desconocido a menos que yo lo autorice, no irás a ningún sitio sin que yo lo haya inspeccionado previamente, y no llamarás ni enviarás mensajes de texto sin informarme de con quién estás en contacto. También necesitaré una lista de todas tus necesidades dietéticas, tus amigos y cualquier ex que no se haya dado por aludido.

—¡A la mierda! —se mofa Aerin—. ¡No puedes presentarte aquí y exigir cada detalle de mi vida! —Acercándose a mí, me da un fuerte empujón en el pecho con el dedo, pero el pinchazo de su uña apenas se siente. Me fulmina con la mirada con la cabeza echada hacia atrás—. No puedes impedirme hacer lo que quiera. Mi hermano me va a sacar esta noche y no me lo vas a impedir.

—No, no lo hará.

—¿Qué?

—No vas a ir a ninguna parte.

—¿Qué pasa, vas a impedírmelo?

—Sí. No conozco a tu hermano. Aunque por extensión es probable que sea de fiar, es un aviso con muy poco tiempo para que yo investigue los lugares que podríais visitar y me asegure de que sean seguros.

—¿Seguros? Yo... no, no puedes impedirme ver a mi propio hermano. ¡Actúas como si fuera una especie de prisionera!

—No eres una prisionera —afirmo con calma—. Pero tu padre dejó perfectamente claro lo que espera de mí.

—¿Mi *padre*? —De repente, Aerin intenta pasar por mi lado de un empujón, pero no tiene fuerza suficiente para moverme.

Esto alimenta su frustración mientras me rodea dando pisotones. La sigo hasta la tercera planta, donde nos tropezamos con Guido en el pasillo, y no parece muy complacido de que Aerin lo aborde.

—¡Papá, esto no es justo! ¡Actúas como si lo que pasó la semana pasada fuera culpa mía! ¿Qué significa que ahora tengo que tener a esta estúpida sombra?

—Aerin, muestra algo de respeto. Este hombre te salvó la vida —responde Guido con brusquedad.

—¡Lo sé! Si le doy las gracias, ¿harás que se vaya?

—Esto no es un castigo, Aerin. Te quiero a salvo.

—¡Pues lo parece! Me dice que necesita saber quiénes son todos en mi vida, adónde voy, qué hago. ¡Ni siquiera me deja salir esta noche con Giacomo, y tú ya habías dicho que podía!

Los ojos de Guido se clavan en los míos.

—He dicho que no porque todavía no he investigado a la gente con la que se junta Giacomo ni he asegurado los lugares que podrían visitar. Dados los peligros potenciales y el escaso margen de tiempo, no es la opción más sensata —explico rápidamente.

—¿Ves? —se queja Aerin, agarrándose al brazo de su padre—. ¡Me estás convirtiendo en una prisionera!

Para mi sorpresa, Guido se ríe y acuna la mejilla de su hija—. Esto es bueno, Aerin. Él te mantiene a salvo. Sé que ahora no lo entiendes, pero dentro de unos años me lo agradecerás. Ya era hora de que alguien te tratara con mano dura.

—¿Mano dura? ¿Cuándo ha habido algo que *no* fuera mano dura? —jadea ella, apartando la cabeza de su mano.

Guido no responde. Se limita a sonreírle y sigue caminando por el pasillo.

—No voy a permitir que esto ocurra —espeta Aerin furiosa—. No soy una muñeca a la que se pueda encerrar. Solo porque me

salvaras la vida, lo cual te agradezco o lo que sea, ¡no te da derecho a venir de repente y tomar las riendas de mi vida! No necesito más protección.

—Los acontecimientos de la semana pasada sugieren lo contrario.

Ella entorna los ojos hasta dejarlos como rendijas—. Dios, sois todos iguales. Te odio.

—Ódiame todo lo que quieras; no me afectará. Tu vida es ahora mi misión, lo que significa que todo, absolutamente todo, pasa por mí.

3

AERIN

Lo odio.

Falco no bromeaba cuando dijo que cada aspecto de mi vida pasaría por él.

Mi privacidad parece ser cosa del pasado.

El primer día lo pillé descargando todos mis contactos en su teléfono para poder tenerlos controlados, y la vergüenza de que solo hubiera siete alimentó mi ira hacia él.

Me pidió cuatro veces los números de mis amigos hasta que le entró en la cabeza que no tenía ninguno.

Fue humillante.

Al día siguiente, lo encontré descargando los datos del GPS del coche en el que siempre me llevan para poder trazar cada lugar en el que he estado en los últimos dos años.

Me deleité burlándome de él por eso, ya que las únicas veces que se me permite salir de la finca es para alguna función familiar, un evento o para ir a por comida para llevar con mi hermano de vez en cuando.

Al tercer día, me acribilló a preguntas sobre mis hábitos con la bebida y más cosas.

Al principio le mentí a su estúpida y guapa cara, diciéndole que bebía hasta que no podía ni andar y que me pinchaba cualquier

droga del mercado que pudiera conseguir.

Tuve que retractarme en cuanto me di cuenta de que aquello le traería muchos problemas a Giacomo.

Bajo las sonrisas discretas y las palabras de elogio que mi padre le dedica a Giacomo, yo veo la verdad.

No me nombraron heredera porque yo sea más capaz que mi hermano, ni porque crean que tener a una dona al mando los hará destacar.

Lo hicieron porque Giacomo se perdió.

La bebida y las drogas se convirtieron en su salvavidas y, aunque todo el mundo se niega a contarme la historia completa, estoy bastante segura de que estuvimos a punto de perderlo.

Hiciera lo que hiciese, aquello alimentaba su exceso de protección sobre mí, lo que a su vez no hacía más que avivar mi deseo constante de escapar de esta casa, de esta vida, y ser libre en otro lugar.

Falco deja de interrogarme para obtener información al cuarto día y se resigna a convertirse en mi sombra.

Incapaz de quitármelo de encima, me vuelco en intentar que se sienta incómodo.

Un día de spa con mamá, con manicura y peluquería incluidas.

Un día entero de compras de ropa.

Horas y horas en el salón para que me vuelvan a peinar hasta que me arde el cuero cabelludo. Incluso horas en el gimnasio intentando perder los kilos que mamá me señala sin falta.

Nada de eso afecta a Falco.

No flaquea.

Ni siquiera parpadea.

Es como si una parte de él hubiera pasado a un estado robótico y silencioso que solo se activa cuando le hago una pregunta directa o cuando alguien se acerca demasiado a mí para su gusto.

Resultaría sexy si no fuera completamente asfixiante.

Hasta que un día Giacomo se pasa por aquí y se tumba dramáticamente en mi cama.

Estoy sentada ante mi escritorio, examinando catálogos *en línea* mientras intento que parezca que tengo contacto con el mundo

exterior por el que Falco debería preocuparse, pero él ya se conoce mis juegos.

Se queda justo fuera; veo la mitad de su cuerpo mientras se apoya en el marco de la puerta y observa el pasillo como si esperara que una amenaza fuera a saltar en cualquier segundo.

—Así que —Giacomo me sonríe, agarrando el elefantito de peluche que está junto a mi almohada—, ¿aún duermes con este tipo?

—¡Oye! —Me levanto rápidamente e intento arrebatarle a Henrietta a mi hermano, pero él es demasiado rápido y la mantiene fuera de mi alcance.

—Venga, Aerin. Ya tienes veintiún años. No pueden pillarte durmiendo con peluches.

—¡Devuélvemela! —Me lanzo una vez más, pero Giacomo es muy ágil y se aparta mientras yo caigo sobre la cama—. Y no me siento como si tuviera veintiuno.

Riendo, se detiene cerca de mi cómoda y la sostiene en alto con una mano. —¿A qué te refieres?

Al sentarme, me encojo de hombros. —No lo sé. No importa.

—¿Qué? Claro que importa —en un instante, está a mi lado volviendo a dejar a Henrietta en mi regazo—, ¿qué te pasa?

Abrazándola con fuerza, jugueteo con una oreja de elefante, flácida y muy sobada, y lo miro. —No sé cómo explicarlo. Es como si... como si yo me hubiera detenido. Solo yo. Y todo lo demás hubiera avanzado sin mí. No me siento de veintiuno. No me siento como una adulta ni como una mujer. Me siento exactamente igual que a los dieciocho, o a los dieciséis. Deseaba tanto que las cosas fueran diferentes a los veintiuno porque a los veintiuno recuperas tu vida. Y yo solo tengo... —Frustrada, miro más allá de Giacomo y fulmino con la mirada la espalda de Falco—. Tengo una sombra robótica y más reglas de las que he tenido jamás.

Giacomo sigue mi mirada y hace una mueca. —Ah. Él. Papá me dijo que era un exmarine o algo así. ¿Te está dando problemas?

—¡Sí! —respondo de inmediato, pero luego se me hace un nudo en el estómago y niego con la cabeza—. Es decir... en realidad no. Solo sigue las órdenes de papá como todos los demás aquí.

—Por él no viniste a cenar conmigo la semana pasada, ¿verdad?

Asiento con la cabeza. —Lo siento.

Él se encoge de hombros. —No te preocupes por eso, renacuaja. Escucha. —Bajando la voz, se inclina y juguetea con la otra oreja de Henrietta—. Sé cómo te sientes. Créeme, yo estuve ahí. También pensé que todo mejoraría cuando cumpliera los treinta, y aquí estoy. —Resopla suavemente—. Pero puedo darte algo que yo nunca tuve.

—¿El qué?

—¡A mí! —Giacomo se incorpora—. Escucha... elige tu mejor vestido, péinate y asegúrate de comer algo porque voy a sacarte esta noche. Te llevaré a mi club favorito, ¿vale? Es el *mejor* lugar del mundo. Nos lo pasaremos de miedo, lo prometo.

Mi corazón empieza a acelerarse ante la perspectiva de salir de aquí y hacer algo normal, pero en cuanto mi mente acepta la posibilidad de divertirme, se me viene el alma a los pies. —Papá dirá que no. Ya sabes que lo hará.

—Seguro. —Giacomo sonríe con picardía—. Pero mamá no lo hará. La tengo en el bote.

—¿De verdad? —Lo empujo ligeramente con el hombro—. No me ilusiones. Por favor.

—Confía en mí. —Le da un toque a la oreja del elefante con el dedo y se levanta—. Prepárate.

Mi corazón late cada vez más rápido, pero aunque una burbuja de emoción se hincha en mi pecho, se detiene cuando la mano de Falco sale disparada como un rayo para agarrar el brazo de Giacomo cuando este pasa por su lado.

—Nombre del club —espeta Falco.

Mi hermano retira su brazo bruscamente del agarre de Falco. —Tú no estás invitado.

—Voy adonde vaya ella —comenta Falco secamente—. Y ella no va si yo no conozco el lugar.

Giacomo me mira. Aunque mi irritación por Falco es fuerte, mi deseo de salir y ser normal es mucho mayor. Junto las manos y suplico en silencio.

Él suspira y se ajusta la camisa. —Se llama Syrup. ¿Lo conoces?

Falco asiente una sola vez. —Bien.

~

SYRUP RECIBE su nombre de los gigantescos pilares luminosos repartidos por el club, inundados con algún tipo de líquido que se mueve lentamente.

Las burbujas suben y bajan dentro de los pilares, enviando destellos de luz a través de las caras de todos los que llenan la pista de baile.

La música suena tan fuerte que me duelen las muelas del juicio, y me aferro con fuerza al brazo de Giacomo mientras nos abre paso sin esfuerzo entre la multitud hacia la barra.

No puedo creer que esté aquí.

Estoy *realmente* aquí. Cómo ha conseguido convencer a mamá es un misterio, teniendo en cuenta lo a menudo que ella murmura que él es una mala influencia.

Llevo un vestido plateado lo bastante suelto como para ocultar mis michelines y curvas, con el pelo recogido en lo alto, el maquillaje lo más impecable posible y tanto perfume que hasta Falco ha tenido que aclararse la garganta al pasar yo por su lado.

Estoy en el séptimo cielo.

Este lugar supera mi imaginación y es mejor que cualquier cosa que haya visto por internet.

La pista de baile es un óvalo con la barra justo en el medio, llena de luces de colores, carteles de neón parpadeantes y varios cientos de serpentinas plateadas que cuelgan del estante superior de botellas caras.

He perdido la cuenta de las mujeres sexis y los hombres guapos que han pasado fugazmente a mi lado con los ojos brillantes y sonrisas de borracho.

El aire está cargado con el humo de una máquina y con el aroma de innumerables perfumes y alcoholes que chocan entre sí en un olor que me pica ligeramente en la nariz.

No me quejo.

—¡Hank! —grita Giacomo a alguien cuando llegamos a la barra—. ¡Hank!

Al apoyar las manos en la superficie lisa, el bolso se me resbala del hombro y se me queda enganchado en el hueco del codo.

Una mano cálida me roza el brazo desnudo y levanto la vista para encontrarme con la mirada dorada de Falco.

—No lo pierdas —dice severamente mientras vuelve a colocarme el bolso en el hombro.

Me lo quito de encima con un gesto de hombros y le espeto: —Déjame en paz. Lo último que necesito es tenerte rondando por aquí.

Falco no responde, pero se aleja un poco más por la barra.

Cuando se apoya en ella, los músculos de sus brazos se tensan contra la tela de su camisa casi negra, y su pelo oscuro brilla como la plata líquida gracias a las potentes luces de la barra.

Por un momento, parece casi humano y me da un vuelco el corazón.

Qué irónico que el único hombre que me ha prestado algo de atención sea un hombre al que mi padre paga. Resulta casi doloroso pensarlo.

—¿Giacomo? —Un hombre bronceado y sin camiseta se nos acerca desde el otro lado de la barra, metiéndose un trapo en sus pantalones blancos y sonriendo—, no te veía por aquí desde hace un siglo.

—¡Ha pasado tiempo! —Giacomo estrecha la mano extendida de Hank y se inclina sobre la barra para darle medio abrazo—, Hank, esta es mi hermana, Aerin.

Hank me mira y sonríe cortésmente, apenas capaz de ocultar en sus ojos el brillo que siempre veo cuando mi hermano y yo estamos juntos.

Giacomo es delgado, tiene el pelo más corto y una cara de guapo juvenil.

Aunque mi peso hace que siga pareciendo joven, suele ser la redondez de mi cara lo que hace que la gente me mire de esa forma específica, como si tuviera sentido que fuera la hermana de Giacomo porque, si no, ¿por qué iba a estar él conmigo?

Desde cenas caras, galas y fiestas benéficas hasta aquí. La mirada es exactamente la misma.

Hay cosas que nunca cambian.

—Encantado de conocerte —dice Hank en voz alta—, ¿a qué se debe la ocasión?

—¡Estamos celebrando su cumpleaños! —grita Giacomo—. ¡Así que tráeme la bebida más dulce que tengas!

De repente, estamos rodeados de gente.

—¿Es tu cumpleaños?

—¡Feliz cumpleaños!

—¡Dios mío, me encanta tu vestido!

—¡Deja que te invite a una copa!

—¿Eres la hermana de Giacomo? ¡Qué monada!

Hay tantas personas que no logro distinguir quién dice qué, pero antes de que haya podido siquiera saludar a la repentina muchedumbre que me rodea, Hank deja un vaso frente a mí.

El contenido parece hielo rojo triturado, con una rodaja de fresa en el borde del vaso y una pequeña bengala.

—Invita la casa, ya que es tu cumpleaños —Hank sonríe.

Busco a Giacomo con la mirada en busca de apoyo, ya que la repentina atención y el ruido se vuelven abrumadores, pero él me agarra la mano y me aprieta el vaso.

—¡Bebe! Sabe bien, te lo prometo.

Realmente es así. El primer sorbo ni siquiera sabe a alcohol. Es como si estuviera bebiendo un granizado de fresa. Al tercer sorbo, me inclino hacia Hank. —¿Esto lleva alcohol?

Estallan risas a mi alrededor y una punzada de nerviosismo me recorre las entrañas, pero cuanto más bebo, menos importa esa sensación.

Para cuando me he terminado la bebida, Giacomo me ha puesto otra en la mano y él tiene un vaso de whisky en la suya.

—¡Feliz cumpleaños atrasado! —grita ante los vítores del pequeño grupo que nos rodea.

—Deberías pedir champán —dice una voz a mi lado.

—¡Es verdad! ¡Es la forma perfecta de celebrarlo! —exclama otro.

—¿Debería? —Me giro hacia Giacomo, pero en el lugar donde estaba mi hermano hay un desconocido, un hombre que asiente rápidamente.

—Deberías —sonríe.

—¿Gia? —Vuelvo a girarme, buscándolo entre la multitud, pero se ha esfumado. La única persona que veo es a Falco, que desentona como un pulpo en un garaje apoyado en la barra, tomando un vaso de agua mientras me vigila como un halcón.

Se me calientan las mejillas.

Qué patética debo de parecerle.

Veintiún años, sin amigos en el móvil, sin nadie con quien hablar o salir, prisionera en mi propia casa y necesitando que mi hermano mayor use su magia solo para poder salir.

Ya verá.

—¡Champán! —le grito a Hank—. ¡Champán para todos!

Dos horas más tarde, he perdido la cuenta de las deliciosas bebidas y chupitos con los que me han agasajado.

La música está tan alta que no distingo los latidos de mi propio corazón del retumbar de los bajos, y las personas que me rodean se han convertido en mis mejores amigos.

Me duele el costado de tanto reír, y me apoyo en la mujer que tengo al lado, que rompe a reír suavemente.

—Ojalá te hubiera traído aquí antes, Aerin —dice—. ¡Eres un encanto!

—¿A que sí? —dice un hombre—. Oye, ¿quieres salir de aquí?

—¡Claro! —La mujer se aferra a su brazo y se aleja, pero, justo cuando mi acelerado corazón empieza a hundirse, ella se da la vuelta y me coge de la mano—. ¿Vienes?

Niego ligeramente con la cabeza, luchando por enfocar la vista a través de la neblina del club. —¿Adónde vamos?

—¡Adonde queramos! —ríe la pareja.

—Ah, ¿nos vamos? —pregunta otro miembro del grupo cuyo nombre he olvidado—. ¡Deberíamos ir al Spice, al final de la manzana!

—Uf, me encanta el Spice —dice otra voz a mis espaldas.

—Venga, Aerin —dice la primera mujer, todavía con la mano en la mía—. ¡Ven con nosotros!

La poca duda que tengo sobre marcharme se desvanece ante la repentina ola de calidez que me produce la aceptación de esta gente

y asiento rápidamente. —¡Quiero ir!

—¿Pero? —La mujer se inclina hacia mí—. ¿Qué pasa? ¿Tienes hora de llegada?

Puede que sea mi imaginación, pero casi suena como si se burlara de mí. —No —digo con indignación mientras su peso sobre mí hace que me apoye en la barra—. Es solo que tengo una sombra, eso es todo.

—¡Ah, eso no es nada! —carcajea y me tira de la mano—. Vamos. ¡Tu sombra no va a saber ni por dónde le han venido los golpes!

4

FALCO

No puedo quitarle los ojos de encima.

Por obligación y por un creciente deseo personal que ha ido surgiendo durante la última semana que hemos pasado juntos.

Vivo mi vida en el filo de la navaja.

Trabajar para los Paramatti como ejecutor me dio una vía de escape para la rabia y la frustración contenidas que viven enterradas en mi pecho.

Un puñado de noches sin dormir, un arranque de miedo cuando alguien da un portazo demasiado fuerte, y normalmente puedo solucionarlo todo dándole una paliza a alguien que no hace lo que se le dice.

El trabajo de mercenario fue mi única respuesta cuando finalmente le di la espalda al ejército.

La vida civil ya no corría por mis venas, especialmente cuando un ataque de mi trastorno de estrés postraumático puso en peligro a mi exnovia.

A pesar de mi furia hacia ella y su traición, no se merecía cargar con la peor parte de la arista afilada en la que me había convertido durante mi tiempo en el ejército.

Cuando te vas, te dicen que será difícil. Te dicen que busques ayuda.

Luego te sueltan en medio de una selva de asfalto con un número que no da señal y suficiente trauma como para que una bolsa de plástico volando por la calle haga que encañones a varias personas que solo caminan de vuelta a sus casas.

Tú ves una bomba en la carretera o una granada que te lanzan, ellos ven a un loco con una pistola.

Pasé tres noches en la cárcel antes de que los polis finalmente me soltaran con una sonrisa de compasión.

El crimen no era el camino que había planeado, pero así han salido las cosas. Es la única forma en que puedo dormir por la noche, si es que alguna vez tengo la suerte de hacerlo.

Hasta ahora.

Esta última semana, tras pasar todo el tiempo que estoy despierto con Aerin, he estado durmiendo. Solo han sido unas pocas horas robadas aquí y allá, pero no recuerdo la última vez que me quedé dormido de forma constante cuatro noches seguidas.

No es el trabajo. No puede ser. No es la primera vez que me encargo de un servicio de seguridad.

Ciertamente no es el hecho de que me hayan dado una habitación dentro de la finca de los Paramatti para dormir, porque no me fío lo suficiente de la disposición de la casa como para relajarme.

Tiene que ser ella.

Aerin.

La veo incluso cuando cierro los ojos.

Ese momento en el que se quedó helada frente a mí en el restaurante, con el pelo cayendo alrededor de su hermoso rostro en ondas amplias, con sus ojos brillantes llenos de miedo y adrenalina. Se me ha quedado grabado.

Pero las palabras de Guido siempre siguen a cada destello de ella en mi mente.

Ella es intocable.

Es mi responsabilidad, no mi fantasía.

Por no hablar de que es mucho más joven que yo.

La vigilo como un halcón mientras las luces de neón superiores intentan cegarme, mientras el humo de las máquinas de humo se

arrastra por el suelo creando un terreno en el que no puedo confiar porque no puedo ver.

He dejado que se tome tres copas antes de ordenarle a Hank que se asegurara de que sus bebidas fueran sin alcohol a partir de entonces.

Casi se niega hasta que amenacé con estamparlo contra la barra.

Es su primera vez y es la definición de manual de alguien que no aguanta nada el alcohol.

Sigo vigilando a Hank mientras sirve cada copa que le prepara, asegurándome de que no le cuele nada de alcohol, y sigo el rastro de cada vaso que pasa por sus labios mientras sus nuevos *amigos* pululan a su alrededor como una colmena.

No son amigos.

Son sanguijuelas.

La han elegido como una manada de leones que se acerca a una gacela solitaria y están jugando con ella.

Actuando como si fueran todos mejores amigos mientras ella paga sus copas con su tarjeta de crédito.

Giacomo se ha desvanecido entre la multitud en algún momento con una mujer rubia del brazo. Tanto esfuerzo para sacar a Aerin a celebrar su cumpleaños y la abandona inmediatamente con unos desconocidos.

Rata asquerosa.

Y de repente… ha desaparecido.

Sucede tan rápido que casi se me escapa.

Casi.

La multitud se cierra a su alrededor con una serie de vítores y aplausos, y Aerin desaparece de la vista.

Me incorporo un poco más en el asiento, buscando vislumbrar su pelo a través del pequeño grupo, pero no veo nada. El corazón me da un pequeño vuelco, pero la multitud no se dispersa. Se quedan amontonados durante demasiado tiempo.

Me levanto del asiento de un salto, acortando la distancia y agarrando los hombros sudorosos y unidos de dos hombres.

Al separarlos, el grupo se tambalea entre un coro de risas borrachas y vítores. El centro del grupo está vacío.

Aerin se ha ido.

—¡Lo siento, abuelo! —se ríe uno de los hombres a mi lado—. ¡Más suerte la próxima vez!

—¿Adónde ha ido? —agarrándolo por el cuello de su camiseta de rejilla negra, lo arrastro hacia mí mientras sus ojos se agrandan por la alarma—. ¿Adónde cojones se ha ido?

—¡Eh, eh! ¡Tranquilo! Suéltame, tío. ¿Qué cojones?

—¿A dónde? —grito por encima de la música, atrayendo la mirada alarmada de varios bailarines cercanos.

—¡Joder, suéltame!

—No hasta que me digas a dónde demonios se ha ido.

Otro hombre intenta agarrarme del brazo para ayudar a su amigo, pero solo me hace falta un empujón violento para mandarlo al suelo.

—¡Eh, relájate! —jadea el hombre que tengo sujeto—. No lo sé, ¿vale? Dijeron que iban a llevar la fiesta a otra parte. ¡Es todo lo que sé, lo juro!

Si la espesa neblina alcohólica que sale de sus labios sirve de indicio, no voy a sacar nada más de él.

—¡Eh! —grita Hank desde detrás de la barra—. ¡No me obligue a llamar a seguridad!

Soltando al tipo borracho, paso por encima del hombre que se encoge de miedo en el suelo y me abro paso entre la multitud.

El protocolo dicta que tengo que informar en cuanto pierda de vista a Aerin.

No puedo.

Guido fue muy claro sobre lo que me pasaría si le ocurría algo a su hija, y no pienso entregarme para una ejecución porque ella haya decidido intentar darme esquinazo.

La traeré de vuelta. Si eso aun así me cuesta la vida, que así sea.

Reviso los baños, las salas privadas y los guardarropas, pero no hay rastro de ella.

Para cuando he rastreado todo el club de arriba abajo, no ha habido ni rastro de ella durante veintitrés minutos.

Son veintitrés minutos de más.

Giacomo también parece haberse desvanecido en la noche.

—Mierda. *Mierda*.

Todo está demasiado alto.

La música.

El golpeteo de los pies de la gente en la pista de baile.

El tintineo de las joyas exageradamente grandes y el choque de los vasos.

Todo está demasiado alto y el aire es demasiado denso.

El pecho se me aprieta como si una banda elástica me estuviera estrujando los pulmones desde dentro y no se alivia ni siquiera cuando consigo salir del club y marco el único número en el que confío.

Responde al tercer tono.

—Más vale que esto sea importante —grazna una voz adormecida mientras se oye el roce de telas—. Espera… ¿Falco? ¿Eres tú?

—Pidge.

—¿Cómo has conseguido este número?

—Estaba en la parte de atrás de un posavasos —respondo, dando la segunda mitad de nuestro código.

—Mierda. ¿Por qué me llamas a estas horas? No tengo nada para ti.

—No busco trabajo. Necesito tu ayuda. —La calle frente al club está vacía de coches, excepto los tres en los que llegamos. Unas cuantas personas borrachas se tambalean por la acera hacia un local de comida para llevar, pero el olor a grasa me revuelve el estómago.

—¿Qué necesitas? —pregunta Pidge, bostezando ampliamente—. Si es divertido, te perdono la tarifa.

—Un club llamado Syrup. Necesito que entres en sus cámaras y me digas cuándo se fue una mujer.

—Esta es una forma muy turbia de buscar una cita.

—Pidge.

—Vale, vale. ¿Cómo es?

—Es Aerin Paramatti.

—Mierda. —La voz de Pidge pierde de repente toda su suavidad relajada—. ¿La has perdido?

—Extraviada temporalmente.

—Perdida.

—Pidge.

—Estoy mirando, estoy mirando. —Sigue el tecleo.

Incapaz de quedarme quieto, me apresuro hacia el coche en el que vinimos Aerin y yo para comprobar si, por casualidad, simplemente se ha metido dentro y se ha quedado dormida.

El coche está vacío.

El coche de Giacomo también está vacío, y el tercer coche con la seguridad adicional solo tiene al conductor, con la gorra calada hasta los ojos.

Podría haber pasado por delante de él.

—Muy bien. Ha salido de tu club con cuatro personas. Una mujer y dos hombres. Se han subido a un taxi.

—¿Puedes rastrear el taxi?

—Me insultas. —Pidge suspira—. Puede que te cobre un extra.

—Cóbrame lo que necesites. —Me subo a mi coche, arranco el motor y giro el volante mientras espero las indicaciones de Pidge.

—Vale, ha ido en el taxi diez calles al sur.

—¿Qué hay diez calles al sur? ¿Otro club? —los neumáticos chirrían contra el asfalto, el metal protesta por la fuerza con la que giro el volante. Salgo disparado por la calle, siguiendo cada detalle de las instrucciones de Pidge.

—Parece que han parado en una pizzería. Ha pagado con tarjeta. Déjame que… —Pidge tararea para sí mismo mientras trabaja—. Sí, también ha pagado la carrera del taxi. Su siguiente compra fue… espera, gira a la derecha aquí, llegarás más rápido.

Hago lo que me indica, saltándome un semáforo en rojo entre una cacofonía de bocinazos furiosos y chirridos de frenos.

Ha pasado demasiado tiempo.

Estoy tardando demasiado.

Solo hace falta un segundo. Un segundo para quitar una vida.

¿Por qué cojones no se quedó donde le dije? ¿De verdad carece tanto de instinto de supervivencia?

—Así que —habla Pidge—, ¿qué hiciste para que te encasquetaran el servicio de la princesita?

—Le salvé la vida.

—¿Y este es tu castigo?

—Maldita la gracia que me hace —murmuro—. Estaba allí mismo. Estaba justo a su lado y esos borrachos de mierda simplemente… —mi voz se apaga en un gruñido bajo.

—Pasa. Esto no es como lo de ahí fuera —dice Pidge con voz grave—. La gente en el mundo real es estúpida y temeraria. No entienden el peligro como nosotros.

—Nunca he perdido un objetivo, Pidge. Jamás.

—¿Esto cuenta de verdad?

—Si ella muere, yo muero.

—Qué dramático —resopla Pidge—. Pero sí… por eso llaman al servicio de las princesas una sentencia de muerte.

—Ah, ¿conque lo llaman así? —espeto—. Estás tan metido en el funcionamiento de la mafia que quizá deberíamos intercambiar los puestos.

—Depende. ¿Qué tal se te da la informática?

Maldigo entre dientes, saltándome el siguiente semáforo en rojo y acelerando por varias calles hasta que Pidge finalmente localiza la última parada del taxi.

Se ha dirigido a las afueras de la ciudad, cerca del agua, y la única prueba de Pidge de que Aerin se bajó del taxi es que el conductor recogió a otro cliente diez minutos después.

Se me cae el alma a los pies.

—No hay nada allí —dice Pidge—. La zona es un punto ciego. Hay un par de almacenes abandonados que pertenecían a una empresa de panadería que quebró hace cinco años, pero eso es todo. Nada de clubes. Nada. ¿Quizás una fiesta clandestina?

—Quizás.

Para cuando llego, Aerin ha estado fuera de mi vista durante cuarenta y siete minutos. —Gracias, Pidge. Te debo una.

—Me debes muchas —es la respuesta de Pidge mientras cuelgo.

Tengo la pistola en la mano antes incluso de salir del coche.

El hedor a aceite y agua salada llena el aire mientras escaneo el oscuro aparcamiento, iluminado por una única farola que lucha con todas sus fuerzas por mantener viva su bombilla parpadeante.

Tres almacenes.

No hay tiempo suficiente para revisarlos todos.

De repente, un chillido de risa resuena en el aire y mi atención se centra en el almacén más lejano, pegado a la orilla del río.

Siguen más risas.

Empiezo a correr y no me detengo hasta que he cruzado todo el aparcamiento. Paso corriendo entre un par de bolardos de hormigón, por encima de carros oxidados abandonados y subo a la parte superior de un gran contenedor de basura en cuanto veo una ventana rota en la segunda planta lo suficientemente grande como para que yo pueda pasar.

En cuanto estoy dentro, la risa se transforma en otra cosa.

Un grito de miedo.

—¡Espera, para! —chilla Aerin—. ¡No quiero, no quiero!

Estruendos de risas siguen a sus palabras aterrorizadas y ligeramente pastosas.

Escudriñando en la oscuridad, me mantengo agachado con la pistola pegada al pecho. No veo un carajo.

Está demasiado oscuro, y la poca luz que hay proviene de la luna en lo alto, pero incluso eso solo ilumina las ventanas rotas, los plásticos que flotan suavemente y los charcos de agua de lluvia acumulados en el suelo.

No puedo ver a nin—

De repente, cada bombilla del almacén que tiene siquiera una fracción de cable funcionando se enciende de golpe, quemándome los ojos y obligándome a cerrarlos durante unos breves segundos.

Pidge.

Algunas bombillas estallan inmediatamente por la subida de tensión, haciendo que lluevan fragmentos de cristal y chispas desde arriba.

Otras parpadean una vez y se apagan, pero quedan suficientes luces para iluminar lo bastante el almacén como para que pueda orientarme.

—¿Qué cojones? —ladra una voz masculina por encima de mí, cortando los chillidos de pánico de Aerin.

Estoy arrodillado en una pasarela de metal, con un mar de estanterías volcadas, carretillas elevadoras abandonadas y cajas de

madera rotas esparcidas por el suelo debajo de mí. A mi derecha, unas escaleras de metal oxidado y deformado conducen a una pasarela más alta y es entonces cuando la veo.

Aerin.

La visión de ella hace que el corazón me martillee en la garganta y se me abra un vacío en el estómago.

Está en las garras de un hombre alto con una barriga que sobresale por encima de sus vaqueros.

Están en medio de la pasarela, donde la barandilla hace tiempo que se desmoronó por el óxido y la edad; él la tiene agarrada por los brazos y su cuerpo la obliga a inclinarse hacia atrás sobre el abismo de abajo.

Los otros dos, un hombre y una mujer, están abrazados besándose sin importarles nada, mientras una botella de vodka a medio beber cuelga de la mano de la mujer.

Viéndolos mejor, ambos están armados.

Me tiemblan las manos y les echo una mirada rápida.

¿Por qué estoy temblando?

Esta no es ni de lejos la peor situación en la que he estado. Definitivamente no es la más peligrosa.

Pero tengo el estómago hecho un nudo, las manos me tiemblan y hay una repentina burbuja de ansiedad creciendo en mi pecho.

Tengo que salvarla.

—¡Para! —grita Aerin, golpeando con ambas manos los hombros de su captor—. ¡Esto ya no tiene gracia, suéltame!

Sus gritos atraen la atención de las dos personas que se dan el lote, y se giran hacia ella, riéndose.

Usando eso como distracción, aprieto los dientes y subo las escaleras tan delicadamente como puedo.

Cada paso hace que la estructura metálica delate mis movimientos con un crujido o un chasquido, pero afortunadamente nadie mira hacia mí.

—Relájate —gruñe la mujer—. ¿No es esto lo que querías? ¿Ir a algún sitio divertido y apartado, para divertirte un poco en el mundo real? Esto es diversión *de la buena*.

—Sí —resopla el hombre a su lado mientras rodea la cintura de la mujer con su brazo—. Piensa en el subidón de adrenalina mientras caes. Será lo más viva que te sentirás nunca.

—Literalmente —se burla el hombre que empuja a Aerin más y más hacia el borde.

Ella grita, arañándole los hombros y dándole manotazos tan fuerte como puede, pero eso no le afecta.

—Ohhh —se burla la mujer y rodea el cuello de su amante con el brazo que sostiene la botella—. ¡No pongas esa cara de susto! Créeme, vamos a tener el *mejor* sexo de nuestra vida después de que nos paguen por—

No dejo que termine.

Al llegar a lo más alto de la pasarela, levanto mi arma y disparo tres tiros rápidos.

El primero le da al hombre en la espalda y lo atraviesa, haciendo añicos la botella de vodka al otro lado de su pecho y alojándose en el hombro del hombre que sujeta a Aerin.

Mi segunda bala impacta en la parte baja de la espalda de la mujer mientras grita, y la tercera choca contra la parte posterior de su rodilla.

El impacto obliga a su pierna a ceder y cae mientras su amante se desploma hacia un lado y se precipita fuera de la pasarela.

Corro hacia delante y disparo mi cuarto tiro a través del espacio entre la pareja mientras se separan, e impacta de lleno en la garganta del tercer hombre.

Él se tambalea.

Afloja su agarre sobre Aerin, y ella grita de terror cuando su débil sujeción a la camisa del hombre resbala.

Sus dedos solo rozan el aire mientras cae hacia atrás.

Aerin cae.

Me lanzo hacia delante y aterrizo en la pasarela justo cuando mi mano se cierra alrededor de su muñeca.

Su grito se corta cuando su cuerpo se sacude por mi agarre, y queda colgando sobre el abismo.

El peso de su cuerpo me arrastra unos centímetros más hacia el borde, donde el reborde de metal roto y oxidado me raspa

dolorosamente el pecho.

—¡Deja de moverte! —le grito.

Ella solo grita y grita, retorciéndose de terror mientras se aferra a mi antebrazo con la otra mano. —¡Ayúdame!

—¡Lo estoy haciendo! Solo… —Un jadeo ronco detrás de mí me obliga a rodar sobre mi espalda, torciéndome el hombro en el proceso. Disparo antes incluso de haber procesado del todo a la mujer ensangrentada que está de pie sobre mí con su propia arma levantada.

Le da en el pecho, y ella retrocede un paso, luego dos, antes de caer por encima de la barandilla y reunirse con su amante en el suelo, muy por debajo.

—¡Falco! —grita Aerin—. ¡Ayúdame!

—¡Te tengo! Te tengo. —Con el corazón a mil y el hombro palpitando, vuelvo a rodar y la agarro del brazo con ambas manos—. Te tengo, Aerin. Te tengo.

La subo de nuevo a la pasarela y Aerin se desploma en mis brazos, temblando y sollozando. Se aferra a mi camisa y oculta su rostro mojado en mi cuello, incapaz de decir palabra por los sollozos que le brotan.

El alivio es inimaginable, y me golpea con la misma fuerza que una bocanada de aire helado en un frío día de diciembre.

Jadeando con fuerza, me recuesto y la sostengo cerca con un brazo. Con el otro hago círculos para intentar aliviar el dolor en el hombro, luego saco mi teléfono y comunico el código.

Código catorce. Intento letal contra su vida.

—Gracias —jadea Aerin, ahogándose en sus lágrimas—. Gracias.

—Estás a salvo —digo sin aliento—. Estás a salvo. Estoy aquí. Estoy aquí.

Aerin se acurruca en mi regazo e hipa.

Después de unos segundos, la rodeo con el otro brazo y la mantengo lo más cerca que me atrevo, pero rápidamente se convierte en mí sujetándola con fuerza mientras ella se aferra a mí, y una oleada de afecto surge de las profundidades frías y oscuras de mi corazón.

A pesar de la adrenalina que recorre mi cuerpo, a pesar de los latidos de mi corazón y del nudo en mi estómago, mis manos han dejado de temblar.

Está bien. La he salvado.

Eso es lo único que importa.

Cuanto más tiempo pasamos allí sentados, abrazados, más me doy cuenta de que el afecto que siento no puede aumentar.

Apenas la conozco, y hay mil razones por las que esto sería una sentencia de muerte. Pero mis manos temblorosas… ¿A qué tenía miedo?

¿Al fracaso?

¿O a lo cerca que estuve de perder a alguien a quien apenas conozco pero en quien no he podido dejar de pensar desde aquella noche en el restaurante?

¿A la mujer que me miró y, por primera vez en años, me hizo sentir que alguien me veía?

A mí, y no al matón con pistola que ve todo el mundo.

—Maldita sea —murmuro para mis adentros.

No volveré a perderla de vista jamás.

La poca libertad que le concedí por respeto se ha terminado, con efecto inmediato.

5

AERIN

—Me has salvado la vida. Son palabras que no debería tener que decir, pero la verdad es inevitable.

Se suponía que iba a ser divertido. Me prometieron diversión. Pensé que les caía bien. Para cuando me di cuenta de que solo me estaban alejando cada vez más sin importarles nada de verdad, ya era demasiado tarde. Se convirtió en un juego para ellos.

Yo solo quería un amigo y, en su lugar, me encontré con tres personas que querían quitarme el dinero y luego me llevaron a esa pasarela, prometiendo enseñarme una vista preciosa de la ciudad. En realidad, querían matarme.

—No deberíamos hacer de esto una costumbre. Falco abre la puerta de una casa pequeña y me hace pasar. Se queda en el umbral unos segundos, mirando de un lado a otro de la calle, luego me acompaña al pasillo y cierra la puerta.

No me muevo.

Me quedo donde me ha dejado mientras él echa varios cerrojos y asegura la puerta.

Cuando se gira hacia mí, intento mirarle, pero Falco no me sostiene la mirada. Si no le conociera mejor, diría que está evitando mirarme.

Parpadeo despacio y el mundo se vuelve borroso en los bordes de mi visión.

Falco me guía por los hombros hasta una pequeña cocina que no ha visto afecto ni calor en años.

Deja su bolsa sobre la única mesa circular en medio de la habitación y empieza a desempaquetar.

Un par de cuchillos largos, cargadores de munición y su pistola se juntan en la mesa, seguidos por una pequeña lata de café soluble.

—¿Debería llamar a mi padre? Me aprieto las manos contra el estómago.

—Él lo sabe —responde Falco con rigidez—. Nos quedaremos aquí hasta que reciba el visto bueno.

—¿El visto bueno?

Por fin me mira, no directamente, pero se encara conmigo durante un breve minuto.

Sus ojos dorados han perdido todo su brillo y parecen casi negros bajo el marcado arco de sus cejas.

Las arrugas se acentúan alrededor de sus ojos. Por un momento, creo que no va a decir ni una palabra. Tras apretar los labios, habla.

—Nadie puede ponerse en contacto con Giacomo. Después de lo que te ha pasado, no nos moveremos de este sitio hasta que lo localicen. ¿Entendido?

Sé que acaba de salvarme la vida, sé que tomé una decisión terrible persiguiendo a gente porque el ansia de tener un amigo era muy fuerte, y sé que la culpa es mía, pero algo en la forma de hablar de Falco me irrita.

Quizá sea el alcohol o la adrenalina que todavía bombea con fuerza por mi sistema.

Quizá sea el haber rozado la muerte, no estoy segura. Pero todo en Falco me irrita de repente.

Desde su pelo oscuro hasta su rostro rudo y atractivo, llegando hasta sus manos sexis y fuertes que de algún modo me atraparon cuando caí y me levantaron como si no pesara absolutamente nada; me irrita.

¿Cómo podemos pasar por eso y que aun así me siga hablando como si yo no fuera nada?

—Quizá no lo entiendo —digo, acercándome a él—. Quizá tengas que explicarlo mejor. Cuando alargo la mano para tocarle el codo, me esquiva, pero yo le sigo. Ni siquiera puedes mirarme, ¿verdad? ¿Está eso en tu puto manual de instrucciones sobre cómo mantenerme a salvo? Claro, matas a gente y te lanzas a por mí, pero ¿una conversación normal? ¿Tan difícil es, de verdad?

Falco me mantiene la espalda vuelta hasta que le empujo con ambas manos y él tropieza ligeramente contra la mesa.

—¿Por qué no me miras, eh?

No habla. No se mueve. Es como una estatua y un peso se asienta en mi pecho, inflándose con cada segundo que pasa hasta que apenas puedo respirar.

—¡Casi me muero! —exclamo entre jadeos—. Me salvas la vida y de repente es como si hubieras movido un interruptor y volvieras a ser esta estatua fría y muerta. ¿Qué coño te pasa? ¿Soy horrorosa o algo así? ¿Te doy tanto asco que no soportas estar atado a alguien como yo? Bueno, lo siento, no todas las mujeres son delgadas como el papel como mi madre, ¿vale? No todo el mundo puede ser como ella. ¿No crees que he ansiado ser como ella desde el día en que supe que yo era diferente? ¡Quizá entonces tendría amigos y no tendría que perseguir a asesinos por estar tan desesperada por que alguien me dirija la palabra!

Falco gira sobre sus talones y de repente me agarra por los hombros. Sus labios se parten apenas un milímetro, y un destello de luz vuelve a sus ojos mientras su mirada se clava en la mía. —Aerin. Basta. Estás borracha. Necesitas café y dormir.

—¡No, no lo necesito! —le espeto, empujándole de nuevo a pesar de que él no se inmuta—. Me siento viva, ¿sabes lo que es eso? Siento que puedo verlo y olerlo todo, puedo sentirlo todo, ¡lo que significa que el hecho de que seas tan capullo se amplifica y es una mierda! ¿Cuál es tu problema, eh? No puedes mirarme a menos que te esté gritando, ¿es eso?

Los ojos de Falco van de uno de mis ojos al otro, pero no retrocede a pesar de lo fuerte que grito. Simplemente se queda ahí y

aguanta el chaparrón, lo cual me enfurece más.

Pero sus manos están en mis hombros y ese calor cala hondo en mi corazón, aliviando parte de la presión que me restringe la respiración.

¿Tan falta de atención estoy?

—¡Di algo!

—¿Qué quieres que diga? —dice Falco en voz baja, con tono monótono—. No me importa tu madre ni tu familia. Estoy aquí para hacer un trabajo.

—¿Un trabajo? ¿Me salvas la vida y para ti solo soy un trabajo? ¿No hay nada humano dentro de ti que pueda dar ni una palabra de consuelo? —Allá en la pasarela, Falco fue cálido.

Me apretó contra su pecho hasta que dejé de llorar, luego me cogió de la mano y me cubrió la cara para que no tuviera que ver los cadáveres mientras me guiaba escaleras abajo hasta el suelo.

Ese Falco hizo que mi corazón diera un vuelco.

Este me saca de quicio.

—Es mi deber —responde Falco con ese mismo tono—. Le hice un juramento a tu padre y lo cumpliré hasta el final. Lo cual incluye asegurarme de que no te quito la vista de encima ni un segundo después de la escena que acabas de montar.

—¿Crees que eso ha sido una escena? —Pongo los ojos en blanco—. Te has pasado la última semana destrozando mi vida, ¿y crees que lo de esta noche ha sido una escena? Cómo puedes saberlo todo sobre mí y, sin embargo, no saber nada. Vaya un guardaespaldas de mierda que estás hecho.

—Aerin, estás borracha.

—¡No lo estoy! De hecho, estoy perfectamente sobria, lo que pasa es que me siento tan jodidamente viva que nada más importa. No es que tú lo sepas. Si estuviera borracha, ¿haría esto?

Surge como una ola en mi interior y, mientras Falco habla, me lanzo hacia adelante contra su pecho y me agarro a su camisa.

Hay un segundo, un solo segundo en el que mis labios rozan los suyos y su barba incipiente me hace cosquillas en la barbilla y la mejilla.

Sus labios son suaves. Más suaves de lo que esperaría de un hombre tan duro y gruñón; son tan suaves como nubes y además están calientes.

Es un beso que apenas es un beso, un breve atisbo de contacto que termina cuando Falco aprieta el agarre sobre mis hombros y me mantiene alejada a la distancia de sus brazos.

—Vete a darte una ducha. Necesitas que se te pase la borrachera.

La irritación se hincha en mi pecho al ver que ni siquiera reconoce el beso y un calor me escuece tras los ojos. —Seguro que dices mucho eso —le espeto—. ¿Quién iba a querer besarte estando sobria?

Algo brilla en los ojos de Falco mientras me aparto de él, una mirada tan sutil y suave que atrae de nuevo mi atención hacia él, pero la expresión desaparece antes de que pueda descifrarla a través de la neblina etílica que empaña mi mente.

Así es como termino la noche.

La muerte casi me lleva.

Mis amigos no eran tales, y mi apuesto guardaespaldas no es más que una estatua de piedra.

Cruzar el pasillo pisando fuerte hacia el baño no me concede la privacidad que espero, porque, por alguna razón, Falco me sigue.

—¿Qué haces?

—Te he dicho que no iba a perderte de vista.

—Literalmente acabas de decirme que me duche.

—Está justo detrás de ti.

—¡No me voy a duchar contigo aquí! —le fulmino con la mirada, con los ojos muy abiertos. Tiene que estar de broma.

—Me pondré de espaldas.

—¡Cerrarás la puerta!

Falco se planta en el umbral y se apoya en el marco, con los brazos cruzados sobre el pecho. —Después de cómo te me has escapado en el bar, no habrá puertas cerradas entre nosotros hasta que pueda confiar en ti. Me pondré de espaldas.

Lo dice totalmente en serio.

Vale.

Dos pueden jugar a ese juego.

Mirándole con odio, agarro los tirantes de mi vestido. Justo cuando los deslizo por mis hombros, Falco se da la vuelta y se encara al pasillo.

El vestido se amontona en mis tobillos y salgo de él, tambaleándome un poco y haciendo todo el ruido que puedo.

Al mismo tiempo, me quito la ropa interior y hago chasquear el elástico de mis bragas contra mi piel, hago chasquear el elástico de mi sujetador sin tirantes al quitármelo y dejarlo en el lavabo, e incluso suelto un gemido mientras me quito los zapatos ruidosamente.

Él no se mueve.

Casi ni parece que esté respirando.

Entonces me quedo ahí, en un baño pequeño y desconocido, completamente desnuda, con Falco literalmente a un metro de distancia.

Es tan surrealista como toda esta noche.

Me entran ganas de provocarle, pero en lugar de presionarle para empezar una discusión, abro la ducha y hago una mueca.

—Tienes razón, necesito una ducha —murmuro—. Necesito quitarme la sensación de lo que ha sido tocarte.

Falco no reacciona. Por supuesto que no.

Poniendo los ojos en blanco, me meto en la ducha y tiro de la cortina de flores que cuelga lánguidamente del marco de metal.

Aparte de hacer tintinear las anillas y de que el plástico cruja, la cortina no se mueve.

El desgaste o la edad la han soldado a la barra y mi frustración aumenta todavía más.

Sin saber qué hacer, me encaro al chorro de agua caliente y me hundo en la ducha.

Se suponía que esta noche iba a ser increíble. Empezó de esa manera.

Aquella gente fue muy amable conmigo, pero al final... no eran amigos.

Yo no les importaba.

Solo querían hacerme daño.

Y Falco, el muy imbécil, vino a por mí.

Sus palabras sobre que era su trabajo resuenan en mis pensamientos lentos y una sensación extraña y cruda se extiende desde la base de mi garganta hasta mi pecho.

El agua caliente es una bendición, ya que oculta las lágrimas que asoman a mis ojos y limpia la purpurina y la suciedad que se me han pegado a la piel en el almacén.

Haciendo caso omiso de Falco, me lavo despacio pero mal, mientras la suciedad revela raspones en mis rodillas y palmas y un corte feo cerca de mi tobillo.

El peso del agua hace que las horquillas de mi pelo caigan ruidosamente al fondo de la bañera y tengo que pelearme con las demás para sacarlas de mis rizos antes de que se enreden demasiado.

Mientras paso los dedos por mi pelo, un moratón que me está saliendo en la muñeca llama mi atención.

Es de Falco.

En aquellos pocos segundos terroríficos, verlo lanzarse hacia adelante para atraparme fue increíble. De algún modo, me cogió.

Se aferró a mí como si yo fuera lo más preciado del mundo y es lo más importante que nadie me ha hecho sentir jamás.

Una y otra vez me habló, haciéndome sentir segura incluso mientras me ponía a salvo.

Cuesta encajar a ese Falco con el que está de pie en el umbral del cuarto de baño como si estuviera hecho de piedra.

Mientras el agua me corre por la cara y el cuello, paso las yemas de los dedos sobre el hematoma.

Sus manos eran ásperas, lo que se espera de un soldado retirado, pero su agarre fue cálido y firme.

¿Será el alcohol?

Quizá sea la parte rebelde de mí la que intentó besarlo solo para forzar una reacción en él, pero mi mente toma ese camino y se deja llevar.

¿Cómo se sentirían esas manos en otras partes de mi cuerpo?

Un hombre tan curtido y maduro como él seguramente sabe manejarse con el cuerpo de una mujer.

Tiene que conocer todas las mejores formas de follar con alguien, cómo hacer que se sientan absolutamente de maravilla y recompensarlos después de haberlos descompuesto.

Tiene que estar soltero.

A todos los que trabajan para mi padre se les niegan compromisos externos de cualquier tipo. A sus ojos, eso refuerza su lealtad.

Está soltero, sin duda.

Lo que significa que mi beso tiene que ser su primer beso en años.

Cuanto más pienso en sus manos ásperas recorriendo mi cuerpo, más calor me entra.

Le imagino de pie frente a mí, pasando esas manos por todo mi ser, comprobando mis moratones y rasguños y besando cada uno de ellos hasta que mi piel hormiguea por el roce áspero de su barba.

Falco sería mi primero.

Es lo bastante mayor como para saber cómo tomarse su tiempo, cómo hacerme perder la cabeza.

Si su polla se parece en algo al resto de su constitución, apuesto a que no podría caminar en semanas.

Empieza como un intento de calmar el creciente deseo entre mis piernas y obligar a Falco a salir del baño.

Después de todo, no hay forma de que se quede ahí sabiendo que me estoy masturbando justo detrás de él.

Eso seguramente rompe muchísimas de las reglas de mi padre.

Mis dedos se deslizan por mi vientre mojado y se cuelan entre mis piernas, hacia mi coño húmedo, donde el flujo se mezcla con el agua que cae sobre mí.

Gimo suavemente, apartando mis labios externos con los dedos y acariciando los internos mientras froto la base de mi mano contra mi clítoris.

Se me escapa otro gemido que se funde en un lamento mientras el placer, lejano y cálido, empieza a concentrarse en mi bajo vientre.

Para cuando mis piernas ceden y me hundo contra los azulejos, apoyada en el borde de la bañera, mi corazón late desbocado y el placer que crece entre mis piernas va en aumento.

Tampoco me corto con los sonidos que hago, especialmente cuando mis dedos se deslizan dentro de mí como han hecho incontables veces en el pasado.

Gotas de agua ruedan sobre mis pezones endurecidos, provocándolos con el contacto, y cada toque del agua de la ducha es, en mi mente, una caricia de Falco.

Hundiendo más los dedos, intento imaginar qué se sentiría al notar su polla dentro de mí en su lugar. Seguramente sería más gruesa que mis dedos.

Y más larga también.

Perseguir esa fantasía solo me lleva hasta cierto punto.

Algo no va del todo bien.

Podría ser la ducha o la habitación desconocida, o el hecho de que esta noche ha sido un desastre total y ahora me estoy tocando para intentar imponer mi dominio sobre mi sexi guardaespaldas, que ni siquiera me mira como si fuera una persona.

No es suficiente.

Mis dedos no son suficientes.

Mi mano no es suficiente.

La frustración empieza a reemplazar al deseo en mi pecho y el incipiente placer en mis entrañas está a segundos de desvanecerse.

Está tardando demasiado.

Entonces, de repente, el agua de la ducha desaparece de mi piel y un sutil escalofrío me recorre el pecho.

Al abrir los ojos, estoy cara a cara con Falco.

Su pelo se empapa en segundos y se vuelve como tinta negra como el azabache pegada a los lados de su cara.

La poca luz que queda en el baño se asienta en los pozos dorados de sus ojos y las hebras plateadas de su barba parecen desvanecerse a medida que se empapa por completo.

En segundos, su camisa se le pega al cuerpo como una segunda piel y vislumbro cada sexi y esculpido centímetro de su torso.

—Lo estás haciendo mal —dice Falco con voz grave—. Deja que te ayude.

Estoy congelada, con el aliento atrapado al final de la lengua, como si sus palabras se me hubieran enroscado en la garganta para

sujetarme suavemente en mi sitio.

Mirándole desde abajo a través de unas cuantas gotas que aún cuelgan de mis pestañas, asiento despacio.

—Como si tú pudieras hacerlo mejor —grazno.

Su mano cálida envuelve el dorso de la mía entre mis piernas, luego me incita a sacar mis dedos de mi interior.

Mantengo una mano apoyada contra el borde de la bañera para sostenerme y sigo mirándole fijamente a los ojos mientras por fin me toca.

Sus yemas gruesas y ásperas se deslizan sobre mi clítoris y mis caderas dan una sacudida hacia arriba. Acaricia hacia abajo hasta mi entrada y yo jadeo, levantando la barbilla pero todavía incapaz de apartar la vista de su mirada constante.

Ojo a ojo, me mantiene en mi sitio solo con esa mirada mientras desliza un único dedo dentro de mí.

¡Oh! El placer surge a través de mí como si su contacto hubiera prendido un fuego en mis venas.

Mi centro se contrae y mi cabeza se inclina hacia atrás, de modo que le miro a través de las pestañas.

Desliza ese dedo profundamente en mi interior una vez, luego dos.

Acariciamientos suaves y lentos que hacen que mi corazón lata cada vez más rápido.

Apenas puedo respirar.

Justo cuando abro los labios para burlarme de él de nuevo, Falco curva el dedo y toca algo dentro de mí que me hace perder todo el control.

El calor surge por mi cuerpo, mis mejillas se ponen rojas y ardientes, y mi centro se contrae mientras esa explosión de placer repentino en mi interior me arrastra sobre la cresta de mi orgasmo.

Me corro con un grito y me agarro a su hombro con la mano, luchando por mantenerme erguida mientras el placer me estremece de pies a cabeza.

Falco no aparta la vista.

Mantiene su dedo dentro de mí, masajeando ese punto intensamente placentero en círculos hasta que mis ojos se ponen en

blanco y me entrego al placer.

Joder. Qué pasada.

El sueño llega rápidamente después de que Falco me arrope en la cama individual.

No encuentro palabras para decirle nada y me quedo profundamente dormida antes incluso de poder terminar mis pensamientos sobre lo que ha pasado en el baño.

¿Ha sido un sueño?

No hay forma de que eso haya pasado de verdad, ¿no?

La duda me ronda el pecho cuando abro los ojos a la mañana siguiente y miro a través de la puerta abierta hacia Falco mientras está sentado a la mesa de la cocina bebiendo de una taza humeante.

La cabeza me late con cada pulsación de mi corazón, así que cierro los ojos e intento organizar mis pensamientos.

Imagino el rostro de Falco estando pegado al mío, cada detalle desde los remolinos de oro y marrón en sus ojos hasta la sutil profundidad de sus líneas de expresión.

Tenía que ser un sueño.

Falco ha dejado claro que no me soporta, que solo soy parte de su trabajo, así que no hay forma de que eso haya podido ocurrir en la realidad.

Cuando deslizo mis dedos entre mis muslos, el recuerdo de sus dedos ásperos y cuidadosos vuelve a mí como una bofetada, y abro los ojos de golpe.

Ha sido real.

Ha pasado de verdad.

Tras reflexionar sobre la absoluta locura de la noche anterior, me levanto despacio de la cama y me pongo los pantalones de chándal y la sudadera con capucha que Falco ha dejado a los pies de la cama.

Huelen a él, aunque con un toque a humedad. Seguramente estaban guardados en el fondo de ese bolso que lleva.

Después de intentar domar el aspecto salvaje con el que se me ha secado el pelo durante la noche, entro en la cocina, donde Falco ni siquiera reacciona a mi presencia.

—Buenos días.

Silencio.

La incertidumbre me calienta las entrañas.

Ahora no tengo ni idea de cómo hablar con él.

Antes era fácil estar enfadada con él porque estoy enfadada con la mayoría de la gente cuando no estoy fingiendo ser la hija perfecta. ¿Pero ahora?

Sostiene la taza con una mano y mis mejillas se calientan ligeramente ante el recuerdo de sus dedos dentro de mí.

Dando un paso adelante, inspiro profundamente cuando de repente habla.

—Hay café en la cafetera. Su tono sigue siendo tan brusco como siempre.

—¿No... no deberíamos hablar?

Falco no levanta la vista de la tableta electrónica que tiene sobre la mesa delante de él. —¿Sobre qué?

—¿A qué te refieres con *sobre qué*? Sobre... lo que pasó ayer. Lo que hiciste.

Bebe un sorbo de su café. —Te salvé la vida. Hice mi trabajo.

—¡Eso no!

—¿Entonces qué? —por fin me mira, pero el rostro de mi recuerdo de anoche bien podría haber sido un sueño. Está tan estoico como de costumbre.

—¡Hablo de lo que me hiciste en la ducha! Cuando yo estaba... —Ni siquiera puedo pronunciar la palabra y mis mejillas arden.

—Estabas teniendo dificultades, te eché una mano. Eso es todo lo que hay que decir.

—¿Eso es todo?

Falco vuelve a su tableta. —Puedes cocinarte tu propio desayuno.

La ira se prende en mi corazón.

¡Imbécil!

6

FALCO

Aerin me lanza una mirada fulminante, con un odio y una confusión comprensibles ardiendo en sus ojos.

He cruzado una línea.

Una línea que me costará la vida en cuanto le cuente a alguien lo que he hecho.

¿En qué estaba pensando?

En un momento estaba mirando hacia atrás para asegurarme de que no intentaba escapar por la ventana y, al siguiente, estaba contemplando sus intentos algo patéticos de masturbarse.

El alcohol claramente le estaba pasando factura, y con esos gemidos lo que pretendía, sin duda alguna, era provocarme.

Fue como si algo incontrolable se apoderara de mí y no pudiera resistirme.

Estaba tan hermosa, toda sonrojada y húmeda bajo la ducha, y el ángulo desde el que se daba placer no era el adecuado para proporcionarle el toque que se merecía.

Fue un terrible momento de debilidad.

Y, sin embargo, esos noventa segundos en los que me miró fijamente a los ojos mientras mis dedos estaban enterrados en lo profundo de su coño han sido el momento más pacífico que he sentido en años.

Todo se detuvo.

Mis pensamientos desenfrenados, el hormigueo en la nuca por estar en un lugar nuevo, incluso la opresión restrictiva en el pecho nacida de estar siempre en vilo.

Todo se desvaneció de forma similar a cuando nuestras miradas se cruzaron en el restaurante.

No sé qué es, pero sé que es peligroso.

Aerin es intocable. Total y absolutamente.

Tiene todo el derecho del mundo a estar enfadada conmigo, y aceptaré el tiro entre ceja y ceja en el momento en que se lo cuente a su padre.

Eso no significa que vaya a dejar de protegerla, sin embargo.

—¿De verdad no tienes nada más que decir? —El rostro de Aerin se suaviza a medida que el dolor se impone al odio.

Cruza los brazos sobre el pecho, arrugando la tela de mi sudadera mientras su labio inferior desaparece en su boca.

—No cocino —respondo secamente y vuelvo a mi tableta, aunque cada fibra de mi atención sigue centrada en ella.

Espero sus acusaciones, su furia, su asco.

No llega nada.

En su lugar, pasa por mi lado a pisotones hacia la encimera y se sirve rápidamente un poco de café con un quejido; luego regresa arrastrando los pies al dormitorio y se desploma sobre la cama hecha un ovillo.

No ha dicho ni una palabra.

¿Me equivoco?

Estoy seguro de que no he dormido, pero quizá me he desmayado en algún momento y he dejado que mis pensamientos se desboquen.

Mi mano se detiene sobre la pantalla y me miro los dedos.

¿Ha sido un sueño?

Hay poco tiempo para darle vueltas, ya que un segundo después entra una llamada.

—¿Pidge?

—¿Cómo has sabido que era yo? —dice la voz perezosa de Pidge.

—Eres el único que tiene este número.

—Vaya, malas noticias. Te he suscrito a *muchísimos* correos de marketing —Pidge resopla.

—¿Qué quieres?

—Joder. Me llamaste anoche, ¿recuerdas? ¿Ya no necesitas mi ayuda?

—No. Pidge… —Suelto un hondo suspiro y miro el bulto inmóvil de Aerin en la cama— No puedo hablar precisamente.

—Entonces hablaré yo. He limpiado tu desastre en el almacén. La mujer no es nadie. Una historia un poco triste. Parece que la cogieron hace un mes más o menos y después de—

—No me importa. —Una historia lacrimógena no me va a ayudar ahora mismo.

—Vale. Había olvidado que eres frío como el hielo —masculla Pidge con un resoplido divertido— Tengo los datos financieros de los otros dos. No tardaré mucho en rastrear quién les pagó, pero eran mercenarios sin ninguna duda. No es casualidad que fueran a por Aerin. Atraerla para matarla y que pareciera un accidente de borrachera es una forma cojonuda de asegurarse un sueldo.

—¿Eran de aquí?

—De fuera del estado. Uno tenía carné de conducir de Los Ángeles. El otro llevaba uno falso de Ohio. Un documento falso de los malos, por lo visto.

—Cuando tengas un nombre—

—Te llamaré —responde Pidge— No te preocupes. Estás acumulando una buena deuda aquí, Falco.

—Sabes que pago mis deudas.

—Seguro. Un recordatorio de vez en cuando no viene mal. ¿Cómo está la chica?

Miro de reojo a Aerin, que ahora está sentada en la cama con las manos rodeando su taza— Resacosa.

—Una floja —resopla— En fin, eso es todo lo que tengo.

—Vale. Voy a cambiar de número. Estaremos en contacto.

En cuanto termina la llamada, desmonto el pequeño teléfono negro en varias piezas, parto la tarjeta SIM en dos y tiro una mitad a la basura de aquí. La otra mitad va a mi bolsillo y me desharé de ella más tarde.

De mi bolsa saco otro teléfono y una tarjeta SIM nueva.

Configurarlos me lleva menos de treinta segundos; luego envío un mensaje al número de Pidge hablando del tiempo.

Él responde con un emoji de pulgar hacia arriba.

Las siguientes horas pasan lentamente. Giacomo sigue desaparecido, lo que podría significar cualquier cosa.

O está muerto o trama algo.

Es el hijo mayor de Guido y, por lo que dicen, la oveja negra de la familia.

Lo poco que sé de él incluía bebida, drogas y muchas malas decisiones, pero Aerin claramente lo idolatra.

Él es su único consuelo en lo que parece ser una vida muy fría.

Ella se da otra ducha a última hora de la tarde y empieza una discusión cuando me niego a dejar que cierre la puerta.

Esta vez, cuando se ducha, cierra completamente la cortina alrededor de la bañera y acaba tarareando para sí misma.

Más tarde se produce otra pelea cuando intenta ir a mear y sigo negándome a que se cierre la puerta.

—Pervertido —me espeta Aerin con los ojos encendidos de rabia.

—Has perdido tus privilegios de privacidad —le recuerdo—. Has dejado claro que, si te quito la vista de encima aunque sea un segundo, montarás un lío que tendré que limpiar yo. Así que la puerta se queda abierta para que pueda verte y oírte.

—Eso es asqueroso.

—Así es la vida.

—¿Así es como te desahogabas en el ejército? —exige Aerin.

Se me tensa la mandíbula—. La. Puerta. Se. Queda. Abierta.

Parece dispuesta a pelear conmigo, pero parece que sus ganas de aliviarse son más fuertes y vuelve al baño a pisotones, maldiciéndome incluso mientras hace sus necesidades.

Me apoyo en la pared, observando su sombra moverse por el suelo de baldosas en lugar de a ella, y cuando termina, su ira se ha encendido aún más por la vergüenza.

—Estás de la cabeza —masculla Aerin mientras pasa a mi lado hacia la cocina.

No respondo.

Una vez dentro, se entretiene preparando un vaso de fideos de la cajita que hay bajo el fregadero.

Me quedo en el umbral, observándola mientras vigilo todo lo demás a mi alrededor.

Cuando ella duerme es más fácil, porque sé dónde está y solo tengo que preocuparme de mí mismo.

Cuando se trata de mí, la cosa cambia.

He recorrido esta casa de arriba abajo y he asegurado cada ventana y puerta.

Se levantaron e inspeccionaron los tablones sueltos del suelo, se desenchufaron todas las luces y aparatos electrónicos, se examinaron las tuberías, se arrancó el suelo del pasillo y se revisaron tres veces las cerraduras de las puertas.

Eso no impide que se me erice la espalda ante cada sonido, o que incluso el sutil movimiento de mis pestañas al parpadear haga que mi atención recorra cada rincón en busca de una amenaza.

Aerin no es la causa.

Ella no se entera de nada.

Soy yo.

Pasar casi dos décadas de tu vida permanentemente en primera línea en una zona de guerra deja huella.

—¿Dónde has dormido tú? —pregunta Aerin de repente, sorbiendo un bocado de fideos mientras se apoya en la encimera de la cocina— No he visto otra cama.

—No he dormido.

—¿Nada de nada? —Arquea las cejas— Joder, no me extraña que estés tan inquieto.

La miro de reojo—. ¿Inquieto?

—Sí. —Ella se niega a dar más detalles y yo me niego a preguntar.

—¿Cómo tienes la cabeza?

—Bien —responde ella— Mira, no finjas que te importa. Eso hace que todo lo demás resulte jodidamente raro.

—¿Todo lo demás? —Mis pensamientos vuelven inmediatamente a lo de anoche y mi corazón da un vuelco inesperado. ¿Va a mencionarlo por fin?

—Sí —espeta Aerin como si lo que dice fuera obvio—. Me has mirado mear como un degenerado, no dejas de mirarme fijamente y me has seguido literalmente por todas partes a pesar de que estamos en este minúsculo piso de tres habitaciones. ¿A dónde coño crees que voy a escaparme?

—A un almacén —respondo de inmediato.

Ella entorna los ojos, pero hay un destello de incertidumbre en su mirada— Como quieras. Me voy a dormir. —Deja el vaso de fideos en la encimera y pasa por mi lado a pisotones, pero se detiene antes de terminar de pasar— ¿Te parece bien?

—Adelante.

Ella pone los ojos en blanco y entra, metiéndose bajo la manta.

Sus fideos están solo a medio comer.

¿Es falta de apetito o un acto de rebeldía?

Mientras lo debato, mi segundo teléfono por fin cobra vida no mucho después de que caiga la noche.

Es Guido.

—Señor.

—Me dijiste que no llamara —dice Guido con voz tensa— Pero necesito saberlo. ¿Está a salvo mi hija?

—Sí, señor.

—¿Está ilesa?

—Físicamente, sí. Por lo demás, no estoy cualificado para decirlo.

—Necesito detalles.

—No por teléfono.

Guido guarda silencio un momento, luego su suspiro de agotamiento delata su edad—. Estoy luchando lo mejor que puedo aquí, Falco. Confío en ti, ¿me oyes?

Confianza. Qué concepto tan frágil. Ya he roto su confianza y él aún no lo sabe.

Presionar a Aerin podría hacer que le revelara la verdad a su padre antes de que yo lograra devolverla a la protección de su familia, pero me resulta extraño que no lo haya mencionado.

Quizás de verdad lo soñé.

—¿Falco?

—Perdone, señor. Estaba pensando. Le juré que la mantendría a salvo y así lo haré. ¿Ha habido noticias de su hijo?

—No —responde Guido con sequedad— Pero que no haya noticias es una buena noticia.

—Sí, señor.

Guido cuelga sin decir palabra y un silencio gélido me envuelve mientras la oscuridad cae por completo en el exterior.

La desaparición de Giacomo me escama.

Dada la existencia casi de ermitaña de Aerin, que unos mercenarios fueran a por ella la única noche que sale de la finca es sospechoso.

¿Es Giacomo también un objetivo?

Él no ocultó el hecho de que Aerin era su hermana, lo que significa que podrían haber decidido ir a por ella en su lugar como algún tipo de demostración de poder.

La noche pasa lentamente y vuelvo a no dormir.

Este lugar es demasiado desconocido, y mantengo la mayor parte de mi atención en Aerin mientras da vueltas en la cama.

El sueño parece eludirla a ella también durante casi toda la noche. Cuando se despierta a la mañana siguiente, está especialmente irritable.

—¿Fideos otra vez? —refunfuña, mirando el vaso de fideos que tiene delante.

—Es lo único que hay. Come.

—No quiero fideos otra vez. Es lo único que comí ayer.

—Se nos ha acabado el caviar. Come.

—Ni siquiera me gusta el caviar —espeta ella—. ¿Crees que porque mi familia sea rica solo comemos comida sofisticada y asquerosa que cuesta un riñón?

—No pienso en esas cosas —respondo sobre mi propio vaso de fideos—. Fideos es lo que tenemos, así que come. Es lo único que vas a tener.

—A la mierda con eso —masculla—. Si tengo que aguantar que estés encima de mí como una sombra lúgubre y no tener privacidad ni cuando meo, entonces me merezco algo decente para comer.

Observándola, empujo lentamente su vaso de fideos hacia ella—Come.

—¡Deja de decir eso! ¡Joder! No soporto esto. ¿Cuánto tiempo se supone que vamos a quedarnos aquí?

—Hasta que yo decida que es seguro.

—¿Seguro? Claro que es seguro. Quiero irme a casa.

—Todavía no.

—¿Por qué?

Me muerdo brevemente la parte interna de la mejilla—. Porque tu padre no ha dado el visto bueno.

—¿Giacomo no ha vuelto todavía? —Su voz suena diferente de repente, un poco más suave, y frunce el ceño—. ¿Por qué afecta eso a que yo vuelva a casa?

Mastico lentamente mis fideos sin sabor—. Las reglas de tu padre. Yo las cumplo.

—¿Es eso lo único que haces? —comenta ella con amargura—. No. No puedo seguir así. No soporto lo de las puertas abiertas y los fideos. A la mierda con esto.

En el momento en que se aparta de la mesa y se pone de pie, yo me levanto y mi mano le agarra el antebrazo—. Siéntate. Ya.

—¡No! Me voy a *casa*.

—No, no vas a ninguna parte.

—¡Sí que voy! Y no puedes detenerme. Solo eres… solo eres un guardaespaldas, ¿vale? *Yo* soy la hija. ¡Soy la heredera y puedo hacer lo que me dé la gana! —Se zafa de mí con un tirón, pero no logra soltarse mientras su pelo cae en cascada sobre un hombro.

—Parece que crees que tienes elección aquí —le recuerdo—. Trabajo para tu padre, no para ti.

—Ah, ¿sí? —Vuelve a dar otro tirón para alejarse de mí, pero de nuevo es incapaz de liberarse—. ¡Suéltame! No aguanto esto, no aguanto estar aquí. Quiero irme a casa y no puedes impedírmelo.

—¡Aerin! —le espeto de repente, alzando la voz y usando mi agarre en su brazo para atraerla hacia mí—. ¡Esto no es un castigo, es para mantenerte a salvo! ¿Es que no lo ves? Casi mueres en ese almacén. ¿No te asusta eso?

—No —suelta Aerin, alzando la barbilla—. Fue *divertido*.

—Mientes. Lo veo en tus ojos. Tienes miedo. Y lo entiendo.

—¿Entenderlo? —Aerin suelta una carcajada amarga—. ¿Qué sabes tú del miedo?

Mi agarre se tensa levemente alrededor de su brazo, luego la suelto—. Rebelarte no te sirve de nada. No puedes vencerme en una pelea y no voy a dejar que te vayas hasta que nos den el visto bueno. ¿Quieres gritar por ello y comportarte como una niña? Muy bien. Ya has demostrado que no se puede confiar en ti, así que esto no me supone ninguna diferencia.

Aerin me mira con los ojos como platos y se queda boquiabierta —. Vaya.

—¿Qué?

—No sabía que eras capaz de decir más de una frase seguida.

Si no estuviera tan molesto por su actitud, me haría gracia—. Cómete los fideos.

Cuando vuelvo a girarme hacia la mesa, Aerin desliza de repente su mano en la mía y el corazón me da un vuelco hasta la garganta.

Ese contacto, suave y cálido, silencia inmediatamente la ruda rueda de hámster en mi cabeza y se me revuelve el estómago.

Hasta que algo duro y frío se cierra alrededor de mi muñeca con un clic seco. Me giro de inmediato.

Aerin nos ha encadenado por las muñecas con las esposas de mi bolsa.

Mientras las miro, comprendo por qué de repente dio ese paso adelante tan dispuesta mientras yo hablaba.

Me usó como cebo.

Me distrajo provocándome para poder llegar a mi bolsa, probablemente buscando mi teléfono. En su lugar, encontró esto.

—Vas a ver lo que se siente al tener a alguien encima las veinticuatro horas del día —espeta—. Y entonces tú—

Sus palabras quedan truncadas cuando una explosión descomunal revienta la puerta principal y nos lanza a ambos contra la mesa con la fuerza de la onda expansiva.

7

AERIN

Tengo un pitido tan fuerte en los oídos que parece que algo esté intentando taladrarme el cráneo hasta llegar a los dientes.

El humo y los escombros nublan el aire, se me agarran a la garganta y me entra un ataque de tos violento antes incluso de haber abierto los ojos.

Joder.

¿Qué ha pasado?

En un segundo estábamos discutiendo; al siguiente, he sentido un calor intenso en la espalda y he salido volando.

A mi alrededor, por el suelo, hay astillas de madera y fragmentos de la mesa de la cocina, junto con trozos de yeso y baldosas hechas añicos.

Un humo negro y espeso inunda la cocina y me escuece los ojos, obligándome a cerrarlos en el mismo instante en que he intentado abrirlos.

Me duele todo.

El corazón me late con fuerza en el pecho y me palpitan las extremidades, mientras un dolor punzante y cálido irradia desde la base de mi columna.

Justo cuando reparo en ello, una agonía aguda me atraviesa la muñeca y grito mientras el dolor se vuelve más ardiente y lacerante

con cada segundo que pasa.

—¡Ahhh!

Al intentar darme la vuelta, mi muñeca en llamas me arrastra de repente unos centímetros por el suelo, justo cuando recuerdo que he esposado a Falco y a mí.

Estaba tan furiosa por cómo me trataba que quería darle a probar de su propia medicina.

Ahora Falco y yo estamos encadenados el uno al otro mientras él se pelea con un hombre en el suelo, a mi lado, y no hay nada que pueda hacer para escapar.

El extraño, que lleva un pasamontañas negro con una abertura para los ojos, está encima de Falco y lo golpea repetidamente en la cara. Falco intenta bloquear los golpes con un brazo mientras el otro está lastrado por su conexión conmigo.

El pánico me recorre como una ola de calor, estrangulando mi respiración ya de por sí restringida, y me asfixio, estallando en otro ataque de tos.

Mis ruidos atraen la atención del hombre que está sobre Falco.

Sus ojos oscuros y furiosos se desvían de Falco hacia mí.

En el momento en que nuestras miradas se cruzan, mis entrañas se hielan y el desconocido se lanza contra mí.

Grito e intento cubrirme la cara. Pero antes de que su puño pueda impactar conmigo, Falco se impulsa hacia arriba y golpea al hombre directamente en la mandíbula.

Este sale volando por encima de mí y aterriza hecho un ovillo entre los restos de la mesa de la cocina, sin tiempo para recuperarse.

Falco trepa sobre mí, pegando un tirón a mi brazo y a mi muñeca herida, y me veo obligada a ponerme de lado y luego boca abajo, mientras Falco ataca al extraño con un potente puñetazo en la cara.

Le golpea una y otra vez hasta que quedan trabados en un forcejeo de fuerza y gritos furiosos.

La sangre corre por la sien de Falco, tiene el pelo veteado de polvo y suciedad, y le gotea de los dientes ensangrentados mientras gruñe de furia.

Entonces, sus dos manos se cierran alrededor de la garganta del extraño y aprietan.

Se me encoge el corazón cuando nuestras esposas obligan a mi mano a descansar contra el cuello y el hombro del hombre que forcejea.

Falco aprieta tan fuerte que se le hinchan los antebrazos y el hombre que tiene debajo emite un sonido horrible y húmedo mientras jadea por aire que no llega.

—Falco —susurro con voz ronca—, tirando de las esposas.

No quiero estar aquí. No quiero ver esto.

No quiero *sentir* esto.

Pero estoy atrapada, congelada en esta burbuja mientras Falco le quita la vida a un hombre, y lo único que siento es la sangre corriendo por las yemas de mis dedos a medida que escapa del labio partido del hombre.

—¡Falco! —tirando con todas mis fuerzas, mi muñeca sufre un espasmo y el dolor me recorre todo el brazo hasta el codo.

No tengo ningún deseo de salvar al hombre que intenta matarnos, pero no quiero formar parte de ello. No puedo. —¡Por favor!

Falco no cede.

Es un pilar de piedra que se abate sobre este hombre que patea el suelo con las piernas, golpea con las manos los brazos y hombros de Falco, y muere lentamente.

No puedo moverme.

El horror me atenaza como un vicio mientras observo cómo los forcejeos de este hombre se debilitan.

Entonces, de entre el humo negro que inunda la cocina, otro hombre aparece tambaleándose.

—¡Falco!

Un crujido nauseabundo resuena a mi lado, luego Falco rueda sobre mí y suenan varios disparos. La segunda figura se desploma inmediatamente en el suelo, muerta.

No puedo respirar.

No puedo pensar.

Hay demasiado humo. Demasiado calor. Me siguen pitando los oídos; entonces el rostro de Falco se balancea frente al mío. —¿Aerin?

La lengua se me niega a funcionar y las lágrimas inundan mis ojos mientras lo miro.

—Aerin —jadea Falco—. Habla conmigo.

—Estoy bien —susurro con voz quebrada.

—Bien —masculla él, levantando nuestras muñecas unidas entre nosotros—. Porque esto ha sido una soberana estupidez.

—¡Cómo iba yo a saberlo! —No es que mis excusas importen, porque tiene razón. Quería darle una lección, pero lo hice cuando ni siquiera estábamos seguros de estar a salvo. —¡Lo siento!

—Es un poco tarde para eso —gruñe Falco, limpiándose con la manga algo de la sangre de la frente mientras le cae en el ojo—. Tenemos que irnos.

Falco se levanta y tira de mí hacia arriba.

Pero en lugar de arrastrarme tras él, de repente se agacha y rodea mis piernas con un brazo fuerte, luego me levanta y me echa al hombro.

Deja el arma abandonada en el suelo al elegirme a mí antes que al arma.

Me quejaría, pero con nuestras otras manos bloqueadas por las esposas, tengo que confiar en que tiene un plan, y esto es definitivamente más rápido.

Falco sale corriendo de la cocina, pero no sin que antes yo eche una mirada dolorosamente larga a los dos hombres muertos en la estancia.

Uno ha muerto por un disparo y el otro está totalmente inmóvil, con la cabeza torcida en un ángulo antinatural.

Falco le ha roto el cuello.

¿Es lo bastante fuerte como para hacer eso con sus propias manos?

Se me revuelve el estómago y el ardor de la bilis me sube por la garganta mientras Falco abre de una patada la puerta trasera y sale disparado al jardín.

Me agarro a la espalda de su camisa con mi mano libre, luchando por controlar las ganas de vomitar mientras me sacude sobre su hombro.

Por muy firme que sea el agarre alrededor de mis piernas, corre sin demasiado cuidado.

Tenemos que alejarnos, tenemos que...

—¡Falco! —grito demasiado tarde, y el tercer hombre que aparece por el lateral del edificio abre fuego justo cuando suelto el alarido.

La sacudida que recorre a Falco al recibir el disparo es aterradora.

El impacto hace que su cuerpo se estremezca y se encorve hacia delante; entonces caigo al vacío mientras Falco se desploma en el suelo.

Aterrizo con fuerza sobre la hierba y el impacto me expulsa todo el aire de los pulmones en un jadeo áspero.

La muñeca se me retuerce dolorosamente al caer al lado de Falco, que choca contra la tierra y no se mueve.

—¿Falco? —grazno, luchando por recuperar el aire mientras me doy la vuelta.

La cadena que une los dos aros de las esposas se ha retorcido dolorosamente, forzándolas a un ángulo brusco que se me clava en la muñeca.

—¡Falco!

No se mueve.

Está boca abajo en el suelo y la sangre se extiende rápidamente por la espalda de su camisa.

En un parpadeo, vuelvo a estar en el restaurante, siendo arrastrada lejos de su cuerpo ensangrentado e inmóvil.

Otra vez no.

—¡Falco! —golpeo su espalda con la mano, empujándolo con todas mis fuerzas, pero no se mueve ni un centímetro—. ¡Por favor, no mueras! ¡Dios mío, no mueras! No mueras, no mueras...

Un puño se engancha en mi pelo por detrás y me arrastra lejos de Falco todo lo que puede, con el peso muerto de él unido a mi mano.

Lanzo patadas, mis pies descalzos se enganchan en las frías briznas de hierba y en la tierra húmeda.

Un gruñido sigue al puño en mi pelo; frustración porque soy incapaz de moverme más.

Al ser arrojada al suelo, una bota viene volando hacia mí cuando intento apoyar la mano en la tierra.

Sin tiempo para moverme, el impacto me golpea con fuerza en las costillas y me hace rodar sobre el brazo atado a Falco, retorciéndolo debajo de mí.

Un dolor ardiente me punza el hombro y estoy intentando liberar el brazo cuando ese puño vuelve a estar en mi pelo, levantándome unos centímetros.

Su mano choca contra mi rostro, abofeteándome con tanta fuerza que los dientes me castañetean en el cráneo y los ojos se me ponen en blanco.

Caigo contra la tierra con un jadeo húmedo; la sangre inunda mi lengua.

Entonces se echa sobre mí.

Un peso pesado sobre mis caderas y dos manos carnosas cerradas alrededor de mi garganta.

Entrelaza los dedos y, de repente, me aplasta la tráquea con todas sus fuerzas.

Frialdad y regocijo brillan en los ojos del extraño mientras me mira fijamente, arrebatándome la vida.

No lo conozco.

No lo reconozco.

¿Por qué tiene tantas ganas de matarme? ¿Qué he hecho?

Es un pensamiento tan lejano que atraviesa con claridad el empañado pánico de mi mente mientras él me estrangula, sacudiéndome violentamente un par de veces como para incitar a la muerte a llegar más rápido.

Este hombre y los de la discoteca.

¿Qué he hecho para merecer esto?

¿Por qué yo?

De repente, las manos desaparecen de mi garganta y un aire dulce y puro entra en mis pulmones con una claridad que me hace

saltar las lágrimas.

Duele, como si cada bocanada de aire contuviera cuchillas que me desgarran la garganta al bajar, pero merece la pena.

Jadeo y jadeo, una bocanada tras otra mientras toso y me ahogo.

La lengua se me inflama contra el paladar como si mi cuerpo intentara advertirme de que hay demasiado aire, pero jadeo desesperadamente.

¿A dónde ha ido?

Mi muñeca da un tirón doloroso y, a través de las lágrimas, veo a Falco.

Está usando un trozo de pizarra de una baldosa que debe de haberse desprendido del tejado de la casa con la explosión.

Lo blande como una daga, abriendo el cuello del hombre con el borde como si fuera una hoja afilada.

La sangre brota como una cascada de la garganta del hombre, cubriendo las manos de Falco y salpicando las mías mientras empapa la hierba de abajo.

El estómago me arde y se me contrae; entonces me entran arcadas y vomito los fideos de anoche.

—Aerin. —Falco está de nuevo frente a mí, acunando mi cara con una mano ensangrentada mientras yo toso y tengo arcadas.

—Lo siento —balbuceo—. Lo siento. ¡Lo siento!

—No lo hagas.

—Te... te han disparado, oh Dios mío, lo siento. ¡Lo siento!

—¡Aerin! —ladra mi nombre con brusquedad, pero su voz no es tan fuerte como podría serlo. Cruzamos las miradas y el dolor se refleja en su rostro en oleadas—. Tenemos que llegar al coche.

Asiento lentamente y me pongo en pie a duras penas. Falco se mueve más despacio. Siente dolor, le han disparado y Dios sabe qué más.

Llegar al coche. —Espera... ¿qué coche?

—Confía en mí —jadea Falco.

Sencillo.

Esta vez Falco toma mi mano entre las suyas y juntos corremos hacia el final del jardín.

Abre la puerta de una patada y salimos tambaleándonos al callejón donde descansa un coche negro cerca de la salida, silencioso y oscuro.

Falco corre hacia él conmigo a cuestas.

Cuando llegamos, se hinca de rodillas y busca la llave escondida sobre el neumático trasero; luego me la pone en la mano.

—Tienes que conducir tú.

—¿Qué? —Lo miro horrorizada—. ¡No sé conducir!

—¿No has conducido nunca?

—Yo... o sea, sé lo básico... Quizá una o dos veces con mi hermano por la finca, ¡pero no sé conducir de verdad!

—Tienes que... —Falco se interrumpe con una mueca de dolor y el hombro se le vence hacia delante—. Puedes hacerlo.

—No, yo...

—¡Aerin! —vuelve a ladrar mi nombre, todo poder y mando mientras abre la puerta del copiloto—. Confío en que puedes hacerlo. Tienes que hacerlo.

No tengo elección.

Aferrada al coche a través de la puerta del acompañante, gateo por encima de la consola central y me instalo en el asiento del conductor.

Falco lo sigue y saca una pistola de la guantera; luego arranca el coche con solo pulsar un botón.

—Conduce.

—¿Hacia dónde? —jadeo, poniendo mis manos temblorosas en el volante.

—Solo conduce. Yo te guiaré.

La cabeza me da vueltas y el corazón me late tan fuerte y rápido que es como un borrón.

Nada parece real mientras piso a fondo el acelerador.

Es como si me hubieran arrancado de mi propio cuerpo y estuviera observando todo desde arriba en lugar de estar presente.

Al salir a la carretera, queda claro por qué tengo que conducir yo.

Varios coches se ponen inmediatamente en nuestra persecución y Falco es la única protección que tengo.

Conduzco por puro instinto mientras recuerdos enterrados afloran de lo más profundo de mi mente y me ayudan a mantener el coche en la carretera mientras Falco se asoma por la ventanilla del copiloto y dispara a los coches que nos siguen.

No puede asomarse demasiado debido a nuestras muñecas esposadas, pero es suficiente para reventar algunos neumáticos y reducir los coches que nos persiguen de tres a solo uno.

Un coche que se niega a rendirse.

Corro de calle en calle, siguiendo las instrucciones gritadas de Falco de cuándo girar, cuándo frenar y cuándo acelerar.

Cada semáforo en rojo que me salto hace que se me cierre el pecho de tal forma que no puedo respirar mientras espero un choque que no llega.

La ciudad vuela en un borrón, las lágrimas me corren por las mejillas y, cada vez que trago, siento el fantasma de las manos de aquel bastardo apretándome el cuello.

Falco se queda sin munición justo cuando el último coche finalmente da un volantazo, golpea a un vehículo estacionado y vuelca sobre su techo.

Lo dejamos atrás en una nube de polvo y Falco finalmente se deja caer en el asiento, jadeando.

—Lo has hecho bien, Aerin —dice sin aliento—. Has conducido genial.

—¿Estás seguro? —le grito histérica—. ¡Porque siento que no puedo parar! ¡Si paro, chocaremos!

—Sigue conduciendo —gruñe Falco, moviéndose lentamente en su asiento—. Joder... ¿Aerin?

—¿Qué? —lo miro y se me revuelve el estómago. Está pálido como la cera, volviéndose gris como si la muerte ya se lo estuviera llevando. —Oh, Dios mío, ¿por qué tienes esa cara? Falco, ¿qué está pasando?

—Sigue... conduciendo.

—¡Falco!

Me dicta una dirección. —Conduce allí, ¿vale? Tú... tienes que conducir hasta allí.

—¡Falco, no te atrevas! ¡Tengo miedo, no puedes dejarme sola!

—Estoy perdiendo... mucha sangre... así que tienes que... tienes que conducir hasta allí, ¿vale? Sigue... conduciendo. No me voy... a ninguna parte.

Cada palabra suena como si le costara un esfuerzo inmenso. Teniendo en cuenta cómo le rajó el cuello a aquel hombre, es imposible saber dónde termina la sangre de aquel y empieza la de Falco, pero se mueve y parpadea cada segundo más despacio.

Vamos a morir.

Si se desmaya, morimos, porque no hay forma de que yo pueda mantenerlo vivo.

—Falco, por favor —jadeo—. No me dejes. Por favor.

No lo hace.

De algún modo, permanece consciente durante todo el largo trayecto hasta la dirección que me ha dado.

Justo cuando me detengo con un chirrido de frenos frente a un edificio oscuro, su cabeza se ladea y su barbilla golpea su pecho.

—¡Falco!

Justo cuando grito su nombre, la puerta de mi lado se abre de golpe y un grito de terror brota de mi garganta mientras una figura sombría se abalanza dentro del coche.

8

FALCO

—Estoy bien. —Estoy despierto, sentado junto a Aerin en el salón de Pidge.

—¡No, no lo estás! ¡Mírate! ¡Estás pálido, noto que tiemblas y hay muchísima sangre!

Nuestras muñecas siguen atadas, en carne viva y con moratones por cada sacudida, giro y tirón de la pelea. —Aerin...

—¡Ni se te ocurra decirme que no es nada, porque estoy viendo que sí lo es!

—Aerin...

—Y ya vi cómo te disparaban antes, pero aquello no fue como esto. ¡Esto es distinto! ¡Oh, Dios mío, vas a morir, ¿verdad?! ¡Solo intentas calmarme, pero te vas a morir y es todo culpa mía!

—Aerin...

—¡Lo siento! ¡Lo siento muchísimo, no quería que pasara nada de esto!

—¡Aerin! —Odio tener que gritarle ahora mismo, pero es lo único que logra atravesar su pánico; por fin deja de hablar, jadeando hasta quedarse en silencio.

Me mira fijamente con los ojos rojos y llenos de lágrimas, y deja escapar un lloriqueo cuando le pongo la mano en la mejilla.

—Escúchame.

Ella asiente con voz temblorosa, sorbiéndose la nariz.

—Este es Pidge.

Él me ha mantenido con vida desde que aparecimos en su piso franco, deteniendo la hemorragia.

Aun así, ella no para de sobresaltarse cuando él se acerca, como si fuera a ser la próxima persona en atacarnos.

Quizás este nuevo miedo suyo sea algo bueno; quizá así se dé cuenta del puñetero peligro en el que se encuentra, pero ahora mismo solo necesito que me escuche de una vez.

—Va a usar esa cizalla para cortar la cadena y luego te llevaré a la cama para que puedas sentarte y descansar, ¿de acuerdo?

—Pero ¿y qué pasa con...? —empieza, pero se interrumpe rápidamente, mientras sus tensos hombros se desinflan poco a poco.

—Estoy bien. Me voy a encargar de todo. Necesitas tomarte un momento y respirar, ¿vale?

Aerin asiente repetidamente, con sus rizos húmedos y estropeados apelmazados sobre los hombros. —Vale —murmura—. Vale.

Llegamos a casa de Pidge hace veinte minutos.

He tardado todo este tiempo en calmarla, pero es un comienzo.

Tengo que llevarla a un lugar seguro y protegido; luego, tengo que sacarme esta bala antes de que me convierta en un mentiroso.

Pidge, tras un asentimiento por mi parte, se desliza entre nosotros con la cizalla y corta la cadena limpiamente.

Luego cojo a Aerin en brazos, al estilo nupcial, y sigo la indicación de Pidge hacia el dormitorio.

A pesar de sus jadeos y temblores, Aerin por fin se queda en silencio y se aferra a mí mientras recorremos un pasillo corto hasta el dormitorio. El dolor es un pensamiento lejano siempre que me concentre en Aerin, así que eso es lo que hago.

Cada gramo de fuerza que me queda se fija en ella mientras la deposito en la cama y la ayudo a quitarse la sudadera y el pantalón de chándal manchados de sangre.

Ya está bajo las mantas antes de que yo llegue a vislumbrar nada que no deba, así que le subo la ropa de cama hasta los hombros.

—Pidge tiene ducha si quieres...

—No —jadea Aerin—. No... todavía no. No quiero. Solo...

Asiento, sin indagar más en su angustia. Después de comprobar la ventana varias veces concienzudamente, me quedo en el umbral de la puerta, buscando algo que decir.

No se me ocurre nada mientras mis pensamientos regresan a mis heridas.

—Ahora vuelvo —le aseguro; después, cierro la puerta y regreso cojeando al salón de Pidge.

Él me espera junto al sofá manchado de sangre y chasquea los dedos, señalando el cojín que acabo de dejar libre con una instrucción silenciosa para que me siente.

—¿En qué te has metido? —refunfuña Pidge mientras me dejo caer con cautela en el sofá.

No respondo.

Me quedo ahí tumbado, silencioso y vacío, mientras él me corta la camiseta y empieza a ocuparse de la herida de bala justo debajo de las costillas.

Al principio, el dolor estalla cuando empieza, pero se desvanece rápidamente a medida que me anestesio a mí mismo, empujando toda sensación al fondo de mi mente.

¿Cómo nos han encontrado?

Fui precavido. Fui condenadamente precavido. Los pisos francos de los Paramatti son un secreto muy bien guardado y, aun así, de alguna manera nos han encontrado.

¿Y lo que le hicieron a Aerin?

Despertarme sobre la hierba y ver a aquel maníaco encima de ella intentando estrangularla fue aterrador.

Unos segundos más y la habría perdido.

Nunca en mis años como ejecutor la vida ha sido tan jodidamente caótica. Alguien quiere a Aerin muerta de verdad.

—Estás bien —dice Pidge tras un largo periodo de silencio—. Has sangrado mucho, pero vivirás. Y esto... —Las yemas de los dedos de Pidge, algo ásperas, rozan mi herida en proceso de curación del restaurante—. Tienes que dejar de recibir disparos.

—No estoy haciendo de esto una costumbre —gruño mientras él me cubre la herida con gasas y deja caer la bala en un vaso de

plástico junto a mí—. ¿He terminado?

—Sí. Mientras me incorporo, Pidge se echa hacia atrás y se sube las gafas para poder frotarse los ojos. —¿Por qué has venido aquí?

—¿A qué otro sitio iba a ir? —murmuro—. No podía pensar.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

—¿Te he puesto en peligro?

—No —refunfuña Pidge—. Solo quería decir... que has evitado todas mis invitaciones para visitarme y luego apareces medio muerto. Y no has respondido a mi pregunta. ¿Cuándo dormiste por última vez?

—Hace un par de días.

—Hm. —Saca un frasco de pastillas de su espalda, vierte un par en su mano y me las lanza—. ¿Quieres contarme cómo has terminado haciendo de canguro de Aerin Paramatti y casi muriendo por ello?

—Lo siento. —La suave voz de Aerin surge desde la puerta, atrayendo nuestra atención. Está pálida y tiene los ojos como platos mientras se acurruca en el albornoz que ha cogido detrás de la puerta.

—Aerin. —Me pongo en pie y me tambaleo. Pidge me agarra inmediatamente del brazo.

—Los dos necesitáis descansar.

—Yo estaba... lo siento. —Las lágrimas asoman a sus ojos y mi corazón da un vuelco, así que me suelto de Pidge y me acerco a ella.

—No pasa nada. ¿Qué ocurre?

Algo en mi tono hace que se estremezca y se me encoge el estómago.

—Yo... estaba demasiado oscuro... estaba demasiado sola y quería asegurarme de que estabas bien. —La voz de Aerin se vuelve cada vez más tenue mientras habla.

—Ven —digo, apretando los dientes por el dolor y luchando por que mi tono sea lo más suave posible—. Iré a sentarme contigo.

No tardo mucho en llevar a Aerin de vuelta a la cama.

Sigue rechazando una ducha y cualquier tipo de comida o bebida.

Está en estado de shock, así que no la presiono.

Esta vez, después de arroparla, me siento a su lado en la cama y permanezco allí, mirando por la ventana el cielo que se oscurece hasta que la respiración de Aerin se suaviza y se queda dormida.

No me muevo durante otros treinta minutos hasta que estoy seguro de que está profundamente dormida.

De vuelta en el salón, Pidge me lanza una botella de agua. —Cuéntamelo todo.

Me acomodo de nuevo en el sofá con un ojo puesto en la puerta y empiezo.

Desde mi primer trabajo como ejecutor para la familia hasta lo del restaurante y el ataque de hoy.

Lo único que omito son esos noventa segundos en la ducha donde hice que Aerin viera las estrellas.

En la superficie, es fácil.

Hablar es una distracción, y aparecer sangrando en el umbral de Pidge le otorga el derecho de conocer toda la verdad.

Somos amigos desde hace tiempo. Hablar me ayuda a olvidar el dolor y, poco a poco, muy poco a poco, empiezo a relajarme cuando Aerin no vuelve a aparecer en la puerta. Esta vez está descansando de verdad.

—La mafia —dice Pidge despacio, negando con la cabeza.

La luz de la única lámpara cerca de su brazo proyecta un resplandor inquietante en su rostro. —Luchamos contra gente así, tú y yo.

—Y mira a dónde nos ha llevado eso. ¿Crees que al gobierno o a la ley les importan un bledo los hombres como nosotros? Al menos con esta familia, llego a hacer un poco de bien. Me pongo a trabajar y soy capaz de dormir por la noche.

Pidge pone los ojos en blanco. —Tú no duermes.

Suspirando profundamente, me termino el vaso de agua que me ha dado a mitad de mi relato y suelto un suspiro. —No. No lo hago.

—Tenéis un topo —dice Pidge—. Es la única explicación. ¿Una familia tan poderosa como la suya? Los pisos francos no se filtran a menos que alguien quiera que así sea. O bien hay una filtración, o alguien de dentro la quiere muerta.

Alguien de dentro no se tomaría tantas molestias tan extravagantes, ya que matarla en la bañera habría sido mucho más fácil.

Tiene que ser una filtración.

Con otro asentimiento, se me escapa un último suspiro como un jadeo entrecortado.

—Necesito tu ayuda, Pidge. ¿Esos hombres de hoy? No puedo enfrentarme a todo eso yo solo.

—Estás aquí, ¿no? —Pidge se pasa una mano por su desgreñado cabello rubio y se levanta—. Duerme. Descansa. Aquí estás a salvo y ella también. Solo no te mueras en mi puto sofá. —A pesar de la molestia juguetona de sus palabras, me da un golpe en la pierna con la suya al pasar. Es lo más parecido al afecto que Pidge suele mostrar.

La guerra nos rompió a ambos. Pidge se esconde tras sus ordenadores y su tecnología mientras yo me lanzo al mundo criminal solo para sentirme útil. Sobrevivimos.

A duras penas.

Pidge me deja con la luz encendida, desapareciendo hacia el interior de la casa.

Debería dormir, pero mi mente no deja de dar vueltas.

Los leves tirones por todo mi cuerpo no me detienen cuando me levanto y compruebo si hay trampas en la habitación, reviso los cierres de la ventana y miro el cuarto de Aerin para asegurarme de que sigue allí.

Duerme plácidamente, hecha un ovillo.

Mi corazón se encoge inesperadamente y permanece así, como atrapado en su palma, durante todo el camino de vuelta al sofá.

Está viva.

Estoy haciendo un trabajo de mierda protegiéndola, pero está viva y eso es lo único que importa.

A este paso, estaré muerto antes de que Guido se entere de que la toqué. No tendrá que matarme porque protegerla ya lo hará por mí.

Una y otra vez revivo su imagen en la ducha.

Su pelo oscuro por el agua, sus labios encendidos y rojos, sus pechos grandes y perfectos brillando por las gotas de agua.

Por un momento, puedo sentirla alrededor de mis dedos hasta que toco las yemas y no siento más que sangre seca.

Entonces, todo lo que veo es a ella sobre la hierba con ese hombre encima, y la rabia se prende en mi corazón. Debería haberme despertado antes.

El sueño no llega hasta después de arrastrarme a la ducha y volver a visitar a Pidge para que me cambie el vendaje; luego me quedo frito en el sofá y permanezco allí, muerto para el mundo, durante varias horas.

Algo me despierta poco después del amanecer.

Frío y entumecido por la pelea y la bala que desgarró mi músculo dorsal, me incorporo con un gruñido y entrecierro los ojos mientras escucho el silencio de la casa de Pidge.

Algo me ha despertado, pero ahora que estoy alerta no consigo identificarlo.

Pero está ahí. Estoy atento a pesar de que no hay un peligro inmediato.

Al levantarme, el dolor me atraviesa desde la espalda hasta el coxis.

Tras rebuscar en la mesita de Pidge para encontrar más analgésicos, me meto dos en la boca y los mastico mientras camino hacia el pasillo.

El sutil sonido del agua corriendo capta mi atención.

Manteniendo el oído atento, miro cómo está Aerin y cualquier rastro de sueño se desvanece en el instante en que veo su cama vacía.

En lugar de llamarla, avanzo sigilosamente por el pasillo hasta llegar al baño donde, justo bajo el sonido del agua corriendo y salpicando, la oigo.

Unos sollozos suaves y lastimeros surgen de debajo de la puerta. Está ahí dentro y está llorando.

Consolar nunca ha sido mi fuerte.

Teniendo en cuenta todo lo que ha pasado, no me sorprendería que me odiara ahora mismo, pero tengo que verla.

Solo un vistazo para asegurarme de que está bien.

Sujetando el pomo, lo bajo con suavidad y me apoyo en la puerta con el hombro desnudo, empujándola para abrirla.

Aerin no se da cuenta de mi presencia.

Está de pie frente al lavabo, todavía con el albornoz, pero se le ha caído de los hombros desnudos, recogiéndose donde está amontonado a la altura de los codos.

Solloza en silencio mientras se frota sus manos limpias con un jabón azul que hace espuma al instante.

Las lágrimas le ruedan por las mejillas y se atraganta suavemente, tosiendo.

Nubes de vapor suben desde el lavabo y empañan el espejo, adhiriéndose a los surcos que ella misma habrá formado con la mano.

La espuma del jabón se enjuaga y desaparece, pero ella vuelve a echarse más jabón en las manos y sigue frotando.

Unos moratones oscuros destacan en una muñeca, bajo el grillete que aún cuelga de su brazo, y unas huellas dactilares oscuras marcan su garganta por donde ese cabrón intentó asfixiarla.

En otras seis horas, estarán negras.

Debería dejarla sola, pero algo me mantiene en el umbral, con una mano en la puerta y la otra en el marco.

—¿Aerin?

Se sobresalta violentamente al oír su nombre y me mira mientras otra oleada de lágrimas asoma a sus ojos.

Se derraman cuando parpadea y un sollozo más fuerte y desesperado escapa de ella.

—¡No puedo... n-no puedo quitarme l-la sangre!

Sus manos están impecables. No queda ni una sola gota de sangre.

Entro en el baño y cierro la puerta con un empujoncito detrás de mí; luego me acerco a ella despacio, como si fuera un ciervo asustadizo listo para huir ante el primer movimiento brusco.

A medida que me acerco, sus dedos quedan a la vista y están tan limpios como sus manos.

—Aerin...

—¡N-no puedo quitármela! —Sus hombros se curvan hacia delante y vuelve a echar mano del jabón.

—Deja que te ayude. —No hay sangre.

En todo caso, su piel se está volviendo rosada y está en carne viva de tanto frotar, pero está libre de sangre.

Sus hombros rosados y su pelo húmedo sugieren que las manos no son la única parte de ella sometida a un frotado intenso.

—¿Puedes h-ayudarme a quitármela? —Me mira con unos ojos tan grandes que una tormenta de angustia se agita en ellos, haciendo que se me haga un nudo en el estómago.

—Puedo ayudarte. ¿Me dejas?

Asiente frenéticamente, así que me coloco detrás de ella y rodeo su cuerpo con mis brazos.

Una vez que nuestros brazos están alineados, mojo mis manos y hago una mueca ante la temperatura abrasadora.

Aerin suelta un jadeo cuando ajusto el mando, pero el agua se enfría rápidamente hasta alcanzar una temperatura más soportable.

Luego vierto jabón en mi palma.

Al frotarlas, se forma espuma rápidamente y tomo una de sus manos entre las mías.

Todo su cuerpo tiembla contra mí y, mientras ella se estremece con los sollozos, el nudo de mi estómago se aprieta más, como si un puño me estuviera retorciendo por dentro.

Mis movimientos son lentos y controlados mientras le doy un masaje en la mano.

Por la palma, hasta la muñeca y luego por cada dedo por turno.

Le enjabono la mano por completo y luego la guío bajo el agua para quitar el jabón.

Repito la misma acción con su segunda mano, solo que esta vez tengo mucho más cuidado con su muñeca magullada.

Aerin encaja perfectamente contra mí, resguardada bajo mi barbilla mientras se acurruca frente al lavabo.

Pronto, su otra mano queda limpia de jabón y sostengo sus dos manos rosadas y sensibles entre mis palmas.

—¿Se ha ido? —pregunto en voz baja.

Aerin se atraganta suavemente y niega con la cabeza. —N-no. Lo siento, lo siento...

La acallo con un leve sonido de garganta. —No pasa nada. Vamos a intentarlo otra vez.

Al igual que antes, repito mis pasos y, tal como sospecho, me dice una vez más que puede ver la sangre. Así que lo repetimos.

Una y otra vez.

Cada vez ajusto el grifo para que el agua esté un poco más fría y me quedo allí con Aerin, lavándole las manos hasta que ella puede ver que toda la sangre ha desaparecido por completo.

9

AERIN

Han pasado dos semanas desde el asalto al piso franco.

De vez en cuando, por el rabillo del ojo, sigo viendo mis dedos cubiertos de sangre.

Es como un espejismo que va y viene a altas horas de la noche, cuando estoy a punto de quedarme dormida.

Las sombras se oscurecen alrededor de las yemas de mis dedos y mi piel se vuelve seca al tacto.

Encender la luz siempre ahuyenta el espejismo, pero no es suficiente.

Unos desconocidos estuvieron dolorosamente cerca de matarme, y la única razón por la que estoy viva, la única razón por la que estoy entera, es por Falco y su amigo Pidge.

Cómo dos personas así llegaron a ser amigos es algo que no alcanzo a comprender.

Son como el día y la noche.

Pidge era todo sonrisas e historias alegres mientras esperábamos a que todo estuviera despejado, mientras que Falco no dejaba de fruncir el ceño y murmurar comentarios monosilábicos.

Excepto cuando me ayudó en el baño.

Esos momentos de ternura permanecen anidados en mi mente, provocando una suave sonrisa en mis labios cada vez que recuerdo

las horas que pasó allí de pie, ayudándome a limpiar una sangre que solo yo podía ver.

Desde entonces, me vigila más de cerca, pero he recuperado el derecho a la intimidad.

Me deja cerrar las puertas y ducharme sola.

Una parte de mí, minúscula y egoísta, se siente decepcionada.

—¿Aerin? —La voz de mi madre me saca de ese recuerdo y me devuelve al presente.

Estamos sentadas juntas en el jardín acristalado, disfrutando de un sol intenso que calienta el vidrio lo suficiente como para que los bordes del cristal parezcan borrosos.

Tengo un té intacto frente a mí y la labor de ganchillo descansa lacia en mis manos.

—Mira eso —mi madre chasquea la lengua y me da un codazo suave—. Se te han vuelto a escapar los puntos.

—Ah. Perdona. No estoy muy concentrada. —Desde que regresé a sus brazos frenéticos, no ha dejado de meterme en actividades, probablemente con la esperanza de que me distraigan de lo cerca que estuve de morir.

Mi padre ha hecho lo mismo, a su manera.

Llamó a Falco a su despacho una noche y hablaron durante horas. Temí que no saliera nunca.

—¿Tienes algo en la cabeza? —Hay un ligero tono de aspereza en la voz de mamá, como si le importara lo suficiente para preguntar, pero no para escuchar.

No es que la culpe.

Escuchó algunos detalles de lo ocurrido en el almacén y se puso tan pálida que estaba prácticamente translúcida.

Para ser la esposa de un mafioso, no tiene mucho estómago para la oscuridad del mundo.

O al menos no cuando sus hijos están involucrados. Es la mayor muestra de amor que he sentido jamás por su parte.

—No —miento en voz baja—. Es que... no me va mucho el ganchillo. Lo siento.

—No pasa nada —responde con un suspiro que dice claramente que *sí* pasa algo—. De todas formas, tengo que ir a recoger la receta

de tu padre.

—¿A recogerla? ¿No suelen traerla a casa?

—Sí, pero he quedado con un chef que se encargará del cátering de la fiesta, así que me he ofrecido a recogerla. Tu padre tiene mucho en la cabeza ahora mismo. Además, viene bien salir de casa de vez en cuando, Aerin.

Me muerdo la lengua con fuerza para no reprocharle de inmediato a mi madre la falta de libertad que ella misma crea y que me impide hacer exactamente eso.

Dejo la bufanda mal tejida junto al té y estoy a punto de levantarme cuando, de repente, su mano se extiende y me toca el cuello.

—Los moratones casi han desaparecido —dice en voz baja—. Me alegro.

—Yo también. —Inclinándome, le doy un beso en su mejilla empolvada—. Que te diviertas en tu salida.

—Lo haré, cariño. Lo haré.

Me despide con un gesto y esa es mi autorización para marcharme.

El interior de la mansión está claramente más fresco que el jardín acristalado, así que me rodeo el cuerpo con los brazos mientras recorro las estancias en busca de Falco.

Tal vez salir de la propiedad no sea tan mala idea.

Falco está en el gimnasio, el único lugar donde pasa el tiempo cuando no me sigue como una sombra.

Me acerco a él despacio, observando la forma en que se planta en el banco y levanta una barra sobre su cabeza.

Está cargada con más pesas de las que puedo calcular sin ver los números de los discos, y el corazón se me acelera un poco mientras lo miro.

No me extraña que pudiera levantarme como si no pesara absolutamente nada. Todo lo que ocurrió en el piso franco fue aterrador a su manera, pero hay momentos a los que me aferro.

Sentirme en brazos de Falco, su confianza en mí a pesar de lo mal que conduzco, sus manos sobre las mías mientras nos lavábamos juntos.

Pequeñas cosas que seguramente no significan nada, pero que al sumarlas a lo que hizo en la ducha, van cobrando sentido en mi mente.

Espero en silencio hasta que suelta la barra sobre los ganchos de seguridad con un golpe seco; sus brazos caen hacia el suelo mientras jadea con fuerza.

Su torso, un mosaico de cicatrices, reluce por el sudor y un calor intenso se enrosca en mi vientre al mirarlo.

—¿Falco?

Gira la cabeza para mirarme y luego se incorpora despacio. —¿Todo bien?

—Mmm.

—¿Qué pasa?

—Nada. Yo... —Las palabras se me atascan en la garganta cuando se gira y vislumbro la herida fresca, aún cicatrizando, en su costado, producto de la segunda bala que recibió por mí.

Su costado sube y baja mientras coge la toalla y mi ritmo cardíaco aumenta.

Justo debajo está la segunda cicatriz de la bala que recibió por mí en el restaurante. —¿Te duele?

—¿Qué me duele?

Doy un paso adelante y mis manos se mueven antes de que mi mente las alcance. Toco ligeramente la cicatriz de color rosa intenso.

Falco se da la vuelta de inmediato para quedar frente a mí, secándose el cuello y el pecho con toques suaves.

—Esas cicatrices.

—Un poco.

—¿Es seguro que hagas todo esto tan pronto? Quiero decir... Había tanta sangre cuando tú, esto... —Ni siquiera soy capaz de decirlo.

—Es seguro siempre que no haga nada drástico —responde Falco —. No es la primera vez que me disparan.

—Pensaba que las balas siempre mataban a la gente.

—No. —Su pecho se hincha ligeramente—. Si apuntas con precisión, entonces sí. Y a veces, si no lo haces, puedes tener

suerte. ¿Pero estas? Solo han dado en carne. Duelen y sangran mucho, pero no han tocado nada importante.

—Qué suerte —susurro mientras una suave oleada de alivio me recorre—. Durante un tiempo me preocupó que solo la adrenalina te mantuviera vivo.

—Adrenalina y determinación.

Nuestras miradas se encuentran y una suave sonrisa asoma a la comisura de mis labios. —Si no te conociera, pensaría que estás bromeando.

—Yo no bromeo.

—Claro. —Entrelazando las manos, mis pensamientos buscan una excusa para que siga hablando.

Es agradable.

Mucho más agradable que tratar con mis padres. —¿Puedes... puedes enseñarme?

Falco se agacha y coge su botella de agua. —¿A levantar pesas?

—A defenderme.

Se levanta despacio. —Ese es mi trabajo.

—Lo sé. Pero después de... —Trago saliva al sentir la presión fantasma de las manos de aquel malnacido alrededor de mi garganta—. Quiero ser capaz de protegerme aunque sea con algo básico. Todo el mundo me repite que tengo suerte de que estuvieras allí, y lo entiendo, ¿pero y si te pasa algo o, Dios no lo quiera, acabas herido de forma que no puedas ayudarme?

La mandíbula de Falco se tensa, como si estuviera sopesando sus pensamientos. —¿A qué viene esto?

—¿De verdad necesito un motivo?

—Sí.

Me encojo de hombros. —Me parece que es obvio.

—Quiero que lo digas.

—Yo... Giacomo hizo una buena observación en la cena de la otra noche: siempre cabe la posibilidad de que no estés. No puedo depender siempre de ti o de otro guardia.

La mención del nombre de mi hermano hace que una sombra de ira cruce el rostro de Falco.

Él, como casi todos los demás, sigue furioso con mi hermano.

Un par de horas después de que Falco y yo regresáramos aquí, magullados y ensangrentados, Giacomo se pavoneó al entrar en casa tras una conquista sexual con unas chicas que conoció en el club nocturno.

Nunca estuvo desaparecido; simplemente estaba echando un polvo. Debería estar más enfadada con él, pero solo me alegra que no le haya pasado nada.

—Puedo enseñarte —dice Falco—. Pero no seré blando contigo.

—No esperaba que lo fueras.

—Podemos empezar ahora.

Abro mucho los ojos. —¿Ahora?

—¿Tienes que estar en algún sitio?

—No, yo... simplemente... —Un calor me recorre el cuerpo y se instala en mis mejillas mientras la nuca me hormiguea—. Yo, esto...

Falco no dice una palabra.

Se queda ahí de pie, con toda su apostura y con el sol a su espalda dándole un brillo dorado.

Incluso las vetas plateadas de su pelo adquieren un tono cálido y cobrizo.

—¿Empezamos por la dieta?

Falco frunce el ceño. —¿Qué?

—Esto... —Mis mejillas arden con más fuerza cuando me tiembla la voz, así que me aclaro la garganta y vuelvo a intentarlo—. Supongo que empezaremos por la dieta.

Los ojos de Falco me recorren lentamente, bajando con tal parsimonia que casi puedo sentir el calor de su mirada de la cabeza a los pies. —¿Por qué?

—¿Por qué? ¿A qué te refieres con «por qué»? Mírame.

Falco asiente. —Estoy mirando. No entiendo.

Mis mejillas arden cada vez más mientras la humillación me desgarra.

¿Cómo puede estar ahí mirándome y no entenderlo?

Estoy lejos de estar en forma.

Tengo curvas y rollitos en lugares que alguien como él nunca entendería.

Seguro que ha oído suficientes comentarios sarcásticos de mi madre sobre mi peso y mi complexión como para entenderlo, por si mirarme no fuera suficiente.

Extendiendo los brazos, me señalo. —¿Hola? ¿En serio me vas a obligar a hablar de mi peso cuando es bastante obvio para los dos?

Las cejas de Falco se contraen y niega con la cabeza. —Aerin. No hay nada malo en tu aspecto. ¿La fuerza? ¿La capacidad de defenderse? Eso no viene de la forma del cuerpo ni del peso. Viene de la habilidad y la determinación. La fuerza está aquí. —Se da un toque ligero en el pecho—. Luego se traslada a tus músculos. Ser hermosa no te impide desarrollar músculo. Cualquiera puede ser fuerte, Aerin. No te atrevas a dejar que nadie te diga lo contrario.

¿Acaba de decir que soy hermosa?

Mi corazón late aún más rápido mientras le miro y el calor de la humillación se desvanece lentamente de mis mejillas.

Siempre es extraño oírle decir tanto de una sola vez, pero en una sola conversación casi ha calmado mis décadas de dolor por ser comparada con mi madre, que está como un palillo.

—¿Tienes ropa mejor que unos vaqueros? —Señala mis piernas con la cabeza—. Vas a necesitar algo ligero y flexible.

Dos horas más tarde, estamos frente a frente, jadeando con fuerza.

La cinturilla de mis mallas se me clava un poco en la tripa de tanto practicar el juego de pies.

Nunca he estado más agradecida por un sujetador deportivo que se me pega como si fuera pegamento.

—Otra vez —exige Falco, con voz grave mientras se limpia el sudor de la frente—. Casi lo tienes. —Apenas ha terminado de hablar cuando se lanza hacia mí con un puñetazo.

Por desgracia, me cuesta seguir el ritmo de las diversas técnicas de juego de pies que me ha estado enseñando.

Puesto que cada puñetazo requiere una esquiva diferente, para cuando me he dado cuenta de lo que hace y he calculado hacia dónde dar el paso, su puño ya me roza el hombro.

—Otra vez.

Otro puñetazo, otro paso en falso, y sus nudillos me rozan ligeramente las costillas.

—Otra vez.

Este puñetazo me alcanza en la mandíbula.

—Otra vez.

Los tres siguientes me dan en el brazo, el hombro y el muslo. —¡Basta! —Levantando las manos frustrada, me limpio el sudor de la frente con el dorso de la muñeca—. No puedo hacerlo. Es demasiado complicado.

—No lo es —responde Falco con un suspiro—. Sabes qué hacer. Lo que pasa es que no confías en ti misma. Lo veo en tus ojos. Estás pensando.

—¡Pues claro que estoy pensando! —le espeto acalorada.

Entrenar con Falco así es un sueño.

¿Los dos jadeando y sudando?

¿Estando tan cerca que nos tocamos?

Esto es lo que quería y, sin embargo, no hay más que frustración en mi corazón. —Intento recordar todo lo que me has dicho sobre dónde pisar, cómo juzgar dónde está el centro de gravedad de mi atacante, cómo angular mi cuerpo... ¡es demasiado!

—Entonces deja de pensar —replica Falco—. Actúa.

—¡No puedo!

—¡Sí que puedes! —La voz de Falco sube de repente—. Aerin, la gente que venga a por ti no te va a dar tiempo para pensar. No les va a importar que confundas la izquierda con la derecha. ¡Van a querer hacerte daño, así que tienes que dejar de quedarte bloqueada en un plan y actuar!

—¡Falco, no puedo!

Se abalanza sobre mí de repente y su puño choca contra mi hombro, con más fuerza que antes.

—¡Para! —Otra embestida. Esta vez su pie choca con la parte posterior de mi rodilla. Tropiezo, apenas capaz de mantener el equilibrio, y entonces su puño vuela hacia mi cara y me alcanza en la barbilla. —Falco, yo...

—¡Sí puedes!

—¡No, no puedo! —Otro golpe ligero me da en las costillas, otro me alcanza en la parte posterior del brazo y un tercero en la espalda mientras se mueve rápido a mi alrededor. La frustración se hincha en mi pecho y el calor me pica en la mente mientras una oleada de desesperanza me invade—. No soy capaz.

—Lo eres, Aerin. Eres capaz. —Vuelve a estar frente a mí. Esta vez lanza su puño con fuerza y rapidez hacia mi cara.

Algo encaja por fin.

Doy un paso lateral rápido y levanto los brazos para que su antebrazo choque con el mío, evitando que el puñetazo me dé en la cara; luego lanzo mi otro puño hacia él con todas mis fuerzas.

Mis nudillos impactan de lleno en su mandíbula. Aunque no es suficiente para hacerle daño, la cabeza de Falco sale despedida hacia atrás.

Ambos nos quedamos helados.

—¡Dios mío, lo siento muchísimo! —Corriendo hacia él, le agarro la cara con las dos manos—. ¡No quería pegarte! ¿Estás bien?

Cuando la cabeza de Falco se levanta entre mis manos, se me encoge el corazón al verle reír. Una sonrisa sincera se dibuja en su apuesto rostro y una carcajada profunda y cálida brota de su pecho. —Sabía que podías hacerlo.

Solo entonces me doy cuenta de que he bloqueado su golpe y he respondido tal y como me ha estado enseñando estas últimas horas.

—¡Dios mío! ¡Lo he hecho! ¡De verdad lo he hecho! ¡Ja! ¡Lo he hecho! —La emoción es como una droga. Me recorre de pies a cabeza, me hace dar saltos y mi sonrisa se ensancha de oreja a oreja.

Y entonces le beso.

Es algo repentino e inesperado, pero mientras la pura euforia del éxito me recorre, es lo único que quiero hacer.

Tengo su rostro acunado entre mis manos, su cuerpo es un calor abrasador contra el mío y su boca presiona firmemente contra la mía.

Todo se detiene. El tiempo. Mi corazón acelerado. Mis pensamientos desbocados.

Todo.

Es un beso que dura una eternidad. Aunque en realidad solo dura medio segundo, porque Falco me agarra inmediatamente por los hombros y me aparta a la distancia de sus brazos.

—Aerin. —Su voz es baja y plana, sus ojos se entrecierran—. No lo hagas.

—¿Qué? Pero yo... —La confusión surge en mi interior y el estómago se me encoge de forma tan repentina que resulta doloroso—. ¿Pero pensaba que...? ¿No le intereso? Ha arriesgado su vida por mí, ha pasado más tiempo conmigo que nadie en toda mi vida. Seguro que le importo. Me *masturbó* en la ducha, no hay forma de que esté equivocada.

¿O sí?

—No.

—¿No? Pe-pero... pero en el piso franco tú me... —

—Le hice un juramento a tu padre —me interrumpe Falco tajante, destrozando mis sueños al instante—. Estás fuera de mis límites. Eres intocable. Y soy demasiado viejo para ti.

10

FALCO

El rostro de Aerin se descompone como si acabase de golpearla y se aparta de mí. Mis manos caen a los costados.

La necesidad de decir algo más me sube como un impulso irrefrenable. Debería decirle que no está malinterpretando nada y que mi interés por ella crece cada día.

Que no puedo dejar de pensar en cada detalle de ella, desde sus preciosos ojos verdes y sus rizos otoñales hasta su carácter afilado.

Debería decirle que incluso cuando discute conmigo, me gusta escucharla, y que ese acto tan terrible de esposarnos juntos fue, en realidad, el tipo de acción repentina que me fascina.

Debería decirle que admiro su bondad y su empeño en superarse, aun después de un mes horrible, y que si pudiera, me aseguraría de que su madre no vuelva a decirle jamás una palabra cruel.

Debería decirle que, tras décadas siendo soldado, recibiendo órdenes sobre dónde ir y a quién matar, no había sentido ni una gota de paz hasta que la toqué, y fue como si mi mundo quedara envuelto en un silencio dichoso y apacible.

Debería decirle todas esas cosas.

Pero no puedo.

Si las confieso, sería como firmar mi propia sentencia de muerte y perderla para siempre.

Además, Aerin merece a alguien mucho mejor que yo. Así que permanezco en silencio y la observo salir del gimnasio, con el corazón arrugándose un poco más a cada paso suyo.

Somos incompatibles. Somos polos opuestos. Ella tiene toda la vida por delante y no merece estar atada a alguien como yo.

Intento distraerme duchándome bajo el agua casi hirviendo, pero no consigo apartar a Aerin de mi cabeza.

Cada vez que me asalta la imagen de ella en mis pensamientos, me obligo a pensar en Gina, mi ex prometida.

Ella es el ejemplo perfecto de lo que mi presencia puede causar en alguien, y Aerin no merece eso.

No merece ser herida ni asustada, y sé que acabaría haciéndole ambas cosas.

Entonces moriría sabiendo que le he dejado una cicatriz que nunca sanará.

Me restriego la piel hasta dejarla en carne viva, repasando en mi cabeza aquella última noche con Tina para recordarme a mí mismo que las relaciones y yo no funcionamos.

Da igual cuánto lo intente, cuánto me entregue a los demás o lo mucho que llego a preocuparme por ellos.

Basta un detonante, un solo instante sintiéndome de nuevo en plena zona de guerra, para que todo lo bueno que haya conseguido me sea arrebatado al instante.

Con los años, he conseguido gestionar mejor mi TEPT, o al menos eso me repito. Dormir sigue siendo difícil. Los ruidos fuertes pueden arrastrarme de vuelta si bajo la guardia. El contacto físico me cuesta.

Pero con Aerin, todo eso desaparece. Dormí en el sofá de Pidge sabiendo que ella estaba a salvo.

La explosión en la casa segura no me hundió porque estaba concentrado en ella. Pude mantener el contacto mientras le ayudaba a lavarse las manos.

Ella es diferente.

Hay algo en ella que la hace distinta.

Al salir de la ducha, me ato una toalla a la cintura y me miro en el espejo tras apartar un poco el vaho. Dos ojos oscuros me devuelven la mirada, por encima de las ojeras y la piel ajada.

—No es diferente —me reprendo—. Te estás poniendo excusas. Deja de justificarlo.

Todo lo que siento por Aerin está ordenado en una cajita en mi mente y enterrado lo más profundo posible.

Ella es mi misión.

Nada más.

Mi determinación aguanta casi todo el día.

Sigo vigilando a Aerin mientras cena con su hermano, riéndose como si nuestra sesión de entrenamiento y mi rechazo nunca hubieran sucedido.

La sigo muy de cerca mientras pasa la tarde horneando y, durante un rato, su padre se une a ella.

Su presencia es un recordatorio frío y rígido de mi destino, si llegase a enterarse de que he cruzado la clara línea que ha impuesto.

Hablan brevemente sobre sus brownies y galletas, luego él se lleva una y se va a la cama, dándose palmadas en el pecho intentando aliviar la tos persistente que le acompaña desde hace unos días.

El jefe de seguridad me advirtió que debía vigilarle, ya que una tos a su edad puede hacerle parecer débil ante los demás, así que estoy preparado para intervenir con cualquier número de distracciones premeditadas si alguien no apropiado llegara a ver a Guido en ese estado de debilidad.

Aerin se va a la cama poco después de las once y me cierra la puerta en las narices. No me dirige ni una sola palabra, ni siquiera me mira.

No puedo culparla.

Permanezco fuera de su cuarto la mayor parte de la noche, hasta que un guardia nocturno me releva y me manda a mi habitación a descansar.

En la tranquilidad de mi habitación, una excesivamente lujosa para mi gusto, me acomodo en el suelo e intento vaciar la mente de

todo para poder dormir.

Pero vaciar mi mente, por desgracia, desbloquea la caja de Aerin, y, una vez más, ella es todo en lo que puedo pensar.

Recorre mi cabeza como una fiebre imparable, así que me obligo a hacer flexiones hasta que los brazos se me quedan rígidos y doloridos de tanto esfuerzo.

Paso a los abdominales y las zancadas, machacando mi cuerpo hasta el agotamiento para que, cuando por fin caiga en la cama, duerma.

Pero el sueño no llega.

Cada vez que logro relajarme lo suficiente para quedarme dormido, el rostro de Aerin vuelve a aparecer en mis pensamientos. No soy capaz de huir de ella.

Cuanto más intento evitarla, más me consume, hasta que termino tan sumamente cansado que lo único que puedo hacer es abrazar su hermoso rostro en mi mente y el calor suave que me invade el pecho al pensar en ella.

¿El hecho de que esté prohibida aumenta mi deseo hacia ella?

No. Me pareció preciosa en cuanto la vi en el restaurante.

En aquel momento, me mantuve estrictamente profesional, con la mirada al frente. Pero en mi visión periférica, admiraba lo guapísima que estaba con ese vestido, el pelo recogido y el maquillaje impecable.

Su sonrisa iluminaba la habitación, radiante y llena de vida.

Hasta que esa familia de asesinos irrumpió en acción. Mis pensamientos se desvían hacia lo impresionante que estaba cuando me lancé delante de ella.

No pensé. Simplemente actué.

Incluso hubo un instante de alivio cuando estaba convencido de que la muerte llegaría, y hallé paz al saber que moría para que alguien como ella siguiera viva.

—Joder.— Maldigo la oscuridad, mirando al techo sin ver nada mientras mi corazón late desbocado.

Ya he pasado por esto. No puedo dejar que esto vaya más lejos. Aerin no es mía, y nunca lo será.

Ella merece a alguien completo. Alguien bueno, amable y mucho más acorde a su edad.

Alguien a quien no van a matar por tocarla. O por besarla.

O por meterle los dedos en la ducha.

Joder, ¿en qué coño estaba pensando?

Dándome la vuelta, aporreo la almohada varias veces y entierro la cara en la hendidura que ha dejado mi puño, forzándome a vaciar la mente.

Como siempre, Aerin permanece.

En un abrir y cerrar de ojos, vuelvo a estar en ese baño, junto a su cuerpo espectacular que se mece como una ola mientras se da placer a sí misma con una precisión de borracha. Cada detalle se me queda grabado en la memoria como una obra de arte refinada.

Sus pestañas temblorosas, sus labios rojos formando una O perfecta, su pecho subiendo y bajando mientras jadea de placer.

Sus pechos generosos recorridos por gotas de agua, sus caderas anchas tentándome con la apertura de sus muslos. Cada detalle de su cuerpo era perfecto y yo era débil.

No pude contenerme.

Cerrando la mano en un puño, mi mente se inunda con el recuerdo de su sexo ardiente y sedoso apretando mis dedos.

Sus gemidos resuenan en mis oídos como si estuviera aquí mismo, y la intensidad de su mirada cuando nuestros ojos se cruzaron envía una oleada de calor directamente a mi polla.

Mierda.

Estoy empalmado.

No han pasado ni diez segundos desde que he empezado a imaginarla y ya estoy tan duro que me duelen los huevos y la polla late contra las sábanas.

¿Qué habría pasado si la hubiera follado en vez de ayudarla?

Estaba entregada como si fuera un regalo divino para mí, y quería que fuese yo.

De lo contrario, me habría apartado enseguida. ¿Y si me hubiese dejado llevar?

¿Y si me rindiese ahora?

Mi polla palpita mientras la fantasía se desborda en mi mente como una cascada.

Derribar su puerta de una patada y decirle que es demasiado buena para mí, que se merece a alguien mejor y completo, alguien que no esté sostenido por la rabia... y aun así besarla.

Sus labios, carnosos y suaves contra los míos, son lo más adictivo que he probado nunca, y ella solo me ha dejado saborearlos un instante.

La besaría con más fuerza y no pararía. Le enredaría los dedos en el pelo y acariciaría su cuello, la tumbaría sobre la cama y le arrancaría la ropa para admirar cada centímetro de su cuerpo suave y curvilíneo.

Hundiría la cara entre sus enormes tetas y provocaría sus pezones rosados hasta que estuvieran rojos e hinchados por mi lengua y ella me suplicara más.

Pero no se lo daría hasta haberla dejado sin aliento a fuerza de besos y de haberla recorrido con caricias hasta que su coño estuviera empapado.

No me cuesta imaginar cómo se sentiría su coño alrededor de mi polla mientras me acaricio y gruño contra la almohada.

No es un buen sustituto, pero si me concentro lo suficiente, mi palma áspera se convierte en su coño caliente y mojado en mi mente.

Mi almohada se convierte en sus pechos, y las sábanas sobre mi espalda se transforman en sus brazos apretándome mientras la follo más y más fuerte.

Quiero follarla tan duro que se le escape cualquier sonido.

Quiero que cada bocanada de aire esté acompañada de un gemido, que sus uñas me arañen la espalda mientras el placer la consume.

Voy a penetrarla tan profundamente que su coño se amolde a mí y nadie más pueda compararse.

La follaré hasta que no pueda caminar, hasta que su coño arda y palpite, hasta que su boca quede perpetuamente abierta porque no le dé tiempo a respirar.

Mi mano se mueve más y más rápido por mi erección, apretando la corona y girando ligeramente en la base en cada movimiento hacia abajo.

La follaré hasta inundarla con mi semen y entonces la daré la vuelta y volveré a follarla una y otra vez.

Le demostraré lo mucho que me importa follándola hasta que seamos uno solo.

Quiero que sus gemidos de placer retumben por toda la finca para que todos sepan que es mía, que le pertenezco.

Quiero ver lágrimas en sus ojos de tanto placer, quiero que me ruegue más incluso después de haberme corrido tres veces dentro de ella.

La quiero dormida sobre mi pecho, arrullándonos a los dos en un sueño profundo.

Quiero hundir mi cara entre sus piernas y despertarla recorriendo cada centímetro de su dulce coño hasta conocer su cuerpo de memoria, hasta poder tocarla como un instrumento delicado y hacerla correrse una y otra vez hasta que—

—¡Ah!—. Mi almohada ahoga mis gemidos cuando el orgasmo me sorprende, el placer arrollando mi cuerpo como un puñetazo.

Incapaz de contenerme a tiempo, me derramo sobre la mano y sigo acariciándome mientras cada pulso trepidante de placer sacude mi interior.

—J-joder.—

Justo cuando mi polla empieza a ablandarse y el semen se enfría sobre las sábanas, suena un golpe seco en la puerta de mi dormitorio.

Mi mente está embotada por la fantasía y el orgasmo, pero cojo la sábana y me la enrosco a la cintura mientras me apresuro hacia la puerta.

La abro de golpe, aún jadeando por el placer, y el corazón se me sube a la garganta al ver a Aerin al otro lado.

—¿Aerin?—

—Falco.— Su tono es plano, pero sus ojos bajan a mi cintura, donde un puño mantiene la sábana tapando lo imprescindible.

Una fina capa de sudor se pega a mi torso desnudo mientras una oleada de calor se enciende en mis entrañas por su mirada curiosa.

¿No hay manera de que sepa lo que estaba haciendo, verdad?

Sus ojos vuelven a los míos y se clavan, completamente vacíos de calidez.

—He venido a decirte que mamá me lleva mañana a comprar un vestido para la cena privada. Así que asegúrate de levantarte temprano. Quiere evitar las multitudes.—

—Vale—, respondo, luchando por recuperar el aliento—. Gracias. —

Aerin me dirige una última mirada fría, luego se da la vuelta y se aleja por el pasillo con el guardia nocturno siguiéndola.

En un momento de claridad nacido de mi mente agotada y embotada por el placer, la verdad, por fin, se hace evidente.

Nunca he creído en el amor a primera vista, pero ahora lo entiendo, entiendo por qué no puedo sacarla de mi cabeza ni un segundo.

Estoy enamorado de ella.

Y moriré por ello.

11

AERIN

La última vez que intenté provocar a Falco, terminó masturbándome en la ducha.

No estoy del todo segura de cuál es mi objetivo con él, pero no voy a dar marcha atrás.

No cuando él es la primera persona que me ha prestado atención de verdad, como si fuera alguien que merece la pena tener cerca.

No tiene nada de malo juguetear con un capricho, ¿verdad?

Haré que admita que se siente atraído por mí, aunque sea lo último que haga.

Ir de compras con mamá suele ser una experiencia dolorosa, dados nuestros gustos tan distintos en cuestión de vestidos.

Mamá busca cualquier cosa brillante con faldas grandes y tirantes que siempre me hacen sentir atada.

Sospecho que elige los vestidos más llamativos y pomposos para ocultar mi cuerpo y crear la ilusión de alguien pequeño y delgado escondido bajo los volantes.

Yo prefiero los vestidos ajustados, con faldas largas y sencillas y escotes que acentúen mis tetas.

Ahora que tengo a alguien para quien posar, ese se convierte en el único tipo de vestido que permito en el probador, para gran molestia de mamá.

Haber estado a punto de morir tres veces por fin me ha dado el valor para plantarme con mis elecciones de ropa, y está dando sus frutos.

Falco no puede apartar los ojos de mí.

Puede que sea porque se toma su trabajo muy en serio, pero prefiero creer que es porque me he desfilado ante él con seis vestidos magníficos y elegantes que envuelven mi cuerpo en seda y me sientan jodidamente bien.

Incluso mamá ha admitido a regañadientes que le gustaban algunos.

Él se ha pasado las últimas tres horas junto a la puerta como una estatua, con una mano sobre la muñeca contraria, ambas a la altura de la cintura.

No habla, no sonríe y la única vez que se mueve es para lanzar un par de miradas al guardaespaldas de mamá, como si hablaran en algún tipo de código.

Aparte de eso, me mira fijamente.

Y me gusta.

Ninguno de los vestidos que he mostrado se compara con el último.

Mientras la costurera me sube la cremallera, me contemplo en el espejo de cuerpo entero y el corazón me late con fuerza de la emoción.

Este es el vestido.

El traje negro largo hasta el suelo brilla bajo la tenue luz, mientras el corsé de varillas integrado abraza mi cintura con la presión justa.

El corsé me realza las tetas en el escote pronunciado, haciendo que se vean increíbles mientras los tirantes se anudan al cuello.

Una larga abertura a la izquierda del vestido se separa cuando doy el primer paso para bajar de la tarima y agarro la mano de la costurera mientras camino.

—Con tacones, no tendrá que preocuparse por el exceso de largo —dice ella mientras me guía a través de la cortina—. La tela rozará el suelo al caminar y es lo bastante ligera para ser transpirable, así

que incluso bajo luces intensas, como las de un espectáculo, no pasará calor.

—¡Aerin! —Mamá se levanta de golpe, llevándose las manos a la cara—. ¡Oh, cielo, mírate! Aunque, ¿estás segura de que lo quieres en negro? Es muy... atrevido. Y es mucha tela.

Un cumplido y un insulto en la misma frase. Clásico.

—Este es el vestido. —Le dedico una amplia sonrisa—. Me siento bien con él. Me veo bien. Y es perfecto para una cena larga.

—Aerin, no. No estoy segura...

—Mamá. —Me detengo a un par de pasos de ella y aliso mis manos sobre el corsé, recorriendo los elegantes detalles bordados bajo el pecho—. Este es el vestido.

Aunque la discusión sigue ardiendo en sus ojos, mamá asiente lentamente y suspira. —¿Estás segura?

—¿Deberíamos pedir la opinión de un hombre? —Mis ojos se clavan inmediatamente en Falco, que me mira con la misma intensidad que las últimas veces que he salido de detrás de la cortina—. ¿Qué te parece?

—Cielo, eso no es necesario —suspira mamá, rozándose la mandíbula con la punta de los dedos—. Solo me aseguro de que estás tomando la mejor decisión para ti.

Doy un paso más hacia Falco, desafiándolo a apartar la mirada.

No lo hace.

—¿Crees que estoy guapa con este vestido? —Ladeo la cabeza y mis rizos caen sobre un hombro.

La nuez de Falco sube y baja al tragar saliva.

Ayer soltó un montón de excusas cuando me rechazó, pero en ningún momento dijo que no estuviera interesado.

Todo en mi vida está envuelto en reglas y normas.

Voy a presionar a Falco hasta que las rompa.

—No puedo comentarlo —responde Falco con rigidez.

—Sí, puedes. De hecho, te ordeno que me des tu opinión sincera. —Mi pulso se acelera cuando los ojos de Falco bajan por un segundo, recorriéndome de la cabeza a los pies mientras mamá suspira detrás de mí.

—Sí —responde Falco finalmente—. Estás preciosa.

Esbozo una sonrisa de suficiencia que luego se funde en una cálida sonrisa al volverme hacia mamá. —¿Ves? Te lo dije. Este es el vestido.

Mamá pone los ojos en blanco. —Está bien, cielo. Es el vestido. Sabes que les pagan para estar de acuerdo contigo, ¿verdad? —Señala con la cabeza hacia su guardia—. Está en su contrato.

Asintiendo a sus palabras, regreso lentamente tras la cortina.

Hasta cierto punto, tiene razón. Cualquiera de los guardias daría una respuesta honesta pero educada si se le preguntara algo así.

Pero como señaló Falco, él no trabaja para mí.

El vestido es lo mejor de mi día, porque en cuanto cae la noche, la mansión se convierte en un caos de cortesía cuando la cena privada de mamá entra en pleno apogeo.

Todos los guardias están en alerta máxima; incluso Falco parece ligeramente tenso.

Está de pie contra la pared, detrás de mi silla, flanqueado por dos de los mejores guardias de mi padre.

Frente a nosotros, al otro lado de la mesa, se sienta el motivo por el que la seguridad es tan alta y por el que se me ordenó lucir mi mejor aspecto para esta cena.

Papá está negociando un trato con los irlandeses, detalles que se niega a contarme, pero parte de ese trato parece consistir en ofrecer una cena para Frederick Byrne, el hijo del capitán irlandés.

—Mi padre les pide disculpas —dice Frederick cuando sirven el primer plato—. Le encantaría estar aquí, dada la importancia de esta reunión, pero desafortunadamente, mi madre está delicada de salud y él necesita cuidarla.

—Lo comprendo —dice papá, buscando la mano de mamá entre sus platos—. Es importante cuidar de las mujeres de nuestra vida. Al fin y al cabo, son nuestros pilares.

Mamá ríe suavemente y se inclina hacia él, besándolo en la mejilla, mientras Frederick asiente con una amplia sonrisa.

Me muerdo el interior de la mejilla y me concentro en mi comida.

Aunque mis padres siempre se han tenido cariño, esta muestra de afecto excesivo no es habitual en ellos.

Normalmente, en estas cenas, todo el mundo se comporta de forma impecable mientras mi padre cierra sus tratos y mi madre hace el papel de adorno.

Verlos así delante de un extraño es... raro.

La mayor parte de la conversación me pasa desapercibida mientras como.

Hablan de drogas y armas, nombres de personas de las que solo he oído hablar de pasada, y mantienen tensas charlas sobre el derramamiento de sangre entre nuestras dos familias.

Frederick se hace eco del deseo de paz de mi padre y elogia constantemente la comida y a mi madre, como si una buena comida pudiera poner fin a meses y años de guerra.

En algunas situaciones, realmente puede hacerlo.

Después de comer, nos retiramos todos al salón, donde mi padre sirve whisky para todos excepto para mamá y para mí.

A nosotras nos sirven un cóctel rosa que sabe a fresas con nata.

Baja suavemente por mi garganta mientras, por encima del borde de mi copa, observo a Falco.

Como siempre, me vigila como un halcón.

Con cada sorbo de mi cóctel, mi mente divaga imaginando cómo sería la vida si esta fuera una familia típica teniendo una cena normal con amigos.

Coquetearía abiertamente con Falco hasta que me tomara en esos brazos fuertes y me arrancara este vestido del cuerpo, luego le quitaría la corbata con los dientes y por fin pondría mis manos sobre ese cuerpo espectacular que tiene.

Si tan solo fuera posible.

—¿Aerin? —Mamá aparece a mi lado y doy un respingo, saliendo de mis pensamientos.

—¿Qué?

—No me digas *qué* —dice ella con un suspiro—. Es de mala educación.

—Lo siento.

—Mhm. Tu padre y yo queremos hablar contigo.

Papá emerge de entre el grupo con una cálida sonrisa en el rostro. —Aerin. Estás preciosa esta noche —dice mientras me besa

en la mejilla.

—Gracias. Me encanta este vestido.

—Sí, te sienta bien —responde mamá, como si no se hubiera opuesto al vestido desde el principio.

—Has hablado con Frederick, ¿verdad? —Papá se gira y, de repente, Frederick se une a nuestro grupo.

Sonrío educadamente y asiento, colocándome unos mechones rebeldes detrás de las orejas. —Sí, un poco durante la cena. Es un placer volver a verte.

—Lo mismo digo —responde él con la barbilla en alto, aunque sus nervios lo traicionan.

—Bueno, no tiene sentido andarse con rodeos —dice papá—. Aerin, Frederick y tú os vais a casar. El objetivo principal de esta cena es que vosotros dos os familiaricéis el uno con el otro.

De repente, el suelo desaparece bajo mis pies mientras las palabras de mi padre resuenan en mi mente.

A sus espaldas, Falco alza las cejas al oír las palabras también.

—Perdón —susurro jadeando, con la voz entrecortada—. ¿Casarme?

—Sí —continúa papá—. Ya está todo acordado con el capitán. Dada la enemistad entre nuestras familias durante años, esta es la forma perfecta de asegurar que ambas partes cumplan su parte del trato. A su vez, la unión de dos familias de diferentes organizaciones nos beneficiará a todos a largo plazo.

Papá bien podría estar hablando en portugués para lo poco que entiendo de lo que sale de su boca. Siempre supe que esto era una posibilidad.

Desde pequeña, mamá siempre me ha inculcado el valor de ser la esposa de alguien.

Ese valor se cuadruplicó cuando papá me nombró heredera de la familia, y por eso se empeña tanto en asegurarse de que nadie me toque.

Debo mantenerme pura hasta mi noche de bodas. Ese es mi verdadero valor.

¿Pero ahora? Esto no es real.

Debo de estar soñando.

—Es un honor —dice Frederick, buscando mi mano con una sonrisa que demuestra que él ya sabía que esto iba a pasar. Solo yo me he visto sorprendida.

Entumecida, dejo que me tome la mano y me bese los nudillos mientras mis padres siguen hablando de que yo ya me esperaba esto, de lo maravilloso que será para ambas familias, de que estoy haciendo algo honorable y que asegurará la longevidad de dos familias que ya son poderosas.

Durante todo ese tiempo, mi atención permanece en Falco.

Por un instante, desearía que me sacara de aquí.

Entonces, las comisuras de los labios de Falco descienden un poco, y mi horror por estar repentinamente comprometida con un extraño se transforma en algo más.

Puedo usar esto.

Puedo darle la vuelta y usarlo para obligar a Falco a decirme lo que siente de verdad.

Una vez que lo sepa con certeza, una vez que confirme lo que mi corazón ya sabe, entonces tal vez huir no sea solo una fantasía.

—¿Aerin? —Mamá me devuelve una vez más a la realidad y fuerzo una sonrisa radiante; luego tomo la mano de Frederick y me acerco tanto a él que sus mejillas se tiñen de rosa.

—Camina conmigo —le digo—. En el jardín. Probablemente sea mejor que empecemos a conocernos, ¿verdad?

—Oh, por supuesto. —Atolondrado, Frederick me ofrece su codo en lugar de su mano, y yo entrelazo mi brazo con el suyo.

Con un suave tirón, lo guio lejos de la fiesta y hacia las puertas acristaladas que dan al jardín.

Y, previsiblemente, Falco nos sigue.

12

FALCO

¿Está jugando conmigo?

La sigo como una sombra, manteniendo una distancia respetuosa mientras Aerin y Frederick pasean del brazo por el jardín.

Sé poco sobre los irlandeses, aparte de que el sangriento conflicto entre nuestras dos familias se remonta a años atrás y no ha hecho sino agravarse recientemente.

¿La solución de Guido es casar a Aerin con este tipo?

No debería opinar. No es asunto mío y Aerin no me pertenece para reclamarla, pero ¿cómo voy a resistirme cuando está tan guapa con ese vestido negro?

Si no lo supiera de sobra, diría que ha salido aquí a solas con Frederick solo para fastidiarme.

¿Por qué no le ha contado a su padre lo que hice en la ducha? Es como estar en el patíbulo esperando a que se abra la trampilla en el momento en que él descubra la verdad y me quite la vida, pero Aerin no le ha dicho ni una palabra.

Su exhibición en la sastrería hoy mismo ha sido como una demostración de poder, como si intentara dejar claro algo que no he llegado a captar porque estaba demasiado distraído por cómo la suave tela se ceñía a sus pechos al respirar y cómo su cuerpo hacía

que el sutil brillo del vestido resplandeciera como si hubiera arrancado un pedazo de cielo nocturno para ella sola.

Me muerdo la lengua mientras la risa ligera de Aerin llega hasta mí a través del aire y ella se inclina más hacia Frederick.

La tensión se me instala en la nuca. Al tragar saliva, el cuello de mi camisa se aprieta de repente y se hace notar con cada latido de mi corazón.

No tengo poder alguno, y lo odio.

Aerin y Frederick caminan por el sendero de losas, bajo arcos de madera cubiertos de flores trepadoras, pasan junto a parterres cuidados con esmero y esculturas de piedra, y llegan a la gigantesca fuente ornamental de piedra que preside el centro del jardín.

El agua brota de los picos de unos pájaros perfectamente tallados a un ritmo tan lento que cuesta notar que el agua se mueve hasta que Aerin tiende la mano y corta uno de los chorros.

—De Italia —dice con una sonrisa preciosa—. Mi padre la hizo traer y tardó más de un mes en llegar por el cuidado con que tuvieron que tratarla. Cualquier golpe, por pequeño que fuera, podría arruinar el delicado equilibrio interno que hace que el agua fluya así.

—Qué maravilla —comenta Frederick, con la atención puesta en Aerin—. No tenemos trabajos en piedra como este en Irlanda.

—Seguro que tienes algo igual de hermoso. —Aerin, maldita sea, baja las pestañas.

—Páramos. Praderas y campos que se extienden kilómetros y kilómetros, si sabes dónde mirar. Cascadas naturales y aguas de manantial que siguen cauces naturales.

—Qué romántico. —La sonrisa de Aerin se ensancha mientras rodean tranquilamente la fuente—. ¿Pasas mucho tiempo allí?

—Unos meses al año. Mi hermana vive allí supervisando nuestras operaciones.

—¿Se te permite contármelo?

Frederick se encoge de hombros. —Si nos vamos a casar, no será un secreto.

El corazón me da un vuelco en el pecho cuando Aerin se inclina hacia Frederick soltando una carcajada, pero cuando está lo

bastante cerca como para besarlo, sus ojos se desvían de él y se clavan en los míos.

Es tan repentino que casi pierdo el paso y se me seca la garganta. Una vez que empieza, ya no para.

Empieza por tomarle la mano, le toca constantemente el brazo y el hombro, y se inclina tanto que sigo pensando que está a punto de besarlo, pero nunca lo hace.

Frederick parece tener la misma impresión, porque le pasa el brazo por la cintura y la mantiene cerca.

Ahí es donde debería estar mi brazo.

Es donde *quiero* que esté.

Me da igual la ejecución.

En el fondo, debería alegrarme de que se lleven bien. Los matrimonios como estos son puramente por negocios, sin consideraciones personales ni emocionales. Si Frederick fuera algún tipo de monstruo, el futuro de Aerin se volvería sombrío en un instante, pero de momento parece un buen tipo.

Por desgracia.

Pero por muy decente que parezca y muy educado que se comporte, hay un aspecto que hace que me hierva la sangre cuanto más tiempo los observo juntos.

Él la toca donde yo no puedo.

La abraza incluso cuando pasamos junto a los guardias de patrulla y nadie se inmuta.

Le retira el pelo detrás de la oreja y le elogia los ojos, incluso mientras ella me mira con una sutil sonrisa de suficiencia en los labios.

Realmente me está provocando, tan ansiosa por algo que no puede tener como lo estoy yo.

Debo ser yo quien resista por el bien de ambos, ya que estoy bastante seguro de que el interés de Aerin se debe puramente a que se siente atrapada en esta vida y quiere romper las reglas.

Lamentablemente, estoy a punto de dejar que rompa esas reglas solo para satisfacer mi propio enamoramiento infantil.

A medida que Aerin y Frederick se acercan al jardín de estatuas de mármol en el extremo de la propiedad, los innumerables toques,

susurros y risas secretas entre ellos acaban conmigo.

La razón se esfuma de mi mente y avanzo a grandes zancadas justo cuando la mano de Frederick se levanta una vez más para acariciar el rostro de Aerin.

—¡Eh! —exclama Frederick alarmado cuando le sujeto la muñeca a un centímetro de la cara de Aerin.

—¡Falco!

—Basta —le espeta mi voz, tan baja y tensa que me suena extraña incluso a mí—. Deje de manosearla como si fuera un trozo de carne. Es la hija de Guido Paramatti y merece su respeto. Más allá de eso...

—¡Falco! —vuelve a exclamar Aerin, pero me limito a alzar la voz para hablar por encima de su queja.

—Es su futura novia, pero eso no le da derecho a tocar así a la hija de Guido mientras está en su propiedad.

Frederick abre mucho los ojos. —No intentaba...

—¿Qué? —le suelto—. ¿Cree que puede conseguir lo que quiere sin tener que comprometerse con el acuerdo? ¿Poner en peligro el pacto entre nuestro don y su capitán?

—¡No, señor! —Frederick mira a Aerin preso del pánico—. No intentaba hacer nada, lo juro. No pretendía faltar al respeto.

—No pasa nada —intenta decir Aerin, pero elevo aún más la voz.

—Lárguese de aquí antes de que le delate por propasarse con la heredera de los Paramatti antes de haberle puesto un anillo en el dedo. Aquí hay reglas, reglas que debe respetar aunque sea irlandés, porque basta un paso en falso para que este trato se desmorone, pues su comportamiento infantil, arrogante e incapaz de mantener las manos quietas bien podría insultar a nuestro don.

Frederick nos mira a los dos, con los ojos como platos; luego se suelta la muñeca de mi agarre y sale corriendo de vuelta por el sendero.

Se funde en la oscuridad en cuestión de segundos y una risa suave y molesta retumba en mi pecho.

—¿Ese es el heredero irlandés? Patético.

—¿A qué demonios juegas? —espeta Aerin, empujándome con ambas manos—. ¡Me lo estaba pasando de maravilla!

—Claro que sí. —Nuestras miradas se cruzan y el calor palpita por todo mi cuerpo—. Sé lo que estabas intentando hacer.

—¿Ah, sí? —Un desafío chispea en sus ojos y me mira con furia —. Estaba conociendo a mi futuro *marido*.

—¿Así es como quieres llamarlo? ¿Seguro que no estabas intentando incitarlo a que te follara para poder romper otra regla y destruir todo por lo que tu padre está trabajando...?

Su palma choca con fuerza contra mi cara en una bofetada seca. —¿Cómo te *atreves* a acusarme de eso?

—Pero no me equivoco, ¿verdad? —Me escuece la mejilla por el golpe, pero siento un ramalazo de satisfacción en lo más profundo de mis entrañas. ¿Tan perdido estoy que ansío hasta el más simple de los contactos y acepto una bofetada por encima de todo? —Estoy aquí para protegerte, Aerin. Lo cual incluye protegerte de ti misma.

—¡No había nada de qué protegerme! Míralo. Frederick es un hombre encantador, perfectamente dulce, ¡y voy a pasar el resto de mi vida con él, así que más vale que te acostumbres! —Su voz tiembla ligeramente y se le entrecorta la respiración—. Al fin y al cabo, no es que tenga otras opciones.

Aprieto los dientes. —Todos tenemos un deber, Aerin. —Palabras insensibles que me quedaron grabadas a fuego en cuanto empecé a trabajar aquí.

—¡Oh, ¿tú qué vas a saber?! —Me empuja de nuevo y pasa de largo—. Tú tienes toda la libertad que podrías desear. Puedes ir a donde quieras, hacer lo que quieras, ¿y qué me queda a mí? —Cuando se gira para encararme, sus rizos vuelan en arco e instantáneamente me acuerdo del restaurante—. No puedo hacer nada. No puedo ir a ninguna parte. No puedo ver a nadie. La privacidad es un chiste, ¡así que perdóname si el pensamiento de que mi futuro marido me folle sobre esa estatua de ahí es lo mejor de mi puta jornada!

Su diatriba termina en un jadeo mientras los celos me invaden como el arrebato desenfrenado de una fiebre. Mis manos aterrizan en sus hombros y la empujo contra la estatua de mármol más cercana, una mujer curvada hacia delante con una jarra en las

manos. La inclinación de sus brazos y la jarra nos ocultan brevemente de la vista de los invitados a la cena.

—Para —gruño, con la voz como un rugido bajo en mi pecho.

—¿Por qué? —exige Aerin sin aliento—. ¿Por qué no debería desear esas cosas, eh? No es que haya nadie más interesado, ¿verdad?

—Lo único que te importa es romper las reglas. No soy tonto.

—¿Estás seguro de eso? —Sus ojos se mueven rápidamente entre los míos—. Estás celoso, ¿a que sí?

—Estoy haciendo mi trabajo.

—¿En qué parte de la descripción del puesto dice que se te permite tocarme? —sisea—. ¿Dónde pone que puedes mirarme mientras me ducho y ayudarme a masturbarme cuando estoy demasiado borracha para hacerlo?

La sangre me empieza a hervir y aprieto el agarre sobre sus hombros suaves y desnudos. —Aerin —le advierto.

—¿Qué? —Adelanta la barbilla—. ¿Qué vas a hacer, eh? Nada, porque eres un cobarde. Tú eres el débil, no Frederick. Tú eres el que no puede tomar lo que quiere porque tienes *miedo*.

—Te equivocas. —Me cuesta todas mis fuerzas mantener el tono de voz nivelado.

Aerin inclina la cabeza hacia delante y nuestras narices se rozan. —¿Ah, sí? Por eso estás furioso, ¿verdad? No te cabrea que mis actos con Frederick puedan avergonzar a mi padre o arruinar su trato con los irlandeses. Te cabrea porque él está haciendo lo que tú eres demasiado *gallina* para hacer.

Tiene razón.

Tiene tanta razón que duele. Aerin lo ve todo, hasta las profundidades de mi alma por mucho que intente ocultarlo. Dejar que mis celos se apoderaran de mí ha sido el último clavo del ataúd.

—No podemos —gruño, con la voz cada vez más tensa.

Algo encaja tras su mirada, como si mis palabras hubieran confirmado por fin algo para ella, y me acaricia el lado de la cara con sus manos cálidas. —Podemos.

No puedo hablar. La lealtad y el deber chocan con la lujuria que empaña mis pensamientos.

Está aquí mismo. Podría besarla aquí, tumbarla sobre la piedra y follármela hasta que se rompiera, hasta que estuviera arruinada para todos excepto para mí. Sería mi último acto en esta tierra, y sería el mejor momento de toda mi puta vida.

Pero una vida larga vigilando desde la barrera es mejor que un polvo rápido y la muerte.

Nadie más podrá mantenerla a salvo como yo.

Nadie más merece observarla como lo hago yo.

—Bésame —jadea Aerin—. Déjate llevar y *bésame*.

—No lo haré. —Hay otro factor en este riesgo que no puedo ignorar. El deseo de Aerin es solo un capricho, nada más. Soy una delicia prohibida para ella. Una vez que pase ese interés, seré prescindible.

Mi amor por ella vale más que eso.

—Volvemos a la casa —le espeto, apartándome finalmente de ella. Separado de ella, el aire a mi alrededor se aclara de repente y puedo respirar de nuevo mientras el sudor me recorre la espalda y se me pega a la camisa.

—Está bien. Eres puto patético. —Se da la vuelta, visiblemente furiosa, y se aleja por el sendero conmigo detrás.

Afortunadamente, no mira atrás, porque si lo hiciera, vería que esos momentos con ella apretada contra la estatua, atrapada por mi cuerpo y suplicándome que la besara, me han dejado la polla tan dura que me duele.

13

AERIN

El rechazo de Falco escuece.

La semana pasada en el jardín, estaba tan segura de que lo tenía donde quería.

Todo era perfecto.

Estábamos solos, yo me había arreglado y le había provocado lo suficiente como para que ahuyentara a Frederick con solo un par de palabras.

En el momento en que Falco me empujó contra la estatua, pensé que todos mis sueños estaban a punto de hacerse realidad.

Prácticamente le supliqué.

En lugar de eso, se negó. Su lealtad a mi padre y a las reglas de la familia claramente pesa más que su interés pasajero por mí, y eso duele. Durante el resto de la semana, Falco no me ha dirigido la palabra.

Ha mantenido las distancias, vigilando como un halcón desde lo suficientemente lejos para que se notara su presencia, pero sin que yo pudiera hablar con él sin tener que levantar la voz.

Quería asegurarle que no tenía ninguna intención de chivarme a mi padre, y que entendía su postura y no me importaba porque él me gustaba, pero no se ha presentado la oportunidad.

Tal vez tenga razón.

Tal vez solo me siento atraída por Falco porque es la regla más grande que puedo romper.

Sin nadie con quien hablar de todo esto, con un guardia que se niega a reconocerme y unos padres preocupados únicamente por mi próxima boda, el almuerzo con mi hermano es el único respiro que tengo antes de quedar dolorosamente a la deriva entre mis propios pensamientos.

—¿En qué piensas? —Giacomo ensarta con el tenedor una de las aceitunas de su plato.

—¿Mmm? —Levanto la vista y le dedico una sonrisa— En nada.

—Sé perfectamente cuándo me estás mintiendo, renacuaja. Venga, suéltalo.

El recóndito restaurante al que Giacomo me ha traído a comer está inundado de luz solar, y el cálido aroma del pan recién hecho se mezcla con las flores que cuelgan de las macetas de arriba y el plato de pasta que tengo delante.

La seguridad de Giacomo ha despejado todas las mesas de alrededor. Merodean por las cercanías, apoyados casualmente contra las paredes y descansando cerca de la ventana. Parecen mucho más relajados que Falco.

Como siempre, Falco permanece a cierta distancia, entre la puerta y yo.

Me duele el pecho cada vez que lo miro y veo que él no me está mirando. Antes siempre me observaba y ahora nunca le pillo mirando.

¿Lo he estropeado todo? ¿De verdad solo me ayudaba y fingía interés porque eso facilitaba su trabajo?

Pincho una espiral de pasta y la miro con furia.

Giacomo suspira: —Escucha, renacuaja. Sé que has pasado por mucho este mes. ¿El tiroteo en el restaurante, la mierda del almacén y luego la explosión? —niega con la cabeza suavemente—. Me asombra que estés aguantando así.

Le miro, tragándome la verdad de que, por terribles que hayan sido esas experiencias, también han resultado emocionantes. Cada noche, antes de dormir, reproduzco en mi mente una y otra vez

cómo me salvó Falco para ayudarme a conciliar el sueño: —Estoy bien.

—Mentira —Giacomo se come otra aceituna—. Papá te entrena para decir que estás bien. Nos entrena para aceptar estas cosas, como si nuestras vidas fueran prescindibles para él, pero esa no es la realidad. Estas mierdas duelen. —su voz flaquea ligeramente—. Podrías haber muerto, Aerin. ¿Te das cuenta?

—Claro que sí —bajo el tenedor—. Yo... no lo sé. Fue aterrador, todas las veces lo fueron, pero estoy bien.

Giacomo no parece convencido y la preocupación inunda sus ojos: —¿Qué dice papá?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que está pasando. Alguien está intentando matarte. ¿Está investigando? ¿Es que acaso le importa?

—Claro que le importa, soy la heredera, ¿recuerdas? Dice que tiene a todo el mundo investigando quién está detrás de esto.

El destello de dolor en los ojos de Giacomo me hace flaquear.

—Lo siento. Solo quiero decir que tiene la obligación de que le importe, ¿sabes? —le cojo de la mano, pero él se aparta.

—No pasa nada. Los dos sabemos cuál de nosotros dos es más fiable y digno de confianza.

—No creo que eso sea cierto.

—Yo sí —responde él en voz baja—. Nunca nací para ser un líder. Disfruto demasiado de la vida. —Ahoga su sonrisa con un trago de cerveza—. Pero, por favor, cuéntame qué pasó con los atentados después del restaurante. Me muevo mucho por ahí. Tal vez sepa algo que él no sepa.

Mientras termino mi plato de pasta y pasamos al postre —compartimos una porción de tarta Selva Negra— le cuento a mi hermano todo sobre los tres intentos de asesinato. Ahora es tan fácil hablar con él como cuando éramos pequeños y nos escondíamos de alguna discusión explosiva.

Le explico cómo la gente del club me hizo creer que querían ser mis amigos y las ganas que tenía de que aquello fuera real, por lo que seguirlos y escabullirme de la seguridad fue emocionante y algo que estaba deseando hacer.

Omito un par de detalles sobre estar a punto de caer hacia mi muerte y me centro en cómo me salvó Falco.

Luego le cuento todo lo de la casa de seguridad y lo enfadado que estaba Falco, pero lo seguros que estábamos hasta que nos esposé el uno al otro.

No menciono lo que pasó en la ducha. Ese secreto me lo llevaré a la tumba.

Giacomo suelta una carcajada—. Eres un peligro para ti misma, renacuaja, ¿lo sabes?

—¿Cómo iba yo a saber que la puerta iba a saltar por los aires? —me río—. De haberlo sabido, no lo habría hecho ni loca. Solo estaba frustrada por Falco y su «no puedo confiar en ti, bla bla bla» y luego bueno... pero me salvó la vida otra vez, así que papá está rentabilizando su dinero.

Giacomo lanza una mirada a Falco, que está detrás de mí, y asiente—. ¿Y dónde os escondisteis después de la explosión?

—Falco me llevó a una casa en las afueras. Allí vive un amigo suyo, Pidge. Un gurú de la tecnología. Creo que debieron de estar juntos en el ejército en algún momento, porque ambos tenían el mismo aspecto. Esa clase de dolor atormentado que te queda en la mirada, ¿sabes?

—Interesante —Giacomo aprieta los labios—. No sabía que tuviera amigos.

—Ni yo —me río entre dientes—. Pero supongo que hasta las peores personas tienen a alguien que las aguante.

—¿Crees que Falco es de lo peor?

—Sí —respondo de inmediato, hundiendo de nuevo la cuchara en la tarta—. Solo sabe predicar sobre las reglas de papá, la familia y todo lo demás. Es leal como el que más, lo cual sé que es bueno, pero me hace sentir...

—¿Asfixiada? —sugiere Giacomo.

Asiento con la cabeza—. Exacto.

—¿Por qué crees que me rebelaba tanto? —sonríe—. Aunque, visto en perspectiva, mi lucha por la libertad prácticamente ha garantizado tu falta de ella.

—Sí, gracias por eso. Me has encasquetado a la familia, ¿eh?

—Mientras yo puedo vivir mi vida —pone una sonrisa burlona—. Es una delicia.

—Cuéntame —le exijo—. Háblame de la gente con la que estabas en el club nocturno o de dónde estabas cuando faltaste a la cena familiar que, por cierto, fue también el anuncio de mi compromiso.

—¿Qué? —Giacomo enarca las cejas—. ¿Con quién?

Dejo de comer: —Espera... ¿de verdad no lo sabes?

Él niega con la cabeza—. ¿Papá ya te va a casar?

—Mmm. Con los irlandeses.

—Joder... —baja la mirada a la mesa—. Qué putada. Lo siento, renacuaja.

Se me hace un nudo en el estómago y el dulzor de la tarta se vuelve amargo en mi boca: —Estoy intentando por todos los medios no pensar en ello, así que, por favor, distráceme.

Giacomo accede con historias de una vez que fueron al cine e intentaron colarse en todas las películas hasta que los pillaron, de cuando pasaron horas en un bufé libre y de varias carreras callejeras que estuvieron a punto de llevarle a la cárcel, aunque se apresura a asegurarme que tiene demasiada pericia como para que lo atrapen.

Llevamos vidas tan distintas.

Giacomo no tiene que preocuparse por de quién se enamora o quién le llama la atención.

Esa libertad romántica es lo que más envidia me da.

Mientras mi hermano detalla su última conquista amorosa, mi atención se desvía hacia Falco, que está detrás de mí.

¿Me interesaría él si mi vida fuera tan libre como la de Giacomo?

¿Se fijaría él en mí si no le pagaran por ser mi sombra?

El nudo de mi estómago se aprieta mientras mis pensamientos se atropellan unos a otros.

El rechazo, el matrimonio inminente, los atentados contra mi vida de fuentes desconocidas que papá dice que forman parte de la vida por mi linaje... ¿De verdad quiero esta vida?

—Te diré una cosa —Giacomo chasquea los labios, chupando la cuchara mientras se inclina hacia delante—. Voy a sacarte para que te diviertas un poco. Se nota que lo necesitas de verdad. Esta vez, te

llevaré a conocer a algunos de mis amigos de verdad. ¿Qué te parece?

Mi corazón se anima de inmediato: —¿En serio?

—¡Claro! Es lo menos que puedo hacer, ya que están a punto de casarte como si fueras una cabra. —Giacomo se ríe.

Le doy una patada fuerte por debajo de la mesa: —¡No seas imbécil!

—Perdón, perdón. Escucha, sé que tu vida es una auténtica mierda ahora mismo. Confía en mí, que te lo dice la oveja negra. Se vuelve soportable si de vez en cuando te permites un poco de diversión real, y como te tengo para todo el día... —Giacomo se pone en pie. Como una ola, sus guardias se separan de las paredes y se aproximan.

Falco hace lo mismo.

—Nos vamos —dice mientras yo me levanto, mirando a Falco por encima de mi hombro—. Puedes retirarte.

—No —responde Falco secamente.

Miro de uno a otro, con la confusión revolviéndose en mis entrañas mientras un zumbido de excitación me recorre.

Se asienta en lo más profundo de mi ser cuando Falco deja claro que no piensa retirarse.

No debería resultarme atractivo, pero vaya si lo es.

Lucho por contener la sonrisa.

—¿No? —repite Giacomo—. Aerin sale conmigo, así que no se te necesita. Como ves, tengo mi propio equipo. Estará bien protegida.

Falco ni siquiera mira a la seguridad de Giacomo. Su mirada está fija e inquebrantable en mi hermano—. Voy adonde ella vaya —dice con frialdad—. Ese es mi trabajo. Así que le aseguro que no me muevo de aquí.

14

FALCO

El bar al que nos ha llevado Giacomo, el Cloud, es una mezcla entre bar y restaurante.

Cerca de la puerta, un pequeño grupo de mesas está lleno de gente compartiendo nachos, alitas de pollo y diversas bebidas de la barra.

La barra en sí ocupa casi toda la pared izquierda y está atendida por cuatro personas que se mueven de un lado a otro para servir a la creciente multitud.

Desde el centro hacia la derecha hay una pista de baile y una cabina de DJ llena de gente que se menea y se restriega al ritmo de la música que pincha un hombre vestido de leopardo y con el pelo rosa.

No es el tipo de sitio en el que esperaría que alguien como Giacomo disfrutara pasando el tiempo.

En la barra lo saludan como a un amigo, pide unas copas y algo de comer, y luego él y Aerin se enzarzan en su conversación en las mesas.

Yo me mantengo a distancia, vigilando a Aerin por el rabillo del ojo mientras controlo más de cerca a la seguridad de Giacomo y al resto de personas que andan por las mesas.

Su petición de que me retirara ha sido la primera de este tipo, y habría obedecido de no ser por el juramento que le hice a Guido.

Solo él tiene el poder de poner fin a mi vigilancia sobre Aerin, y hasta que llegue esa orden, no me separo de ella ni a sol ni a sombra.

Por mucho que me duela.

Por mucho que me cueste, he intentado distanciarme esta última semana.

Estuve a punto de besarla en el jardín y arruinar el delicado equilibrio que he cultivado entre mi persona y mis sentimientos. La tentación de rendirme es grande.

Cada segundo que paso con ella, cada vez que la oigo reír o la veo sonreír o la observo charlar amablemente con el personal de la finca, siento la tentación de estrecharla entre mis brazos y demostrarle cuánto me importa.

Lo único que me detiene es que la gratificación momentánea de ceder a mis sentimientos no merece la pena.

No cuando puedo pasar el resto de mi vida a su lado, manteniéndola con vida, amándola desde la distancia.

Es un dolor que puedo canalizar hacia otras cosas.

Por mucha agitación que cause en mi mente, ¿qué más da una cosa más que me mantenga despierto por la noche?

La distancia es lo mejor.

Sigo siendo su estatua, sin apartar mi atención de ella ni siquiera mientras escaneo el bar. Lo que empezó como una salida tranquila a última hora de la tarde se ha convertido rápidamente en algo mucho más intenso.

Ponen el fútbol en la tele y atrae a las masas mientras un nuevo DJ, este con una máscara de neón cubriéndole la cara, cambia la música a algo con un bajo más profundo que me pone los pelos de punta.

Cada golpe de bajo que suena un poco más fuerte de la cuenta me crispa los oídos. A medida que pasa el tiempo, siento que el pecho se me aprieta más y más.

Odio este sitio.

Pero aguantaré por Aerin.

Varias horas después de nuestra llegada, Aerin se escapa al baño y yo me quedo fuera vigilando a Giacomo, que está ocupado con su móvil.

Cuando Aerin termina, la guío de vuelta a su mesa, que de repente está vacía.

—¿Dónde está mi hermano? —Aerin me mira y luego escudriña a la multitud—. ¿Ha ido al baño?

—No lo he visto.

—Ah. —Se sienta de nuevo en el taburete y saca el móvil—. Ha dicho que venían sus amigos.

—¿Quizá ha cambiado de opinión?

—No se iría sin decir nada —espeta ella y luego señala por detrás de mí a uno de sus guardias—. ¿Ves? Siguen aquí.

Están allí, y parecen preocupados. El ceño fruncido y los labios apretados me provocan una punzada inmediata de preocupación en el pecho. —Quédate aquí —le ordeno a Aerin, y luego me abro paso entre la multitud hasta el hombre más cercano del equipo de seguridad de Giacomo.

—Oye. ¿Dónde está Giacomo?

El hombre me mira con los ojos entrecerrados pero no habla. Cuando estoy a punto de repetirme, veo que tiene el dedo presionado contra la oreja mientras escucha atentamente a alguien que le habla por el pinganillo.

Vuelvo a mirar a Aerin. Sigue en su mesa, deslizando el móvil de un lado a otro entre sus manos.

—Está... —El guardia por fin habla y capta de nuevo mi atención —. Estaba justo aquí.

—Pues ahora no está.

—Ya lo sé —espeta el hombre—. He parpadeado y simplemente él...

Entrecierro los ojos. —¿Lo habéis perdido?

—No, simplemente hemos... —El guardia se aleja de mí, pero lo agarro con fuerza del brazo y tiro de él hacia atrás—. No te vayas. Dime qué cojones está pasando. ¿Dónde está Giacomo? Si ocurre algo que tenga el más mínimo indicio de afectar a mi protegida, necesito saberlo.

—¡Me cago en la puta! —El hombre intenta zafarse de mi agarre, pero no lo consigue. Mis puños son como el hierro—. Vale, lo hemos perdido momentáneamente. Salió a hacer una llamada porque no oía nada con la música y simplemente... lo hemos perdido.

—Me llevo a Aerin de aquí. Si lo encuentras, dile que se ha ido a casa. —Giacomo no es mi problema, pero no voy a quedarme a esperar a ver con qué jueguecito sale después de la última vez. Girando sobre mis talones, vuelvo hacia la mesa de Aerin.

Y me quedo helado.

Su taburete está vacío.

El corazón me da un vuelco en el pecho mientras me subo de inmediato a la mesa más cercana y busco rápidamente entre la multitud su cabello pelirrojo claro, sin éxito.

No hay ni rastro de ella.

Joder.

Saco el móvil del bolsillo y la llamo, pero mientras salto de la mesa, una luz parpadeante me llama la atención.

El teléfono de Aerin está en el suelo; de una patada, ha acabado debajo de la mesa donde estaba sentada antes.

Se ha ido.

No puede haber desaparecido.

Otra vez no.

Es imposible que esto haya pasado otra vez.

A diferencia de la última vez, mi deseo de demostrar mi valía no tiene prioridad.

Con solo pulsar un botón de mi teléfono, activo la alerta de que Aerin ha desaparecido.

—¿Has perdido a mi hermana? —La voz de Giacomo brama de repente a mis espaldas y me giro con un sobresalto—. ¿Cómo cojones has podido perderla? ¡La he dejado aquí mismo contigo!

Levanta el puño y esquivo su puñetazo con fluidez mientras mi teléfono estalla en mi mano con las diversas alertas de seguridad que se activan.

Los equipos de seguridad estacionados en la zona entrarán en acción y los que tengan los conocimientos necesarios empezarán a peinar las calles en busca de Aerin.

Pero no es suficiente.

Esta vez necesito saber a qué demonios me enfrento, y por no hablar de cómo nos han vuelto a encontrar.

—¡Bastardo! —Giacomo se lanza hacia mí de nuevo.

Esta vez dejo que su puño impacte en mi hombro, luego lo agarro de la muñeca y le retuerzo el brazo a la espalda mientras lo estampo de cara contra la mesa más cercana. —Cálmese —gruño—. No tengo tiempo para sus putas rabietas ahora mismo, ¿me oye? Láncese contra mí otra vez y se despertará en el puto hospital. —Con un último empujón, me alejo de Giacomo a toda prisa y corro entre la multitud hacia la cabina de seguridad de la puerta principal.

Me cuesta un par de furiosos minutos de gritos, pero en cuanto menciono el nombre de Guido, me llevan a través del club hasta la oficina de seguridad de la parte trasera.

—Han pasado seis minutos —digo mientras marco el número de Pidge—. Necesito ver las cámaras que apuntaban a las mesas hace ocho minutos.

El tipo bajito del escritorio se ajusta las gafas sobre la nariz y teclea furiosamente en el teclado.

Unos segundos agónicamente lentos después, las pantallas de la pared frente a mí parpadean con las tres cámaras apuntando a las mesas justo cuando Giacomo se une a mí.

—¿La habéis encontrado? —exige.

Lo ignoro mientras la voz de Pidge me llena el oído.

—Me llamas porque me echas de menos, ¿verdad?

—La he perdido.

Pidge resopla. —Espera, ¿hablas en serio?

—Necesito tu ayuda.

—¿Otra vez? En serio, ¿cómo la has vuelto a perder?

—No lo sé. Escucha, solo necesito que... ¡ahí! —Le doy un palmetazo en el hombro al guardia y señalo la pantalla—. Esa es ella. Avance rápido hasta que se marche.

Aerin está sentada a la mesa tal como la vi por última vez, deslizando el teléfono entre sus manos.

Diez segundos después, un hombre alto de pelo oscuro se le acerca y se inclina, susurrándole algo al oído.

Las cámaras ocultan su rostro, pero sea lo que sea lo que le dice, hace que Aerin se levante de inmediato de la mesa.

Mientras lo sigue y sale del campo de visión de la cámara, su teléfono cae al suelo.

—¿Dónde está la siguiente cámara? —le grito.

—No hay nada hasta la entrada.

—Enséñamela.

Cambia de cámara y, unos segundos después, Aerin aparece en pantalla y sube inmediatamente a un coche negro que la espera con el desconocido.

Él mira por encima del hombro, dejando que la cámara capte brevemente su rostro, luego sube al interior y el coche arranca.

—¿Lo conoce? —le pregunto a Giacomo, que mira fijamente la pantalla.

—No. Aunque quizá ella lo conozca. Joder, igual ha ligado.

—No. Después de la última vez, no. No sería tan imprudente. Enviad su foto a todo el mundo, quiero saber quién es.

Ignorando los comentarios mordaces de Giacomo sobre cómo parecía que se había ido por voluntad propia, salgo corriendo de la oficina y llego a la calle. —¿Pidge?

—Sigo aquí.

—Tengo una matrícula. ¿Puedes guiarme desde el Cloud?

—¿El bar?

—Ajá.

—Vale, pero me llevará algo de tiempo.

—No tengo tiempo, Pidge. Tengo... —Al llegar a mi coche, con el pecho agitado, una punzada repentina y dolorosa me atraviesa el tórax y doy un respingo. El dolor colisiona con la furia que me enciende la sangre y de repente estoy justo donde empecé.

Asusté a Gina. La asusté, huyó y murió.

Otra vez no.

—¿Falco? —La voz ligera de Pidge se vuelve cargada de preocupación al instante—. ¿Estás bien?

No puedo hablar. Se me ha quedado el pecho como una piedra, lo que me impide respirar.

La visión se me nubla por los bordes y el tirador de la puerta del coche se duplica cuando voy a cogerlo, lo que hace que falle y arañe la pintura con los dedos.

¿He sido yo?

¿La he alejado tanto que simplemente se ha ido con un extraño?

Quizá se me escapó algo de sus contactos y de verdad tiene un amigo que nunca mencionó.

La historia se dispone a repetirse.

—¿Falco? —La voz de Pidge me suena borrosa—. ¡Falco! Háblame, tío.

Las piernas me flaquean y ceden mientras me arde la garganta y el cuerpo me pide aire a gritos, aire que mi pecho se niega a dejar pasar por la fuerza con la que se crispan mis músculos.

Es pánico.

Estoy teniendo un ataque de pánico.

Ahora no. Ahora no. ¡Joder, ahora no!

—¡Falco! —grita Pidge de repente, dándome el susto suficiente para que tome una bocanada de aire entrecortada y libere la tensión de mi pecho. Unos segundos se extienden como una eternidad.

—Estoy aquí —grazno—. Mierda. Estoy aquí.

—Tío, pensaba que te me habías ido.

—No, estoy... joder. —Jadeos entrecortados me recorren mientras me pongo en pie—. Estoy bien.

—De bien no tienes nada —responde Pidge—. Voy a pedir ayuda.

—Estoy *bien* —jadeo, abriendo por fin la puerta—. Encuéntrame ese coche.

—En ello estoy. Pero aun así voy a llamar a un amigo.

15

AERIN

—Quítate la ropa. —La voz ronca y quebrada que escapa del hombre que tengo delante me provoca un escalofrío que me recorre la columna como una garra, y el corazón me da un vuelco en el pecho.

Esto no está bien.

No quiero estar aquí.

Pero, al igual que cuando se me acercó en el bar y me ordenó con firmeza que lo siguiera, no puedo resistirme.

Es como una compulsión que surge en mi interior como la presión creciente del aire atrapado.

Apretando los puños, miro más allá de él a los otros dos hombres que merodean en esta habitación oscura.

Uno descansa cerca de la puerta, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y hurgándose entre los dientes.

El otro está a treinta centímetros, con un móvil en la mano apuntándome directamente y una sonrisa fría extendiéndose por su rostro.

—¡He dicho que te quites la ropa! —grita el primer hombre.

No quiero.

La compulsión se vuelve tan fuerte que no puedo detenerme por mucho que grite en mi mente que haga lo contrario.

Mis manos se elevan y se curvan sobre mi camisa, recorriendo rápidamente los botones de arriba abajo.

Cada uno se desliza por la tela con un pequeño retraso mientras mis dedos tiemblan y el hombre que tengo delante me mira con lascivia.

Las lágrimas se me saltan de los ojos y el aire frío de la habitación recorre mi piel caliente mientras mi camisa se abre.

—Mírala —dice el hombre que está cerca de la puerta con un bufido—. Va a estar muy agradecida cuando te la folles. Las gordas siempre lo están.

—Te la va a chupar hasta dejarte seco. —El de la cámara se ríe—. Jodida zorrita hambrienta, mírala. Qué tetas más enormes tiene.

Mis mejillas arden y las lágrimas brotan mientras la vergüenza y el miedo chocan en mi pecho.

Cuando un sollozo aflora, me agarro a la blusa para mantenerla cerrada, pero el hombre de voz ronca se lanza hacia delante y me da una fuerte bofetada.

Mi cabeza sale despedida hacia un lado y él me agarra un puñado de pelo, arrastrándome hacia él.

—¡He dicho que te quites la ropa! —me grita a la cara, asfixiándome con un aliento a alcohol y tabaco rancio—. ¡Quiero un espectáculo! ¡Quítatela!

No quiero.

Cuanto más fuerte grita, más fuerte se vuelve la compulsión.

Me empuja hacia la cama individual que hay detrás de mí y no puedo evitarlo.

La blusa se me cae de los hombros y me quito la falda con la misma rapidez, incluso mientras las lágrimas corren por mi rostro y el pánico me trepa por la garganta como ácido.

No lo entiendo.

No quiero estar aquí. He intentado luchar en el coche, pero me han reducido.

He intentado luchar mientras subía los escalones hacia este apartamento, pero, al igual que con mi ropa, ante un grito suyo he obedecido como un perrito.

Ahora estoy en ropa interior, temblando de frío mientras los tres me miran con perversión en los ojos.

—Haz que se resista un poco —dice el hombre de la cámara, y deja caer una mano sobre la entrepierna, ajustándose los pantalones mientras habla—. Siempre es más excitante cuando se resisten.

—¿Quieres que te folle? —ladra el hombre de voz ronca mientras avanza—. ¿Quieres que te folle ese coñito tan dulce que tienes?

—¡No! —jadeo entre lágrimas. El cuerpo entero me tiembla como si fuera a desmoronarme por las articulaciones. —¡No quiero! No quiero estar aquí, por favor, haré lo que sea, pero dejadme marchar. ¡Quiero irme a casa!

—Este es tu nuevo hogar —se burla él—. ¡Ponte en la puta cama y dime la verdad! ¡Dime que quieres que te folle hasta que no puedas caminar, hasta que mi corrida chorree de ti como un puto grifo! Con cada paso, me empuja hacia la cama, e intento resistirme. Intento luchar contra cada empujón, pero él es mucho más fuerte que yo y todo lo que Falco me enseñó vuela de mi mente.

Caigo en el colchón y, de repente, él está encima de mí, abofeteándome repetidamente mientras me grita a la cara. —¡Dime que quieres esto! ¡Dime que tienes tantas ganas de follar conmigo que te vas a volver adicta!

A través de las lágrimas y los sollozos que me desgarran, intento protegerme la cara con las manos, pero él me atrapa las muñecas y las fuerza sobre la cama, por encima de mi cabeza.

Su peso es aplastante y se inclina, gritando con todas sus fuerzas en mi cara.

Giro la cabeza hacia un lado, intentando escapar de él mientras sus órdenes brotan de mis labios como un vómito.

—Quiero que me f-folles —sollozo—. ¡Quiero que me folles t-tanto que me volveré adicta!

Se oyen vítores detrás del hombre. Por mucho que patalee o retuerza el cuerpo, soy incapaz de desplazar al hombre que me aplasta. Se incorpora y agarra mi sujetador con una mano, arrancando la tela hasta que mis pechos quedan a la vista.

Grito y me abofetea de nuevo, luego me propina un puñetazo lo bastante fuerte como para aturdirme.

—Abre las piernas, puta —me grita a la cara—. ¡Quiere un primer plano antes de que te folle!

Su peso desaparece de mi cuerpo. Al igual que con cualquier otra orden, hago lo que se me indica mientras sollozo contra la almohada, muerta de miedo por lo que está por venir.

Pero no llega.

El contacto que tanto temía nunca toca mi piel.

Se oye un fuerte estruendo, una ráfaga de gritos y alaridos, y luego varios estallidos cortos y secos que traen el silencio a la habitación.

Entonces, de repente, el rostro de Falco flota sobre el mío mientras una manta cubre mi cuerpo.

—¿Aerin?

—¿F-Falco? —Incluso a través de mis lágrimas, su rostro apuesto es innegablemente reconocible, y una nueva oleada de lágrimas desconsoladas surge en mi interior, obstruyéndome la garganta mientras intento hablar—. O-Oh, Dios m-mío.

—Estoy aquí. Estoy aquí. Estás bien. Estás bien. Siéntate, Aerin, ¿puedes hacerlo?

Al igual que antes, esa misma compulsión me invade y me siento de inmediato sin pensarlo mucho. Tres cadáveres ensucian el suelo alrededor de la cama, pero en cuanto los miro, el cuerpo de Falco bloquea de repente mi vista.

—No mires.

Aparto la mirada y lo observo, esforzándome por comprender cómo es posible que esté aquí. Las sombras se mueven en la oscuridad tras él mientras se quita la chaqueta y me la echa sobre los hombros.

—Mírame a mí, Aerin, ¿vale? Solo a mí. ¿Puedes caminar?

No aparto la vista. Antes de que pueda responder, Falco ya me ha tomado en sus brazos.

—¿Quiere una ruta al hospital? —pregunta una voz vagamente familiar.

—No —responde Falco mientras me sostiene cerca con sus brazos gruesos y fuertes—. Necesitamos un lugar seguro.

No aparto la vista. Durante el trayecto a pie fuera del apartamento y hasta el interior de una furgoneta que nos espera, mantengo los ojos clavados firmemente en el rostro de Falco.

Cuento el vello de su barba, una mezcla de hebras plateadas y oscuras.

Trazo las arrugas de su rostro, el pliegue de la piel entre sus cejas profundamente fruncidas, el brillo de sus ojos que parece apagado por la mirada dura y decidida.

Tan cerca, incluso puedo distinguir algunas cicatrices tenues que no son visibles desde lejos.

Durante todo ese tiempo, no puedo dejar de llorar. Los sollozos se abren paso con la misma violencia que mi temblor, y ni una sola vez Falco relaja el agarre sobre mí.

Me abraza lo más cerca posible y yo me aferro a su camisa, llorando abiertamente mientras mi mente se agita con pensamientos que se desvanecen y una sola instrucción explícita.

Mantén los ojos en Falco.

Entonces estoy en su regazo y él me acuna. Finalmente, tras unos suaves golpes, Falco me mira y hay un brevísimo destello de confusión. —Aerin. Estás a salvo ahora, ¿me oyes? ¿Puedes entender lo que digo?

—Estoy a salvo —repito, siguiendo la misma compulsión que me ha estado arrastrando toda la noche.

El ceño de Falco se frunce ligeramente y me aprieta más contra él, escondiéndome contra su cuello y bajo su barbilla.

Inspiro, inundando mis pulmones con la reconfortante mezcla de cuero, suavizante, sal y el almizcle familiar que emana de Falco.

Es un aroma tranquilizador y familiar. Usando eso como punto de anclaje, mis lágrimas comienzan a desvanecerse lentamente.

No sé cuánto tiempo pasa, pero cuando la furgoneta se detiene, la mano de Falco me toca la mejilla con mucha suavidad y retira con ternura unas cuantas lágrimas que aún quedan.

Le miro con ojos empañados mientras la compulsión de mi corazón es sustituida gradualmente por un profundo agotamiento que me pesa en los párpados con cada parpadeo lento.

—¿Quiere que la examine? —dice una voz desconocida mientras Falco me saca de la furgoneta y me mantiene pegada a él. Hay una ráfaga de aire frío cuando salimos de la furgoneta y me acaricia trozos de piel desnuda que escapan a la manta y a la chaqueta que aún me envuelven.

—No —responde Falco—. Todavía no.

—¿Está seguro? —pregunta una segunda voz desconocida—. Podría ser bueno ahora que está reciente.

—Mírala. —La voz de Falco se vuelve distante—. No puede mantener los ojos abiertos.

—¿Por qué tarda tanto en hacer efecto? —dice una tercera voz.

Esta me resulta familiar. Conozco esta voz. Mientras me llevan a través del marco de una puerta y un papel pintado de flores que no me resulta familiar en absoluto, busco en mis pensamientos para dar con ese nombre.

Pero cada parpadeo lento arrastra mi cuerpo más y más hacia un estado letárgico.

Por mucho que intente luchar, por mucho que luche por quedarme despierta con Falco, algo está tomando el control.

Las voces a mi alrededor se vuelven profundas e incoherentes mientras parezco flotar fuera de los brazos de Falco y caer sobre algo suave. El rostro de Falco permanece sobre mí y veo cómo se mueven sus labios, pero nada de lo que dice llega a mis oídos.

Otros rostros se agitan detrás de él, borrosos y desenfocados como motas bailando alrededor de una bombilla.

Parpadeo y el rostro de Falco está más cerca, como si se esforzara más para que sus palabras me lleguen.

Él está aquí. Eso es todo lo que necesito saber.

Parpadeo de nuevo.

Y no me despierto.

16

FALCO

—No le hagas daño —le espeto a Bullet, uno de los amigos de Pidge, mientras se acomoda en la cama junto al cuerpo ahora inconsciente de Aerin.

—No voy a hacérselo —dice Bullet con voz ronca, una voz espesa y quebrada por demasiados años pegado a los puros—. Pero necesitamos una muestra.

Por mucho que me duela, sé que tiene razón. Han pasado tantas cosas en las últimas dos horas que, sea lo que sea lo que tenga Aerin en su organismo, hay que capturarlo antes de que su cuerpo lo procese y perdamos esa información vital.

Bullet, que fue médico en el ejército y ahora ejerce en el mundo clandestino, despliega su estuche de tela y saca una o dos agujas; luego busca el brazo de Aerin bajo la manta y comienza a extraerle sangre con cuidado.

Hago un amago de abalanzarme en cuanto la aguja entra en contacto con su piel, contenido solo por la mano de Pidge en mi pecho.

—Sabe lo que hace —dice Pidge—. Los dos saben.

Con «los dos» se refiere al cuarto hombre que hay en la habitación: Rex.

Cuando Pidge me dijo que iba a llamar a unos amigos, no estaba seguro de qué esperar, pero tiene sentido que sus dos amigos también sean exmilitares.

A Rex ya lo había visto una vez, sin saberlo, durante mi época de ejecutor. En cuanto apareció en el aparcamiento, nos reconocimos y Rex bromeó diciendo que la mafia es el único lugar al que los exsoldados como nosotros podemos llamar hogar.

Mientras mis pensamientos dan vueltas a lo que me encontré al entrar en aquel piso de mierda, Rex aparece en el umbral.

Su voz es suave, y su largo pelo rubio, actualmente recogido en una coleta, está tan repeinado que casi parece calvo. —Perímetro asegurado. ¿Cómo está la chica?

—K.O. —responde Bullet mientras desliza suavemente la aguja fuera de su brazo—. Ya tengo lo que necesito.

—Entonces, fuera. —Me cuesta no ser brusco con ellos, pero tener a más hombres extraños cerca de Aerin me está cabreando de una forma que ni siquiera alcanzo a comprender del todo. Por suerte, Bullet no tiene problemas en recoger su equipo y salir de la habitación seguido de Pidge y Rex.

Aspiro profundamente y me paso una mano por la cara.

¿Qué narices está pasando?

Aerin nunca se marcharía por su cuenta; nunca se iría voluntariamente con hombres que no conociera.

Hombres que ahora yacen muertos con varias balas incrustadas en sus cuerpos y cráneos, donde les corresponde.

Me acerco a la cama de Aerin despacio y le tomo el pulso. Se siente lento bajo la yema de mis dedos. Al retirar la mano, el móvil me vibra en el bolsillo trasero por milésima vez desde que salí de aquel bar.

Lo ignoro.

Es mejor emplear mi tiempo en desenredar con cuidado a Aerin de esa sábana y desviar la mirada mientras le quito el sujetador y la envuelvo en el edredón.

Resulta más difícil quitarle mi chaqueta de los hombros, así que dejo que se quede ahí y luego me siento con ella a esperar a que despierte.

He pasado suficientes años en este mundo para saber lo oscuro que puede llegar a ser, pero esta nube que rodea a Aerin es más negra que la mayoría.

Nunca antes había perdido a nadie, y a ella me la han arrebatado ya dos veces. ¿Estaré perdiendo facultades?

Sea como sea, esto es culpa mía. Cuando despierte, solo ruego que me permita pedirle perdón.

Tras una hora a su lado, las ganas de orinar me obligan a salir de la habitación y recorrer el cortísimo pasillo hasta el baño. Aliviarme me lleva medio minuto y, mientras vuelvo al dormitorio, la luz del salón me llama la atención.

Pidge está apoyado en una mesa cerca de la ventana, absorto en su portátil.

Bullet está sentado en el sofá frente a la mesa de centro, que está cargada con todas las armas que nos llevamos de aquel piso, mientras Rex está cerca, revisando los móviles que les quitamos a los atacantes.

—Gracias —digo, rompiendo el silencio—. Por la ayuda.

Bullet y Rex levantan la cabeza y asienten. —No hay de qué.

—¿Cómo está ella? —Pidge se frota un ojo como si quisiera espantar el cansancio.

—Sigue dormida. —Me adentro más en el salón—. La drogaron. Quiero decir, han tenido que hacerlo para que se desplomara tan rápido.

—Si lo hicieron, lo averiguaré —dice Bullet—. Aunque tardaré un día o dos. —Examina uno de los rifles y suelta un silbido bajo—. Esta es una preciosidad.

—¿De un profesional? —Me acerco para verlo mejor.

—Sí. Ni hablar de que hayan sacado esto de la calle. Ha sido modificado aquí, ¿ves? —Ajusta el ángulo del rifle para enseñarme el cañón—. Y aquí también. Aprietas el gatillo y esta arma dispara una bala que se engancha aquí y, de inmediato, dispara una segunda. Ambas salen de esto tan rápido que quien esté al otro lado está muerto antes de enterarse.

—Eso explica por qué no encuentro nada sobre ellos —se queja Pidge—. Sus identificaciones eran falsas y he pasado sus caras por

todas las bases de datos que se me han ocurrido. No hay resultados.

—¿Algún tatuaje? —Miro a Pidge.

—No, pero me he puesto en contacto con alguien que puede indagar un poco más sobre quiénes eran estos bastardos.

—Gracias, Pidge.

—A mandar.

—Mierda —masculla Rex de repente y hace una mueca ante el móvil que tiene en la mano—. Falco, vas a querer ver esto. —Me pasa el móvil con cara de asco y el estómago se me encoge en cuanto vislumbro la pantalla. La grabaron. Desde la parte trasera del coche, la grabaron desde que se la llevaron hasta el momento en que eché la puerta abajo y le pegué un tiro al primer hombre en la garganta. Veo cada segundo del vídeo y, mientras lo hago, la furia se enciende con más fuerza en mi corazón. Esto no ha sido solo un encargo, y tampoco ha sido casualidad.

Esto estaba planeado.

—Ella dijo que no —murmuro con la mandíbula tan apretada que me late la cabeza—. Dijo que no y ellos… —Me corto cuando el teléfono cruje ligeramente y la pantalla se deforma por la fuerza con la que lo estoy apretando—. Los maté demasiado despacio.

—Al que los envió —dice Rex con un suspiro—. A ese bastardo mátalo despacio.

—¿Qué es ese ruido? —pregunta Bullet de repente, levantando la cabeza. Mira alrededor de la habitación y luego me clava los ojos—. ¿Eso es tu culo?

—¿Eh? Ah. —Al estar tan concentrado en las imágenes grabadas, ni siquiera he oído mi propio móvil vibrando frenéticamente en el bolsillo. Me guardo el móvil del atacante y saco el mío, haciendo una mueca—. Es el puto Giacomo.

—¿El hermano? —pregunta Pidge.

—Sí. Quiere saber dónde estoy. Dónde está Aerin. —Apretando los dientes, pongo el móvil en silencio. Le envié un único mensaje a Guido para decirle que habían encontrado a Aerin, pero eso es todo lo que voy a decir hasta que sepa cada detalle de lo que ha pasado esta noche… y cómo. Por eso han traído a Aerin a uno de los pisos francos de Pidge en lugar de a uno aprobado por los Paramatti.

No pienso correr riesgos esta vez.

—¿No vas a decírselo? —Bullet levanta la vista y nuestras miradas se cruzan.

—No.

—¿Deberíamos saber por qué?

Niego con la cabeza. —No tengo una razón de peso. Solo… una corazonada. Incertidumbre.

—Me basta —responde Rex—. De hecho, yo… —Se interrumpe de repente cuando un suave crujido en el umbral capta la atención de todos, incluida la mía.

Aerin está en la puerta, aferrándose a mi chaqueta sobre los hombros, con los pies descalzos rozándose el uno contra el otro. El corazón se me para un segundo entero cuando nuestras miradas se encuentran, y es como si ella no terminara de verme realmente.

—¿F-Falco?

Estoy a su lado en un instante. —Aquí estoy.

—Yo… —Sacude la cabeza mientras le paso el brazo por los hombros, ocultándola de la vista de los demás—. T-Tengo la lengua…

—¿Tienes sed? —pregunto con suavidad.

Ella asiente.

—Venga, vamos a llevarte de vuelta a la cama y te traeré un poco de agua.

Las lágrimas se aferran a sus pestañas, pero ninguna resbala por sus mejillas, como si hubiera estado llorando en sueños.

Caminamos despacio de vuelta al dormitorio y, una vez dentro, rebusco en los cajones buscando algo más cálido que mi chaqueta.

Encuentro un camisón largo que, tras sacudirle las arrugas de haber estado doblado tanto tiempo, parece que le servirá.

—¿Aerin?

Se le ladea un poco la cabeza y me mira como si yo estuviera tan lejos como la luna. —¿Mmm?

—Levanta los brazos por mí.

Me obedece y mi chaqueta se le resbala de los hombros. Cuando suelta un gemido de disgusto, le paso el camisón por la cabeza y le saco con cuidado el pelo.

Mientras la tela cae por su cuerpo, le guío con cuidado los brazos por las mangas y aliso el material según cae por debajo de sus rodillas.

Desviando la mirada todo lo que puedo de su cuerpo desnudo, la rabia sigue bullendo bajo mi piel como una fiebre, aunque le sonrío.

—¿Mejor?

Ella asiente. Pero dada la docilidad con la que ha aceptado todas mis peticiones, no sé si me lo está diciendo de verdad o si simplemente me está dando la razón.

Mientras la guío de vuelta a la cama, suena un suave golpe en el marco de la puerta.

Bullet deja una botella de agua sobre la cómoda y desaparece. Al cogerla, arropo de nuevo a Aerin en la cama, y ella se aferra a mi mano con una fuerza de hierro.

—No me voy a ir a ninguna parte —le aseguro, sujetando la botella con los muslos y desenroscándola con la mano libre—. Toma, bebe esto por mí.

Al acercarle la botella a los labios, Aerin me mira con los ojos empañados hasta que el borde roza su labio inferior; entonces, de repente, empieza a engullir el agua como si no hubiera bebido en semanas.

Vigilo atentamente cuánto bebe.

Una vez que ha apurado una cuarta parte de la botella, la dejo a un lado.

Unas gotas de agua quedan prendidas en su labio inferior y, cuando ella no se las quita, lo hago yo con suavidad.

Un moretón le ensombrece la cara en el lugar donde recibió el golpe y su piel, aún fría al tacto, está ligeramente más cálida que antes.

Parpadea y dos lágrimas le surcan las mejillas. —Lo siento —murmura, sacudiendo la cabeza.

—No. No tienes por qué pedir perdón.

No suelta mi mano; se aferra a ella como si fuera una garra, así que cuando se acomoda de nuevo en la cama, me quedo con ella.

No tarda nada en volver a caer, ya sea por el sueño o por los efectos persistentes de las drogas, pero incluso mientras duerme

sigue agarrada a mi mano como si fuera un salvavidas.

Le he fallado.

Guido me encargó protegerla y, en lugar de eso, me he estado enamorando de ella, distrayéndome, y ahora ha pasado esto.

Se merece a alguien mejor que yo.

Y, sin embargo, ¿quién más cuidaría de ella así? Visto todo lo que ha ocurrido, no confío en nadie más dentro de esa finca para protegerla.

Las horas pasan a cuentagotas. La respiración de Aerin se vuelve gradualmente más pausada y suave a medida que se relaja. Justo cuando el amanecer filtra una luz rosada a través de la única cortina que cubre la ventana del dormitorio, su férreo agarre sobre mi mano se afloja. Se da la vuelta en la cama y sigue durmiendo con un suave suspiro.

Por mucho que me gustaría quedarme, el hambre me muerde el estómago y las horas sentado a su lado en la cama me han dejado la espalda rígida.

Con un suave quejido, me levanto y vuelvo a atravesar el piso. Bullet duerme en el sofá, Pidge sigue junto a la ventana con su portátil y Rex no está.

—Está patrullando —dice Pidge antes de que pueda preguntar.

—¿Hay algo de comida en este sitio?

Pidge se encoge de hombros. Pongo los ojos en blanco, voy a la cocina y saqueo los armarios. Huevos en polvo, tortitas de patata congeladas, una lata de judías y una lata de carne de cerdo en conserva son suficientes para el desayuno.

Se oye una cisterna a lo lejos y el piso cruje. Para cuando he cortado la carne en rodajas finas, he encontrado un viejo bote de aceite en espray en el armario y he calentado el horno para las tortitas de patata, Rex está de vuelta.

—Sigue todo despejado —dice al entrar, hablando lo bastante alto para que su voz llegue a Pidge en el salón—. Gracias a Dios, estoy muerto de hambre. —Mientras sus ojos pasan de la comida que estoy preparando lo mejor que puedo a los pasos que resuenan con fuerza tras él, aparece Aerin.

—¿Estás de broma? —espeta ella, cruzándose de brazos—. ¿A qué clase de sitio de mierda me has traído esta vez? He tenido que tirar de la cadena dos veces para que funcionara. Ridículo… —Se interrumpe y mira a Rex con los ojos muy abiertos, apretando los brazos contra el pecho—. ¿Quién eres tú?

Rex la mira y luego me mira a mí. —Eh…

—Aerin —digo con cautela, sorprendido de oírla hablar, por no decir otra cosa—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Cómo me encuentro? Cabreada, así es como me encuentro. Quiero decir, ¿qué narices es esto? —Tira del camisón—. No me verían muerta con algo como esto puesto, así que ¿por qué lo llevo? ¿Es que he vomitado en mi ropa o algo así? Porque esa blusa era cara y mi madre me matará.

La confusión me invade. Es el polo opuesto a como estaba anoche. De hecho, se parece más a la Aerin que era antes de salir del bar. Rex y yo intercambiamos una mirada.

—¿No recuerdas lo que pasó anoche?

Ella frunce el ceño y luego sonríe con sorna. —No. Debí de beber mucho, ¿verdad? Sabía que pasaría algo así. Giacomo siempre presume de que los Paramatti aguantan bien el alcohol, y yo sabía que mentía. ¿Se ha quedado frito en algún otro sitio?

Aerin no recuerda absolutamente nada.

17

AERIN

—¿Por qué me miras así? —Al hablar, un dolor punzante me recorre la mandíbula y hago una mueca—. ¿Y qué le ha pasado a mi cara? —Bajo la vista hacia mis pies descalzos y muevo los dedos mientras intento recordar dónde he podido dejar los zapatos—. ¿Me he caído?

—Aerin —la voz de Falco suena profundamente seria—. ¿Qué es lo último que recuerdas de anoche?

—Yo... —Al hacer memoria, no hay nada más que una oscuridad vacía. Algo se agita en mi pecho, como los últimos hilos de un sueño que se desvanecen tras despertar bruscamente.

Por mucho que lo intento, no recuerdo nada de anoche después de estar en el bar, y la expresión de Falco es preocupante. —No lo sé.

—Piensa. —Falco da un paso adelante de repente, abandonando la carne que chisporrotea en la sartén a sus espaldas—. ¿Qué recuerdas?

—No lo sé... Yo... ¿Ha pasado algo? —Mis ojos saltan de Falco al extraño que refleja la misma preocupación en su rostro—. ¿Qué ocurre?

—*Piensa* —insiste Falco mientras se detiene frente a mí, mirándome con ojos oscuros—. Dime qué es lo último que

recuerdas.

—Eh... estar en el bar, creo. Contigo y con mi hermano. Y luego... —Está ahí, escondido fuera de mi alcance mental, pero por mucho que me concentre no consigo atrapar ningún otro pensamiento. Una oleada de frustración brota en mi pecho y niego con la cabeza—. ¡Dime qué está pasando!

—Siéntate. —Falco me coge por el codo y me guía hasta la silla de la mesa de la cocina mientras el desconocido se acerca a los fogones y se hace cargo de la comida.

—Falco, me estás asustando y no me gusta nada. ¿Quieres decírmelo de una vez?

—Ese es Rex. —Señala al hombre de la sartén—. Es un amigo de Pidge. También hay otro hombre aquí, Bullet.

—¿Qué? ¿Qué clase de nombre es Bullet?

—Es un nombre en clave —dice una voz desde el umbral. El extraño debe de ser Bullet.

—¿Eres soldado? ¿Como Falco?

—Lo era —responde—. Lo éramos los dos.

—Vaya. No sabía que tuvieras amigos —le murmuro a Falco, que entrecierra los ojos.

—Son amigos de Pidge —responde él.

—Ay —masculla Rex de forma dramática—. Después de lo de anoche pensaba que seríamos algo más.

—Anoche —repito, y se me revuelve el estómago—. ¡Falco, dime qué pasó y dímelo ahora mismo!

—Creo que te drogaron —dice Falco de inmediato, con expresión sombría—. De hecho, sabemos que lo hicieron.

—¿Drogarme? —El corazón me empieza a latir con fuerza—. Yo... ¿cómo ha podido pasar eso?

—Debió de ser en el bar —dice Pidge mientras se une a nosotros en la cocina—. Me he pasado toda la noche revisando las grabaciones de seguridad de ese sitio y nadie se acercó a la mesa para echarte nada en la bebida, así que tuvo que ser en la barra.

Pidge tiene la misma expresión que Falco. Cuanto más miro a los cuatro hombres, más presión siento sobre los hombros. Es como si

todos supieran algo que no me están contando, y el nudo en mi estómago se convierte en náuseas.

—¿Por qué me miráis todos como si hubierais visto un fantasma?

—Fuiste... atacada anoche, Aerin.

Atacada.

Espero a que las palabras activen algo, que desbloqueen un recuerdo o un temor, pero solo siento el latido sordo en mi cara. No me viene nada a la mente. Ningún recuerdo de nada. —¿Atacada?

—¿De verdad no te acuerdas? —Falco inclina la cabeza mientras estudia mi rostro—. ¿De nada en absoluto?

Niego con la cabeza. —Me encuentro bien, aparte de que me duele la cara y tengo un poco de frío.

—Eso puedo arreglarlo, en parte —dice Bullet. Desaparece por una puerta blanca detrás de mí y, unos segundos después, algo golpea con fuerza, seguido de un siseo de agua corriendo. Entonces la calefacción se pone en marcha.

—Te secuestraron en el bar y te tomaron como rehén. Tres hombres te atacaron y llegamos a tiempo para salvarte —continúa Falco con voz tensa—. Lo siento, Aerin.

Sigo sin recordar nada. Todos me miran como si hubiera pasado algo horrible, pero mi mente está en blanco.

Nada en mi cuerpo sugiere que haya pasado nada; no me duele nada más y el único problema, aparte de mi cara, es quizá un cansancio persistente. —Me encuentro bien, de verdad. No tienes que pedir perdón.

Falco se levanta bruscamente como si mis palabras le hubieran golpeado y sacude la cabeza. —No tienes ni idea de lo que yo...

—Falco —advierte Pidge de repente—. Quizá deberíamos enseñarle el vídeo.

—¿Vídeo? —De repente se me hunde el estómago—. Hay... ¿Qué vídeo?

—No —responde Falco de inmediato—. Pero que no recuerde nada... ¿Ha sido GHB?

—Podría ser —responde Pidge—. Pero Aerin estaba dócil. Fue muy fácil convencerla para que saliera del bar. Incluso cuando llegaste, siguió tus instrucciones al pie de la letra.

—¿Qué demonios es lo bastante fuerte para hacer eso? —El nervio del borde de la mandíbula de Falco salta mientras aprieta los dientes.

—Aliento del diablo —interviene Rex desde los fogones mientras deposita lo que ha cocinado en unos platos cercanos.

—¿Qué es eso? —Bullet regresa del cuarto de la caldera.

—Aliento del diablo —repite Pidge—. Es, eh... ¿Escopolamina, o quizá la conozcas como hioscina? Se usa habitualmente para prevenir náuseas o vómitos, sobre todo después de una cirugía, pero en dosis muy fuertes puede desorientarte y volverte dolorosamente sensible a la sugestión, lo que provoca pérdida de memoria.

—Hioscina —repite Bullet—. Sí, me suena.

—¿Me estáis tomando el pelo? —estalla Falco.

—Encaja con sus síntomas —responde Pidge—. Y es mucho más difícil de detectar que el GHB.

Los observo a todos aturdida, siguiendo sus palabras de un lado a otro mientras desenredan un rompecabezas del que yo solo tengo un par de piezas. Anoche me drogaron y me atacaron, pero no tengo ningún recuerdo de ello, ni siquiera un leve destello en el fondo de mi mente. Cuanto más hablan, más aturdida me siento hasta que me levanto bruscamente. Todos se callan.

—¡Basta! Parad. Por favor, parad. Esto es... demasiado confuso.

—Aerin —intenta decir Falco, pero le corto.

—¡No! Miradme. Estoy bien. Me siento bien, estoy bien. Os estáis asustando por nada.

—¿Hablas en serio? —espeta Falco—. ¡Alguien intentó matarte!

—¿Qué hay de nuevo? —Levanto las manos, exasperada—. Es parte de mi vida, al parecer, pero estoy aquí y estoy bien, así que no veo por qué tanto drama.

—Casi te pierdo para siempre esta vez —continúa Falco, con los ojos clavados en los míos. El calor de su mirada es tan intenso que se me humedecen un poco los ojos.

—Pero no lo hiciste —le espeto—. Así que tu sueldo está a salvo. Eso es lo único que te importa, ¿verdad? Mantener tu trabajo. Asegurarte de que mi padre no te mate por meter la pata o por

perderme. Pues mírame, Falco. Puedes ver que estoy bien, ¡así que deja de darle tanta importancia!

Falco se queda con la boca abierta como si quisiera decir algo más, pero su argumento se desvanece ante mi arrebato.

Cierra los labios de golpe y aprieta un puño contra la mesa de la cocina. —Aerin. Que no te acuerdes no hace que lo que pasó sea menos grave.

—Entonces enséñamelo.

—¿Qué?

Me giro hacia Pidge. —Enséñame el vídeo.

—¡No! —ladra Falco—. Ni hablar.

—¿Quizá deberíamos? —intenta Pidge, pero Falco se acerca y lo aparta de mí de un empujón.

—Ella no tiene por qué ver eso.

—¡Espera un momento! —Cogiendo a Falco por el brazo, intento tirar de él hacia atrás—. ¡Si hay un vídeo mío, tengo derecho a verlo! Eres tú el que está montando este numerito, así que merezco al menos saber por qué. ¿Tan malo puede ser?

—Si no puedes recordarlo, yo me lo tomaría como una bendición —dice Rex mientras deja los platos en la mesa.

—¿Y tú quién eres siquiera? —murmuro, poniendo los ojos en blanco y tirando de Falco otra vez—. Déjame verlo.

—¡No!

—¿Por qué? ¿Qué es tan terrible para que te pongas así? ¿Te preocupa que se lo enseñe a mi padre y te despida?

Falco se gira de repente hacia mí, con los ojos echando chispas mientras me agarra de los hombros y me sacude una sola vez. —¡Aerin, por una vez, quieres hacerme caso y entender que intento protegerte!

A pesar del evidente cariño en su voz, entrecierro los ojos. —Si fueras bueno en tu trabajo, lo de anoche no habría pasado, ¿verdad? —La dureza de mis palabras hace que Falco se estremezca como si le hubiera golpeado, y la culpa me inunda el estómago de inmediato.

Él sí me protege. El hecho de que esté aquí de pie, viva, es prueba suficiente, pero su actitud sobreprotectora es molesta y mi curiosidad es más fuerte. ¿Qué puede ser tan malo para que no

quiera que lo vea? Seguramente no puede ser nada terrible porque me acordaría.

Sé que me acordaría.

—Está bien —dice Falco con frialdad y me suelta—. ¿Quieres verlo? Bien. Míralo.

Se da la vuelta con intención de salir hecho una furia de la cocina, pero se demora junto a la puerta mientras Pidge se acerca y saca un teléfono del bolsillo. —Que conste —dice mientras me lo entrega— que solo creo que deberías verlo porque mereces saber qué te hicieron. Si fuera cualquier otra situación, quemaría este teléfono.

—Gracias. —Volviendo a la silla, me siento y la habitación se queda en un silencio sepulcral. Solo hay un vídeo en el teléfono después de que deslice el pulgar para desbloquearlo.

El corazón me empieza a latir con fuerza. Con otro deslizamiento del pulgar, el vídeo empieza a reproducirse.

Soy yo.

Estoy llorando. Sollozando, en realidad, y suplicando a tres desconocidos que me dejen marchar, pero ellos solo se ríen y se burlan de mí.

Uno alto y delgado no deja de gritarme a la cara, exigiéndome cosas como que salga del coche, que suba unos escalones y más.

Por alguna razón, lo hago.

Entre lágrimas y súplicas, obedezco todo lo que ese hombre me exige.

La sangre se me hiela y la vista se me nubla mientras los detalles de anoche se revelan ante mí, atrapados en este pequeño dispositivo en lugar de en mi mente.

Las cosas horribles que dicen de mí resuenan en mis oídos, el horror de verme quitarme la ropa y suplicar aún más entre sollozos mientras ellos se ríen y se mofan.

Soy yo.

Y, sin embargo, no me siento yo. Me estoy viendo a mí misma. Pero al no tener nada en mi mente que convierta esto en realidad, es como ver una película.

Parpadeo y una lágrima me recorre la mejilla; me la limpio apresuradamente.

El vídeo continúa hasta que algo se estrella, y la cámara capta a Falco irrumpiendo en la habitación con aspecto de estar absolutamente enfurecido.

Dispara a un hombre de inmediato y luego ataca al que tiene la cámara.

La última toma es la cámara cayendo al suelo y grabando el techo mientras Falco salta hacia mí en la cama, arrastrando una manta tras él.

La grabación termina y la cocina sigue en un silencio de muerte, como si nadie se atreviera siquiera a respirar.

Mis pensamientos se atropellan unos a otros.

La confusión por mi falta de memoria choca con la vergüenza y el bochorno por las cosas que hice, junto con el dolor de que, al final, Falco tenía razón.

Habría preferido no saberlo.

Lentamente, dejo el teléfono boca abajo sobre la mesa y me levanto.

Nadie se mueve.

Dándome la vuelta, paso por delante de Pidge sin mirarlo. Es totalmente humillante que todos me vieran así y que me oyeran decir cosas tan sucias a hombres horribles.

Camino hasta estar frente a Falco y nuestras miradas se encuentran; sus ojos dorados reflejan el dolor de mi propio corazón.

Se me hacen nudos fríos en el estómago, como si me hubiera tragado un puñado de alambre de espino.

—Llévame a casa. —Se me quiebra un poco la voz al hablar—. Por favor. Llévame a casa.

18

FALCO

No recuerda nada.

Si de mí hubiera dependido, habría dejado que siguiera así. En el trayecto de vuelta a la mansión Paramatti, observo a Aerin por el espejo retrovisor. No habla, pero por la forma en que se le tensan las cejas y el destello de dolor que cruza su rostro de vez en cuando, sé que está reproduciendo esas imágenes en su mente una y otra vez.

Maldito Pidge.

Antes de irnos, me ha dicho que ella merecía saber la verdad igual que cualquiera de nosotros querría saberla, pero eso no mejora las cosas. Le he fallado y ahora sabe exactamente hasta qué punto. Las palabras de consuelo asoman a mi garganta, pero no llegan a salir de mis labios. Nada de lo que diga va a hacer que se sienta mejor.

Ni siquiera decirle que esos bastardos están muertos le ha servido de consuelo.

La mansión está vacía cuando llegamos, salvo por unos cuantos guardias. Alguna emergencia con un cargamento de droga ha reclamado la atención de Guido, así que no hay nadie que nos acose a preguntas mientras caminamos. Aerin se dirige directamente a su habitación y me cierra la puerta en las narices.

Dos minutos después, las tuberías retumban al abrirse la ducha.

Cuarenta minutos después, sigue abierta.

Me pica la piel. Quiero entrar ahí y consolarla, asegurarle que está a salvo y que no volverá a ocurrir jamás, pero mis palabras carecen de peso ahora. Ya me la han arrebatado dos veces y casi la han matado; dos veces he fallado. Es como si alguien estuviera trabajando específicamente en mi contra y no consigo adivinar quién. Y si no es así, entonces es mi propia incapacidad la que ha puesto a Aerin en estas situaciones terribles.

Soy mejor que esto.

Me entrenaron para ser mejor.

Soy mejor.

Entonces, ¿qué se me está escapando?

Reproduzco ambas noches en mi mente una y otra vez, buscando respuestas que haya pasado por alto, pero nada me llama la atención de inmediato. Aerin se queda en su habitación toda la noche y se niega a salir incluso para cenar. No la presiono. Me mantengo firme fuera de su puerta mientras un dolor vagamente familiar se me enrosca en las entrañas, como si me hubiera tragado un puñado de pesas que chocan entre sí.

He sentido esto antes.

La desesperación de que mis actos hayan herido a alguien que me importa profundamente. Y Aerin me importa. De algún modo, en tan poco tiempo, se me ha metido bajo la piel.

Sus intentos de coqueteo eran obviamente una forma de poner a prueba sus límites y rebelarse ante la vigilancia constante, pero todo eso, sumado a la chispa que brilla en sus ojos cada vez que se pone insolente, ha encendido algo en mi interior. Algo que no puedo calmar porque hice un juramento.

Al paso que voy, es algo que no podré calmar nunca porque voy por el camino directo a que Aerin no vuelva a confiar en mí jamás.

Varias veces durante la noche alzo la mano para llamar a su puerta, pero mis nudillos nunca llegan a rozarla. Debate tras debate sopeso los pros de molestarla frente a dejar que procese lo ocurrido a su propio ritmo. En cada ocasión, me retiro como un cobarde.

No estoy preparado para que me mire con reproche en los ojos o para escuchar la pregunta de cómo he podido fallar al protegerla de nuevo.

Para cuando amanece, el agotamiento me pesa en los párpados, pero me niego a flaquear hasta que un guardia sube las escaleras y entra en el pasillo. Su pelo engominado hacia atrás refleja la luz del sol que se cuela por la ventana del fondo. Al llegar a mi altura, esboza una sonrisa igual de cansada.

—Guido quiere verte. Vengo a relevarte.

—¿Sobre qué asunto?

Él se encoge de hombros. —No lo ha dicho.

Asiento una vez y, finalmente, llamo a la puerta de Aerin. No hay respuesta. —Aerin, me marcho a hablar con tu padre. —Más silencio —. Volveré pronto.

El eco del silencio de su habitación me acompaña por el pasillo y escaleras arriba hasta la planta de Guido. Al llegar al rellano, saco el teléfono y accedo rápidamente a las cámaras de seguridad de la mansión; echo un vistazo a la habitación de Aerin solo para calmar la inquietud que me crece en el pecho.

Está dormida. El monitor térmico confirma que está muy viva y duerme profundamente, con el pelo esparcido sobre la almohada y las sábanas amontonadas a su alrededor como si fuera una especie de burrito.

Un animal de peluche asoma por su codo; lo abraza con fuerza contra el pecho. La imagen me aporta un instante de calidez al corazón.

Dormir es bueno.

Los dos guardias apostados ante el despacho de Guido abren la puerta antes de que pueda siquiera tomar aire y anunciarme.

En el interior, Guido está de pie ante los grandes ventanales que dan al jardín con un vaso de whisky en una mano.

Un poco temprano.

Mis ojos se clavan entonces en Giacomo y un impulso inesperado de rabia me recorre. Reposa en la silla cerca del escritorio de Guido, con un brazo apoyado perezosamente en el respaldo curvo mientras estira las largas piernas de cualquier manera hacia la mesa.

La última vez que lo vi, me echaba la culpa de la desaparición de Aerin.

—Mira quién está aquí —dice Giacomo con desprecio cuando sus ojos se encuentran con los míos—. Vaya mierda de seguridad eres.

—¿Perdona? —Ese impulso de rabia me sube hasta la garganta y carga mis palabras de un calor contenido.

—Lo que has oído. —Giacomo encoge una pierna hacia su silla mientras se gira para encararme—. La has cagado. La has cagado tanto que hasta me va a dar pena matarte porque no va a merecer la pena perder mi *tiempo*.

Mis defensas se solidifican en un segundo.

A los dos guardias de la puerta me los puedo quitar de encima fácilmente. He visto lo laxo que es el entrenamiento de algunos guardias por aquí, y los de la puerta ni siquiera mantienen una postura de alerta para moverse rápido.

El tobillo de Giacomo está sutilmente abultado por el peso de una pistola, y supongo que llevará otra cerca de la cadera.

Puedo echar mano de mi arma y disparar antes que él, pero ¿qué hay de Guido? Parece desarmado, pero no tengo ni idea de lo que guarda en su escritorio o debajo de él.

¿Y luego qué? ¿Por la ventana y rezar para caer en la piscina? ¿Fuera, cruzar el jardín, saltar la valla y llegar al campo en noventa segundos?

Demasiado tiempo.

Contengo el reflejo y me obligo a parecer calmado. —Vuelve a amenazarme y te destripo.

—¿Qué cojones me has dicho? —Giacomo se levanta con rapidez, con los ojos echando chispas de furia. Pero antes de que pueda avanzar, Guido se aclara la garganta.

—Basta.

Como un tigre retenido, Giacomo se deja caer muy despacio de nuevo en su silla con una maldición entre dientes.

Sin quitarle un ojo de encima a Giacomo, miro a Guido. —Me temo que no sé de qué va esto, señor.

—Te contraté para proteger a Aerin. —Guido se aparta de la ventana para mirarme—. Para protegerla de todo y de todos. Hiciste

un juramento ante mí poniendo tu vida en juego.

El calor me recorre la espalda y me hormiguea en los hombros. ¿Saben lo que hice? ¿Lo de Aerin en la ducha? ¿O el beso en el gimnasio? O quizá incluso la forma en que me restregué contra mi almohada deseando que fuera ella.

Nunca se me dio bien seguir ciertas reglas.

—No he roto ese juramento, señor —digo con frialdad.

—Bastardo —gruñe Giacomo—. Eres patético, ¿lo sabes? ¡Ni siquiera puedes admitir tus propios fallos! Han *violado* a Aerin por tu culpa, y ahí sigues como si fueras un puto *caballero* honorable...

—¡Basta! —espeta Guido—. Una palabra más y te echo de aquí, ¿entendido?

Giacomo gruñe mientras la rabia le obstruye la garganta, pero se desploma en la silla, en silencio.

¿Violada? La confusión se apodera de mí como una niebla densa mientras Guido da un trago a su vaso y luego lo deja sobre el escritorio.

—Mi hija. Mi heredera. ¿Entiendes lo catastrófico que es esto? Aerin es un símbolo de todo lo que represento. Todo lo que... —Se interrumpe con una tos suave y rápida—. Mis enemigos, incluso mis aliados, me miran a mí y a mi salud precaria y me ven débil. Aerin es lo único que los mantiene a raya, ¿y me entero de que la parte más preciada de ella ha sido destruida?

Frunzo el ceño. Seguramente la parte más preciada de Aerin es su vida. —No le sigo, señor.

—¡La han violado! —Guido golpea el escritorio con ambas manos, haciendo que el vaso ruede lejos de él—. El único interés que los irlandeses tenían en ella era porque era mi hija y una *virgen*. Su valor se ha desplomado porque no has sabido hacer tu trabajo. Quería mirarte a los ojos, ver la mirada del traidor que me ha vendido y ha puesto a esta familia camino a la ruina. Sin los irlandeses y ahora con una hija mancillada, mi futuro se desmorona. ¡El futuro de esta familia se está desmoronando por tu culpa!

Un destello plateado brilla sobre el escritorio cuando Guido saca una pistola gruesa y pesada de debajo de la madera.

—Se equivoca, señor —respondo de inmediato mientras mi mente trabaja a toda velocidad para unir los puntos—. Aerin no fue violada.

—¿Qué? —Giacomo se incorpora a medias en su asiento—. ¡¿Te atreves a ponerte ante tu don y *mentir*?!

—Puedo demostrarlo, señor.

Los ojos de Guido se entrecierran. —¿Pruebas?

—A su hija... la secuestraron, la drogaron y la agredieron. No lo niego. Pero no fue violada, señor. ¿Me permite? —Alzo la mano y la mantengo cerca del bolsillo, muy consciente de la pistola que Guido tiene en la suya. Tras su asentimiento, meto la mano y saco el teléfono con la grabación mientras me acerco al escritorio—. Los criminales que secuestraron a su hija lo grabaron todo. Le advierto que es muy desagradable, pero...—

—Dame eso. —Guido me arrebata el teléfono y, tras unos toques, los sonidos nauseabundos de la agresión a Aerin llenan el aire. Se me revuelve el estómago como si estuviera al borde de un precipicio. Giacomo se acerca a su padre y mira por encima de su hombro para observar.

Entonces, el alivio se extiende por el rostro de Guido. —Oh, gracias a Dios.

El ácido me quema la garganta mientras lucho por mantener una expresión impasible. ¿Cómo puede ver esas imágenes y no sentir nada más que alivio? ¿Su única preocupación era realmente si Aerin seguía siendo virgen?

El vídeo termina y Guido me devuelve lentamente el teléfono. —Decías la verdad.

—Sí, señor.

—Esos hombres, ¿quiénes eran?

—Estoy investigándolo, señor.

—Gracias por salvarla. —Guido deja finalmente el arma—. Corren tiempos peligrosos. No puedo expresar lo importante que es este trato con los irlandeses. Sin Aerin, no tengo nada. ¿Entiendes?

—Lo entiendo, señor. —Entiendo que su estado de *intacta* es más importante que su vida. Qué jaula tan horrible en la que estar atrapada.

—Se te descontará parte del sueldo como castigo por haberla perdido. —Guido se deja caer en su pesado sillón de cuero y coge su vaso.

—¿Eso es todo? —salta Giacomo, recuperando por fin el habla—. ¡Ya has visto lo que ha pasado!

—Lo he visto —espeta Guido—. Pero cualquier otro castigo que se le imponga a Falco perjudicará su capacidad para proteger a Aerin, así que, tal como están las cosas, la reducción de sueldo es el límite.

—¡No puedes hablar en serio! —Giacomo lanza una mano al aire —. ¡La ha perdido! Casi muere bajo su custodia y...—

—¿Cómo sabías que la habían atacado? —pregunto en voz baja.

Los ojos oscuros de Giacomo se giran hacia mí, fulminándome. —Me llamó anoche llorando y me contó lo que pasó.

¿Es por eso por lo que estaba tan callada anoche? Acudió a la única persona en la que siente que todavía puede confiar.

Me mantengo en silencio, estudiando a Giacomo hasta que Guido me despide con un gesto. —Gracias por aclarar esto, Falco.

—Faltaría más, señor. —Bajo la cabeza y me retiro de la estancia mientras doy vueltas a la situación en mi cabeza.

El matrimonio concertado de Aerin con ese capullo irlandés no me parece más que una pantomima que Guido intenta montar, y sus palabras lo confirman.

El matrimonio apenas importa.

La ceremonia es solo de cara a la galería para ahuyentar a los enemigos de Guido.

El verdadero premio aquí es, al parecer, su virginidad. La expresión de alivio de Guido mientras veía ese vídeo me perseguirá.

No hubo ni rastro de angustia por el destino de su hija en esas imágenes. Lo único que le importaba era que no la hubieran violado.

Con razón Aerin se rebela y me busca para llamar mi atención. Con razón se me insinuó buscando afecto.

A nadie aquí le importa ella.

Su habitación está vacía cuando regreso.

Tras enviarle un mensaje al guardia con el que la dejé, encuentro a Aerin en el jardín, acurrucada en un banco con vistas al pequeño

estanque de koi y con un libro en la mano.

Está alicaída mientras me acerco y ni siquiera levanta la vista mientras despido al guardia y me siento lentamente junto a ella.

—Aerin. Iré directo al grano. He tenido que enseñarle a tu padre el vídeo de tu ataque.

—¿Qué? —Aerin se incorpora de golpe como si mis palabras hubieran activado un interruptor en su interior. El libro se le resbala un poco de las manos—. ¿Te has vuelto loco? ¿Por qué narices has hecho algo así?

—Aerin...

—¡No! ¿Cómo te atreves? ¡Ni siquiera querías que yo viera esas imágenes, pero se las enseñas a mi padre como si fuera una puta película rara! ¿Qué cojones te pasa? ¡Se supone que tenías que estar de mi lado!

Un rubor carmesí le enciende las mejillas y sus ojos, muy abiertos y frenéticos, van de un lado a otro entre los míos.

—Aerin, no he tenido elección.

—Mentira —suelta ella, dejando caer el libro—. Oh, Dios mío, esto es humillante. ¿Cómo voy a dar la cara? ¿Cómo voy a...? —Se interrumpe y se tapa la boca con una mano—. ¿Qué ha dicho él?

—Iba a matarme porque creía que te habían violado. Tuve que demostrar que no era así.

Las cejas de Aerin se fruncen ligeramente y un brillo extraño cruza su mirada, algo que me recuerda a cuando le conté a Pidge lo que pasó con mi ex. Pura y dolorosa comprensión.

—Lo siento. No lo hice por traicionarte, y no lo hice por salvar mi vida. Lo hice porque mereces algo mejor que el que esas mentiras manchen tu nombre.

Aerin baja la mano lentamente mientras el rubor de su mejilla se desvanece a un tono rosado. —Yo... mierda.

—Lo siento, Aerin. Estaba muy preocupado por ti.

Ella niega lentamente con la cabeza. —No, no lo estaba.

—Sí que lo...

—No. —Me corta y se recuesta contra el respaldo del banco—. Es tierno que finjas, pero conozco a mi padre. Todo lo que le importaba era que todavía soy v... todavía soy virgen, ¿verdad?

No quiero admitir la verdad, no si eso va a herirla. Permanecer en silencio me parece una confirmación, así que niego con la cabeza, buscando la forma de darle la vuelta a la realidad. —Aerin, yo...

—No pasa nada —dice en voz baja—. En cuanto me presentó a Frederick, lo supe. Ningún hombre como él se interesaría por alguien como yo de otro modo.

—¿Alguien como tú? —La confusión me envuelve y me oprime el pecho. Aerin es hermosa. Estoy seguro de que Frederick lo vio, estoy seguro de que todo el mundo lo ve.

—Mírame. —Me lanza una mirada, pero solo por un segundo—. He visto a las otras mujeres en este mundo. Ningún tipo importante quiere cargar con una mujer que tiene que comprobar la robustez de una silla antes de sentarse, o que se pone nerviosa al subir a un coche porque todo el mundo sentirá el vehículo inclinarse, o que se pasa el tiempo intentando esconderse. Lo único que tengo a mi favor que tenga algún valor es el hecho de que soy virgen.

Cada palabra es una puñalada al corazón. Desde el primer momento en que puse mis ojos sobre ella, me pareció preciosa y nada más se me pasó por la cabeza.

Incluso cuando estaba en la ducha intentando burlarse de mí borracha, pensé que todo en ella había sido esculpido por una diosa, pero habla de sí misma con tal crueldad que casi duele escucharla.

Me muero por decirle que se equivoca. Que la imagen que tiene de sí misma es fruto de años de comentarios terribles y de visiones distorsionadas por parte de su familia y no de cómo es ella en realidad, pero estaría cruzando otra línea.

Ya estoy caminando sobre una capa de hielo muy fina.

—Aerin —digo suavemente—. Tu padre estaba preocupado por ti.

—Ambos sabemos que eso es mentira.

—No lo es.

—Oh, Dios... —gruñe de repente y cierra los ojos con fuerza—. Eso significa que todo el mundo lo sabe.

Frunzo el entrecejo. —No hay nada de qué avergonzarse, Aerin. Te atacaron y sobreviviste. Eso es algo de lo que estar orgullosa. La mitad de la gente de esta mansión no sería capaz de salir de algo así conservando ni la mitad de la dignidad que tú has mantenido.

Aerin me mira y pone los ojos en blanco. —No me refiero a eso, tonto. Ahora todo el mundo sabe que soy *virgen* sin ninguna duda. Es tan jodidamente humillante.

19

AERIN

—Aerin, cielo, ¿estás ahí? —llama mamá desde el otro lado de la puerta de mi dormitorio.

He pasado los últimos tres días esquivando todos los intentos de mi madre por pasar tiempo conmigo. Por mucho que me abrume con su falsa preocupación por el ataque, sé que está a apenas unas frases de sacar el tema de mi inminente boda.

De niña, soñaba con algo así. Deambulaba por el vestidor de mamá y me maravillaba con sus preciosos vestidos, imaginándome con uno de ellos puesto mientras me casaba con un príncipe apuesto de mis libros de cuentos y hacía que todo fuera perfecto.

La realidad es distinta.

Todo lo que tengo que hacer para mi propia boda es presentarme, ya que mamá se encarga de todo lo demás.

Desde el lugar de la celebración hasta el vestido, pasando por mi marido, no tengo voz ni voto en nada.

—¿Aerin? —Mamá entra de golpe en mi oscura habitación, abriendo la puerta de par en par y caminando directa hacia las cortinas cerradas—. Ya está bien. ¡Deja de deprimirte, deja de llorar y levántate! —Llega a mi ventana y descorre las cortinas, dejando que el sol de media tarde inunde mi cuarto.

Me estremezco y me tapo los ojos. —Por favor, déjame en paz.

—No. ¡Así no es como lidiamos con las cosas! El chef me ha dicho que no estás comiendo nada, lo cual, créeme, ¡he rezado para que llegara ese día! —Se lleva la mano al pecho mientras se ríe, luego mira mi expresión de ofensa y pone los ojos en blanco—. Es broma.

—No ha tenido ninguna gracia. —Diviso a Falco justo fuera de la puerta; asoma el hombro por el marco como si me asegurara que sigue ahí. No se ha separado de mi lado ni un momento. Aunque es por lo que le pagan, las cosas se sienten distintas.

Quizá es que yo soy distinta después de lo que pasó.

—Solo te estoy tomando el pelo. Ahora, vamos, arriba. Tenemos una prueba de vestido a la que vas a llegar tarde y, si has decidido saltarte las comidas, tendré que avisar al sastre para que esté atento por si hay que hacer ajustes, aunque no supone ningún problema. Luego quiero enseñarte el lugar que he elegido para que sepas qué esperar. Y he invitado a Frederick a cenar, porque deberías ver a tu futuro marido más de una vez antes de casarte, ¿no crees?

Mientras habla, un dolor sordo en la base del cráneo me recorre la nuca y se instala tras mis ojos. Es demasiado.

Su voz es demasiado aguda, sus órdenes son demasiado abrumadoras a pesar de la dulzura con la que las suelta, y sus pullas calan demasiado hondo. Estoy agotada, pero es algo que va más allá del simple cansancio.

Estoy agotada de esta vida. De que me manejen de aquí para allá y me digan qué va a pasar en lugar de elegirlo yo misma.

Lo último que quiero es enfrentarme a Frederick desde que se difundió la noticia de mi ataque. Papá se habrá encargado de asegurarle con vehemencia que no fui violada.

Sigo siendo *pura*.

Se me revuelve el estómago mientras mamá abre mi armario y empieza a hurgar entre mi ropa. —Vamos. ¡Arriba, arriba!

—No puedo.

—¡Oh, ya basta de esto! —estalla mamá de repente y se gira para mirarme—. Basta de regodearte en la pena. Basta de lloriqueos. Has tenido un incidente, pues te aguantas y sigues adelante. ¡Esto es demasiado importante para tu padre!

Las lágrimas asoman tras mis ojos y el dolor me oprime el pecho, como si sus palabras hubieran sido un golpe físico. Normalmente le habría replicado, pero ahora mismo no tengo esa chispa. En su lugar, otra excusa surge y escapa de mis labios antes de que pueda pensarla bien.

—No, quiero decir que no puedo hacer nada de eso hoy porque me voy a la cabaña este fin de semana. Para pasar un tiempo en la naturaleza y aclarar mis ideas.

—¿Qué? —Mamá se pone las manos en las caderas—. ¿Desde cuándo?

Mi corazón empieza a acelerarse. Ir a la cabaña suele implicar mucha planificación y, con Falco a mi lado, quién sabe cuánto tardaría en inspeccionar la zona antes de dejarme ir siquiera. Mientras busco una excusa, Falco aparece de repente en el umbral y le dedica a mamá una sonrisa encantadora.

—Mis disculpas, señora Paramatti. Pensé que un tiempo en la naturaleza le vendría bien a Aerin. Una escapada momentánea de todo para ayudarla a purificarse y a situarse de nuevo, de modo que pueda regresar aquí plenamente centrada. Algo que estoy seguro de que beneficiaría a todos, ¿no cree?

Cierro la boca de golpe, sorprendida de que Falco haya intervenido para ayudarme con la mentira, pero profundamente agradecida.

—Ah. —Mamá se coloca de repente un mechón de pelo tras la oreja y ríe suavemente—. Es muy considerado por tu parte. Sabía que encajarías bien con ella. Siempre velando por sus intereses.

—Es mi trabajo —continúa Falco—. Me temo que nos vamos en una hora aproximadamente. Si hubiera sabido de sus planes...

—¡No digas tonterías! —le interrumpe mamá—. Tienes razón, un descanso reconfortante es exactamente lo que Aerin necesita. —Hay un ligero rubor en sus mejillas cuando se vuelve hacia mí—. Quiero que vuelvas con la cabeza en su sitio, ¿entendido? Nada de más tonterías. —Mueve la mano hacia mí y hacia la cama, y luego pasa al lado de Falco apoyando una mano en su brazo un instante más de lo necesario.

Él ni siquiera se inmuta; mantiene su mirada fija en mí. Mamá se marcha con un gesto de despedida y Falco cierra la puerta despacio con el pie.

—¿Una cabaña?

Asiento lentamente, preparándome para otro sermón por mi imprudencia. —Lo siento. Es que no podía enfrentarme a todo lo que estaba diciendo.

Él asiente una vez. —Dame todos los detalles y haré que suceda.

—¿En serio? —Se me anima el corazón—. ¿No estás cabreado?

—No habría intervenido si lo estuviera.

—Es genial. Gracias.

Falco asiente una vez más. —¿Dirección?

Retiro las mantas, le recito la dirección y salto de la cama. —Creo que mi hermano fue el último que usó la cabaña. Tendré que pedirle las llaves.

—Entendido. Dame un par de horas y lo tendré todo organizado.

Fiel a su palabra, dos horas después estoy sentada junto a Falco mientras nos conduce fuera de la ciudad hacia las colinas, donde la cabaña de la familia ha estado enclavada desde que tengo memoria.

Hablar con mi hermano y conseguir que me diera las llaves fue más fácil de lo que esperaba, aunque parecía distraído. Teniendo en cuenta lo volcada que está mamá con la planificación de la boda, no le culpo.

Nadie más viene con nosotros.

Ni otros guardias, ni equipo de seguridad, nadie.

Solo nosotros.

Me acomodo en mi asiento, con una manta que ha traído Falco por encima. Ha dicho que era para que estuviera cómoda, y me conmueve que incluso haya pensado en eso.

Conduce sin decir palabra, tomando carreteras secundarias sinuosas y callejones como si se estuviera asegurando de que no dejamos rastro. Una suave música clásica suena perezosamente en la radio y el mundo pasa ante mí como un borrón.

—Gracias —digo una vez que por fin hemos dejado atrás la ciudad.

—No es nada.

—No solo por esto. Me refiero a darte las gracias por todo. Por salvarme, otra vez. Por apoyarme ante mi madre. Por no rendirte conmigo incluso cuando yo seguía presionando.

Falco no me mira, pero la comisura de su boca hace un amago de sonrisa. —Es mi trabajo cuidar de ti.

El corazón se me hunde un poco, pero antes de que la sensación de fatalidad me consuma por completo, él continúa:

—Y me lo tomo muy en serio, Aerin. Tú eres mi prioridad. Le hice un juramento a tu padre y tengo la intención de cumplirlo, pero para hacerlo, tú eres mi única preocupación. Nadie más. Nada más. Que estés bien y a salvo es lo único que me importa.

Habla con más calidez de la que jamás ha mostrado ningún otro guardia, y me da la sensación de que está hablando de algo más que de las bases de su contrato. Aunque eso tiene que ser solo una ilusión mía.

Aquella vez en la ducha, la cercanía cuando corríamos juntos, el entrenamiento en el gimnasio, el beso que no fue realmente un beso, e incluso cuando me arropó en la cama después de rescatarme; todo se desdibuja en mi mente. Técnicamente, solo hace su trabajo y, sin embargo, si lo miro bien, parece mucho más.

Quizá es que estoy demasiado desesperada por recibir una atención que no esté planificada de antemano.

—¿Habías estado alguna vez tan lejos, en el bosque? —pregunto con curiosidad.

—No.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Te gusta la naturaleza?

—Está bien.

—¿Fuiste de acampada de niño?

—No.

—¿Ni una sola vez?

—Jamás.

Me muerdo el interior de la mejilla. A veces habla mucho. Otras veces es un libro cerrado a cal y canto y me deja con ganas de más.

—¿Alguna vez fuiste de vacaciones?

—No.

—¿O sea que nunca has estado en el extranjero?

—No.

—¡Ajá! —Me muevo en el asiento—. Eres un mentiroso. Estuviste en el ejército, sé que has estado en el extranjero.

—No según el gobierno. —Falco esboza un amago de sonrisa.

—¿Es... raro? Pasar de ser soldado a una vida como esta.

—No.

Maldición. Sigue sin soltar prenda. Se me hunden los hombros ligeramente y me doy por vencida, hasta que Falco toma aire.

—Trabajar con tu familia es como estar en el ejército otra vez. Solo que tengo un poco más de libertad y la amenaza de que me maten no es constante. Pero a veces es... peor.

Lo observo en silencio, sin querer hablar por si se asusta y se calla.

—La vida normal es... difícil. Cosas que para algunos son cotidianas, como el portazo de una puerta, el chirrido del freno de un coche, una ráfaga de viento fuerte o incluso el reflejo de una luz contra el parabrisas por la noche; nada de eso significa nada para nadie, pero para mí es el destello de un francotirador, un cambio en el aire, un disparo o algo peor.

—No... no puedo imaginar lo difícil que debe de ser —murmuro con suavidad—. Lo siento.

Se encoge de hombros, moviendo las manos con destreza sobre el volante. —Es simplemente mi vida ahora.

—¿Te sientes siempre en tensión?

Falco asiente.

—¿Eso desaparece alguna vez?

Entreabre los labios como si tuviera algo que decir, pero luego niega con la cabeza. —No.

Se me encoge un poco el corazón. —¿Es por eso por lo que no duermes?

—Duermo.

—No. Siempre estás despierto. Cada vez que me levanto para ir al baño o algo así, estás despierto. Te veo todo el tiempo.

Los labios de Falco vuelven a temblar en una media sonrisa. —Duermo cuando lo necesito.

Tengo ganas de insistir más, mi curiosidad va en aumento. Falco es muy distinto a todos los demás, y el afecto que siento por él hace que quiera conocer cada detalle. Pero conozco mis límites. Presionar demasiado hará que se cierre en banda, y ya he averiguado bastante.

—Yo velaría por ti mientras durmieras —digo, ajustándome más la manta.

—Así no es como funciona esto.

—Lo sé. Pero lo haría.

Se hace un silencio cómodo que se mantiene mientras Falco guía el coche desde la carretera lisa hasta el camino accidentado que atraviesa un mar verde oscuro de árboles hasta lo alto de la montaña.

Abro un poco la ventana y respiro hondo mientras el agradable aroma a tierra mojada, agujas de pino y otros cien olores del bosque entran por la rendija.

El estrés de la ciudad ya se está desvaneciendo.

Para cuando la gran cabaña de madera aparece a la vista, estoy cien veces más relajada.

Largas paredes de troncos de madera se alzan hasta un remate tallado con elegancia, donde una veleta de plata con forma de gallo se mueve de un lado a otro con el viento.

Plantas en macetas algo descuidadas flanquean los escalones de madera que suben hasta la ornamentada puerta principal, donde las vidrieras difuminan el mundo interior.

Falco deja nuestras bolsas en el banco de madera que hay en el porche elevado mientras yo introduzco mi llave en la pesada cerradura y giro.

—Quédate aquí —dice Falco al pasar por mi lado.

—¿Hablas en serio? ¿Qué podría haber dentro que fuera peligroso?

Falco me lanza una mirada de advertencia silenciosa y yo gruño, dando un paso atrás y dejando que entre él primero.

Su preocupación por la seguridad es extrema, incluso aquí en medio de ninguna parte.

Nadie sabe que estamos aquí.

Estamos tan metidos en el bosque que nadie nos encontrará jamás, pero él sigue sin poder relajarse.

Quizá sea lo mejor, teniendo en cuenta lo que me ha contado durante el viaje.

Cinco minutos después regresa mientras se enfunda la pistola de nuevo en la cadera. —Vale, puedes entrar.

—¿No te preocupaba que alguien me secuestrara del porche mientras tú registrabas? —Cojo del banco mi mochila, que preparé a toda prisa.

—No te he quitado el ojo de encima —dice Falco mientras me la quita y entra con su propia bolsa.

—¿Cómo?

—Tengo mis métodos. —Ante mi expresión de preocupación, Falco llega a reírse muy brevemente—. Te he vigilado por las ventanas y tengo un rastreador en tu teléfono. Además, confío en que gritarías si me necesitaras.

—No haces nada a medias, ¿verdad? —le grito mientras entro en la cocina de roble rojo. Falco se dirige por el pasillo hacia los dormitorios y sus palabras se pierden en el eco de las paredes de madera. Una rápida inspección de la cocina detiene de golpe mis tranquilos planes de cocinar algo y relajarme.

—¿Falco?

—¿Mmm? —Aparece en el umbral diez segundos después y frunce el ceño al mirar por encima de mi hombro hacia los armarios vacíos—. Dijiste que habría comida.

—Se supone que debe haberla. Este sitio siempre está abastecido. Venga, la última vez que estuve aquí había latas de sopa de cuando yo era un bebé. ¡Ahora no hay nada! —Mi hermano no dijo nada de que el lugar estuviera pelado. Luego voy a mandarle un mensaje muy cabreado.

—¿Tienes hambre? —pregunta Falco echándose la mano al bolsillo. Mira su teléfono un instante—. Podríamos volver a la ciudad,

pero con otro viaje de ida y vuelta se hará de noche para cuando regresemos.

Frunzo los labios. —No quiero irme, y no quiero que te vayas.

Falco golpea su teléfono pensativo con los dedos, luego levanta la vista hacia la lámpara de astas que cuelga sobre la mesa del comedor. —¿Tu familia caza?

Asiento con la cabeza. —Lo hacía.

—¿Dónde guardan el equipo?

20

FALCO

—¡No voy a comer nada que tenga pelo! —grita Aerin desde fuera del cobertizo en el que estoy metido hasta las cejas, buscando cualquier cosa que se parezca a un equipo de caza.

Unos cuantos cuchillos viejos y flechas desgastadas yacen esparcidos sobre una mesa de madera antigua y manchada, junto con algunos anzuelos. Pero dada la regla de Aerin sobre lo que está dispuesta a comer, paso de largo de todo ello.

Una caña de pescar guardada en el rincón del fondo se convierte en mi única opción viable.

Al cogerla, regreso al lado de Aerin en el sendero de virutas de madera, sacudiéndome el polvo y las telarañas de la ropa y el pelo.

Ella se ríe y, de repente, alarga la mano hacia mi cara, atrapando con la punta de los dedos algunas telarañas que se me han quedado pegadas a la barba de varios días.

En ese único contacto, un roce de calidez que apenas dura medio segundo, me acuerdo de la pregunta que me ha hecho en el coche.

«¿Se pasa alguna vez?».

Se pasa. Cada vez que me toca, y a veces incluso cuando simplemente me mira, la constante y ardiente tensión en mi nuca y el cauteloso temblor de mi corazón desaparecen, permitiéndome sentirme como un hombre normal.

El abismo por cuyo borde camino cada día de mi vida desaparece.

—¿Sabes pescar?

—¿Tú no? —le pregunto, imitando el mismo tono de sorpresa que me dedica ella.

Aerin entorna los ojos mientras se quita la telaraña de los dedos y luego arruga la nariz. —No sé. Pero me gusta el pescado. ¿Me vas a enseñar?

—¿Quieres que lo haga?

Ella observa la caña, torciendo un poco la boca, y luego sacude la cabeza. —No. Pero no vas a dejarme aquí sola, ¿verdad?

—Ni hablar.

Tras debatir un poco consigo misma en silencio, Aerin desaparece de nuevo en el interior de la cabaña —que en realidad es más una casita de campo que una cabaña— y reaparece vestida con vaqueros y una camisa de cuadros, con un bloc de dibujo bajo el brazo y unos lápices apretados en la mano.

—¿Dibujas? —pregunto, sorprendido.

—¿Tú no? —se burla ella con una sonrisa pícara—. Necesito entretenerme con algo mientras pescas. Aunque... —Frunce el ceño mientras mira la caña que tengo en la mano—. ¿*Dónde* vas a pescar?

—He visto un arroyo al subir en coche. Por lo que recuerdo del mapa, debería estar cerca. Lo suficiente como para que pueda pescar algo para cenar. Pero si quieres quedarte aquí todo el fin de semana, tendremos que ir a por más comida.

—Mañana —decide Aerin—. Podemos ir a comprar mañana. Todavía no quiero volver a la ciudad.

—Me parece bien. —Su deseo de escapar sonaba tan desesperado cuando soltó este plan delante de su madre, que me maldigo por no haber tenido la previsión de coger provisiones, independientemente de lo bien surtido que se supone que está este lugar.

Con la caña bajo el brazo, Aerin se pone a mi altura y empezamos a caminar alejándonos de la cabaña, adentrándonos más en el bosque.

Coníferas gigantescas se mezclan con otras especies que no alcanzo a identificar, bordeando el sendero improvisado que seguimos.

Las ramas y las hojas crujen bajo nuestros pies, quebradizas por la falta de lluvia de las últimas semanas, y las raíces sobresalen del suelo en cada recodo con la amenaza constante de que una invisible nos tuerza un tobillo desprevenido.

Siento el aire fresco en los pulmones y en la nariz, cargado de aromas que no respiraba desde que estaba en la guerra.

Aunque de niño nunca fui de acampada, parte de mi trabajo en el extranjero con el ejército me llevó a lo más profundo de bosques como este. Las amenazas acechaban tras cada tronco y bajo cada montón de hojas. Esas amenazas no existen aquí, pero es extraño lo parecidos que son los olores.

Caminamos durante veinte minutos hasta que el sonido del agua al correr llena el ambiente. Diez minutos más y el arroyo aparece ante nosotros. Es lo bastante ancho como para no poder cruzarlo sin mojarnos los pies, pero lo bastante profundo en ciertas zonas como para que pescar no sea un problema.

—¿Aquí está bien? —pregunta Aerin mientras se acerca a la orilla pedregosa del arroyo—. No sé en qué hay que fijarse.

—Está bien —le aseguro con suavidad.

—¿Qué vas a usar como cebo?

Echo un vistazo alrededor, estudiando el suelo húmedo cerca de la orilla, y luego el aire, donde varios bichos y moscas revolotean entre las flores y las plantas mientras tientan a los peces que hay debajo. —Ya me apañaré.

—Un hombre de muchos recursos, ¿eh? —se ríe Aerin. Se retira del río y camina unos metros. Justo cuando mi corazón sufre un inesperado vuelco por la distancia que nos separa, ella elige un montículo de vegetación formado alrededor de una rama caída de un árbol cercano y se instala para dibujar. En la paz de la naturaleza, con el sol de la tarde reflejándose en su cabello y convirtiéndolo en puro ámbar, se me encoge el estómago.

Es tan hermosa que de verdad no se da cuenta.

En un mundo perfecto, yo podría demostrárselo hasta que se lo creyera.

En un mundo perfecto, nuestras vidas serían así: naturaleza, dibujo y pesca; la tranquila paz de la compañía mutua.

Sacudiendo la cabeza, expulso la fantasía de mi mente y me concentro en rebuscar en la tierra en busca de lombrices y larvas. Una vez que tengo suficientes, me acomodo en una roca pulida cerca del río y me ajusto para poder estudiar el agua mientras mantengo un ojo en Aerin y en la línea de árboles que hay tras ella, y el otro ojo en la orilla opuesta. Entonces, con un movimiento de muñeca y un latigazo de la caña, empiezo a pescar.

Es más pacífico que cualquier otro día que he pasado en este mundo. La lengua de Aerin se desliza sobre su labio inferior mientras dibuja y hace bocetos. Yo pesco con movimientos suaves de la caña, arqueándola sobre mi cabeza y dejando que el anzuelo toque el agua sin apenas provocar una onda. Los pájaros revolotean sobre nuestras cabezas, las criaturas corretean en la maleza y el agua se abre paso sin esfuerzo entre todas las rocas, esculpiendo el terraplén. Bajo un sol de justicia que se hunde gradualmente en un cielo azul intenso, un viento suave acaricia mis antebrazos desnudos y se enreda en los mechones más finos del pelo de Aerin. De vez en cuando, ella levanta su bloc de dibujo para enseñarme la escena natural que está trazando y yo le dedico pequeñas sonrisas de aprobación.

Es tranquilo y exactamente lo que Aerin necesita después de todo por lo que ha pasado. Un día después de que volviéramos a casa, Bullet llamó para confirmarme que teníamos razón sobre el Aliento del Diablo en su organismo, lo que le da a Pidge una vía que investigar para encontrar el origen.

La parte de mí que ansía estar ahí fuera, buscando al cabrón que está detrás de todo esto, se calma con cada inclinación de la cabeza de Aerin y con cada gesto de asentimiento que se dedica a sí misma mientras dibuja.

Aquí es donde debemos estar.

A los treinta minutos, ya tengo tres peces listos para la cena. Finalmente, Aerin deja a un lado su bloc de dibujo y contempla el

curso del río, observando el agua correr hasta que algo le llama la atención y se pone tensa. Al sentarse erguida, se inclina un poco desde su rama y luego se pone de pie rápidamente. El movimiento hace que mi corazón dé un salto.

—¿Aerin?

—¿Qué es eso? —Sale disparada hacia delante y se inclina sobre el río, mirando fijamente el agua. Mientras empiezo a recoger la caña, ella se inclina más y se pone de cuclillas mientras cambia su peso para mantener el equilibrio.

—Ten cuidado, Aerin, esas rocas están...

Lanza un grito de alarma cuando su pie pierde el agarre en la roca. Sea lo que sea lo que Aerin intenta alcanzar, desaparece mientras ella se desequilibra y cae al río.

—¡Aerin!

Soltando la caña, salto y corro hacia delante por encima de los guijarros y las rocas. Aerin se sumerge durante medio segundo y luego sale a la superficie, jadeando por aire y riendo.

—¡Madre mía! —grita—. ¡Está helada!

Afortunadamente, el arroyo no es lo bastante profundo como para arrastrarla, pero el agua se mueve con la fuerza suficiente como para amenazar con llevársela.

Sin pensármelo dos veces, voy directo hacia ella y me adentro en el río mientras ella vuelve a sumergirse bajo la superficie.

Se me da un vuelco el corazón. Llego hasta ella y vuelve a salir a la superficie con la mano en alto, sujetando algo con orgullo.

Sin esperar una explicación, la rodeo con mis brazos y la saco del agua en vilo.

—¡Lo tengo! —exclama, quitándose el agua de los ojos de una sacudida. Tras un par de toses y salpicaduras, se ríe y agita las piernas mientras la saco del arroyo.

—Te advertí que tuvieras cuidado.

—Lo sé. —Se echa el pelo, ahora de un naranja oscuro, tras la oreja—. ¡Pero mira!

Llego al terraplén y subo rápidamente, manteniendo a Aerin en mis brazos.

Abre la mano despacio, y en su palma descansa un precioso fragmento de cristal de mar de color aguamarina. —Nunca había visto algo tan bonito. ¿Qué crees que es? —Manteniendo un brazo alrededor de mis hombros para no perder el equilibrio, acerca su cara a la mía mientras observa su palma.

—Cristal de mar —digo, sacudiendo una pierna para sacar el agua de mi bota—. Probablemente lo soltó algún pájaro de paso que estaba tan distraído por el color como tú.

—¿Tú crees? —Le da la vuelta en la mano, mirándolo maravillada —. Es tan bonito. Quiero quedármelo.

—No voy a ser yo quien te lo impida. —Es un peso frío y húmedo en mis brazos, y mi corazón late con fuerza como si no fuera más que un adolescente entusiasmado con su primer beso. Ella descansa cómodamente en mi regazo, sin hacer ningún esfuerzo por moverse, y yo tampoco hago ningún esfuerzo por bajarla.

La calidez aumenta entre nosotros, y Aerin se queda distraída con el cristal de mar durante unos buenos minutos hasta que un escalofrío la recorre. De repente, levanta la cabeza y mi mirada se llena con su rostro sonrojado y sonriente.

—Dios mío, no me puedo creer que me haya resbalado. Estoy empapada. ¡Tú estás empapado! —Se tensa en mis brazos, y acepto eso como la señal para dejarla en el suelo.

A pesar de mis propios vaqueros y botas encharcados, estoy distraído por Aerin. Sus vaqueros están oscuros y se le ciñen a sus piernas curvilíneas y bien formadas.

Su camisa, totalmente empapada, parece casi negra ahora y se ajusta a cada curva desde el pecho hasta la cintura.

Es como si el agua misma de la que la he rescatado hubiera subido para intentar tomar su forma, intentando imitar su belleza, y mi corazón late tan fuerte que estoy seguro de que ella puede oírlo.

—¿Qué pasa? —pregunta Aerin de repente—. Estoy horrible, ¿verdad? —Intenta apartarse el pelo mojado de la cara y se estira la ropa—. Qué vergüenza.

—No —digo suavemente, y luego me aclaro la garganta—. Pareces alguien que se ha caído al arroyo. Es normal. —Me obligo a sonreír con amabilidad para distraerme. Todo lo que ansío es agarrar

su rostro sonrojado y besar las gotas de agua de sus labios, sujetar su cabello empapado e inclinar su cabeza hacia atrás para calentar su cuello suave y húmedo con besos—. Deberíamos volver, de todos modos, antes de que cojamos frío.

Aerin gime dándome la razón y recoge su bloc. —He espantado a los peces, ¿verdad?

—Ha valido la pena por eso —respondo, asintiendo hacia el cristal de mar en su mano—. Algo tan hermoso aquí arriba en la montaña... Una joya rara... Con lo que ya he pescado tendremos suficiente.

Y no es lo único.

Una sonrisa agradable se dibuja en el rostro de Aerin, y permanece allí mientras regresamos a la cabaña. Para cuando llegamos, el mundo empieza a oscurecer y estamos cubiertos de agujas de pino y hojas que se nos han quedado pegadas a la ropa húmeda.

—Cielo santo —se queja Aerin mientras sube los escalones del porche trasero para llegar a la puerta—. ¿Vas a volver a inspeccionar por dentro o puedo entrar?

Reprimo una sonrisa divertida. —Puedes entrar.

—Gracias. Estoy harta de que la ropa se me pegue al cuerpo. —Al abrir la puerta, se detiene y mira hacia la plataforma de madera conectada al porche trasero, donde el jacuzzi reposa en un silencio sugerente—. Los dos necesitamos entrar en calor.

—Tengo que limpiar estos peces —digo, deteniéndome en el escalón mientras Aerin se demora. Sigo su mirada hasta el jacuzzi y luego vuelvo a mirarla para descubrir que me está observando.

—Ven al jacuzzi conmigo —dice, con voz suave—. Tú también estás cansado. Lo veo. Acabamos de hacer una caminata después de estar en un arroyo helado. Necesitas descansar y entrar en calor.

Es como ponerle un filete delante de un león hambriento, y me hace falta cada pizca de mi autocontrol para sacudir la cabeza.

—No, si quieres cenar esta noche —respondo con cautela—. Ve. Disfruta. Yo prepararé la cena.

21

AERIN

D*iviértete*.

Las palabras de Falco resuenan en mi mente una y otra vez. Quiero divertirme, me lo merezco después de todo por lo que he pasado, pero quiero que él se divierta conmigo.

Verlo pescar ha sido el momento en el que más paz le he visto transmitir.

Las líneas de preocupación alrededor de sus ojos se desvanecieron, la tensión de su mandíbula se suavizó e incluso sus hombros parecieron relajarse. Hasta vislumbré su sonrisa cuando me sacó de aquel arroyo.

Es una persona real.

Es una conclusión extraña a la que llegar, pero, en algún momento entre el senderismo y el río, Falco dejó de ser mi guardaespaldas estoico y se transformó en una persona real ante mis ojos.

No sabría decir exactamente qué ha sido, o si ha sido algo en mí lo que ha cambiado, pero ya no quiero chincharlo solo para ver cómo reacciona.

Solo le quiero a él.

Admitir eso es una sentencia de muerte. Si mi padre se enterase alguna vez, mandaría matar a Falco al instante, sin importar todo lo

que ha hecho para mantenerme con vida.

Pero aquí fuera, mi padre no existe. La mafia es un pensamiento lejano.

Incluso mi inminente matrimonio no es más que una nube pasajera porque solo estamos Falco y yo.

Después de ducharme rápidamente para entrar en calor tras el frío del río y quitarme la suciedad, me quedo al pie de la cama y observo la ropa que he sacado de la mochila.

No planifiqué exactamente qué traer, por eso hice la ruta en vaqueros, pero tuve el juicio suficiente para coger un par de bañadores para el jacuzzi.

Fuera, se oye el raspado de madera contra madera mientras Falco saca el bloque de picar del cobertizo y lo limpia. Coloca los peces uno a uno sobre él y hace girar un cuchillo con destreza entre los dedos. Tras limpiarse el sudor de la frente, se inclina un poco y empieza a cortar.

Se me encoge el corazón al mirarlo a través de la ventana.

Bajo el sol poniente, su piel adquiere un tono bronce profundo y las mechas plateadas de su cabello se funden con el oscuro nacimiento de su pelo.

Los músculos de sus antebrazos se desplazan y se elevan sutilmente mientras trabaja con el pescado, y me asalta un impulso irreprimible de bajar allí y clavarle los dientes en el brazo para ver si sus músculos están tan firmes como parecen.

Por supuesto que lo están.

He estado en sus brazos las veces suficientes como para saber lo fuerte que es.

Nadie me ha levantado nunca como lo hace él.

Para él, no peso nada, y sé con certeza que podría manejarme a su antojo de la forma en que he leído en los libros o visto en Internet.

Pero ¿qué posibilidades reales tengo?

Él me mira y ve su trabajo o, peor aún, su juramento a mi padre. Soy terreno prohibido y, desde luego, no valgo que arriesgue su vida.

¿Entonces por qué deseo que lo haga? ¿Por qué quiero que mande todo eso a paseo, me tumbe y me posea hasta que su tacto sea el único que perdure en mi piel?

Sería una sentencia de muerte.

De pie frente al espejo de marco de madera, me pruebo cada bañador tres veces. Uno hace que mi vientre parezca demasiado grande; el otro parece demasiado infantil con los volantes en la entrepierna, aunque crea la leve ilusión de tener los muslos más delgados.

El tercero es un bañador tipo vestido que me cubre lo justo, pero el color es casi del mismo tono que mi piel y me hace parecer una muñeca Barbie de plástico liso. Ninguno es sexy.

Ninguno podría seducir a un hombre.

Pero es todo lo que tengo.

Si me centro en el hecho de que no tengo ninguna posibilidad de atraer a un hombre mayor tan atractivo como Falco, entonces es más fácil elegir bañador. Me quedo con el de tipo vestido. Me cubre el vientre y cae por debajo de las caderas lo suficiente como para que mi trasero no parezca tan grande.

A pesar de esos intentos de autoconvencimiento, el corazón me late como un tambor demasiado tenso mientras salgo al porche trasero y me acerco al jacuzzi. Falco levanta la vista como si ya fuera consciente de mi presencia, pero aparte de una mirada para localizarme, se concentra en el pescado.

Como era de esperar.

Cocinar pescado es claramente más interesante que yo.

Encendiendo las burbujas con un interruptor, me deslizo en el jacuzzi y por un momento me olvido de Falco mientras el calor me rodea como una manta y las burbujas masajean suavemente mis extremidades doloridas.

El vuelo de mi bañador se extiende sobre la superficie del agua hasta que la tela está lo bastante mojada como para hundirse.

Es una delicia.

Apoyo la cabeza en uno de los cojines y cierro los ojos, sumergiéndome en el calor con el murmullo de las burbujas y los movimientos rítmicos de Falco trabajando.

Si fuéramos personas normales, esto sería una escapada romántica. Aquella vez que me tocó en la ducha sería un recuerdo íntimo en lugar de un juego. Nuestro beso no habría terminado con Falco apartándome. Mientras se me encoge el alma ante la realidad del futuro de mi enamoramiento, abro un ojo y me quedo helada.

Falco me está mirando.

Es sutil por la forma en que inclina la cabeza hacia mí mientras sigue ocupado con el pescado, pero sus ojos dorados brillan con los restos del sol poniente.

Definitivamente me está observando.

No me parece su habitual mirada protectora y vigilante. Es más pesada. Más lenta. A través del suave velo de mis pestañas, observo cómo la lengua de Falco asoma y recorre su labio inferior.

¿Estará imaginando a qué sabré igual que yo imaginaba cómo se sentirían sus músculos contra mis dientes? Es imposible que me lo haya inventado todo en mi cabeza. Falco siente algo. Tiene que sentirlo. He tenido otros guardaespaldas antes en la misma situación que Falco y ninguno de ellos me ha mostrado la misma atención que él.

Es que se le da demasiado bien resistirse.

Pero mi inexperiencia me deja perdida sobre cómo hacer que el león salga de la jaula.

Desde luego no puedo preguntarle a mi madre. ¿Quizá a mi hermano? Menuda conversación más incómoda sería esa.

Mi mente errante y el arrullo relajante de las burbujas me sumen en tal paz que no me doy cuenta de que los sonidos de Falco trabajando han cesado hasta que una sombra bloquea el último rayo de sol que se asoma entre los árboles. Abro los ojos.

Falco está de pie sobre mí, con los ojos entrecerrados mientras me mira. —¿A la plancha o frito?

—¿Eh? —El sudor oscurece el cuello de su camiseta. Desde este ángulo, el volumen de sus pectorales y la elevación de sus hombros anchos y musculosos me hacen la boca agua. Qué no daría yo por tener la confianza de arrastrarlo al agua conmigo.

—Tu pescado. ¿A la plancha o frito?

—Elige tú —respondo—. Me fío de tu criterio.

Los labios de Falco se entreabren, luego asiente una vez y desaparece en la cabaña, pero deja la puerta abierta.

Al cerrar los ojos, mi mente se distrae una vez más. Esos labios contra mi piel serían increíbles.

Si me concentro lo suficiente, puedo imaginar lo suaves que se sentirían en contraste con su barba recortada.

Esas manos ásperas dejarían rastros de hormigueo por toda mi piel, y apuesto a que dejaría marcas. Me gustaría que lo hiciera. Un recuerdo palpable de nuestro tiempo juntos.

O bien Falco es un mago con la comida o el tiempo pasa de forma diferente en el jacuzzi, porque me parece que solo han pasado unos minutos cuando Falco me llama para cenar.

Al salir del jacuzzi, me envuelvo en el albornoz mullido más cercano justo cuando Falco sale de la cabaña con dos platos de pescado humeante y chisporroteante dentro de sobres de papel de aluminio. El olor me llega al instante y el estómago me ruge con fuerza.

—¡Dios mío, cuánto lo siento! —exclamo, llevándome las manos a las mejillas para ocultar el repentino sofoco.

—No te disculpes —dice Falco mientras deja los dos platos sobre la mesa de madera tallada a mano junto al banco—. No has comido en todo el día. Y hemos hecho senderismo. Y no has comido mucho estos últimos días, así que si esto es lo que hace falta para que tengas hambre, bienvenido sea.

Mi vergüenza disminuye. Me siento, cojo uno de los platos y me lo pongo en el regazo. El pescado a la plancha de dentro está abrasando y muy jugoso, cuidadosamente desmenuzado, sin espinas ni tripas. Incluso le ha quitado la cabeza, cosa que agradezco a pesar de no haberlo pedido.

—Deberías venir más a menudo al bosque —digo, pinchando suavemente mi pescado.

—¿Por qué?

—Estoy segura de que aquí me has hablado más que en ningún otro sitio.

Falco, sentado a mi lado, frunce el ceño. —Hablamos todo el tiempo.

—No, hablamos de la vida. Del peligro. De todo, pero no conversamos. Tú eres el señor de las respuestas de una sola palabra y los gruñidos, el que me dice qué puedo y qué no puedo hacer. Pero hoy he aprendido que sabes pescar y que te gusta. Que sabes limpiar el pescado y cocinar. Por fin he aprendido algo sobre ti.

Falco permanece en silencio, observándome mientras me meto un bocado de pescado caliente en la boca. Una explosión de sabores recorre mi lengua. Limón, romero, ajo y algunos otros que no acabo de identificar.

—¡Vaya, esto está increíble!

—Sé cocinar —dice Falco, y sus labios se curvan ligeramente—. Hablar no está en la descripción de mi trabajo.

—Claro. Pero quiero conocerte.

—¿Por qué?

Otro bocado. ¿Cómo le digo que quiero ver si mi atracción por él es puramente física o si hay una conexión real? En cuanto se enterara, seguro que me pararía los pies, así que me encojo de hombros. —Papá suele rotar a los guardias por estas fechas. Por alguna razón le gustas, y a mí también, así que ¿por qué no íbamos a conocernos?

—No hay nada que contar.

—Es imposible que seas tan unidimensional.

—Es la verdad.

—Ni hablar. ¿Animal favorito?

—¿En serio?

—¿Qué? —Me río entre bocado y bocado—. Todo el mundo empieza por algún sitio.

—No por los animales.

—Responde a la pregunta.

—Vale. La ardilla.

Casi me atraganto. —¿Lo dices en serio?

—Si vas a burlarte de mis respuestas...

—¡No, no! —Apenas puedo contener la risa y niego con la cabeza —. Pensaba que dirías el oso o algo así.

—¿Por qué?

—¡Mírate! Eres enorme y tan varonil como un hombre puede ser. Un oso te pegaría.

—Eso es como si yo te mirara a ti y dijera que tu animal favorito es el petauro del azúcar.

Durante un segundo horrible temo lo peor. Que Falco dijera algo como lo que otros han dicho en el pasado, como *cerdo* o *elefante*, pero la palabra que sale de sus labios me deja atónita. —¿Un... petauro del azúcar?

Falco asiente, con una expresión como si su elección de animal para mí fuera lo más obvio del mundo. —Tienes esos ojos grandes y preciosos. Y cuando el sol te da en el pelo justo en el ángulo adecuado, aparecen unos reflejos rojizos más oscuros que brillan como las rayas del petauro. Si a eso le sumas la cantidad de veces que te has caído de una forma u otra, intencionadamente o no, creo que te encaja bastante bien.

No puedo hablar. La emoción se hincha en mi interior como un globo y me atrapa las palabras en la garganta. Nunca en mi vida nadie había insinuado siquiera que se hubiera fijado en cosas de mí más allá de mi peso. Falco habla como si estuviera describiendo los aspectos más evidentes de mi persona.

¿De verdad me ve así?

—¿No te gustan los petauros del azúcar? —pregunta Falco al prolongarse mi silencio.

Trago saliva con dificultad, conteniendo el extraño impulso de llorar, y sonrío. —Me encantan. Ahora son mi animal favorito.

—Vaya —suspira Falco—. Quizá debería reconsiderar lo de los osos.

La cena continúa de forma parecida. Aparte de las respuestas típicas a preguntas genéricas sobre colores y destinos de vacaciones favoritos, Falco no revela mucho sobre sí mismo, excepto que prefiere las montañas a las playas.

Tener tanta arena encima le saca de quicio.

El mundo está oscuro y silencioso cuando ya hemos cenado y el agotamiento llega para recordarme que mi cama me está llamando.

—Buenas noches —le digo a Falco mientras él se encarga de fregar los platos.

—Buenas noches —responde él, y retengo el tono de su voz en mi mente durante todo el camino de vuelta a mi habitación y hasta meterme bajo las mantas.

Un petauro del azúcar.

Nunca se me habría pasado por la cabeza. Acurrucada entre las almohadas y envuelta en innumerables mantas para estar cómoda, cierro los ojos y empiezo a rememorar cada interacción con Falco.

Desde la primera vez que me rescató en la cena de gala hasta cuando me sacó del río en volandas y me llevó de vuelta a la orilla.

Menudo *hombre*.

Una y otra vez, repito esos momentos con sus brazos alrededor de mí, sus labios tan cerca que los míos duelen, el calor de su tacto y el latido de su corazón contra mi oído cuando me ha sujetado.

Los repito todos hasta que vuelvo al momento en que me clavó la mirada en la ducha y me masturbó hasta alcanzar un orgasmo ebrio.

Si hubiera sabido entonces lo que sé ahora, lo habría arrastrado a la ducha conmigo.

Es imposible que esto sea solo un antojo alimentado por lo guapo que es. Tiene que ser algo más profundo.

Tan profundo que acabo poniéndome boca abajo mientras el calor se acumula entre mis piernas y, al hundir la cara en la almohada, mis propios dedos se convierten en los suyos en mi mente. Mis pensamientos van y vienen como un yoyó.

¿Me follaría con dureza o con dulzura? ¿Rápido o despacio? ¿Me inmovilizaría y me haría tragar cada centímetro de su polla o me abrazaría fuerte y se introduciría en mí con calma, saboreando cada segundo que tardase en quedar completamente envuelto en mi interior?

Una fantasía es exactamente así.

Sus brazos rodeándome y su rostro cerca del mío, sus ojos en blanco mientras se desliza más y más profundamente dentro de mí mientras me susurra al oído que no puede creer que por fin tenga la oportunidad de sentir lo caliente que estoy, lo estrecha que soy.

Imagino sus manos en mis pechos, retorciendo mis pezones mientras me besa el cuello, y luego lo imagino perdiendo el control

por completo y hundiendo la cara en mi pecho mientras gime que soy lo mejor que ha tenido nunca.

Mis dedos trabajan rápido, introduciéndose en mi interior mientras la base de mi mano presiona contra mi clítoris. Desde esta posición, me apoyo en las rodillas y presiono las caderas contra mi mano mientras el placer se enrosca y crece dentro de mí.

Cuanto más me acerco al orgasmo, más frenética se vuelve mi fantasía. Falco deja de ir despacio y me inmoviliza las muñecas contra la cama, follándome con desenfreno como si su vida dependiera de ello.

Palabras pecaminosas brotan de sus labios mientras le imagino follándome con rapidez, luego con su mano en mi garganta y la otra manoseando mi pecho.

Tiene resistencia.

Me follaría por detrás. Boca abajo. Contra la pared. Contra un árbol, en el jacuzzi, en la encimera de la cocina, sobre la barandilla del porche y...

Me corro con fuerza sobre mis dedos, soltando un gemido contra mi almohada mientras fuertes oleadas de placer pulsan a través de mi vientre y envían calor a cada rincón de mi cuerpo.

Joder.

22

FALCO

El sueño se me escapa.

La propia cabaña me resulta demasiado extraña con sus paredes crujientes, sus suelos que se asientan y unas ventanas que, a pesar de ser aparentemente a prueba de balas, están combadas por el paso del tiempo.

Me mantengo ocupado fregando los platos, limpiando el horno después de cocinar y lavando cada uno de los utensilios de los cajones.

Si no estoy ocupado, empiezo a pensar.

Pensar me lleva a Aerin.

Y Aerin me conduce por un camino sin retorno.

Nunca he dudado de mi fuerza en ningún sentido. He luchado en guerras, me he enfrentado a brutales combates cuerpo a cuerpo, he sobrevivido a torturas en ambos bandos, incluso me han enterrado vivo, y he mantenido la cordura para sobrevivir.

Pero cuando Aerin salió con ese traje de baño, con todo su cuerpo envuelto en una tela ajustada de color carne y su pelo recogido fluyendo alrededor de su cara...

Jamás me he sentido tan débil.

Esos pobres peces ni se enteraron de lo que les pasó mientras yo luchaba por mantener el control de mis pensamientos y mis

impulsos, todo mientras mantenía la fachada de que todo va perfectamente bien.

Por dentro, era un desastre.

Celoso del agua que la envolvía, de las burbujas que besaban su piel y de los mechones de pelo que rozaban ligeramente sus hombros. Debería ser yo. Quiero que sea yo.

Ceder me daría una noche fantástica y gloriosa con ella, y valdría totalmente la pena por la ira que Guido descargaría sobre mí en cuanto se enterase. Es un milagro que no sepa lo que le hice en la ducha.

Lavo y friego, manteniendo la única luz encendida al mínimo para que la cabaña permanezca oscura y silenciosa. De vez en cuando, la estructura de madera cruje y se asienta a medida que se acostumbra al calor que Aerin y yo aportamos al lugar, y cada ruido hace que los nervios de mi nuca den un salto.

Estamos bien.

Estoy bien.

Aerin está bien.

El único mensaje que envío es a Pidge, preguntándole si ha llevado al perro al veterinario. Es un mensaje en clave para ir sobre seguro. Me responde diciendo que el veterinario estará libre para ver al perro en una hora. Eso me tranquiliza lo suficiente como para volver a mis tareas y distraerme hasta que reviso cada cajón y limpio todo lo que tengo a mano.

Me acerco tres veces a la habitación de Aerin cuando mis pensamientos me dominan.

Y las tres veces me alejo de allí.

Cada vez, es como si algo sobre lo que no tengo control me atrajera hacia ella, y abrir su puerta e invadir su espacio me parece la mejor idea del mundo.

Podría abrazarla, decirle que me arrepiento de haberla apartado cuando me besó, y luego decirle lo locamente que me he enamorado de ella.

Podría besarla y decirle que ocurrió tan rápido que me dejó sin aliento y que todavía no he podido recuperarlo.

Afortunadamente, me convenzo de lo contrario cada vez.

Aerin ya ha pasado por bastante.

Desde luego, no necesita que su único salvavidas se convierta en algo que no pueda manejar. La expulso de mis pensamientos y me encierro en el baño para asearme.

Abrir la ducha entraña el riesgo de hacer demasiado ruido, así que lleno el lavabo con agua caliente —y es increíble que este sitio tenga hasta agua caliente corriente— y me conformo con un aseo rápido en el lavabo.

Mañana, cuando Aerin esté despierta, me ducharé como es debido. Quitándome la camisa y quedándome solo en vaqueros por ahora, busco en el armario del espejo encima del lavabo hasta que encuentro lo que necesito.

Estoy a mitad de camino preparando la espuma de afeitar en un pequeño cuenco de madera cuando las tablas del suelo fuera del baño crujen sutilmente. Hago una pausa, concentrándome en mi visión periférica. Justo cuando estoy a punto de achacarlo a que la cabaña se está asentando una vez más, la tabla del suelo vuelve a crujir. Dos veces seguidas.

No es madera asentándose.

Son pasos.

—¿Aerin?

Apenas termino el pensamiento cuando la madera cruje sutilmente una vez más, de forma más prolongada esta vez, mientras el peso se desplaza sobre la junta débil. No es Aerin. Conozco sus pasos y conozco su peso.

Esa no es Aerin.

Dejando el cuenco con cuidado, me pongo en cuclillas y saco la hoja de mi tobillo izquierdo. Luego abro el grifo, lo que detiene los pasos en el exterior.

Como un fantasma, me alejo del lavabo y me subo al borde de la bañera, girando el cuchillo en mi mano hasta que la empuñadura queda en mi palma y la hoja se alinea con mi brazo, con la punta dirigida hacia mi codo.

Un segundo después, el pomo de la puerta baja muy despacio, solo una vez, mientras quienquiera que esté al otro lado comprueba

la cerradura. Al encontrar la puerta abierta, el pomo baja del todo y la puerta se abre muy lentamente hacia mí.

Levantando la otra mano, agarro la parte superior de la puerta y la guío para que se abra más, manteniendo el movimiento fluido como si fuera el arco natural de la puerta.

Una cabeza con un pasamontañas negro asoma por la puerta, concentrándose en el lavabo y luego oteando por el baño.

Aguanto la respiración y cuento los tres segundos que tarda en barrer con la mirada hasta el borde de la bañera.

El extraño ve mis pies descalzos sobre la bañera justo cuando lanzo mi peso contra la puerta, aplastándolo entre la puerta y el marco.

El extraño deja escapar un grito ahogado que se sofoca de inmediato cuando agarro el pasamontañas con la mano y lo aprieto contra su cara.

Lo sujeto y descargo el codo opuesto contra su rostro, luego salto de la bañera y lo arrastro hacia el interior del baño.

En el mismo movimiento, me dejo caer hacia delante mientras mantengo el agarre en su chaqueta negra.

Él grita de sorpresa.

Caigo de espaldas y le obligo a tropezar sobre mí. Mis pies descalzos chocan contra sus caderas y le obligan a dar una vuelta de campana.

El silencio de la cabaña se hace añicos cuando el asesino se estrella contra el retrete y la porcelana se quiebra bajo el impacto de su cuerpo.

El agua explota desde la cisterna, enmascarando su grito de pánico, que termina abruptamente cuando le paso la hoja por la garganta y me levanto de un salto.

Tengo que llegar hasta Aerin.

Su grito pone en alerta a las otras muchas personas que hay en la cabaña y mi deseo de llegar hasta Aerin se topa con un obstáculo en el segundo en que salgo del baño.

Una linterna cegadora me da de lleno en el ojo. Haciendo una mueca, me giro y me agacho, evitando por poco un puñetazo que choca contra la pared donde estaba mi cara un segundo antes.

Acuclillado, me lanzo hacia delante y clavo mi hombro en el estómago de quienquiera que sea el siguiente. Choca contra un hombre que tiene detrás, y los tres nos desplomamos como un castillo de naipes.

—¡Joder! —grita el hombre que está debajo de mí cuando mi cuchillo se incrusta profundamente en su muslo. Lo arranco y lo hundo de nuevo, a un centímetro de la primera herida. Sus alaridos se convierten en gritos, luego la culata de un rifle de asalto golpea mi sien y me manda al suelo con un gruñido.

Alguien está encima de mí.

Lanzo el codo hacia atrás y golpeo un muslo blando. Un puñetazo aterriza justo entre mis hombros y un dolor agudo me sube por el cuello.

Apoyando ambas palmas de las manos en el suelo, me impulso hacia arriba con un rugido y desalojo al hombre que tengo a la espalda.

Cae de mi espalda y se estrella contra una mesa auxiliar, haciendo que su linterna ruede por el suelo entre trozos de jarrón y tallos de flores artificiales.

El hombre que ya está en el suelo sangrando se sujeta el muslo, chillando de dolor.

Salto sobre él, deteniéndome solo un segundo para clavar mi talón en la empuñadura del cuchillo y hundirlo del todo, y luego arremeto contra el segundo hombre.

Un dolor ardiente explota en rápida sucesión por todo mi antebrazo, pero lo ignoro, golpeando al asesino dos veces en la cara.

Él me golpea las costillas, me deja sin aire con un rodillazo en el estómago y me agarra del pelo para echarme la cabeza hacia atrás.

Hundo la unión de mi pulgar e índice en su garganta, asfixiándolo.

Él tiene arcadas y se sacude, luego me propina un fuerte puñetazo en la cara. Aturdido, me desplaza rodando y se pone en pie a duras penas.

Yo hago lo mismo.

Intercambiamos golpes por todo el pasillo mientras utilizo puñetazo tras puñetazo para obligarlo a alejarse de la habitación de

Aerin y hacerlo retroceder hacia el salón.

Mis puñetazos se vuelven torpes mientras la sangre brota de su cara a través de la máscara y mana de los dolorosos cortes de mi antebrazo causados por su hoja.

—No puedes evitarlo —gruñe el hombre, gorgoteando su propia sangre—. Ella es *nuestra*.

Mi visión se oscurece mientras las linternas caídas detrás de mí parpadean, pero aun así percibo el brillo de la sangre en la máscara del hombre. Es el único punto de referencia que necesito.

Apoyándome en la pared, me impulso y me lanzo sobre el bastardo con el puño cerrado.

Impacta directamente en su cara.

Mientras cae, le sujeto la muñeca que agita en el aire, se la retuerzo con fuerza y le arrebato la hoja de las manos.

Un segundo después, está clavada en su garganta.

Jadeo, sin aliento y ligeramente mareado, pero todo eso queda en segundo plano ante el miedo gélido que siento por Aerin.

Girando sobre mi rodilla, me levanto para salir corriendo por el pasillo y me quedo helado cuando el calor se extiende desde mi abdomen por un repentino golpe del otro hombre que creía que estaba fuera de combate en el pasillo.

No... Eso no ha sido un puñetazo.

Miro hacia abajo.

El cuchillo que le clavé en el muslo ahora sobresale de mi abdomen, con la empuñadura firmemente sujeta en su mano.

Él resuella en mi cara, rociándome con motas de sangre y el hedor a tabaco de su aliento.

Mierda.

Se me revuelve el estómago. En un instante, me he arrancado el cuchillo y lo he hundido en la unión de su hombro y su cuello.

Sus ojos se abren de par en par con sorpresa, y abre la boca, pero lo único que sale de ella es una cascada de carmesí oscuro.

—Cabrón —gruño mientras la voz de mi antiguo capitán resuena en mi cabeza por mi estupidez.

No deberías haberte sacado ese cuchillo.

Joder.

Él se desploma y yo doy un paso sobre su cuerpo. Pero antes de que pueda hacer nada más, un peso muerto me embiste por detrás y se aferra a mis hombros como una mochila.

Un cuarto hombre.

Levanto la mano a tiempo para atrapar el alambre fino y afilado que este cuarto asesino intenta enrollar alrededor de mi garganta.

Una agonía ardiente surge en mi antebrazo cuando el alambre afilado se clava en mi carne, obligándome a pegar mi propio antebrazo contra mi garganta para protegerla.

Tropiezo hacia atrás, y luego me lanzo hacia atrás con fuerza.

Mi atacante y yo chocamos contra la pared, y el pasillo se inunda de luz al golpear él el interruptor.

Nos arrastro a ambos lejos de la pared, giro y luego lo estampo contra la siguiente pared. El alambre se clava más y más profundamente en mi brazo mientras el asesino lo enrolla frenéticamente a mi alrededor una vez más y tira con mucha fuerza.

Es como si mi brazo estuviera en llamas.

Piensa, Falco. ¡Piensa!

Mantenerlo alejado de Aerin es mi único objetivo, así que a pesar del dolor, arremeto hacia el salón y echo a correr hacia el sofá.

El extraño grita y yo lo imito mientras cargo hacia delante, estrellándome contra el respaldo del sofá a toda velocidad.

La sacudida de la detención es suficiente para desalojar al asesino de mis hombros, y sale volando por encima de mi cabeza, alambre y todo, y aterriza sobre la mesa de centro que se desmorona de inmediato bajo su peso.

Me hundo de rodillas, jadeando con dificultad por el dolor lacerante que me atraviesa el abdomen.

La herida de la puñalada, que antes sangraba lentamente, ahora mana sangre que empapa mis vaqueros.

La sangre baja como un río por mi brazo debido a más cortes de los que puedo contar.

Pistola. Necesito mi pistola.

Aerin me llamó paranoico. Yo lo llamo estar preparado.

El asesino se levanta de entre los restos de la mesa y se ríe, tensando el alambre de espino entre sus manos y sonriéndome a

través de un pasamontañas que apenas le cubre la cara.

—Me dijeron que serías difícil —raspea el hombre—. Pero cuando oigo difícil, entiendo *divertido*.

—Oh, *cállate* de una vez —jadeo con voz pastosa—. Me importa... una mierda.

Un grito aterrorizado surge desde el interior de la cabaña y mi corazón da un vuelco doloroso como si hubiera recibido una descarga externa.

¡Aerin!

No tengo tiempo para este imbécil.

Girándome, me lanzo hacia el aparador y caigo al suelo con un grito.

Justo detrás de la pata ornamentada que ayuda a equilibrar un aparador que seguramente vale más que todos los ahorros de mi vida, arrebato mi pistola escondida y ruedo sobre mí mismo.

Dos balas salen disparadas e impactan en el asesino del alambre justo cuando se lanza sobre mí con el arma en alto.

Se queda suspendido un segundo y luego se desploma sobre mí, agravando cada agonía que abrasa mi cuerpo.

Aerin sigue gritando.

No hay tiempo, Falco. Levántate. Levántate de una maldita vez.

Me fallan las piernas como si hubiera estado sentado sobre ellas demasiado tiempo y se hubieran quedado dormidas.

La sangre sobre la madera hace que el suelo resbale, y me cuesta todas mis fuerzas apartar el cadáver, ponerme en pie y correr por el pasillo hacia la habitación de Aerin.

«Si grita, está viva».

Se repite en mi mente mientras su puerta se acerca cada vez más.

Estampo mi hombro contra ella e irrumpo en la habitación de Aerin.

Está de pie sobre su cama, blandiendo su lámpara de noche, agitándola frenéticamente hacia el asesino enmascarado que baila y se ríe alrededor del borde de la cama. Él se gira justo cuando levanto mi arma, y le disparo dos veces justo entre las cejas.

—¡Falco! —jadea Aerin entre lágrimas. El alivio en su rostro dura medio segundo, transformándose rápidamente en una expresión de absoluto horror—. —¡Dios mío, Falco!

Doy un paso y la pierna me falla.

Al caer al suelo, apenas soy capaz de apoyar mi brazo bueno para frenar la caída y evitar que mi cara se estrelle contra la madera.

—¡Aerin, tienes que p-pedir ayuda! —El pecho se me oprime más y más con cada palabra. En un parpadeo lento, Aerin está sobre mí. Su pelo cae como una cortina de ámbar, y de repente me asombra lo sencillamente hermosa que es.

—¿Falco? Falco, Dios mío, hay tanta... ¿Qué hago? ¡Falco! ¡Falco!

—Llama —jadeo, intentando alcanzarla.

Sus manos cálidas y temblorosas acunan mi cara, pero el contacto se siente increíblemente lejano. Podría haber más asesinos. Una amenaza mayor. Tiene que llamar para pedir ayuda.

No puedo hablar.

La oscuridad me invade y lo último que veo son sus ojos llenos de lágrimas y pánico.

Le he fallado.

Otra vez.

23

AERIN

—¡Falco! —grito.

Sus ojos se cierran y no vuelven a abrirse.

—¡Falco! ¡Oh, Dios mío!, ¿qué *cojones* está pasando?

Hay sangre por todas partes. Brota constantemente de una gran incisión en su abdomen y se me revuelve el estómago al verlo.

Un puñado de cortes más pequeños cubren el resto de su torso, pero nada de eso se compara con su brazo.

Unas líneas profundas y finas envuelven su brazo como si fueran cintas, y la sangre emana de ellas como si no fuera más que un brik de zumo rajado con un cuchillo.

Mis manos se manchan rápidamente y resbalan cuando le toco el pecho, luego el cuello y vuelvo a la cara.

Nunca había visto tanta sangre.

—¡Falco! Por favor, despierta, por favor, ¿qué se supone que debo...?

Me ha dicho que llame a alguien, ¿pero a quién? ¿A una ambulancia? ¿Podría llegar un helicóptero a tiempo hasta este punto de la montaña? ¿Debería llamar a mi padre? ¿A mi hermano?

Ay, Dios mío.

Se me encoge y se me revuelve el estómago mientras me pongo en pie torpemente y me abalanzo sobre la cama, hacia donde

descansa mi teléfono entre las almohadas.

Voy a ponerme enferma.

Voy a vomitar y a empeorar este desastre cien veces más.

De vuelta junto a Falco, cubro la herida de su abdomen con una mano mientras lucho contra unos sollozos que ya no puedo controlar.

Sin poder respirar y luchando por pensar con claridad, llamo a la única persona que sé con certeza que me ayudará.

Pidge.

Metió su número en mi teléfono bajo un seudónimo, susurrándome que lo llamara si alguna vez sentía que no tenía a nadie. Este es, sin duda, ese momento.

Responde de inmediato. —¡Pidge! —grito entre sollozos—. Necesito ayuda. Falco necesita ayuda. No sé qué hacer, pero hay muchísima sangre, estoy entrando en pánico y... ¡creo que se va a morir!

—Me cago en la leche —responde Pidge—. Habla conmigo, Aerin. Dime qué ha pasado.

—¡No lo sé! Estaba dormida. Se oyeron gritos y golpes, así que me desperté y había un hombre sobre mi cama. Le g-golpeé con la lámpara y me entró el pánico, luego empecé a gritar llamando a Falco y ese hombre no paraba de reírse. Se estaba riendo y decía que me había llegado la hora y entonces... —Me atraganto y toso cuando la sangre de Falco salpica contra mi palma.

—¿Entonces? —Pidge suena agitado.

—Entonces entró Falco y le disparó, pero está herido, Pidge. Está muy mal. Hay demasiada sangre y ni siquiera sé si estamos a salvo, ¡no sé qué hacer! Se va a morir, oh Dios mío.

—Aerin. Escúchame. Necesito que pongas la cámara y me dejes ver.

—¿Qué? ¡¿No debería llamar a una ambulancia?!

—Ya sabes la respuesta a eso o no me habrías llamado a mí.

Tiene razón. Esta gente nos ha encontrado y los únicos que sabían que estaríamos aquí eran los de mi propia familia.

No se puede confiar en nadie.

—Vale —jadeo—. Vale. De acuerdo. —Mis dedos tiemblan como si alguien más los controlara y me cuesta activar la cámara.

Finalmente, se enciende y mi propio rostro bañado en lágrimas me devuelve la mirada un segundo antes de que gire la cámara y haga todo lo posible por mostrar el estado de Falco.

—Joder —murmura Pidge—. ¿Tienes algún conocimiento médico?

—No —suelto un hipido—. ¿Qué hago?

—Vale, voy a guiarte para hacer unos apaños rápidos y rudimentarios para ayudarle, pero tienes que actuar rápido, Aerin.

—D-dime qué tengo que hacer. Puedo hacerlo.

—¿Tienes un cinturón? Necesitamos algo resistente que pueda rodearle el hombro y apretarse tanto que deje de perder tanta sangre por el brazo.

—Vale. Vale. Un cinturón. ¿Un cinturón? —Mi mente se queda en blanco por medio segundo, hasta que recuerdo el cinturón que venía con unos pantalones cortos que me traje.

Alejarme del lado de Falco es aterrador, pero solo tardo lo justo para abrir el cajón de mi cómoda y encontrar los pantalones.

Vuelvo a caer de rodillas junto a Falco, arranco el cinturón de los pantalones y lo paso por debajo del brazo inerte y ensangrentado de Falco.

—Átalo bien arriba, cerca del hombro, y tira con todas tus fuerzas. Aunque te dé miedo que esté demasiado apretado, sigue tirando, ¿vale?

—Vale —jadeo, mirando hacia donde mi teléfono descansa sobre el pecho de Falco, que se mueve lentamente—. Nunca he estado más agradecida de que un cinturón tenga agujeros de sobra. —El cuero resbala contra mis palmas ensangrentadas. Aprieto los dientes y sorbo por la nariz, pasando el cuero por la hebilla y echando todo el peso de mi cuerpo hacia atrás para apretarlo lo más posible.

—Lo estás haciendo genial —dice Pidge, alzando la voz por encima de un zumbido que retumba de fondo—. ¿Puedes asegurarlo?

—S-sí, deja que... —Doy dos vueltas al cinturón, tiro con todas mis fuerzas y fuerzo el cierre. Por suerte, aguanta—. ¡Ya está!

—Vale, ahora necesito que busques pólvora.

—¿Qué? —Limpiándome los ojos con el dorso de la mano, vuelvo a poner las palmas sobre la herida del abdomen de Falco, que no para de sangrar.

—Necesitamos pólvora o cualquier cosa que arda de forma rápida e intensa. ¿Hay alguna pistola en la casa? Escopetas, preferiblemente, pero con cualquier cosa nos apañaremos.

—Eh... creo que hay una vieja escopeta de caza, pero no creo que funcione.

—No importa. ¿Alguna munición?

—¡No lo sé! —grito—. ¡Hace años que no vengo por aquí!

—No pasa nada. —Pidge desaparece de la pantalla un segundo, dejándome mirando mi propio reflejo en la oscuridad mientras Falco se desangra bajo mis manos.

—¡Pidge!

—Estoy aquí. Falco tendrá munición. Se habrá traído un montón con él. ¿Sabes dónde la ha guardado?

—¡No!

—¿Dónde están sus bolsas?

—En la habitación de al lado, creo. En la de al lado.

—Tienes que ir a su bolsa y encontrar cartuchos de escopeta.

—¡No puedo dejarlo solo!

—Aerin, tienes que hacerlo si quieres salvarle la vida.

—¿Y si hay más gente ahí fuera?

—Has dicho que Falco le ha disparado al hombre de tu habitación. ¿Dónde está el arma?

—Eeee... —Escaneo frenéticamente los alrededores hasta que veo el arma de Falco en el suelo a unos metros de distancia—. La tengo.

—Cógela. Úsala si es necesario. Necesitas esa munición, Aerin. Es la única forma de que tú y Falco sobreviváis.

—Mierda. Mierda. Joder... vale. De acuerdo. —Abandonar a Falco me parece mal, pero sin otra opción, me obligo a recoger su arma y salgo tambaleándome al pasillo. Al fondo, cerca del salón, dos cuerpos yacen inmóviles en el suelo.

Mi corazón late tan rápido que apenas puedo sentir las pulsaciones.

Cada paso es como si estuviera luchando por el control de mi propio cuerpo.

Al ver que el pasillo sigue vacío, gano confianza y, en un arrebato de fuerza, entro corriendo en la habitación de Falco.

Sus mochilas están apiladas cerca de la ventana, así que agarro la primera.

Solo ropa.

La segunda tiene más armas y cajas de munición de las que puedo contar, así que la vuelco sobre la cama y veo cómo caen y tintinean sobre las sábanas.

—Escopeta —murmuro, jadeando—. Escopeta... ¡ajá!

Agarrando la caja verde, salgo corriendo de vuelta a mi habitación y tropiezo, cayendo pesadamente de rodillas junto al cuerpo de Falco. —¡Ya estoy aquí! —le grito al teléfono—. Ya estoy aquí. Dime, ¿qué hago?

—Escúchame con atención, Aerin —dice Pidge mientras mis manos vuelven al abdomen de Falco—. Tienes que abrir los cartuchos y verter la pólvora en la herida de Falco.

—¿Qué?

—Te he dicho que sería duro y desagradable, pero es la única forma. Por la cantidad de sangre que veo, necesitamos cauterizar la herida lo antes posible. Es un viejo truco militar. Tienes que verterla en su herida y luego prenderle fuego.

—¿Eso funcionará?

—Desde luego.

La respuesta de Pidge es demasiado despreocupada. —¡Dime la verdad! —grito mientras pongo todo mi peso para contener el flujo de sangre con las manos.

—Si la herida es demasiado profunda o ha desgarrado algo importante, no funcionará y se desangrará internamente. Pero existe la posibilidad de que no haya ocurrido, lo que significa que esto detendrá la hemorragia hasta que reciba ayuda de verdad.

—Oh, Dios mío. ¡Oh, *Dios*, odio mi vida! ¡Odio mi vida de mierda! —Dejo el teléfono y tardo varios segundos agónicos en lograr que mis dedos empapados de sangre abran la caja de cartuchos. Se

desparraman por el suelo a mi alrededor, tintineando contra la madera—. ¿Cómo se supone que voy a abrir uno de estos?

—Con unos alicates —llega la voz distante de Pidge desde el teléfono—. O con presión. Cualquier cosa que haga saltar la tapa del extremo. Luego, para encenderlo, necesitarás una llama de algún tipo. Puedes hacerlo, Aerin. Sé que puedes.

Puedo hacerlo.

Lo repito una y otra vez mientras golpeo el extremo de los cartuchos con la culata de la pistola de Falco, una y otra vez. Cada gramo de pánico y miedo que siento me inunda, alimentando mis fuerzas hasta que, finalmente, una de las tapas metálicas salta.

—¡Lo tengo!

—Bien, ahora viértelo en la... —La voz de Pidge se corta. Mis ojos se clavan en el teléfono, donde el símbolo de batería agotada parpadea una vez y la pantalla se queda en negro.

—Me cago en todo... —Esto es el mismísimo infierno. Tiene que serlo. No hay forma de que esta sea mi vida real.

Con manos temblorosas, inclino el cartucho y vierto la pólvora sobre la herida sangrante del abdomen de Falco, medio esperando que se despierte porque es imposible que esto no duela.

No se mueve.

Ni un sonido.

—Enciéndelo —repito, mirando alrededor de la habitación—. ¿Con qué? ¿Con qué lo enciendo? —Maldiciendo mi falta de previsión, escaneo desesperadamente el cuarto y me pongo en pie de un salto—. ¡No te muevas!

Salgo corriendo de la habitación y por el pasillo, y entro de golpe en el cuarto donde suelen dormir mis padres cuando se quedan aquí. Mi madre solía estar obsesionada con las velas, lo que significa que tiene que haber un mechero por algún lado.

Cada segundo que paso revolviendo cajones y armarios es un segundo demasiado lejos de Falco, y el miedo me atenaza el corazón como si mis costillas se hubieran convertido en garras que presionan cada doloroso latido.

Finalmente, un mechero aparece al fondo de un cajón del baño. Lo agarro y vuelvo corriendo a mi habitación, tropezando con mis

propios pies por la prisa.

Una vez dentro, caigo de rodillas, acciono el mechero y... no pasa nada.

—¡No! —Una y otra vez, arrastro el pulgar por la rueda del mechero mientras el sudor me perla la frente y se mezcla con unas lágrimas que ya ni siquiera siento. Una y otra vez, y *otra vez*, hasta que finalmente una llama surge débilmente. Es pequeña, pero está ahí.

—Lo siento —jadeo—. Lo siento muchísimo. ¡Lo siento! —Siguiendo las instrucciones de Pidge, acerco la llama al rastro de pólvora cerca del ombligo de Falco. Apenas lo rozo cuando la pólvora se inflama, haciéndome retroceder asustada contra la cómoda.

La pólvora chisporrotea y sisea, brillando con un naranja intenso mientras la llama recorre el maltrecho rastro de pólvora y quema la herida abierta. De repente, Falco se agita, gimiendo a pesar de estar inconsciente, así que suelto el mechero y le aprieto la mano fría, mirando con horror cómo arde la pólvora. Un olor a quemado de lo más nauseabundo llena el aire.

Tan rápido como empieza, termina, y no queda nada más que el silencio y el asqueroso hedor a vello chamuscado y piel quemada.

Ya no sangra.

—¿Falco?

Alargando la mano hacia su cara, le acaricio la mejilla y la barbilla, pero no responde. Ni siquiera un aleteo en sus párpados. Justo cuando me acerco más, un estrépito repentino suena desde el fondo de la cabaña y el corazón se me sube a la boca. Otro estruendo, seguido de un tercero y un cuarto. Cierro la puerta del dormitorio de una patada.

El terror me atenaza con tanta fuerza que no puedo respirar. Agarrando de nuevo el arma de Falco, la empuño con ambas manos y me enfrento a la puerta, apuntando y situándome entre Falco y la entrada.

Él me protegió.

Yo le protejo a él.

Incluso si ambos morimos aquí, moriré protegiéndolo como él me ha protegido a mí.

El arma vibra en mi agarre tembloroso incluso mientras aprieto los dientes. El fuerte estrépito se convierte de repente en golpes rítmicos y entonces... una voz.

—¿Aerin?

Me hace ponerme en pie de inmediato y abro la puerta de golpe. — ¿Pidge?

24

AERIN

—Toma. —Rex está de pie frente a mí con una taza de té humeante en las manos. Al ver que no me muevo, se inclina y la deja delante de mí, apoyando una mano en mi hombro—. Bébetelo, Aerin. Confía en mí.

Pidge está sentado frente a mí, con los labios apretados mientras las arrugas de preocupación se marcan y se entrelazan en su rostro fruncido.

Detrás de él, la única luz del porche trasero ilumina los cinco cuerpos visibles a través de la puerta entreabierta, cada uno cubierto con una manta.

Todavía no puedo creer que Falco se enfrentara a tanta gente para protegerme.

Bullet está en la habitación de al lado con Falco, dando buen uso a sus años como médico de combate.

La silla a mi lado cruje cuando Rex apoya su voluminosa figura en el asiento.

Para mantener la farsa de que estoy bien, cojo la taza caliente y doy un sorbo. En el momento en que el líquido caliente toca el fondo de mi garganta, sufro un ataque de tos.

—¿Esto lleva alcohol? —pregunto jadeando.

—Lo necesitas —responde Rex—. Te hará sentir mejor.

—Tonterías. —Pidge se inclina hacia delante de repente, apoyando un brazo en la mesa que nos separa—. Cuéntame qué ha pasado aquí.

—Tú primero —digo después de otro sorbo cuidadoso—. ¿Cómo es que estáis aquí? Estabas hablando por teléfono conmigo y ahora estás aquí, no entiendo nada.

Rex y Pidge intercambian una mirada. —Estoy aquí por la misma razón por la que me llamaste a mí y no a tu padre.

Mi corazón da un vuelco e instantáneamente todo encaja en mi mente. —Falco no se fía de mi familia, ¿verdad?

—Sus años en la mafia le han enseñado muchas cosas, pero este es el tercer atentado contra tu vida, si no me equivoco. Después de lo que te pasó cuando te sacaron del bar, Falco me dejó claras sus sospechas. Tu familia tiene un traidor o alguien de dentro te quiere muerta. Sea como sea, nos pidió de forma no muy sutil que nos mantuviéramos cerca cuando viajó hasta aquí.

—¿No le vi llamar a nadie?

Pidge saca el teléfono del bolsillo y toca la pantalla; luego lo desliza hacia mí, donde brilla un mensaje de Falco. —¿Qué? Falco no tiene perro, ¿verdad?

Con una sonrisa amarga, Pidge recupera su teléfono. —Se aprende a decir mucho sin decir nada —dice Pidge—. Tenía sus sospechas y quería refuerzos. Nosotros solo estábamos... —Su mano se cierra en un puño y presiona la mesa, como si algo hubiera invadido a Pidge con tal ferocidad que ya no pudiera hablar.

—Hubo un choque múltiple en la autopista —interviene Rex—. Habríamos estado aquí y en posición hace horas de no ser porque tuvimos que dar un rodeo ridículo. Si hubiéramos estado aquí entonces... —Mira de reojo por encima del hombro, como si fuera capaz de ver a través de la pared y entrar en la habitación en la que está Falco.

—¿De verdad creéis que podríais haber evitado esto? —pregunto en voz baja—. He visto a Falco pelear. Terminar así... —Las palabras se me quedan grabadas en la garganta—. Ya sabéis cómo funciona la mafia.

—Lo sé —responde Rex—. Pero Falco no habría estado solo.

Me centro en mi bebida. Para cuando me la he terminado, ya he detallado todo lo ocurrido desde que me desperté con aquel extraño encima de mí hasta que Pidge y sus amigos llegaron y echaron abajo la puerta principal.

—Lo has hecho bien. —Rex se inclina hacia delante y me toca muy brevemente el antebrazo—. No mucha gente habría podido hacer lo que tú hiciste, ni siquiera con entrenamiento.

—No hice nada —murmuro, intentando luchar contra la oleada de tristeza que me sube por el pecho. Cada vez que cierro los ojos, solo veo a Falco desangrándose en el suelo de mi habitación, con la piel pálida.

—Le has salvado la vida —dice la voz de Bullet desde el umbral.

Los tres nos giramos de inmediato.

Bullet tiene los ojos cansados. La sangre mancha sus manos y su camiseta de tirantes gris, y se queda allí agarrándose el codo.

Pidge se levanta de su asiento y da un paso adelante, como ansioso pero sin saber muy bien cómo ayudar. —¿Cómo está?

—Vivo —responde Bullet—. Le he dado un par de bolsas de mi sangre y he cosido lo que he podido. Si sobrevive a las próximas dos horas, se pondrá bien.

—Oh, Dios mío —susurro, apretando las manos alrededor de la taza—. Quizá debería llamar a mi padre.

—No —espeta Pidge, pero luego se contiene y duda—. Aerin... ¿quién sabía que venías aquí?

Nuestras miradas se cruzan mientras Bullet se acerca a la mesa y Rex le cede el asiento. Al sentarse Bullet, su mano cae de su codo, revelando el vendaje que cubre el lugar donde se ha extraído su propia sangre.

—No... no lo sé. Toda mi familia y quienquiera que se lo hayan contado, supongo.

—Exacto. Lo que significa que, en el momento en que hagas esa llamada, le estarás diciendo a quien intentó matarte que estás aquí sola y que tu guardaespaldas está fuera de combate. ¿Qué crees que harán con esa información?

—Pero no estoy sola. —Mi mirada recorre a los tres—. Vosotros estáis aquí.

—No, no lo estamos —dice Rex—. Todos tenemos nuestros propios vínculos con familias que no son la tuya. ¿Y Falco pidiendo ayuda externa? Si alguien se entera de que estamos aquí, estamos todos muertos. Falco incluido.

—Y acabas de salvarle la vida —comenta Bullet—. Así que no creo que quieras arriesgarla, ¿verdad?

Asiento lentamente con la cabeza, hundiéndome en el asiento. —¿De verdad se va a poner bien?

Pidge vuelve a sentarse despacio mientras Bullet asiente. —Eso espero. Has hecho un trabajo increíble; sé que ahora no te parecerá gran cosa, pero sin ti se habría desangrado en ese suelo.

Una tristeza cansada me escuece en la parte posterior de los ojos y no puedo sostener la mirada de Bullet. —Pero también es culpa mía que esto haya pasado.

Rex resopla ligeramente mientras cruza el arco hacia la cocina. —Es un terreno peligroso si empiezas a culparte a ti misma. ¿Es culpa tuya por ser el objetivo o culpa suya por aceptar el puesto en primer lugar?

—Rex tiene razón. La culpa es exclusivamente del bastardo que causó esto. De nadie más. —Bullet junta las manos, cerrando los ojos con fuerza—. Está claro que no es más que un puto imbécil desechable.

—Tonterías —comenta Pidge con cansancio—. Tiene un instinto suicida, así de simple. Siempre lo ha tenido desde lo de Gina.

A pesar del agotamiento que me palpita en el cráneo, eso capta mi atención. —¿Gina? ¿Quién es Gina?

Bullet comparte la misma mirada curiosa hacia Pidge, que frunce el ceño profundamente. —Nadie.

—No —espeto de repente—. No puedes decir algo así y no contarme nada más. Y ni se te ocurra decirme que no te corresponde a ti contar esa historia porque yo acabo de... acabo de cubrirme con su sangre para mantenerlo con vida, he hecho cosas que ni siquiera se me habrían pasado por la cabeza, y ahora no sabemos si va a despertar alguna vez, así que simplemente... ¿quién es ella?

Rex regresa de la cocina con varios sándwiches envasados y los suelta delante de Bullet. —Come —dice con firmeza—. Eres el único con el tipo de sangre de Falco.

Bullet refunfuña mientras yo mantengo una mirada encendida sobre Pidge hasta que él se encoge de hombros. —Quizá le cabree tanto que se despierte. Gina era su ex.

—¿Novia? —pregunta Bullet entre bocado y bocado.

—Prometida.

Se me da un vuelco el corazón. ¿Falco tenía una prometida? Nunca ha mencionado, ni siquiera insinuado, que hubiera estado tan unido a alguien.

—El trastorno de estrés postraumático de Falco es grave, cosa que no sorprende a nadie. Todos lo tenemos, ¿verdad? Sobresaltarse con las sombras, no dormir, no comer, pesadillas, tensión todo el maldito tiempo.

Mientras Pidge habla, asocio cada síntoma con lo que sé de Falco. Su falta de sueño es lo que más destaca, y el hecho de que siempre esté tenso. En el coche de camino hacia aquí, me confesó que siempre está en vilo. Teniendo en cuenta sus años en el ejército, ¿quién puede culparle?

—Por lo que sé, Gina era algo así como su amor de la infancia. Se conocieron antes de que él se alistara o algo así. Ella le fue fiel durante cada misión, o eso creía él, hasta que volvió antes de tiempo de su última misión y la encontró en la cama con otro tipo.

Bullet gruñe algo incoherente con la boca llena de sándwich mientras Rex se dirige al umbral, escudriñando a través de la oscuridad para vigilar a Falco.

—En fin, la perdonó porque la amaba y quería arreglar las cosas. Todo fue bien durante un tiempo hasta que una noche tuvo una pesadilla tan fuerte que se despertó estrangulándola. Ella se quedó a su lado, afirmando ser comprensiva y perdonadora. Tal como él me lo describió, ella le hizo sentir que había una luz al final del túnel. Pero esa misma noche, después de que él se volviera a dormir, ella se escapó para reunirse con su amante bastardo y murió atropellada por un conductor borracho. Falco se culpa a sí mismo. Lo ha hecho

desde entonces, y estoy bastante seguro de que se ha pasado toda la vida esperando la bala del castigo.

¿Falco... se culpa a sí mismo? ¿Cómo podía hacerlo cuando nada de eso fue culpa suya? Mi confusión debió de quedar clara en mi rostro, porque Pidge continúa.

—Se culpa a sí mismo por asustarla. Pensaba que si hubiera sido *normal* y hubiera estado sano, no la habría empujado a los brazos de ese bastardo y ella seguiría viva.

De repente, todo cobra sentido.

Los acercamientos de Falco hacia mí seguidos de sus repentinos alejamientos, todos sus intentos de mantenerme a distancia que me hacían pensar que me estaba volviendo loca sobre si estaba interesado en mí o no. El hecho de que siempre se mantenga alerta y en vilo, incluso esta noche cuando ni siquiera estaba durmiendo, y eso me salvó la vida.

Es como si su determinación se quebrara de vez en cuando y cediera, y luego se corrigiera. O tiene miedo de repetir errores pasados, o siente que no puede confiar en sí mismo.

Resulta irónico que ahora le entienda más, cuando está a las puertas de la muerte.

—Eso es terrible —murmuro—. No puedo imaginarme cómo debió de sentirse.

—Todos hemos pasado por eso —dice Rex con aire sombrío—. Todos tenemos un equipaje así. Nos hace perfectos para la mafia. Nos resulta familiar. Matar es fácil. Proteger es fácil. Las amenazas son las mismas.

Si sobrevive, voy a decirle algo.

No importa lo que diga o haga él como respuesta. Si sobrevive, quiero que sepa que alguien se preocupa por él como persona y no solo como guardaespaldas.

Pasándome una mano por la cara, lucho contra las ganas de bostezar.

—Necesitas dormir —dice Bullet, observándome mientras termina su tercer sándwich.

—¿Cómo voy a dormir estando él así?

—Le has salvado la vida. Ya no puedes hacer nada más. Deja que yo le cuide. Necesitas descansar.

—Pero escribe a tu familia —dice Pidge de repente—. No ahora, sino cuando te despiertes. Falco no puede ser trasladado, lo que significa que tienes que encontrar la forma de asegurar que nadie nos moleste.

Asiento despacio y me levanto. —¿No le dirá eso a quien esté intentando matarme que he sobrevivido a esto?

—Por la mañana ya lo sabrán —responde Rex, señalando con la cabeza hacia el porche trasero—. Esos llevarán horas muertos, y quienquiera que los enviara se dará cuenta. Pero si actúas con normalidad, podemos dar a entender que Falco acabó con ellos sin alertarte. Eso le hace parecer más peligroso y nos hace ganar algo de tiempo.

—De acuerdo —asiento de nuevo—. Tiene sentido.

—Duerme —dice Bullet mientras me mira—. Nosotros cuidaremos de los dos.

Me dirijo al sofá donde Pidge me ha preparado una cama; no parece posible que vaya a dormir, pero me quedo frita antes incluso de que mi cabeza toque la almohada. Por suerte, no sueño con nada más que oscuridad y me despierto tarde a la mañana siguiente con un sofoco de pánico.

Falco sobrevive a la noche, pero le sube la fiebre, lo que pone su supervivencia en la cuerda floja. Mientras yo dormía, Pidge y los demás limpiaron la cabaña y, de algún modo, hicieron que pareciera que nunca había habido un ataque. La sangre ha desaparecido casi por completo. Los cuerpos se han esfumado del porche, una de las mesas de centro ha sido reparada y un jarrón nuevo sacado de otra habitación contiene ahora las flores de plástico del pasillo.

Es como si lo de anoche hubiera sido un sueño.

Le envío un mensaje a mi hermano dándole las gracias por dejarme usar la cabaña y presumiendo de lo mucho que me gusta estar aquí, así que probablemente me quede la semana entera. Me dice que es una idea excelente porque mamá se ha vuelto una auténtica novia a la fuga y nadie está a salvo.

Mierda. La boda.

Me había olvidado de eso.

No parece real. Nada lo parece.

De hecho, todo se siente diferente. La ropa sobre mi piel, el aire en mis pulmones mientras bebo café en el porche y miro hacia el bosque, incluso la comida que cocina Rex. Es como si me hubiera despertado por primera vez en mi vida y no supiera explicarlo.

Aparte de mantener las apariencias en las redes sociales, paso la mayor parte del tiempo junto a la cama de Falco. Bullet limpió mi intento con pólvora en el abdomen de Falco, e inspecciono todos los cuidadosos puntos de sutura a lo largo del brazo de Falco. Le quedarán cicatrices profundas, pero está vivo y eso es lo único que importa.

Los días empiezan a pasar a gotear lentamente.

Bullet sigue donando sangre hasta que queda satisfecho de que el organismo de Falco vuelve a estar en pleno funcionamiento. Yo cuido su fiebre con toallas frescas y baños fríos regulares, todo para mantener su temperatura baja. Bullet me enseña un par de trucos militares de campo con trocitos de hielo bajo la lengua de Falco y Rex me enseña a cargar y descargar una pistola por si acaso tuviera que hacer exactamente eso.

Entonces, cinco días después de que aquellos asesinos irrumpieran en la cabaña y cambiaran mi vida para siempre, Falco por fin se despierta.

25

FALCO

—Cuidado —dice una voz suave a mi derecha mientras una cálida luz anaranjada se filtra entre mis pestañas—. No te muevas demasiado rápido.

Conozco esa voz.

Tengo la mente embotada, como si mis pensamientos avanzaran con dificultad por el barro y tardaran demasiado en recorrer el camino desde mi mente hasta mis labios. Parpadeo y el mundo sigue borroso, pero la luz naranja se vuelve más brillante con cada aleteo de mis ojos.

De repente los abro y un rostro flota sobre mí. Ojos verdes, oscurecidos por las sombras que cruzan su cara mientras la luz naranja brilla cerca de ella, y un cabello cobrizo que parece óxido oscuro en la penumbra.

Conozco ese rostro.

Todo vuelve a mí con una lentitud dolorosa. Los asesinos. La pelea en el pasillo. La pelea en el salón. El hombre en el dormitorio de Aerin...

Ese rostro. Esa voz. Aerin.

La conozco.

Mi garganta, seca, me raspa mientras lucho por encontrar las palabras y algo debe de salir, porque sus ojos se dirigen

rápidamente a mis labios.

—Estamos a salvo. Pidge está aquí con Bullet y Rex. Bullet te ha remendado lo mejor que ha podido. Rex ha estado vigilando el lugar y Pidge ha estado intentando cocinar, pero ¿entre tú y yo? —Aerin se inclina cerca—. No es exactamente cocina.

Están aquí.

Gracias a Dios.

Saber que me estaba desvaneciendo mientras Aerin estaba sobre mí presa del pánico es el momento en que más miedo he sentido en mi vida. Haberla dejado luchar sola sin mí se habría convertido en mi mayor arrepentimiento si me hubiera despertado y ella no estuviera, si es que llegaba a despertar.

Pero Pidge está aquí.

Eso me relaja al instante.

Parpadeo y Aerin de repente tiene una pajita en las manos que apoya con mucha suavidad contra mi labio inferior.

—Bebe —dice en voz baja—. Has estado sobreviviendo a base de trocitos de hielo, así que la garganta te tiene que estar matando, ¿verdad?

Quiero darle la razón, pero no sale nada. En su lugar, me concentro en sellar los labios alrededor de la pajita y beber el agua tibia. Con cada trago, la claridad se abre paso en mi mente.

Estamos en la habitación de invitados. Mi brazo derecho está entumecido. Mi abdomen está entumecido. Las cortinas están echadas, pero a través de la rendija de la parte superior diviso un cielo oscuro. Es tarde.

—¿Cuánto tiempo? —logro graznar finalmente.

Aerin arquea las cejas y un destello de alegría cruza su rostro. —Cinco días —dice—. Es miércoles por la noche, casi jueves. Tuviste fiebre que nos tuvo preocupados un tiempo, pero bajó ayer. Después, solo fue cuestión de esperar a que despertaras. Bullet te dio mucha sangre y dijo que se cabrearía si la desperdiciabas.

Me siento más alerta y despierto con cada sorbo de agua hasta que Aerin la aparta de mis labios.

—Cinco días —repito con voz ronca.

Ella asiente lentamente.

Cinco días. Llamó a Pidge, lo cual me produce más alivio del que puedo expresar. Él nunca me dio el código para decir que estaba posicionado cerca y no tuve tiempo de comprobarlo. El hecho de que los llamara a ellos y no a su padre, sin embargo, me dice todo lo que necesito saber sobre cuánto entiende Aerin el peligro en el que se encuentra.

—Cuéntamelo... todo.

Aerin se sienta en el borde de mi cama y empieza a hablar. Con calma, describe todo lo que hizo para salvarme la vida, desde el cinturón hasta la pólvora. Detalla cada paso que dio y la aterradora llegada de Pidge, luego los días siguientes limpiando la cabaña, manteniendo la tapadera y asegurándose de que nadie más nos encontrara. Todo eso sumado a permanecer al lado de mi cama para cuidarme con el limitado equipo médico que Bullet trajo consigo.

—Me salvaste la vida —digo cuando termina de hablar, con la voz mucho más fuerte.

Aerin se encoge de hombros y sonríe. —Me figuré que te debía una.

—¿Voy a estar bien?

Ella asiente—. Bullet ha dicho que el cuchillo no tocó nada importante, pero vas a tener una cicatriz tremenda por lo que hice con la pólvora. Aunque sí dijo que tu brazo... —Sus ojos se desvían hacia mi extremidad entumecida y yo la sigo, contemplando las capas de vendajes que la cubren—. No cree que se haya desgarrado nada importante, pero no podía estar seguro. Solo cuando despertaras podría averiguar si todavía eres capaz de mover todo lo fundamental.

—¿Como qué?

—Tus dedos. —La mano de Aerin baja y roza ligeramente con las yemas de sus dedos mis nudillos. A pesar del entumecimiento de mi brazo, el calor de su contacto es como un faro y estos reaccionan por reflejo, lo que la hace sonreír—. No soy médico, pero eso tiene que ser bueno, ¿no?

—Eso creo.

Aerin traga saliva de forma audible y cuando vuelve a mirarme, las lágrimas brillan en sus ojos. En mi estado actual, verlas es como

una puñalada en el estómago.

—Aerin...

—Tenía tanto miedo de que murieras —susurra, sacudiendo la cabeza—. Me prometí que, si despertabas, no lloraría.

—Puedes llorar.

Ella vuelve a negar con la cabeza, haciendo que el pelo le caiga sobre los hombros—. No podía imaginarme no volver a verte, ni hablarte, ni darte las gracias ni... ni nada, la verdad. En un momento estabas aquí y al siguiente era como si te hubieras ido y odio que yo... —Se interrumpe y solloza, luego me mira—. Es injusto que te pida esto cuando estás drogado con analgésicos, pero tengo que preguntarte algo y quiero una respuesta honesta.

Tengo la mente en blanco ante las posibles preguntas que podría tener ahora, así que asiento despacio contra la almohada—. Pregúntame.

—Pidge me ha hablado de Gina.

Se me encoge el estómago de inmediato.

—Me lo ha contado todo y ha dicho que con gusto dejaría que te enfadaras con él si eso significaba que despertaras. —Se limpia rápidamente una lágrima que se le escapa por la mejilla—. Todo lo que ha pasado entre nosotros. Desde la ducha hasta el beso, pasando por ayudarnos mutuamente... No estoy loca. Sé que hay algo entre nosotros. Lo siento y sé que está ahí. Pero no dejas de alejarme. Actúas como si esas cosas formaran parte de tu descripción de trabajo, pero sé que mientes. Tienes que estar mintiendo porque cuando pensé que te morías, fue como si mi mundo se detuviera en seco y no pudiera respirar. Así que dímelo ahora mismo, dime la verdad... sientes algo por mí, ¿verdad?

Oh.

Oh.

¿Sabe lo de Gina y aun así quiere preguntarme algo como esto? Mis pensamientos se atropellan, buscando una mentira que pueda explicar su error mientras oculto mis sentimientos, pero tiene razón. Es difícil hilar algo así quince minutos después de despertar con los analgésicos manteniéndolo todo borroso.

—Aerin...

—No me mientas tampoco. No después de todo lo que ha pasado. Por favor.

—No podemos —digo suavemente—. Lo sabes.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—Soy mucho, mucho mayor que tú.

—Falco.

—Le hice un juramento a tu padre...

—¡Para! —De repente está encima de mí, con una pierna pasando sobre mis caderas y apoyándose al otro lado de la cama. Me tapa la boca con la palma de la mano y me mira con severidad, luego, muy, *muy* despacio, se acomoda hasta quedar sentada en mi regazo.

Quizá sí que he muerto. Quizá he encontrado mi cielo.

—No digas esas cosas. No me importan. Quiero una respuesta, Falco. Necesito saber que no soy la única que siente esto, que no estoy loca. Pero... —Duda, incapaz de sostenerme la mirada—. Pero si me dices que todo está en mi cabeza, entonces esta será la última vez que pregunte. Es que... tenía tanto miedo y necesito saberlo, ¿vale? Necesito saber si soy patética y me lo estoy inventando todo.

Se me rompe el corazón. No estoy seguro de si son los analgésicos o el trauma de la situación, pero por primera vez desde que la conocí, mentirle me parece lo peor que podría hacer. No puedo herirla así. No después de todo.

Permanezco en silencio mientras su palma cubre mi boca hasta que se da cuenta de lo que está haciendo y la retira rápidamente.

—No eres patética —digo finalmente—. Pero todo lo que he enumerado es... es válido y es exactamente por lo que mis sentimientos por ti no importan, Aerin. Porque esto no puede suceder.

—¿Dices eso porque no quieres que pase algo o por lo de Gina?

—Lo digo porque eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida, porque la forma en que me provocas me hace sentir vivo, porque eres temeraria y al mismo tiempo eres inteligente y calculadora, porque te salvaste a ti misma y me salvaste la vida y eres una mujer increíble y un solo movimiento en falso por mi parte

te aleja de mí para siempre. Me estoy conteniendo todo lo que puedo para poder seguir a tu lado.

Sus ojos se agrandan mientras hablo, mientras la verdad brota de mí hasta que empiezo a jadear ligeramente—. ¿Así que prefieres seguirme como una sombra, entonces?

—Tu padre me mataría.

—Nos mataría a los dos.

—Y no permitiré que eso ocurra.

—Lo sabía. Te veo observándome todo el tiempo, incluso cuando crees que no miro. Eres como una sombra cálida. No me importa que pienses que eres demasiado mayor para mí porque no lo eres, ¿entendido? Eres la única persona que me ve, la única que me trata como a un ser humano, y no puedo explicarte lo que eso significa. Necesito a alguien a mi lado, alguien que me vea por quien soy y me proteja. Necesito eso y te necesito a ti, Falco. Lo que ha pasado aquí... no puede volver a ocurrir. No puedo arriesgarme a que te mueras sin saber lo que siento. Y tú sientes lo mismo.

No tiene ni idea de lo profundos que son estos sentimientos. Ella habla de un enamoramiento y yo estoy profunda y dolorosamente enamorado de ella. Lo tengo ahí mismo, en la punta de la lengua, pero no puedo decirlo. Esa revelación nos destruiría a ambos.

¿Pero un enamoramiento? Eso sí puedo permitírmelo.

—Aerin. No podemos ser. Necesito que lo entiendas.

Se inclina hacia delante y pone su mano en las almohadas, junto a mí. —Si tú no fueras tú y yo no fuera yo, ¿seríamos? Si te olvidaras de mi padre y de mi familia, del negocio y de tu juramento y de *todo*, ¿seríamos?

La miro fijamente a los ojos, sabiendo que debería mentir, sabiendo que debería cortar esto de raíz antes de llegar al punto de no retorno.

Pero tiene razón.

Morir sabiendo ella lo mucho que me importa es definitivamente preferible a morir en silencio.

—Ni una manada de lobos feroces podría mantenerme alejado — susurro con voz ronca.

Entonces sus labios cubren los míos y el mundo deja de girar.

Su suave aroma floral invade mis pulmones, el dolor en mi cráneo se desvanece y mi mente de repente está cristalina. Es casi doloroso.

Mi mano débil se aferra a las sábanas mientras levanto la otra y acaricio su suave mejilla. En segundos, mi corazón se acelera y el calor me inunda como si su beso estuviera encendiendo cada nervio dentro de mí y despertando cada una de las células que han estado dormidas estos últimos días.

—Aerin —jadeo con voz ronca cuando el beso se rompe—. Hay tanto que...

—Shhh —susurra ella—. Sé lo que vas a decir y no me importa. Olvídalo todo, ¿vale? Solo somos tú y yo. Necesito esto después de... después de *todo*. —Se echa hacia atrás y entonces, de repente, los dos nos quedamos helados.

Ha sido un beso.

Un beso sencillo y dulce.

Nada especial.

Y, sin embargo, estoy tan duro como una roca y no me he dado cuenta hasta que su peso se ha asentado de nuevo sobre mis caderas. Ella arquea las cejas y sé que lo siente.

—Vaya —murmura, mirando hacia abajo, entre nosotros—. ¿Estás...?

—¿Es la medicación? —bromeo suavemente—. Tal vez. No lo sé. Eres tú.

Aerin se acomoda un poco más y suelto un quejido, cerrando los ojos brevemente. —No te burlarías de un hombre herido, ¿verdad?

Abro los ojos y las manos de Aerin están en el dobladillo de su camiseta. —Sí, lo haría.

26

AERIN

Esto está pasando de verdad.

Tal vez debería parar. Falco no está precisamente en las mejores condiciones para algo así, pero me mira como si quisiera devorarme y un calor que no puedo ignorar empieza a nacer en el bajo vientre. Así que, en un arrebato de confianza que atrapo antes de que pueda escapar, me quito la camiseta por la cabeza y la tiro a un lado.

El corazón me late desbocado en el pecho, como si intentara liberarse del encierro de mis costillas. No puedo mirar a Falco a los ojos. Es un gesto muy audaz, pero ¿y si no le gusta lo que ve? ¿Y si es el tipo de hombre que solo aprecia de verdad un cuerpo esbelto con el vientre plano?

En cuanto ese pensamiento intrusivo me atraviesa la mente, lo desecho. Falco no es esa clase de hombre. Sus manos descansan ligeramente sobre mis muslos y, de repente, sus dedos se clavan en mi carne, obligándome a levantar la vista. En los últimos segundos, se le han oscurecido los ojos una barbaridad y tiene los labios entreabiertos mientras se me queda mirando. Cada medio segundo, baja la vista hacia mis pechos y vuelve a mis ojos, casi como si intentara no quedarse mirando fijamente.

Quiero que me mire fijamente.

—¿Cómo…? —grazno, y se me suben los colores a las mejillas al notar que las palabras se me atascan en la garganta—. ¿Cómo estoy?

—¿De verdad tienes que preguntarme eso? —La voz de Falco suena como si algo le apretara el cuello de lo ronca que la tiene. Con un rápido movimiento rosado, se pasa la lengua por el labio inferior —. Me estás torturando —añade—. Verte así cuando yo estoy de esta guisa.

—¿Debería parar? —me invade la preocupación, pero antes de que pueda ahuyentar el creciente calor del deseo, las manos de Falco vuelven a apretarme los muslos.

—Ni hablar —responde—. Pero... Aerin. Tu primera vez no debería ser así.

—¿Por qué no? —Apoyo una mano ligeramente en la cama mientras me inclino sobre él—. Tengo todo lo que quiero. Al hombre que quiero. La intimidad que quiero. El control del ritmo. ¿Qué más podría pedir?

—Pero…

Nuestras miradas se cruzan y veo en el fondo de sus ojos lo que quiere decir en realidad.

Él no cree que valga la pena romper esta regla por él. Si seguimos adelante, estamos firmando una sentencia de muerte para él y para mí.

—*Quiero* hacerlo —susurro, bajando hasta que nuestras narices se rozan—. Estuve a punto de perderte y eso me hizo darme cuenta de que eres lo único que quiero. No me importa nada más. Esto... me ha enseñado lo rápido que pueden cambiar las cosas, y no quiero nada más en mi vida que esto.

Falco ladea la cabeza, rozando suavemente su nariz con la mía.

—Pero —continúo en voz baja—, si quieres que pare, lo haré.

Sus manos ásperas se deslizan desde mis muslos hasta mi espalda. En el momento en que toca mi piel desnuda, un escalofrío me recorre la columna y me pone la piel de gallina por los brazos.

—Quiero —dice con voz ronca—. Lo que quiero...

Veo la tormenta en sus ojos, el debate interno entre el deseo y el deber.

Entonces me besa.

Levanta la barbilla y sus labios cubren los míos con el roce de su barba contra mi mentón. Manteniendo el equilibrio con un brazo, le acuno la cara con la otra mano y le devuelvo el beso. Es algo torpe y un poco desmañado mientras intento averiguar qué hacer exactamente con los labios a medida que el beso se alarga, pero se vuelve más fácil cuando Falco toma la iniciativa. Sus labios se entrelazan con los míos, besando primero el superior y luego el inferior. Entonces ladea la cabeza y su lengua recorre la unión de mis labios, animándolos a abrirse. En el instante en que lo hacen, su lengua se adentra en mi boca y yo suelto un pequeño chillido de sorpresa.

Falco se retira de inmediato contra la almohada, jadeando con fuerza. —Lo siento. ¿Ha sido demasiado?

—¡No! —niego con la cabeza mientras la decepción se hincha como una nube en mi estómago, mezclándose con el creciente dolor entre mis piernas—. Ha sido agradable, es solo que... —El calor me inunda las mejillas—. No sé qué hacer con la lengua.

Una sonrisa cálida y agradable tira de los labios de Falco hacia la derecha y desplaza una mano de mi espalda para apoyarla en el lado de mi cuello. —Es... es como cuando dices la palabra «low».

—¿Low? —repito.

—¿Ves cómo se mueve tu lengua si lo haces despacio?

—Low —repito, mucho más despacio—. ¿Así?

—Sí. Mueves la lengua así pero contra la mía, acompasándola al movimiento natural de tu mandíbula durante el beso.

Sus palabras avivan recuerdos de una vieja fantasía en lo más profundo de mi mente. Las lecciones de besos con un hombre sexy solían entretener mis pensamientos hasta bien entrada la noche cuando era adolescente.

—Déjame intentarlo otra vez —susurro.

Falco accede con una sonrisa, solo que esta vez me inclino para besarlo plenamente y que él no tenga que esforzarse en incorporarse para alcanzarme. Nuestros labios se encuentran y seguimos la misma danza hasta que su lengua me tienta para entrar en mi boca. Sigo sus instrucciones lo mejor que puedo, intentando

seguir el giro de mi lengua mientras la suya se desliza contra la mía. Con los ojos cerrados y un calor imposible creciendo entre nosotros, se vuelve más fácil a cada segundo.

El corazón me late con fuerza y cada delicado deslizamiento de su lengua contra la mía alimenta el fuego que me consume por dentro.

Siento que todos mis sentidos están alerta y soy hiperconsciente de todo lo que me rodea.

Las sábanas bajo mi palma, el roce de la barba de Falco, la firmeza de la cintura de mi falda alrededor de mi talle, la presión del tirante del sujetador contra mi hombro.

Cada beso aumenta la sensibilidad de mi cuerpo hasta que el fuego me lame la mente y un profundo latido pulsa entre mis piernas, rítmico con los latidos de mi corazón. Sin embargo, no me doy cuenta de lo excitada que estoy hasta que el beso se rompe con un suspiro y me siento sobre las caderas de Falco.

La presión inmediata de su cuerpo y la línea dura de su miembro contra mi sexo me envían una sacudida de placer. Es tan fuerte que aprieto los muslos por la impresión y Falco gruñe debajo de mí, volviendo a llevarse las manos a mis muslos.

—Oh, joder —jadea—. Eso solo ha sido un beso.

—Un beso muy bueno —gimo—. Ay, Dios, no puedo esperar más. ¿Puedo? Por favor...

Falco ya está asintiendo.

En este momento, nada más importa. Mi centro late con un calor que no puedo controlar y un profundo anhelo en mi interior me nubla el juicio. Solo hay una cosa que quiero.

A Falco dentro de mí.

Moviéndonos en la cama, trabajamos juntos para bajar las mantas y luego sus pantalones de chándal, dejando su miembro erecto al aire. Se me corta la respiración al verlo y ambos nos detenemos.

Técnicamente, no es el primero que veo, pero en la vida real es muy diferente. Es firme y largo, con gotas de humedad asomando en la punta oscura e hinchada, y suaves rizos de vello oscuro

anclados en la base. No es mi intención quedarme mirando, pero de alguna manera todo en él es perfecto.

—Vas a hacer que me dé vergüenza —grazna Falco, haciéndome ver que me he quedado embobada mirando su polla.

Para tranquilizarlo, rodeo de inmediato el tronco con la mano y un gemido escapa de sus labios. Echa la cabeza hacia atrás sobre la almohada y jadea con rapidez. En el fondo de mi mente, temo vagamente que le pase algo a sus puntos, pero estoy demasiado perdida en el deseo como para hacer algo al respecto.

Confío en que Falco conoce sus límites.

—¿Es raro que piense que es bonito?

Falco suelta una carcajada, tapándose la boca con una mano, y me mira con tal adoración que se me derrite el corazón. —No. Pero eso es sin duda una novedad.

—De verdad creo que es bonito. —Para demostrarlo y satisfacer mi propia curiosidad, me inclino y presiono rápidamente un suave beso en la corona sedosa, retirándome con el repentino sabor nuevo y ligeramente salado del líquido preseminal en mis labios. Eso no hace más que inflamar mi deseo; vuelvo a subirme a su regazo, me levanto la falda y me quito las bragas. Una parte de mí es demasiado tímida para quitarse la falda por completo y Falco no me presiona para que lo haga.

—Aerin. —Su voz pronuncia mi nombre de forma profunda y gutural, casi como una oración.

Levanto la vista hacia él y nuestras miradas se entrelazan. —¿Mh?

—Confía en ti —dice—. Ve despacio.

Ir despacio es fácil en teoría, pero nunca he estado tan excitada ni con mis propios pensamientos ni con mis dedos. Lo más cerca que estuve fue aquel episodio borracha en la ducha, pero incluso entonces solo me tocó unos instantes antes de que me corriera. Esto es diferente.

Me incorporo, tanteo por debajo hasta encontrarlo y lo sitúo para poder ajustarme y ver dónde nos encontramos. Sus manos suben y bajan por mis muslos; cada zona áspera de su palma deja rastros de calor en mi piel.

Casi no puedo respirar de lo mucho que deseo esto. Todos los demás pensamientos huyen de mi mente mientras me hundo y, en el momento en que la punta de su miembro toca mi sexo, el corazón se me sube a la garganta.

¡De verdad estoy haciendo esto!

Los primeros centímetros de su longitud dentro de mí son... extraños. No hay palabra para describir la presión o el ansia de su miembro abriéndome paso. Es más que mis dedos, mucho más ancho que cualquier cosa que haya tenido dentro antes, pero la sensación es extrañamente... adictiva. Cierro los ojos y me concentro enteramente entre mis piernas mientras me hundo y tomo un poco más.

Está dentro de mí. Ese peso espeso y embriagador que nos conecta. Otro poco más y empiezo a temblar por todas partes, empezando a tener dificultades para mantenerme erguida mientras me muevo así de despacio. Cuanto más profundo llega, más oscilo instintivamente entre que es demasiado y que no es suficiente.

Lo de que no es suficiente acaba ganando.

Un par de centímetros más y, de repente, estoy sentada totalmente en su regazo con su miembro tan profundo dentro de mí que parece que me llega al estómago. Jadeo y abro los ojos.

El rostro de Falco está contraído por el placer, con el labio inferior mordido y el ceño fruncido, pero me observa con intenciones oscuras. Cuando nuestras miradas se cruzan, sonríe.

—Madre mía, Aerin —gruñe—. Pareces de seda.

—¿Eso es bueno? —jadeo.

Falco ríe suavemente. —¿Que si es bueno? Cielo, es *increíble*.

Cielo.

Mi corazón se derrite y me inclino hacia delante para besarlo. Pero, al hacerlo, su miembro se desliza un milímetro fuera de mí y un destello de placer me atraviesa todo el cuerpo, arrancándome un suave gemido de la garganta. Me tapo la boca alarmada. ¿De dónde diablos ha salido eso?

Las manos de Falco se desplazan a mi cintura para sujetarme, y se le marca la mandíbula incluso a través de la barba por cómo aprieta los dientes. —¿Estás bien?

—Estoy bien —jadeo—. Es solo que... ¿lo estoy haciendo bien?

—Eres adorable. —El esfuerzo en su voz es evidente y su agarre se tensa—. Haz lo que te parezca correcto. Lo que necesites, yo...

Lo hago callar sentándome de nuevo y recuperando ese centímetro dentro de mí. Pone los ojos en blanco y el orgullo se hincha en mi pecho.

Me cuesta unos cuantos intentos encontrar el ritmo. El dolor de sentirme estirada es como el de un moratón, pero no es del todo desagradable, y palidece en comparación con las sacudidas de placer creciente con cada balanceo de mis caderas. Su miembro acaricia cada nervio de mi interior, y cada movimiento hacia abajo añade una presión deliciosa a mi clítoris. Se convierte en un juego de averiguar exactamente cómo posicionarme y, a medida que el placer aumenta y encuentro el ritmo que me gusta, todo cambia.

Buscar el placer se convierte en mi único objetivo.

Arriba y abajo, adelante y atrás, cabalgo sobre Falco con toda la desesperación de la que me atrevo. Cada vez que me muevo con demasiada fuerza o rapidez, me advierte con suavidad, y encontramos un equilibrio que nos satisface a ambos mientras evitamos que él sienta dolor.

Nada más en el mundo importa.

Estamos él y yo.

Es todo lo que quiero.

Es todo lo que siempre he querido.

Es más que un encaprichamiento, tiene que serlo. ¿Y la forma en que Falco me mira? ¿La forma en que me acaricia los muslos y me susurra palabras de elogio con dulzura? Soy algo más que una obligación para él.

Lo sabía.

Mi orgasmo llega sin previo aviso y me pilla por sorpresa; no es para nada como lo que he visto por internet. Se me corta la respiración, mi cuerpo se tensa y el placer explota en mi interior con una intensidad que no había experimentado *jamás*. En lugar de gemir ruidosamente, es como si estuviera atrapada en una burbuja y suspendida solo para experimentar una ola tras otra de éxtasis recorriéndome. Falco se estremece y gruñe debajo de mí, llegando a

su fin casi al mismo tiempo que yo. Entonces, una vez que mi orgasmo me libera de su agarre, por fin soy capaz de respirar y mil escalofríos me recorren el cuerpo.

Agotada y bañada en sudor, me inclino hacia delante y me dejo caer hacia un lado sobre la cama. El miembro de Falco, que ya se está ablandando, se desliza fuera de mí en un flujo cálido y húmedo, y aterrizo a su lado, temblando. En la medida de sus posibilidades, me rodea de inmediato con su brazo bueno y nos tapa a los dos con las mantas.

—¿Estás bien? —pregunta, con la voz aún teñida de deseo—. ¿Algún dolor? ¿Te sientes bien?

—Me siento... —Mi mente sigue aletargada mientras me acurruco contra él y mi cuerpo continúa teniendo espasmos mientras las réplicas del placer me recorren—. Me siento de maravilla. Ha sido... ha sido muy, muy bueno.

—Vaya que sí —ríe él sin aliento y me besa la frente—. Lo ha sido.

—¿Me prometes una cosa? —Ladeo la cabeza y lo miro fijamente.

—Lo que quieras.

—Prométeme que nunca me dejarás. Prométemelo.

Tras un aterrador momento de silencio, asiente. —Te lo prometo.

27

FALCO

Los días siguientes son los mejores de mi vida.

La recuperación es lenta pero fácil con Pidge, Rex y Bullet cerca. Les agradezco como mejor puedo que aparecieran cuando lo hicieron, sabiendo muy bien que ayudaron a Aerin a salvarme la vida. Sin ellos, me aterra pensar qué le habría pasado a ella.

La herida de arma blanca en mi vientre es un dolor viejo y familiar. No es la primera vez que me apuñalan y probablemente no será la última. Mi brazo es harina de otro costal. Después de que Aerin llame a casa para prolongar la estancia en la cabaña una semana más, para horror de su madre, Bullet pasa dos días enteros trabajando en mi brazo. La concertina cortó profundamente, desgarrando piel y músculo como un cuchillo caliente en mantequilla, y hay un momento escalofriante en el que mis dedos no se mueven como necesito que lo hagan.

Afortunadamente, ese momento pasa y la falta de movimiento se atribuye a la rigidez. Bullet completa su prueba de mi brazo y mano varias veces hasta que queda satisfecho. Por pura chiripa, no he perdido ninguna función motora ni sensibilidad importante, más allá de un leve entumecimiento cerca del codo. La recuperación será lenta, pero ya estoy en proceso de mejoría. Para cuando finalmente

nos marchamos de la cabaña, despidiéndonos de Pidge y sus amigos, soy capaz de hacer casi todo lo que necesito con ese brazo.

Incluyendo sostener la mano de Aerin.

He roto las reglas. Si Guido se entera alguna vez, estoy muerto.

Pero no he podido resistirme.

Ella me salvó la vida. Me cuidó hasta que recuperé la salud y estuvo allí diciéndome que le importaba. Debería haberme mantenido fuerte y haberme negado, pero en ese momento lo único que quería era su amor y su afecto. Había estado a punto de morir y lo único que ansiaba era fingir que era normal y capaz de pasar tiempo íntimo con la mujer que amaba.

Puede que termine siendo el peor error de mi vida, pero merece la pena.

Si Pidge o alguno de los otros se han dado cuenta de lo que hemos hecho, por respeto nunca han dicho nada. Y tras una breve charla, Aerin ha comprendido la gravedad de las consecuencias si alguien llegara a enterarse. Pero está feliz.

Se le nota en la cara cuando regresamos a la finca y su madre aparece como un torbellino, convencida de que el nuevo brillo en los ojos de su hija se debe a las dos semanas que ha pasado en la naturaleza. Me gustaría seguirla, pero tengo que darle a Guido el informe detallado del intento de asesinato.

—¿Te duele? —Guido está de pie frente a mí, con un vaso en la mano, y observa las heridas en proceso de curación de mi brazo.

—Tomo analgésicos fuertes, señor. Es extraño mirarlo a los ojos sabiendo que me he follado a su hija. El secreto anida en mi corazón como un susurro que acuno con la mayor delicadeza posible.

—Gracias por salvar a mi hija de nuevo, Falco. Has hecho por mí más de lo que jamás podrías imaginar.

No tiene ni idea.

—Es mi trabajo, señor.

—Lo sé. Pero estás dando mucho para mantenerla con vida. Te estoy agradecido. —Suspira profundamente y se pasa una mano por la cara—. ¿Cómo os encontraron?

—No tengo ni idea, señor. Registré sus cuerpos después de despertarme, pero no encontré nada. Pidge y Rex recogieron ADN,

huellas dactilares y más cosas, pero no pudieron encontrar a esos hombres en ningún sistema, ni tampoco tatuajes que los identificaran con ninguna familia. Eran, esencialmente, fantasmas.

Pero Pidge está decidido a llegar al fondo del asunto.

—Deben de ser los italianos —murmura Guido, apurando su vaso mientras se aleja de mí y camina hacia el mueble bar.

—¿Los italianos, señor?

—Mi trato con ellos está en su fase final, Falco. No tienes ni idea de lo importante que es. Una vez que Aerin esté casada con esa ratita irlandesa, seremos la familia más poderosa de Nueva York. Todo el mundo quiere una tajada. Esa tiene que ser la razón por la que ella es el objetivo.

Mierda.

Me he olvidado por completo de los irlandeses y de las próximas nupcias de Aerin con ese bastardo irlandés. Hombres a los que solo les importa que sea una virgen intacta, como si eso aportara algo a su valor como persona.

Solo que ya no lo es.

Ella es mía.

Yo he sido el primero. Nadie podrá quitarnos eso jamás.

—¿Sospecha de sabotaje, señor? —pregunto, manteniendo cautelosamente un tono de voz uniforme.

—Tiene que ser eso. ¿Por qué si no iba a ser ella? He comprobado discretamente con el capitán irlandés y nadie ha intentado masacrar a su hijo. Solo a mi hija. Y la violación... bueno, la violación que no ocurrió. Esos bastardos intentan arruinarla. Nosotros somos el objetivo aquí, ¿no lo ves? —Se vuelve hacia mí con una copa recién servida y me la ofrece, pero la rechazo—. Haré que Giacomo empiece a investigar a los italianos. Esos capullos nunca han podido dejar que otro haga un trato sin intentar llevarse una parte.

—¿Están en el mismo negocio?

—No —suelta Guido con desdén, bebiendo un trago largo—. Pero eso nunca los ha detenido antes. —Se acerca a la ventana y contempla los jardines, negando con la cabeza—. Soy viejo, Falco. Mi salud está... —Se calla un momento y vuelve a mirarme—. Aerin

es mi futuro, ¿entiendes? Es el futuro de esta familia. No puedo permitir que le pase nada.

—No pasará nada, señor —digo mientras me pongo en pie—. Tiene mi palabra.

—Sí —asiente él—. Y tu juramento.

Ese juramento será mi muerte.

Las siguientes semanas pasan en un suspiro. Aerin se ve envuelta en los preparativos de la boda con su madre, mientras yo me concentro en recuperarme y en tratar de encontrar una conexión entre todos los ataques contra la vida de Aerin. Unas cuantas llamadas secretas a Pidge me informan de que ellos tampoco están teniendo suerte. Cada grupo de hombres puede rastrearse, con cuidado, hasta mercenarios a sueldo, lo que apoya mi creciente teoría de que no es otra familia la que intenta sabotear a Aerin, sino alguien de dentro.

Alguien que conoce sus movimientos y su valor. Alguien que sabe no solo cómo llegar a ella, sino también mi nivel de habilidad, porque los hombres que vinieron a la cabaña estaban excepcionalmente entrenados. Todo el mundo se convierte en sospechoso, desde los guardias nocturnos hasta el chef. Todas las personas con las que Aerin interactúa, todos los que me prestan un segundo de atención que se prolonga demasiado... sospecho de todos.

Los días pasan y la investigación se suaviza, como siempre, por Aerin. Miradas furtivas aquí y allá, contacto cercano mientras entrenamos y boxeamos en el gimnasio, besos robados en el silencio de la noche en una habitación en penumbra, escondidos bajo sus mantas para que nadie pueda vernos, ni siquiera por el circuito cerrado de televisión. Cada caricia es un riesgo, cada beso es una sentencia de muerte, pero soy incapaz de resistirme.

El poder que tiene sobre mí no se parece a nada que haya sentido en toda mi vida.

La amo.

Y daría mi vida sin dudarlo para salvarla.

Un día, mientras estoy sumergido en datos de GPS y en el historial de cada conductor que ha trabajado en la finca, algo capta

finalmente mi atención.

Hay una persona con motivos, una persona en lo más profundo de la finca que no solo tiene los medios, sino también la razón y la capacidad de atacar a Aerin en todos los lugares donde fue asaltada, y de atraerla fuera de la finca y llevarla a cualquier situación en la que su vida acabe estando en peligro.

Una persona que pasa desapercibida para todos porque se la ve o como una desgracia inútil o como un peón intercambiable.

Una persona en la que Aerin confía más que en nadie.

Giacomo.

El rostro de su hermano me devuelve la mirada desde las grabaciones del circuito cerrado del bar, y se me revuelve el estómago. Él estaba en el restaurante la primera vez que la atacaron. No hicieron su movimiento hasta que él estuvo allí, lo que fácilmente lo hace parecer un objetivo potencial. Él la llevó al club nocturno y la abandonó la noche en que ella estaba tan desesperada por llamar la atención. Incluso la atrajo a almorzar e intentó deshacerse de mí antes de ir al bar del que se la llevaron.

Y él le dio las llaves de la cabaña.

Hay un puñado de guardias que también encajan en los criterios de conocimiento, pero ninguno de ellos tiene la motivación que tiene Giacomo. Al fin y al cabo, él solía ser el heredero de la finca hasta que Guido se hartó de sus gilipolleces y nombró a Aerin en su lugar. Él afirma que no le importa, pero quizá sea una fachada.

Apartándome del escritorio, saco mi segundo teléfono de la bota y leo un mensaje codificado de Pidge. Ha encontrado algo. Marco el número de Pidge, pero antes de que conecte, un grito corta el aire y mi corazón se detiene en mi pecho.

¡Aerin!

Abandonando mi teléfono, salgo disparado del despacho hacia el salón, donde Aerin está en el suelo, acurrucada contra la pared con lágrimas corriendo por su rostro mientras su madre está de pie sobre ella, con una expresión de horror y asombro.

—Aerin, ¿qué pasa? —exige, con la voz temblorosa mientras aprieta una cinta métrica en su mano. Varios guardias más entran en

la habitación, con las armas en alto, pero al no ver ninguna amenaza, las bajan.

Llego al lado de Aerin en segundos y caigo de rodillas. —¿Aerin? ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

28

AERIN

En el momento en que Falco aterriza a mi lado, me aferro a él y las lágrimas me caen por las mejillas. —Haz que... haz que pare —balbuceo, incapaz de frenar el temblor que me recorre como una ola. Siento como si fuera a deshacerme por las costuras.

—¿Qué ha pasado? —La voz de Falco suena más dura mientras se gira hacia mi madre, posicionándose entre ella y yo, de modo que muevo las manos para aferrarme a su espalda.

—¡No tengo ni idea! —dice mi madre—. Simplemente estaba tomando medidas para los arreglos del vestido porque he notado que ha perdido un poco de peso. Estaba enrollando la cinta métrica alrededor de su brazo y, de repente, se ha vuelto loca.

Mi corazón late con tal fuerza que parece que va a partirme la caja torácica por la mitad, el estómago se me revuelve de náuseas y, cada vez que cierro los ojos, solo veo destellos del brazo de Falco cortado por el cable. Es como si me hubieran arrastrado de vuelta a aquella noche en la cabaña, sin saber si alguien llegaría a tiempo para salvarnos.

Al abrir los ojos, me encuentro con el rostro reconfortante de Falco. Tensa la mandíbula mientras me mira de arriba abajo. —Aerin. Mírame.

A través del velo de lágrimas, lo hago.

—Respira hondo. Como yo. ¿Ves? —Toma una inspiración lenta y exagerada.

Lo imito lo mejor que puedo, pero el resultado son más bien jadeos cortos y bruscos en lugar de una respiración profunda. Siento el pecho demasiado apretado.

—Otra vez —me ordena, repitiendo lo que ha hecho antes.

Hago lo mismo. Seguimos así durante unos largos minutos hasta que, ya sea por la respiración o por la distracción de su presencia, mi pecho me permite tomar una bocanada profunda de aire y retenerla sin sentir que voy a explotar.

—¿Te ha recordado a la cabaña? —pregunta en voz baja.

Solo puedo asentir.

—¿Qué está pasando? —exige mi madre—. ¡Habladme, maldita sea!

—La cinta alrededor del brazo le ha provocado un ataque —explica Falco mientras se pone de pie—. La ha llevado de vuelta a la cabaña y se ha asustado.

—Pero a ella no le pasó nada en el brazo —comenta mi madre, apretando su collar—. Así que, ¿por qué es eso un problema?

—No hace falta tener una relación directa con una lesión traumática para quedar traumatizado por el hecho de que ocurra. Aerin fue testigo de cómo sucedió y es la única razón por la que aún conservo mi brazo. Eso deja huella, por mucho cuidado que tengas.

—No seas estúpido —dice mi madre—. Está perfectamente bien.

—¡Mamá! —exclamo, incorporándome lentamente. Falco se tensa y me tiende el brazo para apoyarme; lo cojo para mantenerme firme —. No sabes lo aterrador que fue. Me has apretado la cinta en el brazo y... y cuando me he dado cuenta, estaba otra vez en esa cabaña y había sangre por todas partes y yo sola... —Me interrumpo al ver que no hay ni un ápice de comprensión en sus ojos—. ¿Nunca te ha afectado nada de lo que has visto?

—No, cariño. Porque soy una persona adulta.

Falco se tensa ante mi contacto, pero no habla.

—Entonces supongo que yo aún no lo soy —murmuro con voz temblorosa.

—¿De verdad es así como quieres comportarte cuando estás a punto de casarte? —Hace un chasquido con la lengua mientras se alisa el vestido con la mano—. Espero más de ti, cariño. No puedes actuar así delante de los irlandeses.

¿De verdad es lo único que le importa? Por sorprendente que sea, no me pilla desprevenida.

—Tienes razón —respondo, ignorando cómo los ojos de Falco se clavan en mí—. Creo que necesito dar un paseo.

Mientras me alejo, mi madre vuelve a chasquear la lengua y chasquea los dedos. —¡Pues vete con ella! ¿No es para lo que te pagamos?

No entiendo cómo Falco mantiene la compostura ante semejante trato. Pero con sus órdenes de seguirme, ya no parece arriesgado cogerle del brazo mientras salimos al jardín. Caminamos en silencio hasta que nos adentramos entre los arbustos y los árboles, rodeando el camino hasta llegar a las estatuas de arcilla del final, que custodian desde lo alto los edificios más pequeños donde se alojan otros guardias en el valle.

—¿Estás bien? —pregunta Falco con tanta sinceridad que casi empiezo a llorar de nuevo.

—No sé qué ha pasado —murmuro—. Estaba bien y, de repente, he dejado de estarlo. He sentido náuseas, frío y calor, todo a la vez. Era como si mi piel se estuviera apretando a mi alrededor; he parpadeado, he visto sangre y simplemente...

—Está bien —me consuela Falco—. No necesitas justificarlo. Has pasado por mucho, y los desencadenantes pueden surgir cuando menos te lo esperas. Además, no siempre tienen sentido, pero el estrés postraumático es complicado.

—Pero ella tiene razón —digo mientras nuestro camino nos lleva hacia los garajes—. Te pasó a ti, no a mí.

—Tonterías —responde al instante—. Tú estabas allí. Tuviste que enfrentarte a más cosas de las que han tenido que afrontar incluso algunos soldados con los que serví. No minimices tu trauma de esa manera, Aerin. No te curarás si lo haces.

—¿Curarme como tú? —señalo con una sonrisa—. No creas que no me doy cuenta de que no duermes, o de que entrenas hasta el

agotamiento, o de cómo te sobresaltas con los ruidos fuertes.

Falco me mira, frunciendo el ceño, y luego asiente. —Vale, de acuerdo. Úsame como mal ejemplo.

—O sea, que lo admites.

—¿Admitir qué?

—¿Que tienes estrés postraumático?

Falco mantiene abierta la puerta del garaje y yo paso por debajo de su brazo. —¿Cómo hemos acabado hablando de mí?

—Se me da muy bien desviar la atención.

—Ya lo veo. ¿Te encuentras bien?

Asiento despacio. —El paseo ha ayudado. Es solo que... hay mucha presión. Siento que no puedo respirar cuando estoy cerca de mi madre. La boda y todo lo demás son, de algún modo, más aterradores que lo que ocurrió. No quiero casarme con él. No quiero hacer otra cosa que no sea esto...

Ocultos dentro del garaje, deslizo la mano por el brazo de Falco y le tomo la mano. Pero justo cuando me inclino para buscar sus labios en un beso reconfortante, él pone la otra mano en mi hombro y me detiene.

El corazón se me cae a los pies como una piedra.

—No podemos —dice en voz baja.

—¿Qué? —De repente, las ganas de llorar me suben por la garganta y trago saliva con dificultad—. Pero tú... dijiste que sentías algo por mí y ahora, ¿qué? ¿Me has visto desmoronarme un segundo y ya no te intereso?

De pronto, Falco me agarra los hombros con fuerza con ambas manos, lanza una mirada al garaje vacío y luego me sostiene la mirada. —No, Aerin. No estoy diciendo eso. Tenemos que tener cuidado, eso es todo. ¿Todo lo que dije en la cabaña? Es verdad y no se ve afectado por lo que estás pasando. Estoy aquí para ti. Siempre. Te lo prometí. Solo tenemos que tener cuidado—.

En un instante, se aleja de mí mientras la puerta que hay detrás de nosotros se abre de par en par y Giacomo entra a grandes zancadas. —¿Aerin? Ah, ahí estáis. Me ha parecido veros entrar aquí a los dos.

Me quedo mirando a mi hermano, muda por la impresión, mientras una oleada de calor me recorre el cuerpo como si acabaran de prenderme fuego.

Casi nos pillan. Quiero a mi hermano, pero no se sabe qué haría si descubriera lo que Falco y yo tramamos. Giacomo es el único que siempre ha estado de mi lado, pero he visto el esfuerzo que hace por intentar volver a ganarse el favor de papá.

—Sí, perdona. Quería que me diera el aire, pero luego fuera me sentía demasiado expuesta —explico a toda prisa.

—Mamá me ha contado lo que ha pasado. —Giacomo se acerca con el ceño fruncido, profundamente preocupado—. Lo siento mucho, enana. No me puedo creer que haya pasado algo tan horrible como eso.

Las lágrimas asoman en el rabillo de mis ojos. —No pasa nada.

—Y tú. —Giacomo mira a Falco y se fija en su brazo—. Joder, tío. Te dejaron hecho polvo. Me impresiona que sigas andando.

Falco se aclara la garganta. —Su hermana tiene talento.

—¿Y nunca nos pedisteis ayuda? —Su atención vuelve a centrarse en mí—. ¿Tienes idea de lo asustado que estaba al oír que unos tipos asaltaron la cabaña y casi os matan? Y tú estabas allí arriba, completamente sola, sin nadie que te ayudara.

El dolor en su voz hace que me lance hacia él, ansiosa por calmar sus preocupaciones. —¡Está bien! De verdad que estoy bien, y Falco me salvó. Él los mató a todos y yo estuve a salvo. Además, nos protegió un ami—.

—Aerin —me interrumpe Falco con un tono brusco—. Siento interrumpir, pero deberíamos llevarte de vuelta con tu madre.

Frunzo el ceño, pero antes de que pueda decir nada más, Falco me pasa un brazo por los hombros y prácticamente me arrastra fuera del garaje. —¿Pero qué demonios estás haciendo?

—Estabas a punto de soltar cosas que es mejor mantener en secreto —responde con severidad.

—¡Pero si es Giacomo! Es el único aquí al que le importo una mierda.

—Escucha... —Falco me hace subir deprisa por el camino y se detiene una vez que estamos a una distancia prudencial del garaje

—. Solo digo que, cuanta menos gente sepa lo que pasó, mejor. Hasta que no sepamos cómo consiguen encontrarte y tomarte como objetivo... Es más seguro. No quiero que vuelvan a hacerte daño, Aerin. Por favor, confía en mí.

La intensidad de su mirada es suficiente para aplacar la discusión que me subía por el pecho. —Vale. Lo siento. No diré ni una palabra a nadie, ni siquiera a Giacomo.

—¿Lo prometes?

Recordando al instante nuestro momento en la cabaña, sonrío suavemente y asiento. —Lo prometo.

29

FALCO

Con Aerin a salvo en su habitación, mis sospechas sobre Giacomo enviadas en un mensaje cifrado a Pidge junto con la petición de que me llamara con la información que hubiera encontrado, y Guido cantando mis alabanzas por proteger una vez más a su hija de asesinos desconocidos, las cosas finalmente empiezan a calmarse.

Excepto que Pidge no me responde al mensaje.

Tampoco me responde al día siguiente. Llamo una vez desde una cabina frente a la boutique a la que Allegra arrastra a Aerin para comprar zapatos nuevos.

Pidge no contesta.

Esto no es propio de él.

Aunque la comunicación entre nosotros es limitada, el mensaje cifrado que envié anoche debería provocar una respuesta igualmente cifrada. Para cuando llega la noche y escolto a Aerin a su cuarto, la preocupación se ha convertido en un nudo pesado en mi estómago. Permanece ahí todo el camino de vuelta a mi propia habitación, después de ordenar al guardia de noche que me despierte en cuatro horas.

Le llamo de nuevo, esta vez desde mi teléfono privado.

Da señal hasta que se corta, y el peso en mis entrañas aumenta.

El sueño me esquiva.

¿Debería estar preocupado? Pidge es un hombre inteligente y sabe cuidarse solo, pero el ataque en la cabaña demostró que nos enfrentamos a alguien dispuesto y capaz de llegar a extremos increíbles. ¿Podría ese alguien haber rastreado la cabaña hasta dar con Pidge? O peor aún, ¿ha descubierto alguna de las familias para las que trabajan Bullet o Rex que ayudaron a una familia ajena a su círculo?

¿Qué demonios habrá encontrado?

Mi pulgar sobrevuela el botón de llamada por tercera vez después de haber marcado una línea de tanto caminar sobre la alfombra. No puedo llamarle. Tengo que verle.

Algo no va bien.

Mientras cojo una camisa limpia del armario, unos nudillos golpean suavemente mi puerta, y los nervios de mis hombros saltan como si fuera un disparo. Acercándome a la puerta con cautela, la abro despacio para encontrar al guardia de noche allí de pie, bostezando.

—¿Qué pasa?

Se frota un ojo mientras me mira. —Dijo que viniera a buscarle después de cuatro horas —dice con el ceño fruncido—. Han pasado cuatro y media.

¿De verdad me he pasado cuatro horas caminando por la habitación en lugar de dormir? Joder. Aerin tenía razón.

—Gracias. —Haciéndole a un lado, me echo la camisa a la espalda y me la abrocho rápidamente mientras bajo por el pasillo y subo las escaleras hacia la habitación de Aerin. El guardia de patrulla del turno provisional me saluda con una sonrisa educada y vacía, y se retira cuando llego. Respirando hondo para calmarme, llamo suavemente a la puerta de Aerin y la abro, totalmente preparado para despertarla con dulzura.

En su lugar, Aerin está incorporada contra las almohadas con la lámpara de la mesilla a baja intensidad y un libro abierto en el regazo. —¿Falco? —Sus ojos se agrandan de inmediato—. ¿Va todo bien?

—¿Por qué estás despierta?

—No podía dormir. Demasiado en qué pensar.

—¿Sobre qué?

—El futuro. La cabaña. Mi madre. La boda. Todo. —Aprieta los labios mientras suspira, luego me mira de arriba abajo y la preocupación se refleja en sus ojos—. ¿Qué ocurre?

—Yo... —Las palabras se me atascan en la garganta y sacudo la cabeza—. Ya que no puedes dormir, ¿por qué no vamos a dar una vuelta en coche? El aire de la noche podría despejarte la cabeza.

Hay un momento en el que Aerin parece totalmente confundida, pero mi expresión debe de haberla convencido porque un segundo después está apartando las mantas de la cama. —Es exactamente lo que estaba pensando. Menos mal que estás despierto; si no, habría tenido que llamar a uno de los chóferes.

—No te dejaría irte sin mí.

—Lo sé. —Sonríe, dirigiéndose al baño—. Dame diez minutos.

Veinte minutos después, conducimos por la ciudad mientras en la finca todos creen que ambos estamos durmiendo. No confío en ninguno de los guardias lo suficiente como para decirles que voy a sacar a Aerin, pero le he dejado un mensaje a Guido personalmente, por si llegara a preocuparse por el paradero de su hija.

—Ahora que estamos a kilómetros de casa —dice Aerin mientras reprime un bostezo—, ¿te importa decirme de qué va esto?

—Pidge.

Se tensa de inmediato. —¿Ha pasado algo?

—No lo sé. —Revelar mis temores solo la asustaría, pero ella no insiste más. En su lugar, se incorpora un poco más y mira por la ventana hacia las calles que pasan.

Está distinta desde lo de la cabaña.

Es sutil, pero está ahí. Sus aristas se han afilado y sus sombras se han oscurecido. No es de extrañar, teniendo en cuenta lo que tuvo que hacer para salvarme la vida. Tratarla como si todavía fuera frágil me parece... incorrecto.

—No me ha respondido —digo finalmente—. Debería haberlo hecho y no lo ha hecho.

—¿Te preocupa que le haya pasado algo? —Aerin sonríe con dulzura—. Es inteligente y capaz. Hasta yo lo he visto y no le

conozco tanto. Si ha pasado algo, apuesto a que ya está a mitad de camino de solucionarlo.

—Espero que tengas razón.

El apartamento de Pidge está a oscuras cuando llegamos. Aparco a una calle de distancia, caminamos el resto del trayecto, pero nos demoramos en la calle bajo la sombra de una farola fundida para vigilar su portal. No hay señales de vida, ni coches aparcados en la calle, ni indicios de que alguna ventana oculte a alguien vigilando. Una vez que estoy seguro de que el camino parece seguro, cojo la mano de Aerin y caminamos por la calle como una pareja.

Solo nos soltamos cuando llegamos a la puerta del apartamento de Pidge. Me apresuro por el camino y levanto la mano para llamar a la puerta cuando Aerin me agarra del brazo y me detiene. Al mirarla, su expresión de preocupación lo dice todo.

Llamar es una estupidez.

No estoy pensando con claridad.

—Intentémoslo por detrás —susurra Aerin. Me guía de vuelta por los escalones y rodeamos el lateral del edificio. La entrada trasera de Pidge es probablemente más peligrosa que la delantera, pero de algún modo atravesamos el desordenado patio trasero sin problemas. Cuando llegamos a la puerta, Aerin me sonríe. —Cuando estabas en coma, me habló de las trampas que había montado —explica—. Tiene muchas formas de mantenerse a salvo. Incluso me enseñó a preparar un cable trampa, aunque mi versión fue... terrible.

Parece que me perdí muchas cosas mientras estaba inconsciente.

Aerin se inclina entonces por delante de mí hacia el impecable alféizar que hay bajo la ventana trasera. Con sus ágiles dedos, palpa bajo la madera hasta que un sutil clic llega a mis oídos. Un pequeño panel cae sobre su palma, seguido de una pequeña llave dorada.

—¿Hay algo que *no* te haya contado?

Ella sonríe con picardía y se encoge de hombros mientras introduce la llave en la cerradura. —Es bastante hablador si le haces preguntas.

La cerradura hace clic y el humor desaparece cuando la puerta se abre unos centímetros. Colocando a Aerin detrás de mí, saco mi

pistola de la cintura y empujo la puerta tan despacio como me atrevo. Mi primer paso al interior hace que mi corazón palpite con fuerza mientras un olor dolorosamente familiar me asalta de inmediato la nariz.

Sangre.

Con Aerin caminando lentamente detrás de mí, atravesamos una cocina vacía y un pasillo desierto. El aire frío se aferra a mi piel expuesta como dedos gélidos que intentan apartarme de lo que ya sé que hay tras la puerta del salón.

Puedo olerlo.

El silencio aquí es denso. Cada aliento lucha por encontrar espacio contra los latidos acelerados y fuertes de mi corazón. Al llegar a la puerta, agarro el pomo y mantengo mi pistola levantada y cerca del pecho. Aguardando apenas un segundo, templo cada nervio que amenaza con estallar y abro la puerta.

No puedo respirar.

Pidge está sentado en el sofá de su salón, con su portátil apoyado junto a él sobre un cojín del revés. Sus ojos están cerrados, su cabeza apoyada contra el respaldo y su boca entreabierta.

Hay un único agujero de bala entre sus ojos, vibrante contra la palidez cenicienta de su piel. No gotea sangre de la herida porque Pidge ya estaba muerto cuando le dispararon en la cabeza. Su torso está acribillado a balazos, su ropa desgarrada y empapada de un carmesí que también se filtra por el sofá y por el suelo a sus pies inertes.

La bala en la cabeza era un mensaje.

Un suspiro extraño y entrecortado se me escapa mientras contemplo, inmóvil, la forma fría y muerta de Pidge.

Era mi amigo. Era el único que me aguantaba. Me cubría las espaldas y yo... yo se las cubría a él.

Se suponía que *debía* habérselas cubierto.

De repente, las manos cálidas de Aerin acunan mi cara y me obliga a mirarla. No sale ningún sonido de sus labios en movimiento, así que frunzo el ceño y finalmente parpadeo para disipar el ardor de mis ojos.

—...¿puedes hacerlo?

—¿Qué? —grazno.

—Registra el apartamento —dice ella, frunciendo el ceño mientras la tristeza inunda sus ojos—. Necesito que registres el apartamento y te asegures de que no hay nadie más aquí. ¿Puedes hacerlo por mí?

¿Cuánto tiempo ha estado hablándome sin que yo la oyera?

Nunca me había considerado un hombre que se dejara impresionar fácilmente, pero esto me atrapa como una mordaza y no me suelta. Cada sensación en mi interior se vuelve insensible y fría, pero me obligo a asentir.

Concéntrate.

Protege a Aerin.

Registra el apartamento.

—Quédate aquí —le digo, y luego me aparto del salón.

Pidge está muerto.

¿Cómo *cojones* puede estar muerto?

El resto de su apartamento está exactamente igual que la última vez que estuve aquí. Cada habitación está vacía, llena de sus pertenencias por aquí y por allá, pero no hay trampas, ni asaltantes, ni indicios de que hubiera pelea alguna antes de su ejecución.

Para cuando regreso al salón, puedo sentir mi corazón latiendo de nuevo.

—He llamado a Bullet y a Rex —dice Aerin—. No sabía los códigos ni nada, así que solo les he pedido que vinieran a tomar algo. Están de camino.

—¿Están bien? —pregunto aturdido, mirando más allá de ella hacia el cadáver inmóvil de Pidge.

—Sí. También he intentado poner en marcha el ordenador de Pidge, pero parece que se ha frito. Lo he enchufado para que cargue pero no se enciende. —De repente hipa y se lleva la mano a la boca, con lágrimas brillando en sus ojos—. Falco... lo siento mucho.

—Está bien.

—No, no lo está. Es tu amigo.

—Estoy bien.

—Falco...

—El apartamento está despejado. Aquí estamos seguros, pero no debemos demorarnos. Lo han dejado así para enviar un mensaje, pero también podría ser una trampa.

—¿Quiénes son «ellos»?

Nuestras miradas se encuentran. Por mucho que quiera expresar mi sospecha sobre su hermano, destruiría cualquier confianza o fe que ella tenga en mí si me equivoco. Y si tengo razón, se culpará a sí misma por casi soltar toda esa información en el garaje.

—No lo sé —es mi respuesta final—. Pidge estaba... estaba haciendo todo lo posible para rastrear a esos *cabrones* de la cabaña.

Aerin asiente como una marioneta, luchando consigo misma para mantener a raya las lágrimas, pero un par se le escapan por las mejillas. Se las limpia apresuradamente. —¿Deberíamos... deberíamos taparlo?

—No. No le toques.

—Lo siento, no quería faltarle al respeto.

—No, es que... si le han hecho algo al cuerpo, lo más mínimo podría activar algo.

—Claro. Tienes razón.

Se hace el silencio. A pesar de mis esfuerzos, mis ojos vuelven a Pidge. Mirarle es como mirar una llama viva. Duele. Duele de formas que no alcanzo a descifrar porque todo choca como un nubarrón en mi pecho hasta que, una vez más, casi no puedo respirar. Debo de haber hecho algún ruido porque la mano de Aerin vuelve a deslizarse en la mía y me atrae hacia ella.

Una hora más tarde, Bullet y Rex están en el salón con el rostro sombrío. Tras la minuciosa inspección de Rex, hemos cubierto el cuerpo con una manta.

—Esto es un ajuste de cuentas —comenta Bullet.

—No hemos sido nosotros —dice Rex—. Tienes que creerme.

—¿Por qué debería? —espeto, apretando los dientes mientras cruzo los brazos con más fuerza—. No siempre habéis trabajado para los italianos, ¿verdad?

—No —responde Rex, entrecerrando los ojos—. Pero nunca oculté el trabajo que hice para los rusos antes de encontrar a mi empleador actual.

—Espera, ¿trabajas para una familia italiana? —pregunta Aerin desde detrás de mí, con las manos alrededor de una taza de té sin probar que estaba caliente hace media hora.

—Una familia pequeña, pero sí.

—¿Y tú? —Sus ojos se deslizan hacia Bullet.

—No. Yo soy como Pidge. He terminado con los amos tiránicos.

—Y con dinero suficiente para ser libre —resopla Rex.

—Basta. Nada de esto importa. Lo que importa es que alguien encontró a Pidge y lo asesinó. Y una vez muerto, le dispararon entre los ojos para que supiéramos que era un encargo.

—O es alguien haciéndolo parecer un encargo para despistarnos —interviene Rex—. Tenemos que considerar todas las posibilidades.

—Pero ¿quién querría matar a Pidge? —pregunta Aerin en voz baja—. ¿No se le daba de maravilla ser un fantasma?

—Se le daba... se le daba bien —dice Bullet, con la voz cada vez más tensa.

No puedo dejar de mirar su cuerpo, incluso mientras los demás se sumen en una discusión a mi alrededor. Pidge tenía información, y lo que sea que encontrara debe de haber causado su muerte. No hay otra explicación.

—Se puso en contacto conmigo —digo, interrumpiendo su conversación—. Ayer me envió un mensaje diciéndome básicamente que había encontrado algo, pero no pude devolverle la llamada de inmediato. Me ocupé. Le escribí que estaba libre y nunca me respondió.

—¿Qué creéis que encontró? —Rex se gira para mirar el cuerpo cubierto de Pidge.

—La cabaña, eso es lo que estaba investigando, ¿no? —pregunta Bullet—. Me pidió que rastreara una cuenta bancaria.

Mis ojos se encuentran con los de Bullet. —¿Qué cuenta?

—Era una cuenta desechable. No parecía nada importante.

—Debía de ser algo más que eso. —Rex da un paso adelante—. ¿Aún tienes los detalles?

Bullet asiente. —No aquí encima, pero los tengo.

—Consíguelos.

—No —la voz de Aerin me atraviesa y todos nos giramos hacia ella.

—¿No? —pregunto, la incredulidad aplacando momentáneamente mi rabia.

—No, ahora mismo no. Tenemos que irnos. Llevamos aquí demasiado tiempo y si, como dices, esto era un mensaje, no podemos quedarnos aquí parados. Tenemos que volver y fingir que todo es normal. Si existe la posibilidad de que esto no tenga nada que ver con nosotros, estupendo. Pero si alguien ha hecho esto por nuestra culpa, por mi culpa... —Su voz se quiebra—. Entonces me estarán vigilando, ¿verdad? Así que tenemos que volver y actuar con normalidad, Falco.

Tiene razón.

—Joder —gruño—. No puedo estar en dos sitios a la vez.

—No —responde Rex—. Pero nosotros sí.

Un instante de silencio llena el aire mientras los tres nos observamos. Extraños unidos por el hombre que ahora yace muerto detrás de nosotros.

—¿Me mantendréis informado? —pregunto con tensión.

Rex y Bullet intercambian una mirada y asienten. —Por Pidge.

—Por Pidge —repito en voz baja—. Gracias.

Cuando nos giramos para salir, la voz de Bullet me detiene en la puerta. —Hablaba muy bien de ti, por cierto. Incluso cuando estuvisteis sin contacto durante unos años. Nunca dejó de pensar en ti.

Mantengo la entereza hasta que volvemos a casa y Aerin está arropada en la cama. Mantengo la entereza hasta que estoy de vuelta en mi habitación, incapaz de asimilar del todo el hecho de que Pidge se ha ido.

Mantengo la entereza hasta que estoy en la ducha bajo un chorro de agua hirviendo.

Entonces, llegan las lágrimas.

30

AERIN

—Aerin. Siéntate.

Mi padre está de pie ante mí, con los ojos entrecerrados y un tono que me transporta directamente a una de las intensas regañinas que recibía de niña. El recuerdo es suficiente para que me siente de inmediato en el sofá de su despacho y entrelace las manos sobre el regazo.

Tose suavemente, llevándose un pañuelo a la boca mientras camina hacia el carrito de las bebidas. Me estremezco por dentro cuando se sirve una copa y se la bebe de un trago.

—Estás distraída.

—¿Ah, sí? No, no lo estoy.

—Sí, Aerin. Lo estás.

Me trago mi segunda negación y aprieto los dientes. He pasado la última semana en una especie de nebulosa. Tres cenas de gala, un ensayo general en la iglesia que mi madre ha reservado para la boda y más pruebas de vestido de las que puedo soportar, todo mientras Falco se ha ido volviendo cada vez más silencioso a mi alrededor.

Se está cerrando en banda.

El hombre con el que tanto me esforcé para que se abriera y me quisiera, el hombre al que convencí para que volviera a la vida y

entrara en mi corazón, está sufriendo. Y no hay nada que pueda hacer sin revelar información que probablemente nos costaría la vida a los dos.

Por supuesto que estoy distraída.

Mi padre vuelve a toser mientras se sirve la siguiente copa, luego se gira y me mira. —¿Quieres una?

Niego con la cabeza. Desde que encontramos el cuerpo de Pidge, cualquier cosa con un olor fuerte me revuelve el estómago, y el alcohol apesta de verdad. No puedo creer que no me haya dado cuenta antes.

—Tu madre me ha contado lo que pasó en la cena de ensayo.

Se me da un vuelco el estómago. —¿Eh?

—No me vengas con *ehs*, Aerin. Sé lo que has hecho.

El corazón me empieza a latir con fuerza. —Yo no he hecho nada.

—Y ese es precisamente el problema. —Se acerca a mí, más lento de lo habitual, y se deja caer en el sillón de respaldo alto al otro lado de la mesa de centro—. Me ha dicho que Frederick intentó besarte y que le rechazaste delante de todo el mundo.

Se me vuelve a revolver el estómago al recordar aquel horrible momento de ayer cuando, tras una larga cena de ensayo, él se inclinó para besarme mientras yo daba vueltas a todo lo que sabía sobre Pidge. Su cercanía me alarmó y todo el mundo vio cómo me apartaba de sus avances.

—Papá, yo...

—¿Estás empeñada en avergonzarme hasta llevarme a una tumba prematura?

—¡No! ¡Papá, no digas eso!

—Sabes lo importante que es este matrimonio. Al igual que sabes que a veces tenemos que hacer cosas terribles para guardar las apariencias. Sé que esto es difícil para ti, después de todo lo que has pasado, pero tienes que hacerles creer que le quieres.

El impulso de claudicar como siempre surge en mi interior. Eso es lo que se espera de mí. Claudicar y aceptar que me van a casar por un trato y que pasaré el resto de mi vida con extraños a los que solo les importa el poder que aporta mi apellido.

Pero algo me detiene.

—No le quiero, papá. Ni siquiera le conozco.

—Esa no es la cuestión.

—¡Esa es precisamente la cuestión! No quiero casarme con alguien a quien no quiero. No quiero ser un peón utilizado por los irlandeses ni siquiera por ti. Quiero ser yo misma. Quiero dar un paso adelante y ayudarte con la familia, quiero aprender el negocio y que te sientas orgulloso de mí, pero ¿por qué tiene que ser a costa de algo como el matrimonio? ¡Valgo más que eso!

Las palabras se me escapan en un torrente, dejándome ligeramente sin aliento mientras el corazón me martillea salvajemente en el pecho. La verdad, algo que llevaba meses enterrado en mi interior, finalmente se libera y miro a mi padre esperando que me escuche.

—Aerin, basta. —Sus palabras me atraviesan como un cuchillo—. No tengo tiempo para estos juegos infantiles ni para estas rabietas tontas, ¿me oyes? Te casarás con Frederick y agradecerás que eso sea todo lo que tienes que hacer. Con el tiempo, cuando seas lo bastante mayor y lo bastante sabia, entenderás de verdad los beneficios de este tipo de acuerdo.

—Pero papá, yo...

—¡He dicho basta, Aerin! —De inmediato se deshace en un ataque de tos y se me encoge el corazón de culpa, lo que se suma a las náuseas crecientes que me arden justo bajo las costillas—. Cuando le beses en el momento después de decir «sí, quiero», más vale que no quede ni un solo ojo seco en esa iglesia, ¿me oyes? Todo el mundo verá que él es el amor de tu vida.

—¿O qué? —pregunto con voz ronca—. ¿Qué harás si no lo hago?

—¿Es que no lo entiendes? —Vuelve a toser—. Estaremos en guerra otra vez. Y perderemos.

Sus palabras me persiguen durante el resto del día y hasta bien entrado el siguiente, en el que paso la tarde en el gimnasio entrenando con Falco. Es nuestro único momento a solas últimamente, ya que mi madre se empeña en restregarme detalles de la boda en la cara cada segundo que estoy despierta. Ella está

mucho más entusiasmada con esto que yo, así que el único momento real que tengo para hablar con Falco es en el gimnasio.

Solo que él no habla.

Hoy pelea como si tuviera un fuego encendido en su interior y mi petición de hablar recibe como respuesta un toallazo en la cara.

—No tenemos tiempo para hablar —dice con brusquedad, rodeándome en el tatami—. Estás lenta. Necesito saber que puedes defenderte adecuadamente desde atrás. Otra vez.

Apenas ha terminado de hablar cuando se lanza. Consigo esquivar su puñetazo justo a tiempo, atrapando su codo y girando mientras doy un paso lateral y me agacho. Vuelve a por mí, apuntando a mi garganta, y bloqueo con ambos antebrazos como me enseñó. Su siguiente golpe va cerca de mi cuerpo. Lo bloqueo con un antebrazo mientras lanzo mi siguiente puñetazo a su cara.

—¿Por qué no hablas conmigo? —jadeo.

—No hay nada que decir.

—Mentira.

Su siguiente golpe es más fuerte, rozando la parte posterior de mi brazo mientras doy un paso en falso y me inclino hacia el puñetazo por accidente.

—Fíjate en lo que haces —ladra—. Otra vez.

El mismo golpe. Esta vez lo bloqueo, pero lanza otro puñetazo directo a mi cara. Lo evito por poco agachándome, y sus nudillos me rozan el hombro.

—Demasiado lenta. Otra vez.

—Falco...

—¡Otra vez!

Vuelve a cargar contra mí, más rápido y con más fuerza que antes. El corazón me retumba en los oídos, el sudor mana de mi cuerpo sobrecalentado y el elástico de mi top deportivo me oprime las costillas por la velocidad a la que tengo que moverme.

Otro puñetazo, bloqueo. Lanza un golpe. Me agacho. Se abalanza. Doy un paso lateral.

Cada vez tengo que moverme más rápido hasta que jadeo abiertamente, buscando aire con el pelo pegado a la cara. Su puño vuela hacia mi estómago y lo esquivo por los pelos.

—Falco, para...

No lo hace. Lanza otro golpe y me alcanza en las costillas. El dolor florece y pego un grito ahogado.

—Falco...

Vuelve a arremeter, y esta vez el reflejo toma el control. En lugar de esquivar, aprieto mi puño contra mi pecho y saco el codo con todas mis fuerzas hasta que el hueso entra en contacto con la carne. Mi codo se estrella contra la cara de Falco con tal fuerza que tropieza hacia atrás y cae de espaldas sobre la colchoneta.

—¡He dicho que pares! —le grito, jadeando con fuerza mientras le miro desde arriba. La rabia intenta prenderse en mi corazón con un pulso de frustración, pero acabo desplomándome en la colchoneta junto a él—. Joder.

Afortunadamente, el golpe parece haber devuelto la cordura a Falco, porque pasamos unos segundos tumbados juntos en la colchoneta, jadeando. Cuando se incorpora, se frota la mandíbula con fuerza. —Lo siento.

—Ya puedes sentirlo.

—Quería presionarte.

—Sí, eso ya lo he pillado, pero no decías nada.

—Quería que reaccionaras.

—¿No lo estaba haciendo bastante bien? —Cada palabra es un jadeo mientras recupero el aliento.

—Si alguien viene a por ti y yo no estoy, no parará porque se lo pidas —dice Falco con voz tensa—. Tienes que luchar.

De repente comprendo.

No estuvo allí para Pidge, así que se está asegurando de que yo pueda cuidar de mí misma.

—Falco... —Apoyando una mano en la colchoneta, me incorporo lentamente—. Lucharé.

—Ha sido un buen golpe. —Con la boca abierta, mueve la mandíbula de lado a lado y luego me mira con unos ojos que cargan más tristeza de la que puedo soportar—. Pero la próxima vez, tienes que darle más arco.

—Falco...

—Y asegúrate de que el puño esté bien apretado contra el pecho, así. —Imita mi movimiento y se mete el puño contra el hombro—. Como una alita de pollo.

—Lo que le pasó a él no me va a pasar a mí.

Las cejas de Falco se contraen y aparta la mirada para fijarla en mi mano, que la coge entre las suyas. —Recuerda mantener el pulgar fuera del puño.

—Falco, *escúchame*.

—Yo... solo necesito estar seguro. Si alguna vez... Si alguna vez no estoy, tienes que luchar, ¿me oyes? —Lentamente, levanta la mirada—. Lucha porque podrían ser más fuertes que yo. Más rápidos que yo. No se contendrán.

—¿Eso era contenerte? —Me burlo con suavidad y levanto el brazo, mirándome las costillas—. Esto duele.

—Lo siento.

—Lo sé. —Me acerco a él y le pongo la mano en el antebrazo—. Yo también. —Esa disculpa conlleva mucho más peso que una simple petición de perdón por mi terrible puñetazo.

Falco permanece en silencio, luego se pone en pie y me tiende la mano para ayudarme a levantarme. La acepto y le dedico una sonrisa, muy consciente de que en cualquier momento alguien podría mirar las cámaras de seguridad y vernos así de cerca.

—¿Quizás sea hora de ducharnos? —sugiero en voz baja—. Apesto.

Falco aprieta los labios en una línea fina, como si prefiriera seguir entrenando hasta que yo fuera capaz de darle una paliza, pero cede con un movimiento de cabeza. —Está bien.

Después de limpiar las colchonetas, nos dirigimos a las duchas situadas dentro del pequeño vestuario, el único lugar sin gente ni cámaras vigilando cada uno de nuestros movimientos. Todo lo que mi padre me dijo sobre la responsabilidad y los irlandeses se desvanece de mi mente cuando Falco se une a mí bajo el chorro de agua caliente para quitarse el sudor y el olor a ejercicio. La presencia de Falco es a partes iguales emocionante y angustiante. Su torso desnudo me llama la atención de inmediato. Pero justo cuando mis pensamientos se dirigen a un lugar más pícaro, algo en

la forma en que pone su rostro bajo el chorro de agua me hace dudar antes de acercarme.

Está sufriendo.

Me muero por ayudarle.

Me acerco, pero en lugar de pasarle los dedos por el brazo como tenía planeado, le abrazo. Se tensa de inmediato ante el contacto, luego se derrite en mi abrazo. En todo el tiempo que llevo conociéndole, Falco nunca se ha visto ni se ha sentido pequeño, pero en el segundo en que me rodea con sus brazos y me atrae hacia él bajo el agua, se siente pequeño.

—Le echo de menos —murmura Falco con voz rota en mi oído—. Es culpa mía que esté muerto.

Pidge.

Nada de lo que diga aliviará su dolor y nada le hará cambiar de opinión, al menos no ahora. Todo lo que puedo hacer es abrazarle con todas las fuerzas que me atrevo y consolarle con suaves sonidos en mi garganta.

—No es culpa tuya —susurro, sabiendo que no me creerá—. No lo es.

En todo caso, es mía. Todo vuelve a mí, de alguna manera. Ojalá supiera quién apretó el gatillo para asegurarme de que nadie más que me importe comparta el mismo destino.

Cuando nos separamos, Falco se limpia rápidamente los ojos y el corazón se me rompe al instante.

¿Estaba llorando? ¿Confiaba tanto en mí como para dejar que eso sucediera incluso bajo el torrente de agua caliente?

Esa imagen no me abandona ni siquiera mientras nos aseamos, cogemos algo de fruta para merendar y nos retiramos a nuestras habitaciones para pasar la noche con órdenes estrictas de dormir. Más una orden para Falco que para mí, porque todo el mundo puede ver lo cansado que está.

Son poco más de las dos de la mañana cuando, tras dar vueltas en la cama sin éxito, me sorprendo bajando a hurtadillas por los pasillos y esquivando la patrulla nocturna de camino a la habitación de Falco. Una vez ante su puerta, levanto la mano para llamar, pero un repentino gruñido desde el interior me llama la atención.

¿Está ocupado?

Otro gruñido me envía una descarga por la espalda y la preocupación se me instala en el estómago, así que presiono el pomo y me deslizo dentro de su habitación.

Falco está dormido. Pero a juzgar por su postura y por cómo las sábanas están revueltas a la altura de su cintura, no es agradable. Vuelve a gruñir y su cabeza gira bruscamente hacia un lado.

—¿Falco?

Otro gruñido y se mueve, subiendo una pierna por la cama.

—Falco. —Alzo un poco la voz mientras me acerco más, aunque manteniendo cierta distancia.

Rezonga algo, sus palabras incoherentes cargadas de miedo y su cabeza rueda hacia el otro lado.

—¡Falco! —Al soltar su nombre más alto, de repente se sobresalta y se incorpora de golpe con un cuchillo reluciendo en su mano, con los ojos muy abiertos y extraviados.

Nuestras miradas se encuentran mientras jadea con fuerza, con la furia deformando su expresión, pero rápidamente se desvanece al reconocerme. —¿Aerin?

—Hola.

—¿Qué haces aquí? ¿Está todo bien? —Se da cuenta del cuchillo y lo baja, aclarándose la garganta—. Perdona.

—¿Un mal sueño?

—Algo así.

—No podía dormir y estaba preocupada por ti, así que... aquí estoy.

Falco relaja los hombros y asiente, devolviendo el cuchillo a su lugar bajo la almohada. Luego me tiende la mano. —Ven aquí.

31

FALCO

Aerin duda, agarrando el borde de su pijama mientras me mira. —¿Estás seguro de que estás bien?

Asiento rápidamente, ansioso por lo único que me calmará, sin importarme las consecuencias. En el momento en que ella toma mi mano, vuelvo a la realidad y no estoy atrapado en una pesadilla en la que mis sueños se desgarran entre la muerte de mi ex y la muerte de Pidge.

Aerin está a salvo.

Está justo aquí.

Y ahora está en mis brazos.

La abrazo con fuerza, acercándola lo más posible a mi cuerpo. Cuando se acomoda, beso la parte superior de su cabeza. —¿Tampoco podías dormir?

—Estaba preocupada por ti —murmura; su aliento me hace cosquillas en el pecho desnudo—. Necesitaba comprobar que estabas bien.

—Estoy bien.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—¿Qué estabas soñando?

Miro hacia la oscuridad que me rodea mientras los últimos vestigios del sueño rondan por mi mente. —Nada.

—No me mientas. Por favor.

Aerin se mueve contra mí y levanta la cabeza lo suficiente para que sus ojos brillen con el pequeño resplandor de luz que entra por la ventana. —Después de todo… ¿seguro que confías en mí?

—Confío en ti.

—Entonces, ¿qué estabas soñando?

—Pidge. Mi ex. Soldados de mi unidad. La gente que me importa siempre termina muerta y yo nunca… —Las palabras me arañan la garganta y trago con dificultad—. Siempre llego demasiado tarde.

—No conmigo —dice Aerin suavemente—. Siempre me has salvado.

—Es cierto.

—Y me importas.

—Sí. —Más de lo que ella podrá saber jamás.

—Así que no siempre llegas tarde. Más bien, siempre llegas justo a tiempo. No estoy… intentando minimizar tu dolor por Pidge. Pero no siempre llegas tarde, Falco. No es así.

Sus palabras tienen el peso de la verdad, pero se enredan con el desprecio hacia mí mismo que me mantiene despierto por la noche. Tanta sangre ha empapado mis manos, y ahora mi mejor amigo se suma a esa piscina. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que sea la sangre de Aerin?

¿Y si ya la he fallado y ni siquiera lo sé?

—Oye —ella presiona suavemente sus labios contra mi barbilla—. Repítelo. No siempre llegas tarde.

Inclino la cabeza hasta que mi barbilla descansa sobre mi pecho y casi puedo mirarla a los ojos. —No siempre llego tarde.

—Eres un buen hombre.

—Dijiste que no mintiera.

Sus dedos me pinchan de inmediato en las costillas y me retuerzo, conteniendo una risa. —Vale, vale. Soy un buen hombre.

—Ahí está. No te pierdas en la oscuridad, Falco. No cuando estoy justo aquí.

Ella está aquí. De alguna manera, contra todo pronóstico, contra mi mejor juicio y más, sigue estando justo aquí. Aerin es todo lo que no debería querer y, sin embargo, todo lo que anhelo. Mis dedos recorren su brazo, sobre su hombro y acarician su mejilla. Mientras mi pulgar se desliza por su suave mandíbula, acerco mi rostro y la beso muy lentamente.

Luego la beso un poco más fuerte. Un poco más tiempo.

De repente, está debajo de mí y nuestras bocas chocan en un intercambio apasionado mientras ella pasa sus manos por mi pecho. Sostengo el lado de su cuello para mantenerla en la posición perfecta para seguir besándola. No se intercambian palabras, pero de alguna manera nos movemos juntos como si fuera una especie de baile.

No puedo parar.

Estoy enganchado y cada segundo que paso con ella es un segundo en el que me siento más tranquilo. Ya no hay hambre en mi pecho de despedazarme para compensar mi pérdida. Ahora, solo hay un deseo por Aerin y me agarro a él con ambas manos.

Ella desliza sus dedos por mi cuerpo hasta que se entierran en mi pelo, luego tira con fuerza y rompe el beso con un jadeo. —¿Tú… quieres? —pregunta sin aliento y yo me río suavemente.

—¿Me estás preguntando si quiero follarte?

—Mhm. —Asiente, sus labios se estiran en una sonrisa tímida—. ¿Eso está… bien?

—Cariño, eso es más que bien.

Que se jodan las cámaras, saco las sábanas por encima de nosotros y beso su cabeza mientras le subo el pijama lo suficiente para que sus grandes y suaves pechos estén expuestos a mis manos curiosas. Desde toquetear sus pezones con mis dedos hasta besar su cuello, Aerin es un charco gimiente para cuando entierro mi cara en sus pechos y acaricio sus pezones con movimientos circulares. Ella tira más fuerte de mi pelo, enviando una oleada de lujuria directamente a mi polla.

Ella es un mapa y yo estoy averiguando las direcciones con mis labios y dientes. Desde sus suaves pezones que lamo y chupo hasta que se ponen duros, bajando a su suave vientre y las risitas que

ahoga cuando beso cerca de su ombligo, hasta que estoy entre sus cálidos y suaves muslos, trazo cada centímetro de ella. Cada curva y elevación, cada peca y marca, nada está a salvo. Trazo cada detalle de ella con mis labios y para cuando presiono mi lengua contra su coño, ya está empapada y es un milagro que no se corra al instante.

—Falco —gime Aerin; sus muslos tiemblan contra mis hombros. Una de sus manos permanece firmemente en mi pelo mientras entierro mi cara contra su coño, y la otra araña mi hombro, así que extiendo la mano y la tomo.

En el momento en que nuestros dedos se entrelazan, empujo mi lengua entre sus labios y me sumerjo en su dulzura mientras suaves gemidos brotan de sus labios como una cascada musical. Ella se aferra a mí y no me suelta, incluso cuando la reduzco a un tembloroso y jadeante montón que solo puede chillar de placer cuando su orgasmo la alcanza. Para cuando la he saboreado por completo durante su orgasmo y he calmado su coño tembloroso con movimientos largos y suaves de mi lengua, ella recupera el aliento y mi polla está tan dura que me duele.

—Por favor —jadea Aerin mientras voy besando su cuerpo hacia arriba, desordenadamente.

Nuestras manos permanecen unidas, y las presiono contra las sábanas junto a su cabeza mientras me inclino sobre ella.

—¿Por favor qué?

—Yo… quiero sentirte dentro de mí otra vez. Por favor.

—¿Lo prometes?

—¡Oh, Dios, lo prometo! Lo quiero. Te quiero. Lo necesito, ¡lo necesito!

Sus ojos se abren, apenas visibles bajo la oscuridad de la manta, y cuando voy a besarla, sus labios están abiertos en una perfecta O mientras presiono suavemente mi polla dentro de ella.

Toda mi contención se concentra para mantener mi ritmo lento mientras su cálida seda se cierra alrededor de mi polla como un guante hecho solo para mí. Más y más profundo me hundo hasta que nuestras caderas están juntas y mis huevos tiemblan cuando ella se aprieta alrededor de mí.

—Oh, Dios mío —susurra; sus labios rozan los míos mientras habla—. Pareces más grande desde este ángulo.

—Gracias —respondo con una sonrisa.

Aerin se echa a reír y yo me uno a ella, luego ella jadea y aprieta mi mano. —Oh, Dios mío, puedo sentir cuando te ríes. Eso es una locura.

—No tan loco como esto.

Nuestros labios se sellan y comienzo a follarla. Mi ritmo es lento al principio, absorbiendo la sensación de su coño apretándose alrededor de mi polla, de su mano en la mía y de sus pechos presionando contra mi pecho mientras se mueve y gira debajo de mí. El dulzor que queda en mi lengua hace que mi polla palpite. Cuando tiembla, ella se ríe, lo que vuelve a empezar el ciclo de risas.

Las embestidas se vuelven más rápidas y fuertes mientras sigo el placer y el confort de Aerin a través de sus jadeos y los gemidos amortiguados que salen de su boca hacia la mía. Me estoy perdiendo en ella. Esto es todo lo que quiero para el resto de mi vida. Su mano en la mía, sus labios contra los míos y mi polla enterrada tan profundamente dentro de ella como pueda llegar.

Quiero follarla sin tener que esconderlo, besarla abiertamente y gritar mi amor desde los tejados. Y quiero arrodillarme y agradecerle por salvarme de una oscuridad devoradora que ni siquiera sabía que estaba dentro de mí.

—¡Falco! —jadea Aerin, echando la cabeza hacia atrás y rompiendo el beso—. Estoy tan…

—Relájate —la animo, besando su mandíbula y acercándome a su cuello—. Estoy aquí. Estoy justo aquí.

El placer crece como un rugido en mi mente, arrasándome por donde choca con el calor acumulado en mi vientre. En el momento en que Aerin llega al clímax y se aprieta alrededor de mí como una banda, estoy completamente perdido en mis propios deseos y me corro dentro de ella tres embestidas después.

Durante todo esto, la sostengo cerca mientras tiembla y jadea y tira de mi pelo como si fuera algún tipo de interruptor que controla su placer. Por lo mucho que lo disfruto, bien podría serlo. Llegamos

juntos, temblamos juntos y luego nos desplomamos juntos en la cama, pero nuestras manos nunca se separan.

Sigo sosteniendo su mano mientras la abrazo fuerte y la beso suavemente.

—Increíble —murmura Aerin débilmente contra mi pecho—. Es increíble.

—Sí que lo es.

Mi asentimiento es la última palabra antes de que un sueño profundo nos arrastre a ambos durante una hora. Para cuando me despierto, el primer asomo de luz del sol se cuela por la cortina y la alarma de mi teléfono vibra repetidamente en la mesita de noche, programada para despertarme mucho antes de que Aerin necesite levantarse o su madre comience a golpear su puerta. Eso saca a Aerin de su sueño y levanta la cabeza, chasqueando los labios mientras me mira entrecerrando los ojos.

—Oh, no. Nos hemos quedado dormidos.

—Tienes ese efecto en mí.

—¿Por qué te aburro?

—Relajante.

—Ains.

Me besa en la mejilla y se sienta, luego gime. —Ay.

—¿Estás bien?

—Sí. Está… dolorida. Como un moratón.

—Fui demasiado brusco.

—¡No!

Aprieta mi mano mientras se aparta el pelo de la cara. —Fue increíble. Yo… ugh.

—¿Ugh?

La sigo y me siento también, bostezando. —¿Qué pasa?

—Hoy tengo mi última prueba del vestido de novia. Lo había olvidado, pero acabo de recordarlo.

Y así, la realidad vuelve a aplastarme. —Siempre podría follarte tan fuerte que no puedas caminar hasta el altar.

Aerin se ríe e inclina la cabeza, mirándome con tanto cariño en sus ojos. —¿Lo prometes?

—Lo prometo.

32

FALCO

La presencia de Aerin se convierte en lo único que me mantiene a flote mientras los días pasan con la lentitud del lodo. Su inminente boda la semana que viene amenaza con poner fin a nuestra relación secreta, ya que Guido podría insistir en mantenerme a su servicio mientras que a Aerin la envían lejos con su nuevo marido.

Hablamos de esto mientras estamos escondidos en un armario sin ninguna cámara de seguridad vigilando la puerta, compartiendo dulces besos y caricias suaves.

—Si te vas, te matará —murmura Aerin contra mis labios—. No podría soportarlo.

—Si me quedo, estaré sin ti y eso es lo que yo no puedo soportar.

Desliza los dedos por mi mejilla y se echa hacia atrás, estudiándome el rostro. —¿Podría insistir en que vengas conmigo?

—¿Cuánto tardarán los irlandeses en hartarse de mí? —La atraigo más hacia mí y nuestras narices se rozan con suavidad—. Podríamos escaparnos juntos.

—Una vida huyendo. —Inclina la cara y sus labios rozan la punta de mi nariz—. Esa no es una vida que ninguno de los dos merezca. No... creo que tengo un plan.

Me aparto bruscamente, con la preocupación anudándoseme en el estómago. —¿Un plan?

Se ríe entre dientes, acariciándome la mejilla una vez más. —No te preocupes, no es nada terrible. Es solo que... —Su aliento tiembla al salir de sus labios—. Voy a ser sincera con mi padre y a plantarme. Entiendo la importancia de este trato, sobre todo teniendo en cuenta lo enfermo que ha estado últimamente, pero no soy un trozo de carne al que puedan llevar de un lado a otro y regalar como si fuera un jamón de Navidad.

Se me escapa un resoplido de diversión. —Un jamón de Navidad muy tierno.

—Cállate —se queja Aerin, hundiéndome la otra mano en las costillas—. Hablo en serio.

—Lo sé. Sé que hablas en serio. —La mujer que conocí hace ya meses y que montó un berrinche por mi presencia ha desaparecido. La que tengo ante mí ahora es más fuerte, forjada por su supervivencia y por todo lo que ha pasado desde que nos conocimos. Conoce su valor, y eso resulta malditamente sexy.

—Solo... necesito encontrar la manera de que me escuche. —Suspira profundamente y se inclina para darme un piquito en los labios—. Mejor me voy. Mamá tiene hoy aquí a un montón de peluqueros para practicar con mi cabeza. —Pone los ojos en blanco y me besa de nuevo con presteza antes de desaparecer del armario.

Cierro los ojos y me concentro en el sonido de sus pasos alejándose, siguiendo cada uno de ellos hasta que solo queda el silencio. Con mi chaqueta en la mano, salgo con una excusa preparada en la punta de la lengua por si alguien me pilla, pero por suerte no hay nadie.

Mientras un circo de peluqueros, maquilladores y músicos rodea a Aerin durante los dos días siguientes, el hecho de que ella permanezca en la finca me da tiempo para ponerme en contacto con Rex y Bullet, después de haber dejado sus mensajes sin responder durante al menos una semana. Envío a ambos mensajes codificados desde mi teléfono personal y espero sus respuestas.

Dos días después, poco antes de la cena, Rex me contesta.

911.

Tras disculparme en el comedor después de escoltar a Aerin al interior, salgo deprisa al jardín y no dejo de caminar hasta que estoy junto a la fuente que cae ruidosamente, lo que ocultará mis palabras de cualquier oído indiscreto. Entonces le llamo.

—¿Falco? —La voz de Rex llega a través del teléfono con un bostezo reprimido.

—¿Quién si no?

—Has desaparecido de la faz de la tierra durante unos días. Nos preocupaba que te hubieran eliminado.

—No. Estaba... —Mis pensamientos regresan a aquella noche con Aerin—. Procesando cosas.

—¿Estás bien?

—¿Sinceramente?

—Claro.

—No. Pero cuanto antes atrape al cabrón que está haciendo esto, mejor.

—Tenemos algo. Costó mucho rebuscar en el portátil de Pidge porque quien lo borró hizo un trabajo excelente, pero hemos podido encontrar un archivo oculto metido en un píxel del escritorio.

Ya me he perdido. La tecnología de este tipo me supera.

—En él, hemos encontrado todo lo que creemos que quería decirte. Dos de los hombres de la cabaña eran de la misma banda callejera. Habían sido miembros en momentos diferentes antes de que cada uno se dedicara al trabajo mercenario, pero seguían en contacto.

—Eso explica cómo terminaron trabajando juntos —murmuro—. ¿Qué más?

—Después de localizar a la banda, descubrimos que todos los miembros restantes habían sido asesinados.

Se me cae el alma a los pies. —¿Todos ellos?

—Alguien estaba haciendo una limpieza a fondo. Pero lo que pasa con las bandas callejeras es que son astutas. Uno dejó una pizca de información en casa de su abuela.

—Lo siento —le corto con una risa breve—. ¿A eso habéis dedicado la última semana? A rastrear a los parientes de miembros de bandas muertos.

Bullet se ríe en algún lugar de fondo mientras Rex gruñe. —Mira, sé que suena cutre cuando lo dices así, pero créeme. Ha funcionado porque hemos encontrado algo. La cuenta bancaria que le pidieron a Bullet que investigara hizo un único pago a nuestros tipos. ¿El dinero que tenía? Solo lo suficiente para cubrir esos pagos. ¿Y a que no adivinas de dónde venía?

Un nombre. Tenemos un nombre. El corazón me late a mil y mi teléfono cruje de repente bajo la presión de mi agarre.

—Dímelo.

—Estaba muy enterrado, pero está vinculado a un Paramatti. Alguien llamado Giacomo.

Giacomo.

Ese ratón rastrero. Voy a matarlo. Voy a matarlo con mis propias manos y luego voy a reanimarlo con descargas y a matarlo otra vez.

—¿Falco? —La voz de Rex apenas atraviesa la niebla de ira que desciende sobre mí. Todo mi cuerpo se calienta de repente como si mi sangre estuviera hirviendo y la voz de Rex se desvanece—. Falco, hay...

—Tengo que irme.

Apenas guardo el teléfono en la bota y ya estoy corriendo por el jardín hacia la casa con una sola cosa en mente.

Asesinato.

Sabía que era Giacomo. Sospechaba de él, y debería haber confiado en mi instinto. No me importa cómo o por qué ha estado haciendo nada de esto. Todo lo que sé es que voy a matarlo por haber hecho daño a Aerin y por haber matado a mi amigo.

No va a saber ni por dónde le han venido los golpes.

Solo tengo que encontrarlo primero.

Entro de nuevo en la mansión y apenas puedo pensar; la furia se me anuda en el pecho y no recuerdo dónde está Giacomo. Ha estado por la finca estos últimos días, pero siempre se va por la noche. ¿Está aquí para cenar? Era una cena familiar, recuerdo vagamente que Aerin se quejaba de lo aburrido que sería aguantar otro sermón, pero ella tiene un plan.

Primero Aerin. Luego Giacomo.

Cruzando el pasillo a toda velocidad, entro en el comedor justo cuando se oye un grito. El pánico me atenaza el corazón como un puño de hierro mientras irrumpo en el interior, temiendo lo peor por una fracción de segundo.

Afortunadamente, Aerin está bien. Está saltando de alegría con una sonrisa radiante iluminando su hermoso rostro. Cuando se gira para verme, sus ojos brillan con puro deleite. El comedor está más vacío que cuando la dejé, aunque Giacomo ha aparecido y está de pie cerca de la mesa con una copa de vino en la mano.

—¡Falco! —chilla Aerin y se lanza hacia mí, rodeándome con sus brazos en un breve y apretado abrazo—. ¡Ha funcionado!

Clavo la mirada en Giacomo y le fulmino, apretando los dientes con fuerza mientras una sonrisa larga y lenta se dibuja en su rostro.

—¡Ha funcionado! —Me aprieta más fuerte con sus brazos y luego se aparta bruscamente, como si finalmente se diera cuenta de que su muestra de afecto es excesiva—. Me he plantado ante papá. Se ha sentado y le he dicho claramente que no iba a casarme. Que es estúpido y anticuado, y que yo valgo más que una mano entregada a la antigua usanza para asegurar un trato.

Aparto mi atención de Giacomo y miro fijamente a Aerin. —¿Qué?

—¡Sí! Se lo he dicho y se ha enfadado, no me malinterpretes. Ha empezado a soltar todo eso de la responsabilidad y el deber y los juramentos y entonces... —Se gira y vuela hacia su hermano, agarrándole del brazo mientras sonríe—. ¡Giacomo me ha apoyado! Resulta que había estado negociando un trato con algunos de los irlandeses y llegó a oídos del capitán. ¡Hay un trato real que se puede hacer y que no me incluye a mí! ¡Así que en lugar de casarnos, Frederick y yo vamos a ser socios comerciales!

No puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Giacomo *casualmente* tenía un trato así bajo la manga? ¿Qué demonios está pasando?

La rabia choca con la confusión en mi pecho, dificultándome la respiración, y mi atención vuelve a Giacomo mientras Aerin le da un abrazo feliz.

Giacomo no me quita la vista de encima, y su sonrisa se convierte en una mueca de desprecio fría. —Es curioso cómo salen

las cosas, ¿verdad? —dice despacio, mirándome por encima del hombro de ella.

—¡Es increíble! —chilla Aerin—. ¡No tienes ni idea de lo increíble que es esto!

Debería estar feliz. Debería estar aliviado de que la mujer que amo no vaya a ser casada con un extraño, pero no puedo superar el muro de furia que crece en mi pecho. Esa furia se estanca ante la presencia de Aerin mientras abraza al hombre que ha estado intentando matarla.

Que asesinó a Pidge.

Le romperá el corazón.

Yo seré quien le rompa el corazón.

Si informo de mis hallazgos al don, Aerin quedará destrozada y me arriesgo a perderla. Su hermano ha sido su roca durante más años de los que yo he estado cerca. Si actúo, me arriesgo a que me descubran y la pierdo de todos modos, ya sea muriendo o siendo despedido.

Ninguna de esas opciones me da el final que quiero, y ninguna me permite matar a Giacomo tan lentamente como se merece. Giacomo, que ahora es, una vez más, el salvador de Aerin.

Más que eso, ahora que nos acostamos juntos, me arriesgo a perderla si alguien se entera. Por la forma en que Giacomo me está mirando, cada nervio de mi cuerpo está de repente vivo y alerta.

Si no lo sabe, desde luego lo sospecha por la forma en que Aerin me ha abrazado.

¿Qué cojones hago?

—¿Te alegras por ella? —pregunta Giacomo cuando finalmente se separan del abrazo. Aerin se vuelve hacia mí, más feliz de lo que la he visto desde que desperté del coma.

—Por supuesto que sí. Su bienestar es mi prioridad, sea lo que eso implique.

Aerin pone los ojos en blanco mientras Giacomo levanta su copa de vino y bebe muy despacio. Luego, chasquea los labios y suspira. —Y me alegra mucho que tenga a alguien tan diligente como tú cuidando de ella.

En ese instante, a pesar del dolor y la furia que nublan mi pecho, tomo mi decisión tan rápido como el chasquido de un látigo.

Si actúo ahora, ¿quién la protegerá de Giacomo?

33

AERIN

Ha funcionado.

No me puedo creer que haya funcionado.

No tenía un plan del todo formado cuando me enfrenté a mi padre, más allá de la determinación de mantenerme en mis trece y asegurar que la boda no se celebrara. Tendría que haberme arrastrado él mismo por el pasillo si quería que me casara. Pero cualquier oposición que tuviera se desmoronó cuando mi hermano apareció con la revelación silenciosa del trato en el que había estado trabajando.

Para salvarme a *mí*.

Está sentado frente a mí en la cocina, con una taza de chocolate caliente a medio beber en una mano mientras estudia su teléfono, que sostiene en la otra.

Abrazo mi taza y bebo despacio, limitándome a observarlo. —¿Giacomo?

—¿Hm? —No levanta la vista, pero ladea la cabeza en mi dirección.

—Lo que he hecho esta noche con papá... Haber cancelado la boda y todo eso, no afectará a tu trato, ¿verdad?

Finalmente alza la vista. —¿A qué te refieres?

—Bueno. —Bajo la taza—. Todo lo que estabas haciendo y en lo que trabajabas se planeó mientras el compromiso seguía en pie, ¿no? Ahora que se ha roto, ¿cambia algo?

Sus labios se curvan en una sonrisa amable. —No, en absoluto. No deberías preocuparte por ese tipo de cosas.

Suelto un bufido. —¿Y de qué debería preocuparme? ¿De mi pelo y de mis zapatos?

Giacomo pone los ojos en blanco. —No, solo quiero decir... que yo cuido de ti. Después de todo lo que te ha pasado, esto es lo mínimo que puedo hacer para mantenerte a salvo. Además, con lo mucho que está enfermando papá, no es el momento más sensato para traer a otra familia al redil.

Asiento a sus palabras, dándoles vueltas. —Tu trato... ¿puedes hablarme de él?

Giacomo se levanta de repente y se guarda el teléfono en el bolsillo. —Tengo que irme.

—Cuéntamelo. —Mi voz se endurece un poco—. Por si se te olvida, me están preparando para tomar el mando, lo que significa que debería estar al tanto de todos y cada uno de los tratos en los que esté involucrada la familia.

Enarca las cejas y un destello de sorpresa cruza su rostro. —Mírate. De verdad que has sacado carácter.

—¡Oye!

—Solo digo la verdad. —Giacomo se ríe, levantando ambas manos—. Hace unos meses, no le habrías tosido ni a una mosca.

—Eso no es verdad.

—¿Ah, no? Pregúntate esto: ¿la versión actual de ti misma se habría conformado y habría aceptado un compromiso?

—¡Claro que no!

—Y, sin embargo, lo hiciste entonces. ¿Ves? Ni mu. —Rodea la isla de la cocina y se ríe—. Te lo explicaré todo pronto, renacuaja. Solo quiero asegurarme de que todos los cabos estén bien atados.

—¿Qué te pasa con los pájaros y los cabos? —murmuro mientras él se inclina y me besa la coronilla.

—Supongo que soy un amante de las aves. Vete a la cama. Descansa un poco.

—¿A dónde vas?

Giacomo clava la vista en el espacio vacío sobre mi cabeza. —Fuera. A asegurarme de que mi trato se cumpla exactamente como necesito.

—Vale... Buenas noches.

—Buenas noches, renacuaja.

El silencio envuelve la cocina y vuelvo a mi taza, rodeándola con ambas manos mientras mi mente se desvía de inmediato hacia Falco. A pesar de su insistencia, le di la noche libre para que pudiera ver al médico en una revisión de su brazo, pero ya debería estar libre. Mi guardia actual no se retira fácilmente cuando salgo de la cocina, pero en cuanto entro en el pasillo que termina en la habitación de Falco, se desvanece entre las sombras.

Me acerco a su puerta y llamo suavemente, tarareando para mis adentros mientras me balanceo sobre los talones. Últimamente, todo ha sido dolor y densos nubarrones de pena. Hoy ha sido la primera de, con suerte, muchas victorias.

Pasan unos segundos y luego la puerta chirría al abrirse. Aparece el rostro cansado de Falco. —Aerin. ¿Va todo bien?

—¿Puedo pasar?

Él asoma la cabeza y echa un vistazo al pasillo. —¿Dónde está tu guardia?

—Le he dicho que se fuera.

A Falco le tiembla la mandíbula. —Aerin.

—Estaba literalmente al final del pasillo, relájate. Estamos en la propiedad. Nadie aquí quiere hacerme daño. Así que, ¿puedo pasar?

Sus labios forman una línea fina, luego mantiene la puerta abierta. Me agacho bajo su brazo y entro en su habitación. En el interior, montones de vendajes se enroscan sobre la mesilla de noche, cerca de la única lámpara encendida.

—¿Cómo va el brazo? —pregunto mientras un aroma a antiséptico me llega a la nariz. Al darme la vuelta, me llama la atención de inmediato. Unas cicatrices largas, rosadas y recientes recorren su brazo, y brillan bajo la luz como si estuvieran cubiertas de algún tipo de aceite. Se acerca y luego me adelanta para sentarse en la cama.

—Curándose.

—¿Qué es eso? —Mis dedos rozan su codo y se retiran un poco pegajosos.

—Pomada. Para ayudar con la cicatrización.

—¿Te duele?

—Un poco. Como una especie de calambre.

—Lo siento. —Me siento a su lado en la cama y observo cómo coge de nuevo el tubo de crema—. ¿Me dejas?

Falco duda y algo se agita en sus ojos, una mirada que no acabo de descifrar.

Quizá es reacio a que le toque las cicatrices por si eso desencadena algo, así que refuerzo mi sonrisa y le tiendo la mano. —¿Por favor?

Tras un momento, me entrega el tubo de pomada. —¿Estás bien?

—Estoy bien. Estaba tomando algo tarde con Giacomo, y se ha ido para asegurarse de no sé qué de su trato. —El brazo de Falco se tensa de inmediato bajo mi tacto—. No puedo creer lo bien que ha ido el día hoy.

—Me alegro por ti —dice en voz baja—. De que no tengas que casarte con ese hombre.

—Yo también, no te lo imaginas. Ahora no me siento tan culpable por lo nuestro. —Trabajo con rapidez, extendiendo la pomada por las recientes cicatrices de Falco mientras las entrañas se me revuelven un poco de culpabilidad. Ha resultado herido por mi culpa y eso es algo que nunca, nunca desaparecerá. Ojalá pudiera compensárselo.

Lo haré.

Por el resto de mi vida, lo haré.

Mis manos se deslizan por su antebrazo y vuelven a subir, asegurándose de que todo esté bien cubierto. Tras limpiarme los restos de pomada de las manos con una toalla, los ojos de Falco se clavan en los míos y una ráfaga de calor me atraviesa. Antes de que me dé cuenta, estoy en su regazo con mis manos acunando su rostro y sus brazos rodeando mi cintura.

—Falco.

—Aerin. —Su voz es baja y ronca mientras sus ojos recorren mi rostro. Hay dolor en su mirada. Debe de ser por el brazo.

—No sé cómo darte las gracias —murmuro—. Todo lo que has hecho por mí estos últimos meses es... increíble.

—Aerin, yo... —Su agarre se aprieta a mi alrededor y le corto rápidamente, cubriéndole los labios con las yemas de los dedos.

—Chitón. Déjame darte las gracias. *Por favor*.

Sus labios se separan ligeramente contra mis dedos y su aliento escapa entre los huecos; luego asiente mientras sus hombros caen un centímetro.

—Gracias. —Me inclino hacia delante y sustituyo mis dedos por mis labios en un beso suave.

Un beso suave que se vuelve más ardiente por segundos y, de repente, el fuego se prende en mi vientre. Sus brazos se aprietan a mi alrededor y arqueo mi cuerpo contra el suyo, pasando la mano por su espeso cabello y tirando con la fuerza suficiente para arrancarle un gruñido desde lo más profundo de su garganta. Nuestros labios se entrelazan con una destreza adquirida mientras el calor aumenta en mi interior, bajando por mis brazos y piernas hasta que todo mi cuerpo hormiguea de anticipación.

Me incorporo sobre las rodillas para seguir a Falco mientras su cabeza cae hacia atrás, besándolo profundamente y acariciando el lado de su cuello. Luego vuelvo a bajar, y un bulto firme debajo de mí me indica lo excitado que está Falco.

—¿Quieres celebrar el fin de mi compromiso? —Sonrío con picardía contra sus labios.

En un tiempo récord, nuestra ropa está en el suelo y volvemos a estar ocultos bajo las sábanas de Falco, solo que esta vez yo estoy encima y, a pesar de que él me anima a tumbarme, me quedo ahí. Esta vez quiero ser yo la que mande. Cualquier queja que Falco pudiera tener muere en el momento en que agarro su miembro palpitante y lo deslizo dentro de mí con un movimiento de caderas lento y controlado.

Es como nuestra primera vez, solo que no hay heridas de las que tenga que estar pendiente. Puedo poner las manos donde quiera y estas se posan en el bajo vientre de Falco mientras me balanceo de un lado a otro, jadeando de calor en el refugio que hemos creado bajo las mantas.

Las manos de Falco recorren mi cuerpo, acariciando cada centímetro de mí como si estuviera memorizando todos los detalles. De mis caderas a mi cintura, subiendo hasta mis pechos; luego su mano se posa en un lado de mi cuello y me atrae hacia abajo para un beso apasionado.

—Aerin —gime cuando mis caderas caen con fuerza—. Joder... eres increíble. No lo olvides nunca.

—Solo dices eso porque te estoy follando —jadeo contra sus labios—. Pero lo acepto.

Lo repite una y otra vez mientras me muevo con más fuerza contra su miembro y nos llevo a ambos a un orgasmo intenso que me deja temblando sin control. Lo repite cuando me desplomo a un lado y él desaparece entre mis piernas para dedicarle toda su atención a mi zona íntima hasta que me arranca otro orgasmo. Lo repite cuando me folla por detrás, aprisionándome en sus brazos y manteniéndome pegada a su pecho, repitiéndolo en mi oído con cada embestida desesperada dentro de mí hasta que jadeo sin voz por un orgasmo tan intenso que es como si una llama me lamiara la piel.

Y lo repite, estoy segura, mientras me quedo dormida en sus brazos después de haber sido profundamente satisfecha.

Me despierto de un salto a la mañana siguiente, con frío y lista para volver a sus brazos, pero a medida que recupero la conciencia, es mi propia habitación la que me recibe.

Espera. ¿No lo habré soñado todo, verdad?

Los dolores y agujetas al salir de la cama demuestran que la sesión de anoche fue real, pero ¿cómo he vuelto a mi habitación? Falco tampoco está fuera de mi cuarto como suele estar. Tras un incómodo contacto visual matutino con el guardia apostado en mi puerta, me meto a toda prisa en la ducha para lavar cualquier rastro de nuestro tiempo juntos mientras la confusión se agita en mi pecho.

¿Qué está pasando?

Falco tampoco está en el desayuno, así que me obligo a tragar una tostada rápidamente mientras evito los lamentos decepcionados de mamá por la pérdida de la boda de sus sueños. Por cómo habla,

se diría que era ella la que se casaba, y recorro la propiedad hasta que encuentro a Falco en el gimnasio, entrenando con el foco puesto en su brazo convaleciente.

—¿Falco? —Me acerco despacio y la tensión se filtra por mis entrañas. Cuando levanta la vista, esa misma mirada indescifrable de anoche permanece en sus ojos.

—Aerin.

—¿Qué... qué ha pasado?

Flexiona el brazo con una pesa en la mano. —¿Con qué?

Me acerco más y bajo la voz. —¿Con... lo de anoche? Me lo pasé muy bien, pensé que tú también, pero me he despertado en mi propia cama y yo... no lo entiendo.

—Hablamos. —Falco clava la vista en la pesa—. Te cansaste y te quedaste dormida. Te llevé en brazos a la cama.

Algo va mal. El aire que nos rodea carece de la calidez habitual a la que me he acostumbrado, y el hecho de que no me mire me revuelve el estómago. —Falco. Mírame.

—Estoy ocupado.

—¡Falco! —Avanzando de golpe, le empujo el hombro y él se tambalea—. ¿Qué demonios está pasando?

Finalmente levanta la vista. —Tengo que trabajar en esto. No puedo protegerte con un brazo que no es tan fuerte como debería.

—Lo entiendo, pero ¿por qué no quieres mirarme? ¿Por qué simplemente...? —Estudio su rostro, sin encontrar las palabras, y luego intento tocarlo—. Algo ha cambiado.

—Nada ha cambiado.

—Falco... —Las yemas de mis dedos rozan su hombro, pero a diferencia de anoche, él se aparta. Yo le sigo—. Dime qué pasa.

—Estoy bien. ¿No tienes algo con tu madre hoy?

—Yo... no hasta la tarde. Es solo una comida. ¿Por qué estás...? —El calor aumenta tras mis ojos y un escalofrío repentino recorre mi vientre como si la tostada que he comido se estuviera rebelando—. ¿Por qué estás distinto?

—No lo estoy.

—¡Sí que lo estás!

—Aerin, para ya.

En un impulso repentino de demostrarle que está diferente y que no me he vuelto loca, me lanzo a besarle, y Falco se aparta de inmediato. —¡¿Ves?! —le espeto—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué he hecho?

Falco suelta la pesa con un estruendo y me encara con la ira ardiendo en sus ojos. —Aerin. Me contrataron para protegerte. No para desearte. No para amarte. ¿Lo entiendes? Esto... esto se acaba ahora. Ya he tenido bastante lástima por ti. Así que, si no te importa, tengo trabajo que hacer.

¿Lástima?

Él me da la espalda y es como si un bloque de hielo se hubiera estrellado contra todo mi cuerpo. Retrocedo, sin palabras. Es como si se hubiera accionado algún tipo de interruptor y un monstruo frío e indiferente hubiera sustituido al hombre que conocí anoche.

¿Acaso me he despertado en una realidad alternativa?

El impulso de insistir se ve engullido por una punzada de dolor repentina en mi pecho, y me alejo de Falco dando traspiés, salgo del gimnasio y recorro toda la mansión. Mis pies se apresuran sin un destino real mientras reproduzco en mi mente todo lo que ha dicho Falco.

Algo ha cambiado.

¿Ya no me quiere? ¿Solo era deseable cuando estaba atada a otro hombre? ¿Alguien ha hablado con él?

Mis pensamientos se atropellan y el frío en mi vientre continúa extendiéndose, junto con un calambre que detiene mis pasos.

—¿Aerin? —La voz de mamá me llega y levanto la vista; estoy en el invernadero y ella entra desde el jardín—. Cariño, estás pálida. ¿Va todo bien?

Las lágrimas inundan mis ojos, pero antes de que pueda hablar me flaquean las rodillas y el suelo se abalanza hacia mi rostro sin previo aviso.

34

FALCO

—¿Falco?

Levanto la pesa, inflando las mejillas y apenas oyendo la llamada por encima del estruendo de mi corazón. El rostro de Aerin estaba... horrorizado. Ha sido como si la hubiera destripado allí mismo donde estaba, con solo unas pocas palabras sencillas en la frase más dura que he pronunciado jamás.

Intenté decírselo anoche.

Debería haberlo hecho.

Pero estaba tan feliz que irradiaba luz, tan emocionada por su nueva libertad y por lo que eso podría significar para su futuro, que no pude resistirme a saborearla por última vez.

Pero para protegerla, necesito mantener las distancias. En el momento en que vaya a por Giacomo, perderé a Aerin porque ama e idolatra a su hermano, así que, al arrancar la tirita ahora y alejarla, puedo centrarme en salvarla y en atraparlo a él.

Acercarme a Guido con lo que sé sobre Giacomo y la cuenta bancaria no será suficiente. Necesito más que eso para acusar a Giacomo de algo tan atroz, y es una rata muy astuta, de eso no hay duda. La única forma en que puedo hacerlo es aislándome, de forma parecida a como estaba cuando empecé aquí.

Y después de lo de anoche...

—Oye, Falco.

De nuevo, las palabras suenan tan distantes que no las oigo, demasiado destrozado por la imagen del rostro dolorido de Aerin que aparece cada vez que cierro los ojos. Valdrá la pena. Tiene que valer la pena.

—Tío.

De repente, una mano se posa en mi hombro y retrocedo alarmado, alzando las pesas como un arma para encontrarme cara a cara con Giacomo.

—Joder —ríe Giacomo—. Estabas en tu propio mundo.

Mis sospechas se disparan de inmediato mientras bajo la pesa. —Lo siento. Tengo muchas cosas en la cabeza. —¿Qué está haciendo él aquí?

—Te necesito.

Mi sospecha aumenta un punto más.

—Tengo que asegurar algo para Guido, y me ha dicho que me lleve a los mejores de los mejores. Supongo que después de todo lo que ha pasado con Aerin, está en alerta máxima.

—Mi trabajo es proteger a Aerin, no a ti.

—Ay —Giacomo se ríe y se toca brevemente el pecho—. Claro, pero hoy vienes conmigo porque Aerin está con sus padres y con todo su equipo de seguridad. Ya he aclarado esto con papá, así que cuando hayas terminado aquí... —Mira a su alrededor y sonríe—. Reúnete conmigo abajo pronto. Órdenes del Don y no querrás decepcionarlo.

—Pero yo...

—Tío, esto no me gusta nada a mí tampoco, pero papá confía en ti y tengo cosas que hacer, así que date prisa, ¿vale?

Algo trama, y esta podría ser la oportunidad perfecta para conseguir las pruebas que necesito, así que veinte minutos después estoy duchado, vestido y en el aparcamiento, tal y como se me pidió.

Dos horas más tarde, el cansancio tiñe mis músculos mientras descargo el último cajón pesado del camión que Giacomo me ha hecho conducir hasta las afueras de la ciudad. Entre yo y los otros tres guardias que hay aquí, podemos descargar rápidamente el

camión y apilar los cajones por el suelo vacío de un almacén polvoriento. Cada uno lleva el escudo de la familia y Giacomo da unas palmadas mientras observa.

—Buen trabajo, chicos. No pensé que terminaríamos tan pronto. De verdad sois los mejores de los mejores. —Su palma abierta choca ligeramente contra mi espalda—. Buen trabajo.

—Gracias —jadeo, apartando su mano de un tirón—. No es nada.

—Seguro. Debe ser duro con ese brazo, de todos modos.

Mientras dejo el último cajón en su sitio, el guardia que me ayuda gruñe y suelta un alarido porque se le queda el dedo atrapado entre la madera. Retrocede de un salto y maldice, encogiéndose de dolor.

—Por el amor de Dios, Tommy —suspira Giacomo—. Vuelve al camión, idiota.

Tommy se apresura a marcharse, dejándonos a Giacomo y a mí prácticamente solos, mientras los otros dos guardias merodean cerca de la puerta, hurgando en un cajón más pequeño.

Los nervios se me disparan en la nuca.

—Está bien —digo, flexionando el brazo para sacudirme un pequeño calambre.

—Han sido unos meses intensos, ¿no? —Giacomo se apoya en un cajón—. Todas esas amenazas contra mi padre y mi hermana... es una locura pensar que ya casi ha terminado.

—¿Casi ha terminado? —Arqueo una ceja—. ¿Cómo puedes estar tan seguro cuando no hay sospechosos?

Él bufa. —Por favor. La paz está prácticamente garantizada con los irlandeses ahora y me he ganado puntos extra asegurándome de que mi hermana no tenga que ser vendida. Simplemente llámame el hijo pródigo.

—Eso no responde a mi pregunta. —Podría con él. Los tres guardias podrían ser un problema dado que Tommy se ha apresurado a salir, pero no soy tonto. El comportamiento demasiado amigable de Giacomo cuando apenas nos conocemos es más que suficiente para ponerme en guardia, pero ¿confiar en mi lealtad a Guido para obligarme a alejarme de la propiedad? Está aprovechando una oportunidad.

Así que yo también lo haré.

—Justo. Seamos honestos, todos sabemos que los irlandeses están detrás de esto. Querían un trato mejor, querían hundir a mi familia en un pozo de olvido para poder pisotearnos, ¿y qué mejor forma de hacerlo que ir a por la heredera?

—¿Así que han sido los irlandeses todo este tiempo?

—Mhm. Y haría falta algo catastrófico para reavivar la guerra ahora que he negociado la paz. Incluso Guido está impresionado conmigo. —Giacomo se aparta del cajón y camina unos metros hacia una palanca que descansa sobre otro cajón. Cogiendo la palanca, vuelve al último cajón mientras la balancea de un lado a otro.

La espalda se me tensa y aprieto los dientes.

Clava la palanca en el borde del cajón y comienza a forzar el sello. —¿Te acuerdas de anoche?

El corazón se me sube a la garganta. —¿De anoche?

—Sí. —Vuelve a accionar la palanca, ensanchando el sello—. No juguemos, Falco. Los dos sabemos lo que hiciste anoche. Mi pregunta es: ¿cuánto tiempo llevas follándotela? —La tapa se rompe y cae al suelo con estrépito—. ¿Cuánto tiempo llevas follándote a mi hermana?

En los segundos siguientes, mi mente vuela.

No había nadie anoche.

Había puesto las cámaras de mi habitación en bucle para que nadie viera nada, y estábamos bajo las sábanas. He tenido cuidado, mucho cuidado en ocultar esto. Entonces, ¿cómo lo sabe?

Se está tirando un farol.

—Yo no rompería un juramento —respondo con rigidez.

—Ay —Giacomo sonríe con sorna—. Mi pobre hermana. ¿Sabe ella eso? Siempre fue tonta en ese aspecto. Un poco de atención y se pone tan contenta como un cachorro. Viste cómo se puso cuando le dije que ya no tenía que casarse con ese cabrón irlandés. Con eso le basta.

—Te equivocas.

—¿Ah, sí? —Giacomo sonríe y se gira a medias hacia los dos hombres ocupados en la puerta—. ¿Lo reconoces?

Miro más allá de él, sin reconocer a ninguno de los dos. —No.

—Ajá. Bueno, él estaba de guardia anoche. Siguió a Aerin hasta tu habitación y luego esperó a que saliera. Solo que ella no salió hasta que tú la llevaste fuera a las cuatro de la mañana.

—Hablamos. Se quedó dormida.

—Vaya... —Giacomo se lleva la mano a la barbilla y se la frota, pensativo—. Vi cómo te abrazó ayer. Y estabais los dos solos en el garaje. Habla de ti como si fueras el primer flechazo de una adolescente. —Giacomo agarra el borde del cajón y se inclina—. ¿De verdad quieres seguir mintiéndome?

—Se está aferrando a un clavo ardiendo —respondo con frialdad, manteniendo la voz lo más nivelada posible—. Y seas hijo o no, sé lo que le haría Guido por difundir rumores.

—Ah. Mi padre. —Giacomo olfatea bruscamente y luego señala con la cabeza hacia el cajón—. ¿Sabes lo que es esto?

Doy un medio paso cauteloso hacia delante, con un ojo puesto en él mientras asomo la mirada al cajón. Paquete tras paquete de polvo blanco puro llenan el cajón, todos apilados cuidadosamente y todos con el sello de la propiedad Paramatti. —Lo sé.

—¿Puedes siquiera imaginar cuánto hay aquí? No solo en este cajón, sino en *cada* cajón de este almacén?

Mientras habla, de repente todo encaja en mi mente. Recuerdo vagamente haber escuchado las estresantes conversaciones de Guido sobre la droga entre él y los irlandeses, cargamentos desaparecidos y productos robados. Pensé que se refería a que los irlandeses le robaban a él, y eso los convertía en los sospechosos perfectos de atacar a Aerin al principio.

Ahora veo la verdad, clara como el agua, y a medida que me doy cuenta, los labios de Giacomo se curvan en una sonrisa fría. —Lo estás atando todo, ¿verdad?

Me mantengo en silencio.

—Todo esto... —Giacomo palmea el cajón—. Se suponía que debía estar en manos de los irlandeses. Papá cree que los irlandeses lo robaron y los irlandeses creen que papá les estaba engañando. Han mantenido la guerra bastante tiempo porque hay una cosa que mi padre siempre olvida considerar y es un hecho muy simple, muy obvio. —Su sonrisa se ensancha—. La propiedad Paramatti no *quiere*

ser dirigida por una mujer. No *quieren* a una jovencita a la cabeza tomando decisiones que apenas es capaz de entender. Así que cuando ideé un plan maestro para salvar a la familia y encarrilar las cosas, bueno, ¿sabes lo difícil que fue encontrar gente leal a mí?

Mis ojos se entrecierran.

—Nada difícil. Redirigir estos envíos fue tan fácil como pedir comida a domicilio. Pero aquí está el problema... —Se aparta del cajón y camina hacia mí—. Te estás follando a mi hermana. La has deshonrado. La has arruinado. Papá la matará por eso, ¿lo entiendes? Estará tan avergonzado de que su preciosa hijita haya perdido su valiosa virginidad con un *guardia* que la matará para evitarle la vergüenza. ¿Todavía quieres negarlo?

Mi corazón late dolorosamente en mi pecho y cada músculo se tensa, listo para atacar. El silencio ya no parece la respuesta más segura.

—Así que esto es lo que propongo. —Se detiene justo delante de mí, luego me pasa el brazo por el hombro y me guía hacia el cajón —. Propongo que si quieres que Aerin sobreviva a esto... entonces vas a ayudarme. Porque ahora mismo, gracias a mí, parece que Aerin ha estado flirteando con los guardias y prometiéndoles todo tipo de cosas asquerosas a cambio de estas drogas que ella estaba robando y almacenando para poder venderlas y huir de esa boda. Y ahora que la boda se ha cancelado gracias a *mí*, pues tiene que deshacerse de ellas, ¿verdad? Y la pillarán. Y la matarán.

¡Haz algo, Falco, joder, haz algo!

Cuando abro los labios, con una maldición subiendo por mi garganta, el brazo de Giacomo se aprieta alrededor de mis hombros. —A menos que tú cargues con la culpa.

De repente, la puerta que tenemos delante se abre de golpe y un mar de hombres armados entra en el almacén, iluminados por el resplandor de los faros justo detrás.

Me estremezco violentamente y Giacomo acerca su rostro a mi mejilla. —Tienes diez segundos, Falco. Diez segundos antes de que le diga a mi padre que este montón es de Aerin. ¿Y no crees que habré dejado un rastro que lleve directamente a ella?

Guido cierra la marcha, caminando lentamente con el rostro contraído en una furia oscura.

—Dile que fuiste tú. Dile que le robaste y que estabas intentando matar a Aerin para encubrirlo porque ella se enteró. Díselo, y yo te apoyaré y ella vivirá. O intenta decirle la verdad y verás a quién se cree.

En menos de treinta segundos, toda mi defensa se desmorona. No importa lo que sepa. No importa lo que pueda demostrar o lo que haya hecho para mantener a Aerin con vida. Ni siquiera importa que pueda jurar sobre mi honor.

Guido nunca me creerá a mí antes que a su hijo.

Y no jugaré con la vida de Aerin.

No tengo elección aquí.

Si quiero que ella viva, si quiero que tenga una oportunidad, entonces tengo que cargar con la culpa.

La revelación viene con un peso aplastante en mi estómago que me obliga a caer de rodillas, mi silenciosa admisión de culpabilidad. Mientras me hundo, Giacomo cruza de nuevo frente a mí y se inclina, dándome unas palmaditas en la mejilla.

—Buen chico. —Sonríe con malicia—. Pidge fue *igual* de obediente.

35

AERIN

—¿Aerin?

La voz de mi madre me llega desde algún lugar a mi izquierda y abro los ojos.

¿Dónde... estoy?

Fuera está oscuro. Las cortinas están echadas pero no del todo, y me envuelve un calor con un peso que debería resultar satisfactorio, pero que se siente sofocante. Al incorporarme de golpe, un dolor repentino me atraviesa el cráneo como si el cerebro se me estuviera hinchando y no tuviera espacio suficiente para respirar.

—Ay —gimo y cierro los ojos con fuerza, presionándome la sien con una mano.

—Tranquila —dice mi madre—. Ve despacio.

—¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado. O más bien te has desplomado.

—¿Eh? —Con cautela, abro los ojos mientras el martilleo en mi cabeza va remitiendo gradualmente. Empiezan a enfocarse más detalles, desde la colcha de punto hasta el tocador abarrotado de innumerables figuras de animales talladas.

¿La habitación de mamá?

—¿Te acuerdas? —Su rostro aparece ante mí, pero donde espero que su expresión concuerde con la suavidad de su voz, en su cara

no hay más que ira.

—No...

—Has entrado irrumpiendo en el invernadero y te has desplomado justo delante de mí. Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento —gimo—. Quizá haya sido algo que he comido.

—¿Algo que has comido? —Se mofa bruscamente y retira su mano de la mía, levantándose de golpe—. No ha sido algo que hayas comido.

—¿Cómo lo sabes?

Mamá se aleja de mí y se cruza de brazos a la altura del vientre. —Porque en las *horas* que has estado inconsciente, el médico te ha examinado.

La aspereza de su voz me llama la atención y levanto la vista para encontrarme con la suya, con el corazón acelerado.—¿Me pasa algo malo?

—Podría decirse que sí —se mofa y se tapa rápidamente la cara con la palma de la mano—. ¿Cómo has podido hacerme esto, Aerin?

La confusión se me revuelve en el estómago y frunzo el ceño, sin dejar de masajearme la sien.—¿De qué estás hablando? —A medida que los recuerdos regresan, el rostro de Falco llena mi mente, seguido de un dolor punzante y agudo en el pecho que me arranca un jadeo.

Me ha rechazado.

Me ha roto el corazón de repente. Sin previo aviso. Anoche todo era perfecto.

Hoy me he despertado en el infierno.

—¿Estoy enferma?

—¿Enferma? —La voz de mamá sube de tono—. ¡Estás embarazada, Aerin! ¡Embarazada! Te has desmayado por la falta de hierro y por el estrés. ¿De verdad pensabas que no me enteraría?

Falco se desvanece de mis pensamientos. De hecho, todo desaparece mientras mi mente se queda en blanco y la miro fijamente. Entonces, poco a poco, una risa me recorre.—No digas tonterías. ¡No puedo estarlo!

—¡Lo estás! Aerin, eres una chica estúpida e imprudente. ¿Qué te pasa? ¡No me digas que pensabas que esto era algo que podrías

ocultar!

—¡No estoy embarazada! —Sigo riéndome porque la idea es demasiado ridícula. Es imposible que esté embarazada porque...

Porque...

Nunca usamos protección. Nunca he tomado anticonceptivos. Joder.

Mi risa se apaga como el silbido de una tetera y trago saliva con dificultad—. No puedo estar embarazada —susurro.

No así. No después de haberme enamorado de un hombre con el que no puedo estar, un hombre que de repente ya no me quiere porque, al parecer, la paz me ha vuelto poco atractiva. No puedo tener un hijo suyo.

Me pongo la mano sobre el vientre y me miro, atrapada entre el dolor de cabeza y las náuseas en el estómago.

—Niña estúpida —continúa mamá—. No solo has roto tu voto, sino que nos has traicionado a tu padre y a mí. ¿Cómo has podido? ¿Sabes lo que esto nos va a suponer? —De repente está de nuevo al lado de mi cama y me agarra la mano—. ¿Quién es el padre?

Trago saliva para deshacer el nudo que me crece en la garganta y la miro—. Nadie.

—No seas ridícula, Aerin. Los bebés no aparecen por arte de magia. ¿Quién ha sido? ¿Uno de tus amigos? ¿Un guardia? ¿Quién? —Su voz se vuelve chillona—. ¿Cuánta vergüenza vas a hacerme pasar?

No puedo pensar.

En un momento estoy enamorada y soy libre, y al siguiente es como si mis entrañas se estuvieran desgarrando; estoy embarazada y estoy sola.

—¡Aerin! —Me agarra de los brazos y me sacude, intentando sacarme de mis pensamientos—. ¿Quién es el padre?

Parpadeo y una lágrima me resbala por la mejilla—. Nadie —susurro.

—No me *mientas* —sisea—. Me enteraré. Haré que el médico haga una prueba de ADN cuando te practiquen el aborto y haré pruebas a cada una de las personas con las que hayas tenido contacto.

—¿Qué? ¡No voy a abortar!

—¿No me digas que quieres quedártelo?

Niego con la cabeza mientras la sensación de hinchazón aumenta.—¡No... no lo sé! Acabas de decírmelo, ¿cómo voy a decidir algo así al instante?

—No importa. No te permitiré tenerlo.

—¿Permitirme? —La rabia se impone rápidamente a mi estado de shock y la aparto, retirando las mantas y saliendo de la cama—. No sabía que esto fuera decisión tuya.

—Eres una Paramatti, Aerin. Siempre es mi decisión.

—¡No! Necesito pensar, necesito encontrar a... Falco.

Necesito encontrarlo.

¿Se lo digo?

Mierda.

—Escúchame bien, pedazo de...

—¿Señora? —La puerta se abre de repente y entra el guardia personal de mamá—. Su marido llegará tarde esta noche, ha habido un gran avance.

—¡Oh, por el amor de Dios! —gime mamá. Oírla maldecir sería divertido si no estuviera luchando por poner en orden mis pensamientos y entender cómo está pasando esto—. ¿Ahora qué?

—Al parecer, a un guardia, Falco Tierney, le han pillado con la droga que faltaba.

—¿Falco? —Levanto la cabeza de golpe y me pongo en pie de un salto—. ¿De qué estás hablando?

—Eh... —El guardia nos mira a las dos—. Todo lo que sé es que su hermano lo pilló en un almacén con varias cajas de productos que han ido desapareciendo estos últimos meses. Al parecer, Giacomo lo atrapó y, tras una pelea, consiguió una confesión.

—¿Una confesión? —interrumpe mamá—. ¿Qué confesión?

—Había estado vigilando a la familia todo este tiempo. Solo era leal a sí mismo, como era de esperar de un militar retirado, según dicen algunos. Había estado planeando algún tipo de robo final y Giacomo se enteró. Al parecer, él... también ha confesado haber intentado matarte a ti, Aerin.

—¿Qué? —Mamá se levanta de un salto—. ¿Ese bastardo? ¿Todo este tiempo?

No.

No, esto no está bien.

Yo conozco a Falco.

Ha sido mi sombra durante meses. Es imposible que haya tenido tiempo de robar cajas de droga, ni los medios para esconderlo todo teniendo en cuenta lo solo que está. ¿Y que ha intentado matarme? En cuanto esas palabras salen de la boca de ese guardia, sé que son mentira.

Si Falco me quisiera muerta, ya lo estaría.

No habría arriesgado su propia vida, ni la de Pidge, si yo fuera su objetivo.

—Quédate aquí —me ordena mi madre—. Vuelvo enseguida. Sale furiosa de la habitación con su guardia detrás, exigiendo saber quién contrató a Falco en primer lugar, y me quedo en el silencio de la habitación.

Al cabo de un segundo, me doy un pellizco para asegurarme de que no estoy soñando.

Falco no robaría. No intentaría hacerme daño.

¿Pero mi hermano lo ha pillado? Al sentarme en la cama, todos los pensamientos sobre el embarazo se me escapan mientras recuerdo mi última conversación con Falco.

—Me contrataron para protegerte. No para desearte. No para amarte.

—No para amarte.

Amarme.

¿Me... ama? ¿O estoy intentando engañarme y justificar este repentino giro caótico de los acontecimientos? Nada desde esta mañana tiene sentido, desde la actitud de Falco hasta esta repentina confesión de robo de drogas e intento de asesinato.

Piensa, Aerin. Piensa.

Esto no está bien.

¿Qué haría Falco en esta situación? ¿Qué haría Pidge?

Mis pensamientos se atropellan unos a otros hasta que una cosa queda clara, y salgo corriendo de la habitación de mi madre,

esprintando lo más rápido que me atrevo con mi dolor de cabeza punzante hasta llegar a mi propia habitación. Entro de golpe, me lanzo sobre la cama y cojo el teléfono.

No sé qué haría ninguno de ellos.

Pero sé lo que voy a hacer yo.

Rex, afortunadamente, responde al segundo tono.—¿Rex? Soy Aerin. ¡Siento llamarte a este número, pero es una emergencia!

36

FALCO

Por Aerin, merece la pena.

Me digo eso a mí mismo mientras el puño de Guido impacta contra mi mandíbula y el dolor estalla en mi cráneo.

Es para mantenerla con vida.

Me lo repito cuando su siguiente puñetazo choca contra mi estómago y me doblo en la silla a la que estoy atado, tosiendo sangre sobre el suelo.

Guido la matará.

Me lo recuerdo cuando otro puño choca contra mi sien y mi cabeza se ladea con tal violencia que un dolor agudo me recorre el cuello.

Mantente en silencio. No te levantes. Aguanta.

Por Aerin.

Detrás de Guido, agazapado en las sombras, está Giacomo. No hay ni un ápice de arrepentimiento en sus ojos, solo un destello de complicidad porque me comprende. En esos pocos segundos en los que solté mi falsa confesión para salvar a Aerin, Giacomo lo entendió.

La quiero.

Y moriré por ella.

—¡Hiciste un juramento! —ruge Guido en mi cara—. ¡Confié en ti para proteger a mi hija y todo este tiempo has sido la rata en mis filas! Te recibí con los brazos abiertos, te alabé por salvarla, ¿y qué he sacado de eso?

Otro puñetazo y la presión estalla en la parte superior de mi boca; la sangre se derrama por mi labio inferior. El siguiente golpe desprende un diente, que escapa en la cascada de sangre que brota de mí.

Mantente en silencio. No te levantes.

Se repite como un mantra en mi mente hasta que Guido me golpea tan fuerte en el estómago que él mismo grita de dolor, retrocediendo a tropezones y agarrándose el codo mientras le da un ataque de tos.

—Papá. —Giacomo da un paso al frente—. Estás demasiado enfermo para esto.

—No —grazna Guido—. Se ha burlado de mí. ¡De todos nosotros! Ha vivido bajo mi techo y ha torturado a mi hija, me ha robado y ha pisoteado el juramento que le hice prestar. ¡Lo mataré, lo juro por Dios! —Guido arremete hacia delante, pero Giacomo lo detiene rodeándole la cintura con un brazo y tirando de él hacia atrás.

—Lo harás, papá. Pero no así. Ya ha hecho bastante. Deja que me encargue yo y te juro que el final llegará por tu mano.

Los observo con la visión nublada, parpadeando con fuerza mientras la sangre gotea de mi sien. En el fondo, sé que tengo que salir de esta de alguna manera. La promesa de Giacomo de guardar silencio sobre la relación entre Aerin y yo solo se mantiene mientras yo tenga la capacidad de defenderme. En cuanto eso desaparezca, Aerin estará a su merced.

Mantén la compostura.

—Está bien —refunfuña Guido. Cualquier otra cosa que tenga que decir acaba siendo silenciada cuando un guardia emerge de las sombras y le entrega su teléfono móvil.

—Es Aerin —dice el hombre.

Guido me lanza una mirada fría, luego se lleva el teléfono al oído y sale furioso por la puerta mientras habla demasiado rápido como para que yo pueda entender nada.

—Parece que nos hemos quedado solos. —Giacomo sonríe con sorna—. Aguantas bien los golpes.

Paso la lengua por mi boca y sobre mis dientes, luego escupo la sangre que he acumulado directamente en su cara burlona. —¿Cuánto tiempo crees que podrás mantener esto?

Giacomo ni siquiera se inmuta, pero se endereza y se limpia la cara con la parte interna del codo, pasando la sangre a su manga. —¿Mantener el qué?

—Yo cargué con la culpa. Hice mi parte. Pero Aerin es lista. ¿De verdad crees que se quedará de brazos cruzados y no atará cabos?

Giacomo frunce los labios. —Lo creo. ¿Quieres saber por qué?

—Ilumíname.

Se pone de cuclillas frente a mí y mira hacia arriba, clavando sus ojos en los míos. —Porque ella fue quien me habló de Pidge. Durante el almuerzo, antes de que la llevara al bar. Me habló de tu amigo y me olvidé por completo de él hasta que volvisteis los dos de la cabaña de una pieza. —Sus ojos se deslizan hacia mi brazo—. O casi.

¿Ella… le habló de Pidge?

—Fue entonces cuando me acordé. Me di cuenta de que eres astuto, Falco. Tenías una red que yo desconocía. Eso explica cómo Aerin y tú desaparecisteis del mapa cuando intenté volar el piso franco. Así que rastreé su teléfono, seguí sus llamadas y sus mensajes y encontré un número que no reconocía. Llamamos. Dio señal en una torre y voilà.

Pidge.

Pobre Pidge.

Lo arrastré a este desastre de vida y ha muerto por ello.

Todo es culpa mía. Giacomo intenta pintarlo como si fuera culpa de Aerin, pero es imposible que ella supiera entonces que no era seguro hablar con mi amigo. Incluso ahora, no tendrá ni idea.

Giacomo chasquea los labios. —Matarlo fue aburrido. Fácil, incluso. ¿Pero sabes cuál es la mejor parte? —Se levanta despacio y lo sigo con mi ojo no hinchado—. ¿Lo has descifrado ya? —Acercándose, su aliento enfría la sangre que mancha mi rostro—. ¿Por qué cancelé la boda?

Por mucho que no quiero darle el gusto, niego con la cabeza.

—Has visto a Guido. Está cada vez más enfermo. Algo va mal en sus pulmones, su riñón y su hígado. Se siente seguro porque cree que Aerin tomará el mando y voy a dejar que lo haga. Y después voy a matarla. Pero no podría hacerlo si ella estuviera atada a los irlandeses, porque entonces tendría más competencia de la que podría manejar. Así que llegué a mi propio acuerdo. ¿Toda la droga de abajo que *tú* robaste? Se la daremos a ellos gratis. El alto el fuego se mantiene, la paz florece, ¿y cuando papá muera el mes que viene, como tengo planeado? Una semana después, Aerin se quitará la vida porque no podrá soportar la presión. ¿Y tú? —Chasquea la lengua y sonríe—. Tú estarás muerto.

Me lanzo hacia delante en el asiento hasta que mi cabeza choca contra la de Giacomo y él retrocede con un grito, cayendo de culo. —Olvidas una cosa —grazno, totalmente enfurecido por cada palabra que ha escupido hacia mí—. Aerin es más lista de lo que crees. No se rendirá sin luchar, y Guido no me matará hasta que esté satisfecho.

Giacomo se levanta de un salto. —No importa. ¡Si no te mata él, lo haré yo, joder!

Su puño choca contra mi cara de nuevo y se reanuda la paliza. Mi mandíbula se tensa, mis dientes tiemblan y mi ceja se hincha tanto que mi ojo se cierra. Cuando la silla vuelca, las patadas de las botas de Giacomo me crujen las costillas hasta romperlas. El tejido blando de mi interior estalla por la fuerza de los golpes y la oscuridad me reclama.

Aguanto.

Tengo que hacerlo.

Mi supervivencia es lo único que mantiene a Guido aquí. Y mientras él esté aquí, Aerin tiene tiempo. Es todo lo que necesita. Rezo y rezo para que, de alguna manera, ella consiga una oportunidad para protegerse o para que algo de esto llegue a sus oídos.

Rezo por ello y resisto.

El día se convierte en noche y vuelve a empezar. Giacomo me arranca las uñas de la mano herida y me rompe tres dedos. Guido

amenaza con abrirme mis cicatrices recientes a menos que le diga a quién planeaba venderle la droga.

Me mantengo en silencio.

Grito y berreo, pero no hablo.

La vida amenaza con serme arrebatada, pero me aferro a ella con todas las fuerzas que tengo. Por Pidge, que no merecía nada del infierno que traje a su puerta. Por Aerin, porque la quiero más que a nada en este puto mundo.

Espero. Y me desvanezco.

La muerte empieza a venir a por mí una noche, tras demasiados días siendo golpeado contra el suelo. Giacomo está de pie sobre mí con el puño aferrado a los restos de mi camisa desgarrada mientras se mofa de mí con desprecio. —Deberías haber dejado que muriera en el restaurante —se ríe—. Porque lo único que hiciste fue retrasar lo inevitable a costa de tu propia vida.

No puedo hablar, por mucho que quiera maldecirlo y amenazarlo. El silencio es mi único poder aquí, porque Guido está decidido a romperlo.

—Nada que decir, ¿eh? —Giacomo me sacude una vez, luego abre el puño y me desplomo en el suelo entre los restos astillados de mi silla—. Haré que esto sea rápido. Estoy cansado de retrasos y el mundo sigue girando. Has interpretado tu papel bastante bien, si se me permite decirlo. Ah, y una última cosa...

Un segundo está de pie sobre mí mientras saca su pistola del cinturón. Al siguiente, sale volando de mi campo de visión y el calor me envuelve como una manta. Restos de la pared y de la puerta caen a mi alrededor, y levanto mis manos atadas en un intento débil de protegerme la cara.

Algo suave me detiene.

Un roce tan familiar que casi no puedo respirar cuando esa suavidad envuelve mi antebrazo y un par de ojos verdes, asombrosamente familiares, flotan sobre mí. Incluso con el pelo recogido hacia atrás y el polvo cubriendo sus rasgos suaves y redondeados, la reconozco.

Mi petauro del azúcar.

—¿Aerin?

La muerte ha venido a por mí. Por fin.

37

AERIN

—Hola, capullo. —El rostro magullado de Falco me devuelve la mirada; le brota sangre de varias zonas donde la piel se ha abierto bajo el impacto de sabe Dios qué. Verlo así me rompe el corazón, pero no hay tiempo para lamentarse. Tengo el tiempo contado y la mayor parte ya se me ha ido intentando averiguar dónde tenían retenido a Falco.

He presionado a mi padre, he puesto su despacho patas arriba, he hecho que Bullet revisara todas las cuentas a las que podía acceder y, cuando Rex me ha dado la misma noticia que le dio a Falco, todo ha cobrado sentido.

Falco intentaba protegerme a mí y a mi corazón, distanciándose probablemente para poder acabar con mi hermano sin hacerme demasiado daño.

Casi no me lo podía creer. Desde que tengo uso de razón, Giacomo ha sido la única persona que ha estado de mi lado. Resulta que nunca lo estuvo.

—¡Vamos! —ladra Rex detrás de mí tras asestarle un golpe letal al último guardia de la sala—. ¡Tenemos que irnos!

—Aerin… —Mi nombre prácticamente brota de la boca de Falco junto a un hilo de sangre, y poso mi mano temblorosa sobre su mejilla húmeda y amoratada.

—Estoy aquí. Estoy aquí y tenemos que irnos, ¿vale? ¿Puedes hacerlo por mí? ¿Puedes? —La pistola, que me pesa en la otra mano, cae al suelo mientras intento soltar las ataduras empapadas de sangre que mantienen sus muñecas unidas. Detrás de mí, Rex y Bullet despejan la sala y se detienen a mi espalda.

—Falta uno —dice Bullet, levantando su arma.

De repente, surgen disparos de entre el humo de la explosión y me lanzo sobre Falco, cubriendo su cuerpo con el mío mientras las balas rebotan en todas direcciones. Una vez que cesan, asomo la mirada y vislumbro algo que hace que me duela el corazón como si cada latido empeorara un hematoma en la superficie.

Es Giacomo. Está saliendo corriendo por la puerta desencajada y dirigiéndose hacia el interior del almacén.

—Yo me encargo —ladra Bullet y sale disparado tras Giacomo antes de que podamos decir nada.

—Joder —maldice Rex—. Ese bastardo nunca se ciñe al maldito plan.

—¿Aerin? —jadea Falco debajo de mí.

Me levanto rápidamente y vuelvo a desatar sus ligaduras, recurriendo al cuchillo de Rex para cortarlas, y luego, entre los dos, ayudamos a Falco a ponerse en pie.

—¿Puedes mantenerte en pie? —le pregunto mientras se tambalea y se apoya con fuerza en mí.

—N-no puedo creer que estés aquí.

—Créetelo —murmuro—. No tenemos tiempo para...

La mano sana de Falco se presiona de pronto contra mi mejilla y su tacto silencia rápidamente todos los pensamientos de mi cabeza y las palabras de mi boca. Me mira fijamente con su único ojo visible, y le tiembla la mandíbula mientras intenta hablar.

—L-lo siento.

De repente, noto un picor tras los ojos y las lágrimas amenazan con brotar. —No lo hagas —consigo decir con voz ahogada—. Aquí no. Después. Lo prometo.

—Prometido —repite él.

—¡Quietos! —ladra Rex y se lanza lejos de nosotros, hacia la pared—. Viene alguien.

—Mierda. —Incapaz de abandonar a Falco mientras lucha por mantener el equilibrio, me agacho y recojo mi pistola, y luego me coloco medio delante de él con toda mi atención fija en el agujero que hemos abierto en la puerta trasera.

—¿Qué cojones está pasando aquí... Aerin?

—¿Papá?

—Aerin, ¿qué demonios haces aquí?

—¿Yo? —Mi pistola vacila ligeramente mientras él cruza el agujero—. Se supone que tenías que estar cenando con mamá.

—Lo cancelamos porque tenía que venir aquí y... —Papá se queda petrificado al dar el último paso en la sala y Rex, pegado a la pared, apoya el cañón de su pistola en la sien de mi padre.

—Lo siento —dice Rex—. Pero no se mueva.

—¿Qué demonios está pasando? —Alrededor de papá, sus guardias entran como un río negro, inundando la sala con sus armas levantadas y apuntándonos a mí, a Falco y a Rex.

Rex ni parpadea. —Dígales a sus hombres que bajen las armas.

—Ni hablar.

—¡Papá, por favor! —grito y me tiembla el brazo—. ¡No tenemos tiempo para esto! ¡Cuanto más tiempo estemos aquí parados, más lejos llegará Giacomo!

—¡Explícate! —ladra papá—. Explícame esta traición, Aerin. ¿No le has roto ya bastante el corazón a tu madre con ese...? —Mira hacia mi vientre y la rabia me invade.

Venir aquí, arriesgar mi vida y la de mi bebé, merece la pena por Falco porque no voy a dejar que el hombre al que amo muera por mi hermano. Mi hermano, a quien he querido y admirado desde que era una niña. Me ha dado la espalda, ha pasado estos últimos meses intentando matarme e incluso ha manipulado la boda para su propio beneficio. Ha sido doloroso y me he pasado unas cuantas horas llorando en la almohada después de que Rex me lo contara. Pero una vez que me he calmado, la revelación me ha enseñado una cosa.

A Falco le importo. Arriesgó su vida por mí cuando ni siquiera me conocía. Me dio una nueva oportunidad de vivir, y le estoy devolviendo el favor.

—Mira, papá. Sé que esto no tiene sentido, pero tienes que confiar en mí, ¿vale? Sé lo que hago. No ha sido Falco, y no lo digo porque lo quiera...

Papá jadea horrorizado.

—Lo digo porque estás a punto de cometer el peor error de tu vida. Ha sido Giacomo, ¿vale? ¿El robo de la droga? ¿Los atentados contra mi vida? Joder, incluso fue él quien trabajó a tus espaldas para avivar esta guerra con los irlandeses en primer lugar y puedo demostrarlo, ¿vale? El hombre que tienes al lado, Rex, es un amigo y nos ha estado ayudando a Falco y a mí...

—¡Basta! —grita papá, pero inmediatamente le da un ataque de tos. Se tapa la boca mientras un guardia se acerca a él, con su arma apuntándome.

—¡No, ya basta de ti! —le respondo a gritos, a pesar de que me inunda el dolor al ver lo frágil que parece de repente—. ¡Incluso ayudarme a enfrentarme a ti por la boda era parte de su plan, porque si no tengo marido, no hay nadie que le impida matarnos a los dos! ¿No lo ves, papá? Has pasado todo este tiempo torturando y destrozando a Falco y ¿qué ha pasado? ¿Han dejado los irlandeses de matar a nuestra gente? ¿Se han retirado? ¿Llegaste siquiera a recuperar la droga del almacén?

Papá termina de toser y levanta la cabeza, pero antes de que pueda hablar, Falco de repente pone su mano en mi hombro y se adelanta cojeando.

—Podríamos estar aquí todo el día debatiendo esto —grazna con voz ronca—. Pero se está escapando y voy a ir tras él.

—¡No! —Me giro hacia Falco y agarro los jirones de su camisa—. ¡No puedes! Mírate, Falco, estás demasiado...

De repente suenan disparos en el interior del almacén; Falco me agarra la cara, me atrae para darme un beso brusco y húmedo, y luego sale corriendo tan rápido como puede un hombre malherido. Sale por la puerta por la que Bullet ha salido disparado hace solo unos minutos y se dirige hacia los disparos.

—¡Falco!

—¡Aerin! —ladra mi padre, apartando a su guardia—. Tienes que contármelo todo.

Dudo un momento y cruzo la mirada con mi padre, luego doy media vuelta y persigo a Falco. Los pasos atronadores detrás de mí me indican que mi padre y sus hombres me siguen, pero no tengo tiempo para mirar.

El pánico me impulsa, mezclándose con la adrenalina que me recorre y anestesiando cualquier dolor de agotamiento que amenace con frenarme. Con los ojos fijos en la espalda de Falco, corro tras él.

Recorremos un largo pasillo, doblamos una esquina, atravesamos dos puertas y subimos unas escaleras que me hacen arder los muslos. El camino nos devuelve a la planta del almacén, donde Bullet yace tendido en el suelo con Giacomo de pie sobre él, jadeando. Le brota sangre de un corte en la ceja, lo cual indica que Bullet le asestó unos cuantos golpes antes de caer.

—¡Bullet! —grito, horrorizada al pensar que su cuerpo inmóvil es otra muerte que he provocado solo por estar conmigo.

Mi grito hace que mi hermano se sobresalte de miedo y levante la cabeza; abre los ojos de par en par al ver a Falco corriendo hacia él como un toro enfurecido.

—¿Qué cojones? —Levanta su pistola, pero no tiene tiempo de disparar porque Falco choca contra él con toda la fuerza de una roca desprendida y los dos caen estrepitosamente al suelo.

—¡Bullet! —Mientras la pelea a puñetazos entre Falco y mi hermano se desplaza lejos de Bullet, corro hacia su cuerpo y caigo de rodillas a su lado. El dolor del impacto ni lo siento mientras lo agarro por el hombro y le doy la vuelta.

Un charco de sangre se forma en el suelo bajo su cuerpo. Tiene los ojos cerrados y una mancha carmesí oscuro se extiende por su pecho.

Jadeo. —Maldita sea todo. —Abandonando mi pistola, levanto una mano y presiono mis dedos contra su cuello; el estómago se me hace un nudo.

Por favor, que no esté muerto. Por favor, no me digas que he hecho que maten a alguien más.

Un pulso lento y débil late bajo mis dedos y el alivio me inunda momentáneamente. Sigue vivo. Gracias a Dios.

El alivio dura poco al oír un grito de agonía absoluta de Falco; levanto la vista justo a tiempo para verlo caer al suelo mientras Giacomo le retuerce cruelmente los dedos rotos.

En cualquier otro momento, una pelea entre ellos terminaría en cuestión de segundos. Falco es más grande y mucho más fuerte, pero está tan terriblemente herido que cada puñetazo de mi hermano vale por diez. Cada golpe se amplifica y su estado de debilidad lo arrastra al suelo una y otra vez.

Pero Falco sigue levantándose.

No importa cuántas veces el puño o la bota de Giacomo choquen contra su cuerpo, él sigue levantándose.

Pero cada vez es más lento.

No puedo quedarme de brazos cruzados.

Recojo mi pistola del suelo justo cuando Rex entra por la puerta; señalo a Bullet y corro hacia Falco.

—¡Ayúdale! —le grito a Rex. Mientras mi mirada se posa momentáneamente en él, Rex parece totalmente indeciso sobre a quién ayudar, pero al final accede a mi petición y corre hacia Bullet.

—¡Giacomo! —grito mientras Falco vuelve a caer al suelo—. ¡Para! ¡Tienes que parar!

Falco no se levanta esta vez y Giacomo se queda de pie sobre él, jadeando furiosamente con ambos puños apretados. Levanta el puño y yo levanto mi pistola mientras me detengo de golpe. —¡Para!

Giacomo duda y sus ojos entrecerrados se deslizan hacia mí. —Tú no me dispararías.

—¿Ah, no?

—¿Dispararías a tu propio hermano?

Mi voz vacila. —A ti no te importó cuando intentabas matarme.

—Pero no por mi propia mano. Eso es diferente. —Baja los puños y enfunda su pistola, luego pasa por encima del cuerpo ensangrentado de Falco y se me acerca lentamente—. Soy tu hermano, Aerin. Mírame. No puedes hacerme daño.

Aprieto con más fuerza el arma, pero con cada paso que da, la duda se cuela en mi mente. Nunca he matado a nadie con intención. Nunca he dañado a nadie a propósito.

—Para —jadeo—. Deja de moverte. Deja de hablar. ¡Se acabó!

—¿Ah, sí? —Sus labios se curvan en una sonrisa—. ¿De verdad crees que no tengo una salida para esto? Ya es bastante malo que me pasara años aguantando porque *Padre* te nombró heredera. ¿De verdad crees que voy a seguir aguantando y a entregarme porque tú me lo pidas?

Da un paso adelante y yo retrocedo. —Giacomo... por favor.

—Adelante —dice con desprecio—. Dispárame. Salva a tu maridito. Ah, pero espera... —Se toca el labio con una mano—. Si me matas, en realidad no habrá nadie que salve a tu novio. Porque sin mí para cargarle las culpas, alguien tiene que pagar el pato, ¿y crees que *Padre* admitirá que yo hice todo esto delante de sus narices?

—¡Calla! —Mi voz es más débil, la palabra se me escapa en un suspiro mientras se me forma un nudo en la garganta—. No me importa lo que digas porque yo... ¡no!

En un movimiento rápido, lanzando un brazo hacia arriba y el otro hacia abajo, las manos de Giacomo chocan dolorosamente con mi muñeca con tal golpe que mis dedos se aflojan y la pistola se me resbala de las manos. Cae al suelo con estrépito. En el mismo movimiento, saca la pistola de su cintura. —Vaya.

Un frío intenso me recorre mientras miro fijamente el cañón de la pistola, con la cara de mi hermano torciéndose en una sonrisa maníaca justo detrás.

Se acabó.

He perdido.

—¿Por qué? —grazno suavemente—. ¿Qué te he hecho yo jamás?

La pistola se inclina mientras él se encoge de hombros. —¿Existir? Dale recuerdos a Pidge de mi parte.

Se oye un estallido.

Un solo disparo, y me quedo mirando en estado de shock absoluto esperando a que llegue el dolor, pero nunca llega.

En el mismo instante en que Giacomo aprieta el gatillo, Falco surge entre nosotros con mi pistola caída en la mano y desvía el brazo de Giacomo, haciendo que mi hermano dispare al aire a pocos centímetros de donde yo estoy. Entonces, los brazos de Falco me

rodean de forma muy parecida a como lo hicieron la primera vez que nos vimos, y le miro a los ojos.

Nos hace girar, interponiendo mi espalda entre él y Giacomo, y suena un segundo disparo. Pasa un segundo de silencio, y luego llega a mis oídos el golpe sordo de un cuerpo al caer al suelo detrás de mí, seguido del ruido metálico de una pistola.

Parpadeo. Las lágrimas que no habían brotado ahora caen por mis mejillas. El otro brazo de Falco me rodea y me aprieta contra su pecho ancho y sangrante.

No puedo hablar. A lo lejos, mi padre grita entre un eco de pasos atronadores, pero nada de eso importa.

El ojo de Falco recorre mi rostro como si estuviera absorbiendo cada detalle para grabarlo en su memoria, y luego sus labios se estrellan contra los míos.

38

FALCO

Cuarenta y ocho horas de tratamientos médicos, analgésicos y sueño después, camino hacia el despacho de Guido con el corazón martilleándome en el pecho.

Nadie me ha dicho nada.

Desde el momento en que me trajeron de vuelta a rastras, he estado confinado en el ala médica con un médico que no me decía nada y un guardia que amenazaba con pegarme un tiro si siquiera lo miraba mal. La única información que se me concedió fue la seguridad de que Bullet estaba vivo. Le habían disparado en el hombro, una herida de entrada y salida que solo afectó al músculo en su trayectoria.

Está vivo.

El alivio, junto con un puñado de pastillas, me permite dormir dieciocho horas seguidas.

Finalmente capaz de respirar por mi cuenta y de caminar sin apoyarme en nadie, el médico me deja salir del ala médica, pero solo porque me han llamado al despacho de Guido.

Las voces llegan desde el interior a medida que me acerco. Cuanto más cerca estoy, más claras se vuelven.

—¡Papá, por favor! —se queja Aerin—. No puedes hacer esto. ¡No te lo permitiré!

—¿Tienes idea de la posición en la que me encuentro? —espeta Guido en respuesta—. ¿La tienes? ¿Puedes dejar de ser egoísta por un segundo y pensar en el panorama general?

—¿Egoísta? ¡No estoy siendo egoísta!

—¡Sí, lo estás siendo! —su voz se eleva y se vuelve nítida cuando el guardia abre la puerta, permitiéndome ver de lleno la estruendosa discusión.

Guido está de pie frente a su escritorio, con unos pañuelos apretados en una mano para presionarlos contra su boca cada vez que tose. Su rostro está morado por la rabia y el sudor le resbala por la frente. Aerin está al otro lado de la habitación, cerca de la mesa de centro, con las manos en las caderas y el rostro desencajado por una furia que hace que sus ojos brillen y sus mejillas se sonrojen.

Está preciosa.

Esa ira se desvanece en el momento en que mira hacia la puerta y se queda de piedra al verme.

—¡Solo piensas en ti misma, Aerin, y ya va siendo hora de que asumas una responsabilidad real!

Ella clava los ojos de nuevo en su padre. —¿Estás de broma? ¿Estás ciego ante todo lo que he hecho? ¿Todo lo que he estado haciendo? Gracias a mí sobreviví a la cabaña, ¿lo entiendes? Le salvé la vida a Falco. Sí, fue aterrador, pero fui yo quien estuvo allí haciendo esas cosas. Yo lo hice. También fui yo quien ideó el plan para cancelar la boda.

—¿Plan? —Guido se burla con tanta fuerza que acaba tosiendo—. No tenías un plan, tenías una esperanza y una teoría. Simplemente no querías casarte, y ya estarías casada si no fuera por tu hermano.

—¡No! Me habría negado y habría buscado una solución. Y fui *yo* quien acabó con Giacomo. ¡Tú seguirías ciego y pensando que intentaba ser un buen hijo cuando estaba tramando la perdición de ambos! Estabas tan cegado por tu rabia hacia Falco que...

—¿Puedes culparme? —ruge Guido—. ¡Ese bastardo te dejó embarazada!

Mientras él se sume en otro violento ataque de tos que hace que un guardia se separe de la pared para ayudarlo, cualquier palabra que hubiera preparado para anunciarme se desvanece de mi mente.

Aerin me mira presa del pánico, con los ojos muy abiertos y los labios entreabiertos mientras todo el color desaparece de sus mejillas. Bajo la vista hacia su vientre mientras esa palabra gritada resuena en mi mente.

¿Embarazada? ¿Aerin está embarazada?

No... no puede ser.

No fui responsable con la anticoncepción, pero no lo había pensado debidamente. Estaba tan absorto en todo lo demás, desde mi amor abrumador por ella hasta intentar mantenerla a salvo, que algo tan sencillo como un preservativo nunca se me pasó por la cabeza.

—¿Embarazada? —repito en voz baja, caminando lentamente hacia Aerin.

Ella pone una mano sobre su abdomen y traga saliva con tanta fuerza que oigo el leve chasquido. —Sí. Yo... Oh, Dios, no quería que te enteraras de esta manera. Iba a decírtelo cuando estuvieras bien. Lo siento mucho.

Embarazada.

Hay un bebé dentro de ella.

Mi bebé.

Nuestro bebé.

Mi mente permanece en blanco y bloqueada en esa única palabra mientras me acerco hasta quedar a un palmo de distancia. Entonces, muy despacio, pongo mi mano sobre la suya. —No deberías haber venido a buscarme y arriesgar esto.

—No me digas lo que tengo que hacer —responde ella suavemente—. Tenía que venir a por ti.

—Embarazada —repito de nuevo—. Yo... no puedo creerlo. —De repente, un calor brota en mi pecho y se extiende por todo mi cuerpo como si acabara de salir al exterior bajo el calor del sol del mediodía. Una sonrisa asoma a mis labios, una que ni siquiera intento combatir, y mi corazón empieza a acelerarse—. Oh, Aerin.

—Sé que me quieres —dice ella, y su voz se convierte en un susurro—. Estaba tan furiosa contigo que no me di cuenta, pero aquel día en el gimnasio, cuando me gritaste y me alejaste, dijiste que me querías.

—¿Lo hice? —inmediatamente, el recuerdo aflora y mis labios se entreabren. Lo hice y ni siquiera me di cuenta.

—Lo hiciste —murmura ella—. Yo también te quiero. Para que lo sepas. —Un matiz juguetón asoma a su sonrisa mientras me mira, luego mueve su mano hasta que estamos palma contra palma. Mientras nuestros dedos se entrelazan, sus ojos empiezan a brillar con lágrimas contenidas—. ¿Estás enfadado?

Niego con la cabeza. —¿Por qué iba a estarlo?

—Un bebé es... algo *enorme*.

—Un bebé es algo minúsculo —murmuro—. Comparado con todo lo demás, ¿esto? Esto es un sueño.

—¿Qué sabéis vosotros de amor? —espeta Guido de repente, sacándonos a ambos de esa burbuja repentina—. Tienes veintiún años, Aerin. ¡Eres demasiado joven para el amor!

—Mamá se casó contigo a los diecinueve —le replica ella.

—Eso es diferente.

—¿En qué es diferente? Ibas a venderme a los irlandeses. ¿Por qué querer estar con alguien a quien amo es diferente de estar con alguien a quien soy vendida, eh? ¿Es porque no te beneficia?

Guido mira a su guardia, quien de repente saca su pistola de la cadera y se la coloca a Guido en la mano. Entonces su mirada oscura y furiosa se clava en mí. —Tú.

—Señor.

—No me llames *señor* —escupe, avanzando con el arma levantada—. Te plantaste en este puto despacho y me hiciste un juramento, ¿verdad?

A pesar de la fuerza con la que Aerin me aprieta la mano, tengo que soltarme de ella y dar un paso adelante. —Así fue.

—¡*Juraste* proteger a mi hija! ¡Me juraste lealtad, y en lugar de eso descubro que has roto tu juramento y has deshonrado a mi hija!

—¡Papá! —grita Aerin—. ¡No es así!

—Me traicionaste —gruñe Guido—. Deberías morir solo por eso, pero eso no es todo lo que has hecho, ¿verdad? Rompiste tu juramento. Tocaste a mi hija. Te la has follado durante meses. ¡Y buscaste ayuda fuera de esta familia, uno de los cuales está aliado con otra familia! ¿Pensaste que no me enteraría?

No puedo apartar los ojos de la pistola mientras asiento lentamente. —Sabía que lo haría, tarde o temprano.

—¡Y aun así te presentaste aquí y me miraste a los ojos como si estuvieras de mi lado!

—Como dijo Aerin, la amo...

—Amor —escupe Guido—. El amor no es más que una maldición. ¿Realmente vale tu vida? —Vuelve a levantar la pistola, esta vez apuntando directamente entre mis ojos.

—Sería quedarse corto decir que moriría por ella, porque nunca la dejaría voluntariamente —respondo en voz baja—. Ni a mi hijo. Pero lucharé por ella y, si eso resulta en mi muerte, que así sea.

—¡No! —Aerin se lanza hacia adelante y me agarra del brazo—. ¡Papá!

Guido me lanza una mirada feroz y luego baja lentamente el arma. —En el almacén, vi lo que hiciste. Salvaste a mi hija de mi hijo. —Su voz se quiebra ligeramente—. Todo este tiempo, Giacomo me odió. ¿Puedo culparle? Lo aparté a una edad tan temprana con la esperanza de que eso le enseñara responsabilidad. En cambio, le enseñó a odiarme a mí. Y a su hermana. —Niega con la cabeza y se le escapa un suspiro profundo y cansado—. Salvar a mi hija es la única razón por la que sigues aquí de pie, ¿lo entiendes?

Lo entiendo. Todo lo que he hecho, cada regla que he roto y cada elección que he tomado me han hecho merecedor de la muerte rápida que casi me dan en el almacén. Pero salvé a Aerin. Mi último acto me ha concedido una oportunidad más de vivir.

—¿El precio? —Guido me mira a los ojos—. Vete.

—¿Perdón?

—Márchate.

—No. —La respuesta brota de mí como un disparo—. Ni hablar.

—No tienes elección —gruñe Guido—. Te mataré si te quedas, ¿lo entiendes? Si te niegas, te pegaré un tiro aquí mismo y eso será el fin de *todo*.

—¡No! —Aerin se coloca delante de mí, estirando el brazo hacia atrás para agarrarme la mano—. ¡No te lo permitiré y nunca te perdonaré!

—¡No necesito tu perdón, Aerin! —grita Guido—. ¡Tú también me has traicionado! ¡Mi nombre ha sido completamente mancillado, arrastrado por el fango y poco a poco está perdiendo su valor! ¿Entiendes lo que eso significa para todos mis hombres? ¿Para cada persona que trabaja aquí y para las incontables familias que están bajo nuestra protección? ¿Eres tan arrogante como para quedarte ahí y decirme que tu amor con este guardia vale la vida y la seguridad de miles de personas? ¿Lo vale?

Aerin contiene el aliento, luchando por encontrar las palabras, y yo reflejo su lucha.

En cierto nivel, sí. Nuestro amor vale todo eso porque no me importa nadie más que ella. Pero conozco a Aerin. Saber que su elección sumió a innumerables familias en la desesperación, sin protección ni seguridad, la atormentaría hasta el día de su muerte.

—¡Entonces yo también me iré! —suelta Aerin de repente, y su agarre sobre mí se vuelve más firme—. Déjanos irnos juntos, papá. ¡Por favor! No lo quieres aquí y yo no quiero estar aquí. ¡Por favor!

—Por encima de mi cadáver —dice una voz aguda y vacilante desde la puerta. Al girarme, Allegra está allí, con un vestido negro y rímel corriendo por sus mejillas.

—Mamá —jadea Aerin.

—No voy a perder a otro hijo —espeta ella.

—No me perderás. Puedo venir de visita.

—No seas tan estúpida. —La ira tiñe las palabras de Allegra mientras entra en el despacho y otra lágrima resbala por su mejilla —. Eres Aerin Paramatti. No importa adónde vayas, siempre serás una Paramatti. ¿Ahí fuera? ¿En el mundo? Tú y ese hijo tuyo no seríais más que una herramienta contra tu padre y esta familia, y todas esas personas a las que estás salvando al quedarte acabarán de nuevo en la cuneta.

—No —jadea Aerin—. Tendremos cuidado.

—Yo la protegeré —digo con firmeza—. A los dos.

—¿Lo harás? —Allegra me lanza una mirada gélida—. Mírate cómo estás. ¿Cuánta vida te queda? Perdiste a un amigo. A otro le han disparado. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que alguien vuelva a acercarse tanto? ¿Quién la protegerá a ella y a tu bebé?

Quiero decirle que lo haré yo. Que los mantendré a salvo hasta mi último aliento, pero cuanto más habla Allegra, más me doy cuenta de que la única forma de garantizar la seguridad de la mujer a la que amo y de mi hijo no nacido es dejándola aquí.

—Mamá. —Aerin se acerca a su madre—. Estaría a salvo. Lo estaría.

—¿Ah, sí? —espeta ella con amargura—. ¿Puedes mirarme a los ojos y decirme que estás dispuesta a arriesgar la vida de tu bebé dejando la seguridad de esta familia?

—Por no hablar del daño que causarías —interviene Guido tras otra tos—. En cuanto corriera la voz de que mi hija ha huido, aquellos que nos son leales verían debilidad e irían a por nosotros. Y todas esas familias...

—¡Ya lo entiendo! —salta Aerin y se le escapa un sollozo. Se gira para mirarme, con el rostro bañado en lágrimas y un pánico absoluto en los ojos. Es una decisión horrible. Hemos sobrevivido a todo solo para enfrentarnos a ser separados en el último obstáculo. No sabe qué hacer, y la guerra la destrozará por dentro.

La amo demasiado como para permitirlo.

—Me iré —digo suavemente.

—¡No! —grita Aerin y se lanza hacia mí—. No después de todo. ¡Acabo de recuperarte! Acabamos de sobrevivir a todo, por favor, no me dejes...

Mientras solloza sobre mí, la sujeto suavemente por los hombros y la acerco más. —Aerin. Esta es la única forma en que puedo garantizar que tú y nuestro *bebé* estaréis a salvo. —Es extraño decir esa palabra, pero sale de mi lengua como la miel—. Tu familia puede protegerte. Puedes reconstruir tu vida. Debes quedarte.

—No. —Su rostro se desmorona—. ¡No me dejes, por favor, no me dejes!

—Tienes que entenderlo. —La emoción me araña el fondo de la garganta y la aprieto con más fuerza—. Tú y este bebé... tenéis que sobrevivir por mí, ¿de acuerdo? Vive por mí. Mantente a salvo.

—¡No!

Me inclino hacia ella y deslizo una mano por un lado de su cuello. Sus ojos grandes y abiertos me miran exactamente como el petauro

del azúcar con el que la comparé, y la beso. En el momento en que nuestros labios se tocan, mi corazón se rompe.

Si me quedo, muero.

Si nos vamos juntos, los perderé a ambos. No es un temor, es una certeza.

Esta es la única salida.

Aerin se aferra a mí con desesperación, besándome con fuerza hasta que un guardia se aclara la garganta y me veo obligado a interrumpir el beso.

—Te quiero —digo con toda mi alma, con las palabras atascadas en la garganta—. Te he amado desde antes de lo de la cabaña. Y te amaré por el resto de mis días.

—Yo también te quiero —solloza Aerin, apretando las manos contra su pecho—. ¡Te quiero!

Allegra se interpone entre nosotros, envolviendo a su hija en sus brazos mientras un guardia me saca del despacho. Guido me detiene justo en el umbral de la puerta, con la mirada dura pero sus palabras sinceras.

—Has salvado a mi hija y, al dejarla aquí, ayudas a salvar mi reputación. Pero no puedo perdonar la traición a tu juramento ni la muerte de mi hijo. Lo entiendes, ¿no?

Por mucho que me duela, asiento. —Lo entiendo.

—Bien. Si vuelves a acercarte a mi hija alguna vez, te mataré donde estés, sin importar las circunstancias. ¿Entendido?

Se me concede un último vistazo a Aerin y mi corazón se queda vacío. —Sí. Entendido.

39

AERIN

Cuando no estoy en las visitas con mi médico o en las clases de preparación al parto con mi madre, estoy ayudando a mi padre a reconstruir su imperio. La noticia de la traición de mi hermano se ha difundido rápidamente y, con la salud de mi padre flaqueando, somos como peces nadando en aguas infestadas de tiburones.

Lo odio.

Pero le prometí a Falco que protegería a nuestro bebé, así que eso es lo que hago.

Al mes de tomar el relevo de mi padre, he cerrado un nuevo acuerdo con los italianos y su negocio de tráfico de armas. Sumado a un nuevo acuerdo de drogas con el cártel, los irlandeses se ven obligados a dar marcha atrás en sus amenazas de reducirnos a cenizas. Incluso vuelven a proponer el matrimonio.

Lo rechazo de inmediato.

Muchos hombres me miran con los ojos muy abiertos y piensan que pueden timar a una mujer embarazada, pero Falco me enseñó a defenderme, así que no tengo reparos en derramar un poco de sangre para que la gente sepa que voy en serio.

Seis meses después de su partida, llega una caja por correo. Dentro está el cristal de mar aguamarina que había encontrado en la cabaña y que había olvidado hasta ahora. Reposa dentro de un

relicario de oro blanco, y me lo pongo inmediatamente alrededor del cuello, con la esperanza de que Falco sea el siguiente en aparecer.

No lo hace. En su lugar, justo cuando estoy en pleno apogeo organizando una recaudación de fondos benéfica para suavizar la imagen de la familia ante el público, mi padre muere.

Su salud ha ido decayendo rápidamente mientras yo me hacía valer para que él pudiera descansar y recuperarse en paz. Entonces, una noche se retira a la cama y ya está. Fallece sin hacer ruido ni aspavientos y el gran Guido Paramatti es enterrado cuatro días después en la cripta de la familia Paramatti.

Mi madre se derrumba. Deja de comer. Deja de dormir. Bebe en exceso y culpa a mi embarazo y a mi aventura con Falco de ser el último clavo en el ataúd de mi padre.

Me echa la culpa hasta que me pongo de parto un mes después y nace mi querida hija, Keira.

Su llegada le ha inyectado una nueva vida a mi madre, y se ha convertido en una persona completamente diferente. No hace falta niñera cuando el trabajo me reclama porque ella siempre está allí para ayudar.

No sé dónde estaría sin ella, porque la muerte de mi padre abrió una caja de truenos que no sabía que se estaba gestando en la sombra.

Cuando Giacomo murió, los que le eran leales fueron perseguidos y asesinados. Pero quedan algunos, serpientes camufladas en la hierba que asomaron sus feas cabezas poco después de que naciera Keira. Acabar con ellos requiere casi tanta atención como intentar sobrevivir con un recién nacido.

A pesar de todo, nunca dejo de pensar en Falco.

En el momento en que la cripta familiar se cerró sobre mi padre, moví mis hilos para intentar averiguar en qué parte del mundo había terminado Falco. Sin éxito.

Se marchó por orden de mi padre y se convirtió en un fantasma.

Entonces, una noche de tormenta, mientras Keira grita en mis brazos y se niega a tomar el biberón, mientras mi piel está pegajosa de sudor y vómito, y ni siquiera me he duchado, mi guardia me trae una noticia espantosa.

Mamá ha desaparecido.

Se la han llevado, para ser más exactos.

Salió de la finca con la intención de comprar ropa de bebé y juguetes para Keira y nunca regresó. Dos horas más tarde, encuentran a sus guardias muertos a tiros en un coche aparcado justo al lado de la autopista.

Mamá se ha ido.

No hay petición de rescate.

Papá está muerto.

Falco ha desaparecido.

Vinnie, mi guardia, se para frente a mí con las manos cruzadas a la espalda mientras yo bajo la vista hacia el rostro de Keira. Ha gritado durante tanto tiempo que se está poniendo roja, y una ola aplastante de desesperanza cae sobre mí como si fueran rocas.

—¿ Aerin? —pregunta Vinnie en voz baja—. ¿Qué quiere hacer?

Fuera estalla un trueno mientras la lluvia azota la ventana y Keira da un salto en mis brazos, gritando con más fuerza. Abandono el biberón y la acuno contra mi pecho. —No lo sé.

—Tengo equipos recorriendo la ciudad para buscarla, y estoy atento por si alguien intenta devolverla. ¿Quiere que me ponga en contacto con los italianos?

Niego con la cabeza. —No. No hasta que sepamos más.

—No sabemos nada.

—Ya lo sé —le espeto, y Keira llora con más fuerza—. Es que... —Entre los truenos, mi propia hambre, los gritos de Keira en mi oído y este nuevo dolor de pensar que mamá podría estar en cualquier parte en manos de cualquiera, me estoy volviendo loca—. ¿Qué hay de Falco? ¿Tu equipo ha descubierto algo?

—No —responde—. Excepto...

—¿Excepto qué? —Mis ojos se desvían hacia él y Vinnie se inclina hacia mí con un pequeño trozo de papel en la mano.

—He encontrado esto. Un hombre que coincide con su descripción de Bullet fue visto en el aeropuerto hace dos días. Revisamos las grabaciones y encontramos el nombre bajo el cual voló, que estaba asociado a un número.

—¿Has llamado? —pregunto, arrebatándole el papel.

—No. Su madre fue declarada desaparecida una hora después, así que no he tenido tiempo.

—Déjame sola.

—¿Está segura? —Lanza una mirada preocupada a Keira.

—¡Vete!

Vinnie cierra la puerta tras de sí y hago una bola con el papel, luchando por organizar mis pensamientos. ¿Qué haría Falco? ¿Qué haría mi padre?

Antes de Keira, sentía que me comía el mundo. Era fácil tomar decisiones y contestar a los imbéciles arrogantes que pretendían saber más que yo. En su mayoría, así era, porque mi padre nunca me dio todos los detalles del tráfico de drogas ni de la frecuencia con la que la conversación más insignificante puede dar lugar al trato más importante. He ido aprendiendo sobre la marcha.

Pero desde que nació Keira, el mundo se siente diferente. Veo amenazas en todas partes, desde la comida que ingiero hasta el clima y cualquiera que se acerque demasiado. Las decisiones se han vuelto más difíciles porque todo el mundo sabe que tengo un bebé y cualquier momento sin ella me hace entrar en pánico.

Mamá suele calmar estos pensamientos.

Me levanto lentamente y mezo a Keira de un lado a otro, cierro las cortinas y la llevo al rincón más alejado de la habitación, donde los truenos se oyen menos. Camino de un lado a otro, tarareando suavemente y mirando su carita perfecta que, incluso roja de tanto llorar, sigue siendo exactamente igual a la de Falco. Ojalá se pareciera a él también en el volumen de voz.

Para cuando consigo que se duerma, tengo el cerebro hecho puré y me desplomo en la cama, totalmente agotada.

Al día siguiente, Vinnie entra corriendo en el comedor mientras le estoy dando el biberón de la mañana a una Keira mucho más alegre. —Tenemos un problema —dice jadeando.

—¿Qué pasa? —pregunto sin apartar la vista de Keira.

—Hernández.

—¿El del cártel?

—Está muerto.

El corazón se me detiene en el pecho y levanto la vista. —¿Cómo que está muerto?

—No solo él —Vinnie se agarra al respaldo de la silla del comedor para recuperar el aliento—. Toda su familia, toda su banda ha sido aniquilada.

—¿Pero qué demonios? —Hernández y yo nos habíamos conocido hace poco en una gala para recaudar fondos para niños. Esa gala era también una tapadera para una de las mayores subastas de droga del mundo y cerramos un trato sobre una nueva droga que ha llegado a Estados Unidos—. ¿Qué ha pasado?

—Todos están muertos. Pero *todos*. Sus propiedades también han sido reducidas a cenizas. Nadie sabe quién lo hizo, pero dicen que debió de cabrear a la familia equivocada porque tiene a todo el mundo en vilo, desde los italianos hasta la Yakuza.

—¿Tengo que preocuparme? Acabo de cerrar un trato con él por esas pastillitas azules, ¿sabes? ¿Las que tienen las flores?

Vinnie asiente y hace una mueca. —Volveré a revisarlo todo, pero deberíamos estar bien.

—Asegúrate de que así sea.

Vinnie agacha la cabeza y se pasa la mano por el pelo; luego sale a toda prisa. Keira junta sus manitas y balbucea alrededor del biberón, mirándome con los ojos azules más grandes que he visto en mi vida.

—Puede que el trabajo de mami esté en apuros —le digo con voz dulce—. Sí, puede ser, sí... —De repente, el mensaje de Vinnie de anoche relampaguea en mi mente y paso los siguientes veinte minutos desarmando la cama en busca de ese trocito de papel con un número de teléfono.

El número de Bullet.

Cuando Keira se queda dormida para su siesta de la tarde, llamo.

Suena dos veces.

—¿Diga?

Un calor se enrosca en mi vientre cuando la voz familiar de Bullet llena mi oído. — Bullet.

—¿Quién es?

—Soy Aerin. ¿No me reconoces la voz?

—Joder, no —suelta Bullet—. Suenas diferente.

Miro hacia abajo, a mi bebé dormido. —Supongo que soy diferente.

—Me dijeron que no podemos hablar.

—Lo sé. Esto no llevará mucho tiempo, pero... me preguntaba si tenías forma de contactar con Falco.

—¿ Falco? — Bullet suena sorprendido. Se oye un forcejeo contra el teléfono, y cuando la voz de Bullet regresa, suena ligeramente tenso—. Lo siento, no puedo hablar ahora. ¿Te puedo llamar luego?

—Bullet, por favor. Llevo meses intentando encontrar a Falco, pero es como si se lo hubiera tragado la tierra. ¿Hay algo que puedas darme?

—Luego —dice Bullet apresuradamente—. Adiós.

—Yo...

Cuelga antes de que pueda decir nada más y se me cae el alma a los pies.

Capullo.

Paso el resto del día en largas llamadas con hombres de la organización que juran por lo más sagrado que mi madre se ha desvanecido de la faz de la tierra. Nadie la reclama, nadie pide rescate y no ha aparecido ningún cuerpo.

Después de acostar a Keira en mi despacho, me hundo en mi asiento y me sirvo lentamente un whisky.

Me dije que podría hacerlo. Cuando Falco se fue, juré que podría con esto.

Pero ahora estoy sola.

Y duele.

Antes de que pueda entregarme a las lágrimas que asoman a mis ojos, de repente la puerta se abre de golpe y Vinnie entra a trompicones.

—¡ Vinnie! —le espeto en un grito ahogado—. ¡Acabo de acostar a Keira!

—¡Lo siento, pero tiene una visita!

—¿Qué?

—¡ Aerin! —Por detrás de Vinnie aparece mi madre, que todavía lleva el vestido con el que la vi por última vez cuando me besó en la

mejilla y se fue de compras. Llega hasta el escritorio justo cuando yo lo rodeo a toda prisa y, de repente, está en mis brazos—. ¡Oh, cariño!

—¿Mamá? Pero ¿qué...? ¿Cómo es que...? ¿Estás bien? —Me tropiezo con las palabras, incapaz de decidir qué quiero preguntar primero mientras la abrazo con fuerza y ella llora sobre mi hombro.

—¡Oh, ha sido horrible! ¡Ha sido horrible! ¡Pensé que iba a morir allí!

—¿Cómo has podido...?

Las tablas del suelo crujen y Vinnie se aparta para que la respuesta a todas mis preguntas cruce la puerta.

Es más alto de lo que recordaba y las arrugas de su rostro se acentúan un poco más cuando nuestros ojos se encuentran y él sonríe con esa sonrisa suave, familiar y ligeramente torcida. Sus ojos, dorados como el sol poniente, brillan mientras se detiene a unos metros y se pasa una mano por el pelo oscuro que, sin duda, ha sido besado por un poco más de plata.

—Realmente deberías tener más cuidado con quién haces tratos —dice, y la calidez rasposa de su voz me envía un escalofrío que me recorre de la cabeza a los pies.

—¿ Falco? —Su nombre sale de mi garganta como un ahogo, y me separo de mi madre tras besarle la mejilla—. Tú... estás aquí.

—Estoy aquí.

—¿Cómo? Yo... no lo entiendo. —Miro brevemente a mamá mientras agarra mi whisky sin beber y se lo traga de un tirón—. ¿Qué está pasando?

—¿El cártel? ¿Hernández, creo que se llamaba?

Mis ojos se abren de par en par. —¿Has sido *tú*?

—Por supuesto que he sido yo.

—Yo... explícamelo. —La emoción me araña la garganta y me asfixia ligeramente—. Ahora mismo.

Él sonríe y se me alegra el corazón. —Cuando me fui, les pedí a Rex y a Bullet que te vigilaran. Ambos trabajan para mí ahora, técnicamente. Se turnan y se mueven según lo que yo necesite. Siento... lo de tu padre.

Las lágrimas asoman a mis ojos y aprieto los labios, luchando por mantener la compostura.

—Habría estado aquí antes, pero no quería interferir, y después me quedé atrapado en Oriente Medio en un trabajo, así que Rex te estaba vigilando. Me llamó en cuanto se llevaron a tu madre y Bullet voló de regreso primero. Yo llegué después en un avión de carga.

—¿Cómo la encontraste?

—Ha sido como algo de una película de acción —dice mamá mientras se sirve otra copa.

—Rex tiene bajo seguimiento a todos con los que haces negocios. Yo los investigo cuando puedo y desconfiábamos de Hernandez porque no podíamos verificar sus afirmaciones sobre esa nueva droga. Resultó ser solo una estratagema para acercarse a tus hombres sin levantar sospechas. Cuando tu madre desapareció, buscamos allí en cuanto aterricé y la encontramos. Intentaban vendérsela a algún nuevo general de los irlandeses.

La rabia me calienta el vientre al pensar en los irlandeses intentando joderme de nuevo. Esta vez, no dejaré a los suficientes vivos como para que intenten una tercera traición.

—La has salvado —digo con voz ronca—. Y luego has venido...

Él asiente y se frota la barbilla, con un destello de nerviosismo en su mirada. —Yo... no sabía si querrías verme.

Doy un paso adelante. —¿Por qué demonios no iba a querer?

—Me escondí. Me mantuve alejado. Y luego tu padre murió y temí que me culparas. O que el tiempo hiciera que me guardaras rencor por haberte dejado atrás. —Sus ojos se desvían hacia el relicario que descansa sobre mi esternón y sus labios tiemblan levemente.

Doy otro paso adelante e inspiro, sintiéndome transportada al instante a la noche en la cabaña por lo familiar que me resulta su aroma amaderado. —Tus acciones me salvaron. Nos salvaron a los dos. Te busqué.

—Llegué a pensar que querías matarme.

—¡No! No, quería encontrarte. Quería que volvieras a casa.

—¿A casa? —Falco inclina un poco la cabeza—. ¿Todavía...?

Antes de que pueda terminar, estiro la mano y tomo la suya, y me resulta imposible contener la sonrisa mientras tiro de él hacia la cuna situada en la esquina. —Si estás a punto de preguntarme si todavía te quiero, cállate de una vez y mira.

Hay un único y hermoso momento en el que Falco mira por el borde de la cuna y cruza su mirada con la de su hija, quien de algún modo sigue dormida a pesar del alboroto. Una expresión de paz y calidez recorre su rostro y abre los labios; luego, sus ojos se clavan en los míos y le tiembla el labio inferior. —¿Esta es...?

—Tu hija. Keira.

—Yo... —Su sonrisa se ensancha de repente y señala el peluche que descansa al fondo de la cuna—. ¿Un petauro del azúcar?

Mi sonrisa se amplía. —Tenía que asegurarme de que estuviera cerca de su papá.

Un sonido extraño y herido escapa de Falco, y de repente estoy en sus brazos con sus fuertes extremidades rodeándome. Me toma la cara con una mano y yo le agarro ambos lados del cuello justo a tiempo para que sus labios choquen contra los míos.

—Estoy aquí —gruñe suavemente—. Estoy aquí para ti, te he echado de menos y te *amo*.

—Yo también te amo —susurro durante el beso, deslizando una mano por su pelo espeso. Unas lágrimas cálidas ruedan lentamente por mis mejillas—. Dios mío, no puedo creer que estés aquí. Estás aquí de verdad.

Nuestro beso se vuelve más profundo y Falco introduce su lengua en mi boca mientras me atrae firmemente contra su cuerpo.

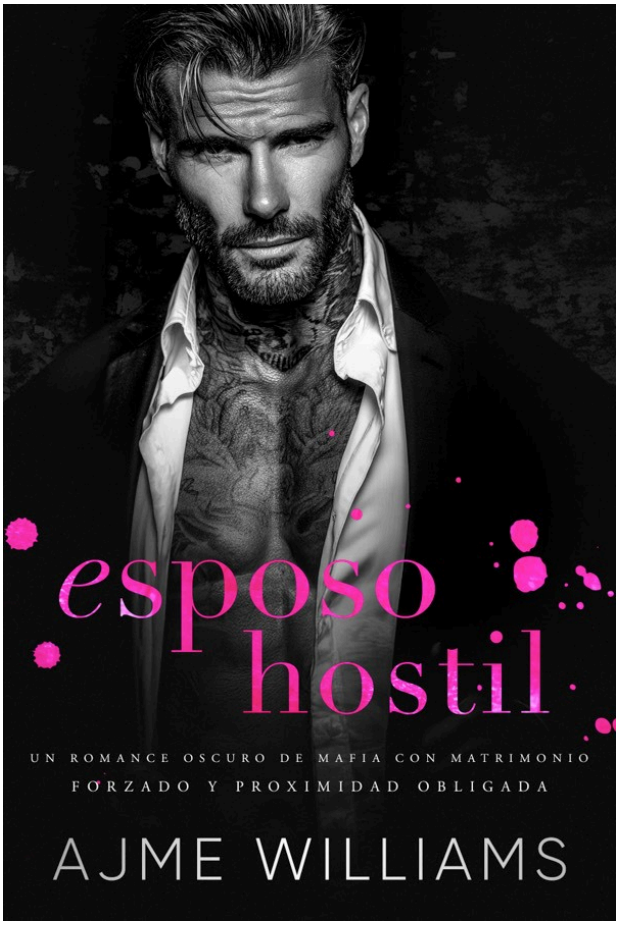
Mis preocupaciones se desvanecen. Mi corazón se calma y un peso que llevaba sobre mis hombros desde el día en que se fue, simplemente desaparece.

—Quédate —digo jadeando cuando se rompe el beso—. Quédate conmigo. Por favor. Prométemelo.

Falco inclina la cabeza y me observa con un amor inmenso en los ojos. Con un roce de su lengua por mis mejillas, mis lágrimas desaparecen. —Estoy aquí y nunca volveré a dejarte. Jamás. Lo prometo. Una vez fui tu guardián. Ahora soy el hombre que quemará

el mundo por ti. Nadie, ni nada, volverá a separarme de ti nunca más.

Si el amor prohibido de Aerin y Falco prendió fuego a tu corazón, la próxima batalla está a punto de comenzar. ***Lee Hostile Husband ahora.***



Me caso con mi enemigo para detener una guerra.
Dimitri Volkov se casa conmigo para castigar a alguien.
Él es el despiadado rey de la mafia que cree que mi familia asesinó a su hermano.
Yo soy la moneda de cambio que encierra en su fortaleza...
y en su cama.
Lo que él no sabe podría costarme la vida.
Estoy embarazada.
Y el bebé no es suyo.

Pertenece al hermano al que enterró.
Consigue Hostile Husband aquí.

Devora la saga completa de Mafia Lords of Sin aquí.
